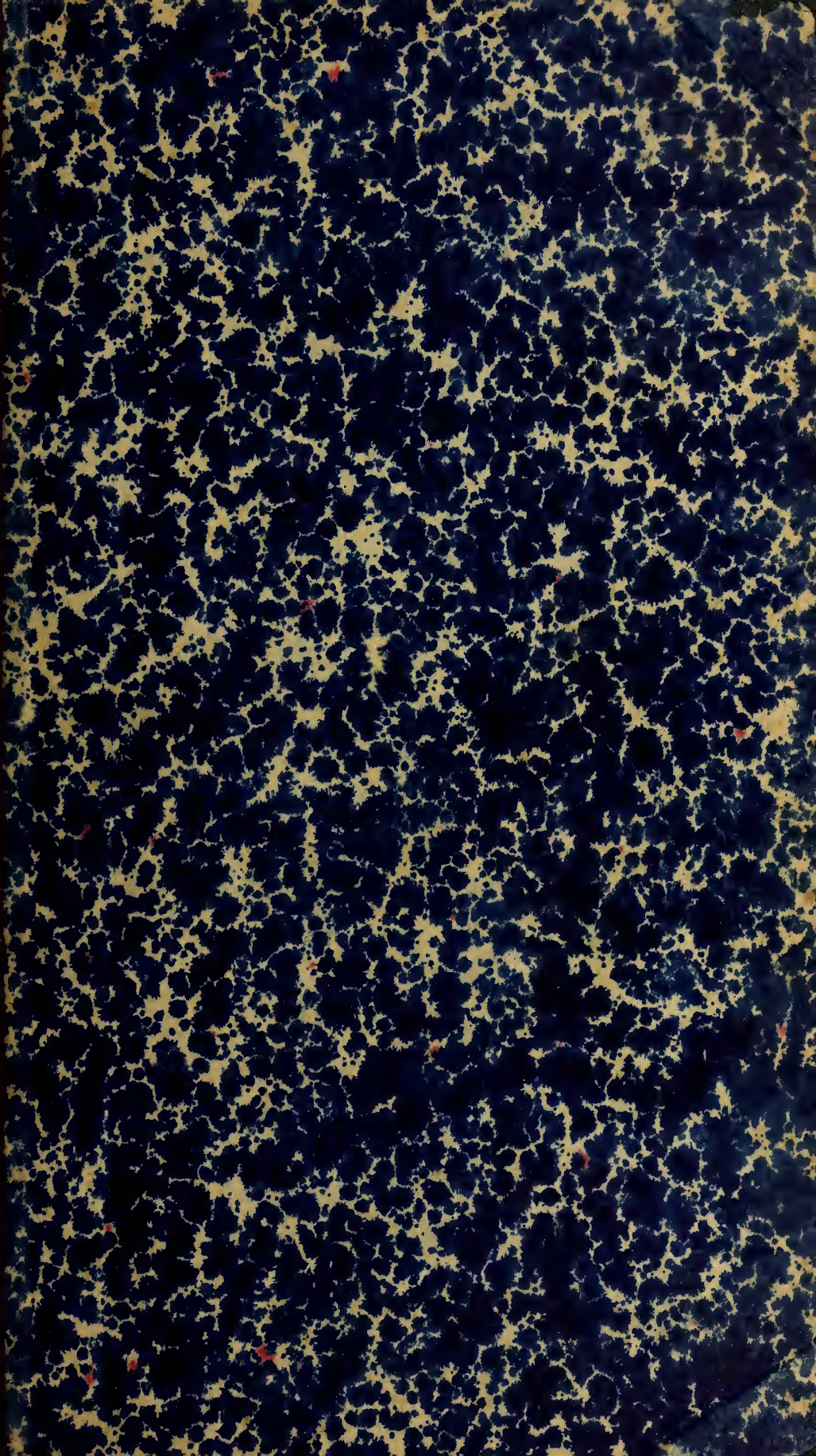

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

AP63
.C7
Ano 12
Tomo 35
1924

DEMCO

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513

CUBA CONTEMPORÁNEA

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/cubacontemporane35vela

BUO
J6
AP63
.C7
año 12
tomo 35
1924

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
MARIO GUIRAL MORENO

AÑO XII

TOMO XXXV
(MAYO A AGOSTO, 1924)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
CUBA, 52
LA HABANA
CUBA

REDACTORES:

Carlos de Velasco.
(† 1º febrero 1923.)
Julio Villoldo.
José S. de Sola.
(† 6 febrero 1916.)
Max Henríquez Ureña.
Ricardo Sarabasa.
Leopoldo F. de Sola.
Francisco G. del Valle.
Enrique Gay Calbó.
Dulce Mª. Borrero de Luján.
Alfonso Hernández Catá.
Luis Rodríguez-Émbil.
José Antonio Ramos.
Bernardo G. Barros.
(† 20 mayo 1922.)
Emilio Roig de Leuchsenring.
José Mª. Chacón y Calvo.
Arturo Montori.
Carlos Loveira.

Cuba Contemporánea

AÑO XII

Tomo XXXV. La Habana, mayo 1924. Núm. 137.

MEDIO SIGLO DE HISTORIA COLONIAL DE CUBA

CUANDO hace cerca de seis meses leí el admirable libro del Sr. José Antonio Fernández de Castro, *Medio Siglo de Historia Colonial de Cuba,* Cartas a José Antonio Saco, ordenadas y comentadas (De 1823 a 1879), experimenté una satisfacción vivísima. Ahora, cuando he vuelto a leer la obra, aquella impresión primera se ha reproducido con más fuerza, si cabe.

El Sr. José Antonio Fernández de Castro ha compuesto un libro sólido, fuerte, rico en sugestiones. Sin duda, ha sido pensado y escrito con la tenacidad laboriosa que es el fruto de una bien determinada vocación, pero al mismo tiempo con ese impulso vivo y entusiástico propio de una inteligencia juvenil y audaz, aguijoneada por un patriotismo fervoroso y ardiente, que se lanza en pos de una verdad presentida y amada para mostrarla y proclamarla como una ejecutoria gloriosa de dignidad y de honor para los cubanos.

El libro es notable en todas sus partes: por el método que ha presidido su composición, la oportunidad y la claridad de las notas, el sólido saber que acredita sin alardes de vana erudición, la utilísima tabla biográfica de los corresponsales de Saco, de una concisión digna de los mayores encomios, la tabla alfabética de las principales personalidades citadas en la obra, el cuidado de la par-

te tipográfica y, finalmente, lo apropiado y bello de la presentación general de la obra, cada uno de cuyos detalles ha sido atendido y cuidado con inteligencia, celo y amor. En una palabra, es un libro que acredita vocación, preparación, robustez de inteligencia, sinceridad patriótica en los fines y en los propósitos, amor ardiente a la verdad y a la belleza. Para mí, aparte de una hermosísima realidad, ha sido desde el momento en que hube de leerlo, una brillantísima promesa. Creo que la historia de Cuba tendrá en el Sr. Fernández de Castro uno de sus investigadores más capaces y uno de los expositores de más fuerte y sólido talento. No construirá en el aire ni se perderá en el detalle nimio e insignificante. Buscará documentos, los analizará inteligentemente, los agrupará con método y no considerará que con eso queda hecha la historia; los utilizará para generalizar y fijar el carácter de un personaje, de un acontecimiento, de una época, el movimiento de la ideas, la transformación de los sentimientos, el motivo secreto de las determinaciones colectivas, la marcha general de la evolución política, en la cual mantiene de preferencia fija su atención, en razón acaso, de su temperamento o de influencias de ambiente y de escuela. Paréceme que la historia no será para el Sr. Fernández de Castro ni el entretenimiento inofensivo y pueril —aunque muy útil—del mero coleccionador a quien domina un instinto elemental como el de la urraca, ni un pretexto para fogosas disertaciones de pirotecnia patriótica, en las cuales acabamos por aparecer, consciente o inconscientemente, envueltos en los resplandores de gloria de un personaje o de una época. La obra del Sr. Fernández de Castro revela vocación y probidad intelectual, dos cualidades raras y preciosas en todos los tiempos. Hay en ella sinceridad y amor. De aquí su fuerza y su mérito. Es una obra llamada a durar, porque tiene raíces profundas en el alma del que la ha compuesto con talento, trabajo y sacrificio.

*

El libro del Sr. Fernández de Castro ha suscitado, que yo sepa, pocos comentarios. Me explico el hecho de diversas maneras. En primer lugar, las personas sinceramente dedicadas al estudio son un corto número en todas partes. En Cuba, esas personas, además, llevan una vida demasiado ocupada y llena de asuntos. En segundo lugar, el libro del Sr. Fernández de Castro no es de los

que pueden darse de lado con un ligero comentario. Aborda tantas cuestiones interesantes, toca tantos puntos respecto de los cuales hay que hacer aún tanta luz y fijar criterios bien definidos y claros, que plantea al aficionado a la historia de esa época este dilema: o no escribe uno sobre él o se engolfa en una serie de consideraciones y de reflexiones en un terreno todavía lleno de escollos y de obscuridades, exponiéndose a incurrir en errores de bulto y a invertir en el asunto un tiempo que se necesita con urgencia para los menesteres diarios, a despecho de que la afición nos tire y nos incite a lanzarnos al campo favorito de nuestras más agradables tareas intelectuales. De los que no escriben por hacer silencio alrededor de una obra de mérito, por envidia monda y lironda, no quiero hablar. No merecen, ciertamente, que se les tome en cuenta. Lo mejor es ignorarlos.

En lo que a mí concierne, declaro que el libro del Sr. Fernández de Castro, ayudándome a penetrar hasta el pensamiento íntimo de los cubanos más representativos de la época, me ha reafirmado en ciertas conclusiones a que había llegado respecto de la marcha general de las ideas políticas y de los sentimientos dominantes en Cuba durante el período que la obra comprende y me ha hecho apreciar aspectos nuevos para mí, en lo que toca a la actitud y al modo de proceder de varios de los cubanos que en él se destacan. Hasta el momento en que escribo, debo apresurarme a hacerlo constar, no he hecho un estudio a fondo, en la medida en que me es dable realizarlo, de la historia de esos años. Mis conclusiones, que son muy sumarias, están expuestas en mi obrita *Historia Elemental de Cuba.* Son provisionales y se hallan, por consiguiente, sujetas a posteriores retoques y rectificaciones. No es sobre ellas, sin embargo, sino sobre la actitud, el proceder y las miras de Saco y de sus corresponsales, sobre lo que el libro del Sr. Fernández de Castro me sugiere puntos de vista llenos de interés, como ya he dicho. Expondré aquí algunos, a reserva de estudiar la materia de una manera completa, si puedo, más adelante.

En el primer período que estudia el Sr. Fernández de Castro, los cubanos, en general, se manifiestan animados de lo que yo llamaría, en relación con la época, *un espíritu de liberalismo constitucional.* El ideal de Independencia, aunque germinaba en algunos espíritus aislados, y trataba de ser importado desde las tierras

del Continente, sublevadas y en guerra contra España, no era, a mi juicio, por el momento, el de la opinión cubana, tomando por opinión cubana la de la clase más numerosa, culta y responsable del país. Cuba tenía muy fuertes motivos para no desear lanzarse a aventuras que provocaran desórdenes interiores. El "desastre del Guarico", como se designaba entonces a la sublevación de los esclavos franceses de Haití, desastre que se consumó totalmente de 1790 a 1800, era muy reciente. La catástrofe haitiana llenó de espanto y al mismo tiempo enriqueció a Cuba. Los países del Continente, que se sublevaron contra España, no habían tenido a sus puertas una hecatombe semejante ni tenían por qué temerla, ya que los esclavos negros eran en todos ellos un corto número. Un temor muy justificado y legítimo respecto de la seguridad de sus familias y un deseo muy justificado y legítimo también, de conservar y aumentar su bienestar personal y su fortuna, alejaban a los cubanos de aspiraciones políticas aventuradas. La Independencia, si es que algunos pensaban en ella salvo ciertos precursores idealistas, parecía un sueño muy lejano, una utopia irrealizable. Los cubanos de 1790 a 1840 no eran hombres dados a fantasear, sino de muy sólido sentido práctico. Don Francisco de Arango y Parreño es un tipo bien característico. Eran sí, de esto no cabe duda, hombres de ideas y de convicciones liberales dentro de su época. En cuestiones de comercio eran enemigos del monopolio y de los asentistas, de las leyes que prohibían el comercio extranjero y de los aranceles proteccionistas. En cuestiones de impuestos, combatían todas las cargas que abrumaban al veguero, al criador, a la producción en general, pues entendían que la misión del Gobierno no era esquilmar a los súbditos sino promover el bienestar de éstos. Favorecían el empleo de métodos y procedimientos científicos en la industria y en la agricultura, y, por consiguiente, eran partidarios de la difusión del saber y de las luces. Se hallaban animados de un deseo vivo de mejorar los servicios públicos, aportando a ello su contribución personal, y anhelaban garantías y respeto para sus personas, sus bienes y sus ideas. Excepto en lo tocante a la esclavitud, puede decirse que en todos los restantes órdenes, manifestaban un sano liberalismo, nutrido de espíritu práctico, de sentido común y de deseos de cooperar al progreso y al bienestar general de la sociedad de que formaban parte. Había

en casi todos ellos un gran fondo de idealismo, pero de un idealismo práctico, con las raíces firmemente hundidas en la realidad de su tiempo y de su época. Un idealismo netamente constructivo y conservador, aunque esto último parezca paradójico.

Estos hombres aplaudieron o gestionaron y pusieron en práctica ellos mismos, cuantas medidas de sentido y alcance liberal fueron dictadas en los últimos años del siglo XVIII y principios del XIX; celebraron y acogieron con júbilo la Constitución de 1812 y lamentaron la reacción absolutista que la echó por tierra en España y en Cuba poco después. Cuando Saco empieza a figurar en la vida pública, estas tendencias dominaban aún y el ilustre hijo de Bayamo se sintió influído por ellas. Los cubanos eran entonces, más que nada, *constitucionalistas,* dentro del Estado español.

En tal virtud, el restablecimiento de la Constitución española en 1820, suceso ocurrido unos tres años antes de la fecha en que comienza el libro del Sr. Fernández de Castro, despertó un gran entusiasmo, no menor que el de 1812, entre los cubanos. Los motivos son bien patentes. Los diversos factores que desde 1790 venían influyendo en el desarrollo material del país hicieron sentir también su efecto en otros órdenes de la vida social. El impulso de renovación y de progreso que se había manifestado desde la última decena del siglo y que tuvo su más brillante representación en lo individual en Don Francisco Arango y Parreño y en lo colectivo en la Sociedad Patriótica de Amigos del País, del terreno puramente económico se había extendido al de la educación, las artes, las ciencias y la política. La gran mayoría de los cubanos en 1820, era una clase muy dispuesta para la aceptación de las ideas y los principios liberales.

Las lecciones del Padre Varela explicando la Constitución —primera cátedra de enseñanza cívica establecida en Cuba— atraían un concurso numeroso. La prensa se multiplicaba y discutía todas las cuestiones, hasta la de la Independencia. La milicia nacional se nutría con elementos cubanos liberales. Las elecciones resultaban ardorosas y reñidas. En Santiago de Cuba, los repetidos ultrajes de que se hacía objeto al modesto monumento erigido en la plaza pública en honor de la Constitución, realizados en la sombra de la noche, provocaban reiterados y resonantes actos de desagravio, en los cuales tomaban parte el ayun-

tamiento, la milicia nacional y el pueblo, celebrándose ceremonias cívicas con procesiones y discursos. Las manifestaciones del espíritu liberal eran innegables en todas partes, y la Constitución tenía fieles y numerosos devotos, que la consideraban como una panacea maravillosa para todos los males públicos. La Constitución cesó de regir en 1824, gobernando Vives, en circunstancias muy críticas para Cuba, pero su supresión no determinó un movimiento de animadversión contra España. Los liberales cubanos no vieron en ello sino la obra despótica de las tendencias reaccionarias que imperaban en Europa.

El absolutismo le había sido impuesto a España por el Duque de Angulema, en nombre y representación de todos los déspotas del Viejo Mundo. El espíritu lbieral cubano no tuvo, por consiguiente, ninguna razón para manifestarse hostil a España, que soportaba, como Cuba, el mismo yugo impuesto a la fuerza. El absolutismo de Cuba, pensaban ellos, no era más que una consecuencia del despotismo impuesto a España. Cuando la Constitución se restableciera en la Metrópoli, en Cuba habría de nuevo libertades. Todo era cuestión de tener paciencia y esperar.

El liberalismo constitucional continuó, por consiguiente, vigoroso, lleno de alientos y de esperanzas aunque obligado a reprimirse. En esa época lejana es, como hemos dicho, cuando comienza el libro del Sr. Fernández de Castro. ¿Qué hacen los cubanos liberales durante el paréntesis que la reacción ha impuesto al régimen constitucional? El Sr. Fernández de Castro lo dice en la parte de su obra que titula, algo impropiamente, a mi juicio, *La Formación,* pues ésta habría que retrotraerla algunos años más atrás. Unos escriben sobre problemas de interés general o sobre cuestiones literarias y científicas, contándose en primera línea Saco, que compone algunas de sus famosas *Memorias.* Se publica la *Revista Bimestre.* Surge la idea de la Academia Cubana de Literatura. Se labora en la Sociedad Económica y en la Junta de Fomento. Se fundan escuelas y se enseña en ellas. Se viaja para nutrirse de ideas y de conocimientos útiles a la patria, siguiendo el ejemplo de Arango y Parreño y del Marqués de Casa Montalvo. Se trabaja en los cafetales, las vegas y los ingenios, tratando de renovar los procedimientos de la agricultura y la industria. Se ejerce el Derecho y la Medicina.

Todos aguardan el momento en que España, y con ella Cuba, se libren de la férrea mano del absolutismo. En lo tocante a lo porvenir más remoto, ya se verá, cuando llegue el momento.

Varios años se pasan en esta espera, y cuando al fin se establece el Estatuto Real en España, a pesar de que no satisface las aspiraciones de los cubanos, la noticia produce profundo regocijo, al extremo de que hombres de ideas tan liberales como Don Tomás Gener, ven en el Estatuto la señal "de nuestra rehabilitación política". La satisfacción de los cubanos se amengua mucho cuando las prescripciones del Estatuto se extienden a Cuba con recortes y mutilaciones, y surge un profundo movimiento de disgusto y de sorda protesta, al nombrarse Capitán General de Cuba a Don Miguel Tacón, disgusto que se justifica y se acentúa con el proceder despótico de éste. No obstante, cuando en 1836 se restablece la Constitución en España, el júbilo es extraordinario, en la seguridad de que se hará extensiva a Cuba. Ese júbilo llega a sus manifestaciones más extremas, cuando los elementos liberales triunfan en las elecciones de Diputados, enviando a las Cortes a Saco, el más vigoroso campeón del liberalismo. Las esperanzas de los liberales cubanos son inmensas en aquel momento y se sienten llenos de ardor y de brío para hacer triunfar sus ideas.

*

Aquellas grandes esperanzas resultaron fallidas, como sabemos, en virtud de la influencia nefasta de Don Miguel Tacón. Una cláusula de la nueva Constitución dispuso que las provincias de ultramar se regirían por leyes especiales. Saco y sus compañeros no fueron admitidos en las Cortes. Cuba fué echada fuera de la comunidad española y quedó sometida a un régimen despótico, sin libertades ni garantías. Los cubanos cesaron de ser ciudadanos españoles para convertirse en colonos, relegados a una condición inferior. Para honra nuestra, sabemos que nuestros mayores jamás se resignaron a la condición vergonzosa y servil que se les impuso, ni nunca olvidaron la afrenta, la cual labró un abismo entre opresores y oprimidos.

El dolor y la indignación de los cubanos fueron inmensos entonces. Saco lanzó sus tremendas protestas y se captó, con su

actitud valiente y viril, la admiración y el cariño de los suyos, en términos que harán sobrevivir esos sentimientos a los grandes desacuerdos futuros. Pero todo fué inútil. La política anticubana de Tacón quedó triunfante.

Varios años de desconcierto y de estupor siguieron a "la escisión de Cuba", entenebrecidos por las cuestiones relativas a los negros y el fusilamiento de *Plácido*. Pasados esos años, la opinión cubana reacciona y comienza a dar señales de vida, manifestándose en tres tendencias distintas, un tanto borrosas e imprecisas: la de los partidarios de la Independencia, a quienes daba razón la política cubana de España; la de los anexionistas, partidarios de la unión con los Estados Unidos, y la de los que creían posible la reconciliación con España y la obtención de justicia y libertad para Cuba dentro de la comunidad española.

Los anexionistas representaban el grupo más numeroso, más decidido y con mayores medios de acción. El grupo anexionista era muy complejo. Había en él anexionistas puros, como *El Lugareño,* quienes decepcionados ante el espectáculo de revoluciones, tiranías y egoísmos de las antiguas colonias españolas erigidas en Repúblicas, no creían ya que la Independencia fuese una solución y abogaban por una labor americanizante y desespañolizadora, si se nos admiten estos términos. Estos anexionistas ponían su ideal de libertad más alto que su nacionalismo, usada esta palabra en el sentido que hoy le damos en Cuba. Había también anexionistas entre las gentes acomodadas, ganosos de libertad y de autoridad para los cubanos de su clase, que hacían compatibles estas aspiraciones personales con la conservación de la esclavitud. Éstos buscaban en la incorporación de Cuba a los Estados Unidos libertades civiles y políticas de que carecían, y al propio tiempo, fuerza que les garantizase la tranquila y pacífica posesión de sus bienes y sus esclavos. Casi todos eran hacendados y gentes adineradas de cierta cultura—una suerte de aristocracia colonial bastante ilustrada—irritados contra España que los vejaba, colocándolos bajo la férula de funcionarios civiles y militares de condición inferior. Como amos de esclavos que eran, siempre estaban temerosos, además, de que Inglaterra impusiese a España la abolición de la esclavitud. José Luis Alfonso, a quien tan mala voluntad manifiesta el Sr. Fernández

de Castro, es el tipo específico de esta sección del anexionismo. Otro tipo, menos liberal y más egoísta, es Don Tomás Pío Betancourt, cuya manera de pensar expone *El Lugareño* en una de sus cartas a Saco. Por último, hubo momentos, del año 1850 al 1855, en los cuales quizás fueron anexionistas los grandes caciques negreros, los corifeos del "partido catalán", exasperados ante la posibilidad de que la influencia inglesa triunfase en España, e impusiese, no sólo la represión del contrabando de negros, sino la abolición radical de la esclavitud. Ante la ruina de sus negocios y el quebranto de su poderío, la anexión—y hasta quizás la independencia, siempre que dominasen ellos—hubieron de parecerles tal vez soluciones aceptables. Aunque obraban arrastrados por la soberbia y el despecho y movidos por motivos egoístas principalmente, acaso en el fondo los impulsaba un españolismo ancestral instintivo, respirando odio al inglés, el enemigo tradicional de España, la cual, en ciertos momentos de mediados del siglo, parecía dejarse dominar por Londres. Esta tendencia en el campo negrero y absolutista, si es que llegó a existir, duró poco y desapareció con las causas que la habían hecho nacer. La decisión de las Cortes españolas de 1855 a favor de la conservación de la esclavitud y la disminución de la influencia inglesa en España los tranquilizó por completo. Es probable que el General Concha y Don Ramón Pintó tuvieran algo que ver con este tipo de anexionistas. Trátase de un punto obscuro de nuestra historia que requiere investigación.

*

Saco no simpatizaba con las ideas de ninguna de las tendencias anexionistas. Amaba a Cuba tal como ella era y no se resignaba a que perdiese su fisonomía y su carácter cubanos, ni aun para adquirir de manera inmediata la libertad. La libertad al precio de la *desnacionalización* le parecía demasiado cara, abominable. La libertad era para él un medio de engrandecer a Cuba, haciéndola más próspera y feliz, sin destruir su abolengo ni renegar de su historia, y de su personalidad. Él aspiraba a ser un *cubano libre,* no un anglosajón libre. Antes que renunciar a ser cubano, se resignaba a renunciar, por el momento, a la libertad. Pensando y sintiendo así, no podía ser anexionista

a la manera de *El Lugareño.* No tenía motivos para serlo, tampoco, al modo de José Luis Alfonso ni de Tomás Pío Betancourt. Como la Independencia no le parecía, por el momento, ni conquistable ni posible, y era enemigo acérrimo del régimen absolutista, tenía que figurar, necesariamente, como Del Monte, entre los que aspiraban a llegar a un acuerdo con España. Saco, el más formidable enemigo del régimen español tipo Tacón, resultaba ser en el terreno de los principios políticos, en virtud de su profundo cubanismo, el más español de todos los cubanos liberales.

Cuando Saco, desterrado en París, supo que los anexionistas se preparaban para la acción y fué invitado a acaudillarlos, se dispuso a arremeter contra ellos, con toda la convicción, la fuerza y la pasión que hubo de poner siempre en sus escritos polémicos. *El Lugareño* y Alfonso tratan de contenerlo a toda prisa, sabiendo lo que pesan las opiniones de Saco, mientras que Del Monte le estimula, le proporciona datos y le alienta. ¡Qué admirables las cartas que ha coleccionado el Sr. Fernández de Castro en su libro correspondientes a esta época! ¡Cómo se aprecian en ellas los tremendos conflictos que se presentaron entonces a la conciencia cubana, obligada por la fatalidad a escoger entre tan opuestas vías! ¡Qué irreducibles contradicciones! *El Lugareño* no concibe que Saco, el cubano a quien tanto ama, a quien tanto admira, cuya grandeza de alma y de inteligencia conoce, se coloque al lado de la opresión y del despotismo, por una mera cuestión de "nacionalidad" a la cual el prócer camagüeyano concede muy relativa y escasa importancia. Saco, a su vez, reprocha a los que piensan como *El Lugareño* o como Alfonso, que se dispongan a sacrificar la *nacionalidad cubana,* lo porvenir de la patria, a un frenético e irracional deseo de libertad inmediata o al propósito mucho más bajo de garantizarse definitivamente la posesión de sus esclavos. Las cartas de *El Lugareño* son un grito de indignación y de dolor. ¡Qué pasión, qué elocuencia, qué grandeza hay en ellas! ¡Y qué nobleza de alma la del prócer camagüeyano, que sabe guardar todos los fueros del respeto y del cariño al amigo, aun en los momentos en que combate con más desesperada energía las ideas de éste. *El Lugareño,* sin embargo, no se engañaba a sí mismo. Veía la tra-

gedia de su vida, dadas las contradicciones irreducibles frente a las cuales se encontraba, y veía igualmente la tragedia de la vida de su amigo del alma, ocasionada por idéntica circunstancia. Se hallaban condenados a una común desgracia; él lo comprendía muy bien. Hay en muchas de sus cartas, la expresión de un dolor tremendo, de una angustia desesperada, que se resuelve, al fin y al cabo, en frases cariñosas al amigo; son, a veces como un sollozo. No tengo la menor duda de que *El Lugareño* se compadecía de sí mismo y de Saco. Después de párrafos llenos de fuego en cartas extensísimas, que son en el fondo amargas recriminaciones, hay expresiones como éstas, que revelan un sentimiento más que fraternal, de un padre cariñoso: "No seas moroso en acusar recibo de mis cartas, que desde ésta, irán numeradas en la primera cara..." "Está atento a los Vapores de New York." "Procúrate introducción con el Ministro de los Estados Unidos..." Y como si temiese haber sido demasiado duro con el amigo, en algunos de sus párrafos, termina con expresiones cariñosas y bromas, con las cuales pretende disimular la pena que sabe los agobia a los dos:

Entre tanto cuídate—le dice—i consérvate que la patria i tus hermanos te necesitamos. Si te persigue el Cólera, vente para Nueva York, que una vez unidos haríamos el más lindo par de ahorcados en Cuba, i de nuestra sangre retoñaría frondoso el árbol de la Libertad de la Patria.

Yo no he podido leer sin emoción ciertas frases de *El Lugareño* en las cuales aquella alma tan viril deja entrever la honda y desoladora melancolía que la ausencia de la patria le hace sentir, melancolía que le arrastra a pensar en Saco, víctima de la misma crueldad de la suerte y que es, acaso, la causa más fuerte que templa y acendra la amistad que le profesa.

Ya Cuba es perdida para mí, como para tí... ¡Pobre Saquete! Cuanto me conduelo de tu suerte, no sólo porque te quiero, sino porque la mía es igual... ¿Y que nos haremos, Saco mío, para construirnos un nidal para la vejez?...

Pobres i expatriados, no podremos acomodarnos en el Perú i su Lima, en Méjico y su Puebla... ¡Qué viejos estamos, Saquete, i qué inútiles!

La tremenda contradicción de Saco, enemigo del régimen español establecido en Cuba, expatriado y combatido por los españoles y, no obstante, defensor de la dominación española contra los anexionistas, fué condenada por *El Lugareño* en una carta a su amigo en términos vehementísimos, de una elocuencia y una fuerza dialéctica insuperables. Aludiendo a la gran obra de propaganda educativa, cívica y política de Saco, le dice:

> Cuba te responde desde el averno donde está hundida: Predicaron todos en desierto y a sordos y que no quieren oir... Vuestras malditas predicaciones han producido frutos de muerte y condenación. Pedísteis libertad, i mis cadenas se han remachado con mayor ignominia y crueldad. Pedísteis justicia i se me ha reducido a la lei del más fuerte i a la voluntad del más bruto...

En esta posición de Saco, cuyas contradicciones aparentes apreciaba *El Lugareño,* se encontraban numerosos cubanos. En ella se hallaron después los autonomistas y se les imputó como un crímen. En ella se encuentran aún los partidarios de un cubanismo integral, que quisieran acendrar cuanto hay de digno, de valioso y de originalmente propio y cualitativo en nosotros mismos, y buscar el crecimiento, el engrandecimiento y el afianzamiento de la patria, en el desarrollo del índice de originalidad del alma cubana y del acervo de cualidades y de capacidades que el grupo primitivo, bajo la influencia del ambiente físico, social e histórico, ha ido elaborando en el transcurso de los años, marcándolos con un sello cubano inconfundible.

Saco, en cambio, seguro en la posición que sus convicciones y sus sentimientos de cubano le fijaban, ante el peligro de la disolución de la *nacionalidad cubana* en el conglomerado anglosajón, puntualizaba y condenaba la contradicción de *El Lugareño,* quien, anhelando libertad y patria, sacrificaba, al triunfo inmediato de un vehemente anhelo de justicia, el ideal futuro, la patria inmortal e imperecedera. En la actitud de *El Lugareño* había, sin duda, una contradicción más profunda e irreducible que en la suya. Era preferible una patria irredenta, a una patria libre y próspera transitoria, perecedera a plazo fijo. Estos dos modos de sentir y de entender el patriotismo no pudieron conciliarse entonces ni nunca.

Los anexionistas, aun sin poder contar con los evolucionistas de Saco y Del Monte, intentaron llevar adelante sus planes y realizaron diversas tentativas de fuerza en favor de sus ideas, más o menos mezclados con los separatistas y apoyados por éstos. Concha los venció fácilmente. Los evolucionistas o reformistas, llenaron el hueco que los partidarios de la solución enexionista dejaron al abandonar el campo de la acción, y a partir de 1862, aprovechándose del apoyo de Serrano, intentaron obtener de España libertades para Cuba.

La caída del poder de sus amigos en la Metrópoli, les hizo fracasar en 1867 y cuando vino la revolución española de septiembre de 1868, era tarde porque los separatistas estaban dispuestos a lanzarse a la guerra, para imponer la solución propia que proconizaban del problema cubano. Los anexionistas puros, del tipo de *El Lugareño,* estaban con Céspedes, porque en rigor, no se transaban con la anexión, sino en virtud de una necesidad impuesta por las circunstancias. *Cuba independiente, libre* y *feliz,* era para ellos un ideal superior a *Cuba anexada.* Los reformistas y evolucionistas como Saco, también estaban idealmente con la Revolución. Abrigaban dudas sobre la posibilidad y la viabilidad de la Independencia, pero *Cuba independiente, libre* y *feliz,* era para ellos también un ideal superior a *Cuba colonia.* De esta manera el ideal separatista fué ganando prosélitos. Cuando estalló la Revolución en Yara, los anexionistas puros se lanzaron también a la guerra, mientras que los anexionistas con intereses—tipo José Luis Alfonso—se subdividieron. Unos se pasaron al lado de España—única nación esclavista en aquella fecha—; otros se retiraron de la vida pública, para, después de abolida la esclavitud, volver a su antigua tendencia anexionista con miras, ahora, al cabotaje con los Estados Unidos. Los reformistas o evolucionistas de la escuela de Saco, tenidos por sospechosos y perseguidos por España, se pasaron en gran número al separatismo, o se colocaron en una actitud de espera, ante el esfuerzo heroico de los revolucionarios, quienes preconizaban soluciones que los reformistas consideraban irrealizables, pero de la viabilidad de las cuales se alegraban profundamente, porque la Independencia era el ideal que acariciaban en el fondo de sus conciencias, o por lo menos el que más halagaba sus sentimientos de

cubanos. Con el fracaso del primer gran esfuerzo de los separatistas termina el libro del Sr. Fernández de Castro.

Después, la historia siguió siendo la misma, con la diferencia de que, reducido el anexionismo a una proporción cada vez menor, Autonomismo e Independencia quedaron como las dos únicas soluciones cubanas, no en oposición una a la otra en realidad, sino ensayando alternativamente realizarse frente a la organización anticuada y arbitraria del régimen colonial.

La Independencia triunfó al fin y al cabo en el siglo XX, como la fórmula de unificación del pensamiento y del sentimiento cubanos, suprimiendo las tremendas contradicciones con que hubo de enfrentarse la conciencia cubana a partir de 1836. Existe, es verdad, el *plattismo,* pero ésta no es ni fué nunca una cuestión cubana, sino la imposición de una fuerza extranjera incontrastable por el momento.

En el tremendo conflicto de intereses y de pasiones en que los cubanos se hallaron colocados durante el medio siglo que comprende el libro del Sr. Fernández de Castro, las posiciones que adoptaron fueron muy varias, como acabamos de ver. Hoy, a distancia, y cuando ya los años han descubierto el arcano de lo porvenir, obscuro e indescifrable entonces, unas actitudes nos merecen mejor juicio que otras y hasta pretendemos calificar de mal patriota a éste o aquél, porque fué partidario de la Independencia y no de las reformas o de la anexión. Semejante manera de juzgar es injusta. *El Lugareño,* anexionista, es tan patriota como Saco; Saco lo es tanto como Céspedes. Todos vivieron en una época sombría, luchando contra la opresión, la ignorancia y el error. Amaban el bien, la justicia, la libertad y la patria, y pretendieron realizar sus grandes ideales por diversos caminos. El libro del Sr. Fernández de Castro tiene el mérito excepcional de que nos hace vivir en la intimidad de algunos de los espíritus más representativos de la época, y del conocimiento de los más secretos pensamientos, dolores, esperanzas y deseos de aquellos hombres nos queda la impresión rotunda y avasalladora, de que fueron cubanos de una alta calidad, fuertes por el corazón, fuertes por el talento y fuertes por el carácter. Pensar ahora sus ideas, sentir con ellos sus dolores y sus grandes anhelos patrióticos, admirar su firmeza moral, medir el

temple de su voluntad indomable, abrir nuestra mente y nuestro corazón a la potente sugestión que ejerce la fuerte personalidad de un Saco, de un *Lugareño,* de un Del Monte, es asimilarnos una parte, aunque sea mínima, de sus grandes cualidades y, por ende, hacernos más cubanos y mejores cubanos.

El libro del Sr. Fernández de Castro es un factor de esa obra de fundación y de afirmación patrióticas. Yo lo aplaudo y lo celebro, por eso, con toda mi alma.

RAMIRO GUERRA.

LA NACION Y LA PUBLICIDAD

(Ensayo leído en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, el 8 de abril de 1924, por el Sr. Jorge Mañach.)

Señores:

EL tema que me propongo nada más que esbozar en el breve espacio que vuestra atención me dispensa, pudiera resumirse en esta frase: Los beneficios que resultarían para Cuba de establecer con carácter administrativo un sistema amplio, elástico y permanente de divulgación de los valores nacionales.

A primera vista, la tesis así planteada muestra relacionarse de una manera asaz remota con los más específicos intereses de esta Sociedad Cubana de Derecho Internacional. La publicidad nacional no suele figurar, que yo sepa, en las especulaciones habituales de vuestra disciplina, ni mucho menos en sus estudios de derecho positivo. Pero, por una parte, sospecho que bastaría para justificar mi apartada elección el carácter cuasi profesional con que se me ha anunciado, pues no es de extrañar que un periodista tienda, en toda ocasión y coyuntura, a hacer valer las inefables ventajas del anuncio. Y por otra parte, explicaría también mi retraimiento de la parte más técnica de vuestra ciencia la escasa beligerancia que me da el haber apenas cursado como *amateur* en nuestra Universidad el aprendizaje que tan magistralmente conduce allí nuestro ilustre Presidente.

Esas consideraciones de orden personal bastarían, si no hubiese otra mucho más grave y abstracta, que me parece prestarle al tema una novedosa pertinencia; y es la de que, a mi juicio,

todo problema cubano de internacionalismo envuelve, en el fondo, un problema de publicidad.

Se me disculpará que invoque para sustentar ese parecer, la experiencia de algunos años de expatriación en diversos países extranjeros. Aquellos de vosotros—y serán muchos sin duda—que conozcáis la amargura del vivir lejano, lamentada en su exilio por el poeta de Florencia; los que hayáis observado melancólicamente desde otros países el hervor de ilusiones y de esfuerzos en la tierra nuestra, advirtiendo cómo las cosas más mezquinas cobraban en ella un relieve injusto, y las más trascendentales se sumían fuera de toda perspectiva nacional; los que hayáis vivido ávidamente, nostálgicamente, en el extranjero, y departido con sus opinadores indígenas, y pulsado alguna vez el desarrollo de movimientos de opinión que concernían a nuestra patria, leyendo sus papeles y comentando sus indiferencias o sus vociferaciones, sabéis tan bien como yo que el internacionalismo tiene dos aspectos: un aspecto teórico e intelectual, que se estudia en Cuba, y un aspecto cotidiano y prácticamente doloroso, que se sufre en tierra ajena.

De esos años exteriores, como de toda punzante experiencia, se deriva una enseñanza que pudiera ya haberse mostrado fecunda en realidades redentoras para el prestigio de nuestro país si no fuera que se la ha mirado hasta ahora—si es que se la ha mirado en absoluto—como algo demasiado simplista. Nuestro desmerecimiento en el extranjero se debe en gran parte a la ignorancia que el extranjero tiene de nosotros. Y el remedio para esa ignorancia—la publicidad nacional—se nos ha antojado recurso desmedido, y hasta poco serio en relación a nuestras aptitudes, y hasta un poco insolente.

Porque, en esto como en muchas otras cosas, nosotros somos irreparablemente juveniles y todo queremos solucionarlo en fuerza de abstracciones. En los pueblos, como en los individuos, el practicismo suele ser una adquisición senil o, por lo menos, una cualidad de madurez. A la tendencia teorizante que nos da nuestra juventud colectiva, ha de añadirse aquella otra que nos viene de la índole misma de nuestra raza: la tendencia que pudiéramos llamar "escolástica": la afición a resolver nuestras dificultades y a gobernar nuestras actitudes vitales de acuerdo con prin-

cipios o procedimientos abstraídos de la realidad inmediata. Así, nuestras prácticas internacionalistas han pecado hasta ahora de abstracción excesiva: han pecado—si la palabra no os enoja—de juridicismo. Celestiales debates, interminables preocupaciones de orden interpretativo o doctrinal, elucidaciones eruditas, en lo privado; y en lo oficial (dicho sea con toda la mesura posible), muchedumbre de acuerdos, notas y consultas de cancillería, tira y encoge diplomático, documentos, documentos, documentos... Entre tanto, los cubanos hemos seguido teniendo en el extranjero la misma sensación patética de desamparo ante el desconocimiento brutal de los grandes pueblos.

Esa privanza de los recursos protocolares sobre los de orden práctico ha sido una de las causas—la causa inconsciente, por decir así—de que se descuidase entre nosotros la conveniencia de organizar la publicidad nacional. Pero ha habido además, un motivo ponderado y consciente, una razón, y ésta ha de hallarse, como la de tantas otras manifestaciones de nuestra inercia, en el sonreído y casi jocoso escepticismo que de algunos años a esta parte viene minando entre nosotros el sentido de responsabilidad patria.

Abogamos porque se establezca un organismo oficial para la divulgación de los valores nacionales. En seguida, algún espíritu tropical, pregunta: ¿Pero es que existen entre nosotros valores nacionales? Y luego admitimos, como máxima concesión, que tenemos, en efecto, el azúcar y el tabaco. Somos un pueblo con una conmovedora resignación agrícola.

Sin embargo, el más elementalmente riguroso de los optimismos bastaría para convencernos de lo injustificada que resulta esa actitud de auto-anulación y de humildad insular por la cual renunciamos de antemano, a título de una pretendida insignificancia, hacer valer ante el mundo nuestras posibilidades y nuestros aportes, como individualidad histórica que somos. En realidad, lo único que hay de negativo en nosotros, porque equivale a una condena tácita de nuestro pasado libertario, es ese escepticismo que pretende encanijar nuestra voluntad y erigir el encogimiento de hombros en gesto nacional. No sólo en el orden natural tenemos valores, actuales y potenciales, cuyo conocimiento es menester difundir, sino que también en la esfera de nuestros

esfuerzos, en el campo del ideal y de la cultura, hemos realizado conquistas peculiarísimas que nos dan, por lo menos, lustre de promesa ante el mundo civilizado. No seré yo, ciertamente, quien encarezca esta idea hasta el lirismo de pregonar que vivimos en el mejor de los mundos posibles; pero sí entiendo que un somero recorrido a lo largo de nuestros veintidós años de ejecutoria nacional, descubren, en lo privado, mil títulos de orgullo y mil indicios de futura honra. Nuestro propio esfuerzo libertador, para no citar sino un ejemplo, y ese de valor ideal, fué una muestra tal de abnegación histórica que, mejor conocida en el extranjero, contribuiría no poco a reconocernos ese prestigio cuya reconquista, con títulos análogos, han efectuado en nuestro tiempo pequeñas naciones como Serbia y Rumanía.

¿Qué no será si hacemos valer además nuestras realizaciones en la industria y en el comercio, en el bienestar material y social, en las letras y en las ciencias mismas—Poey, Saco, Albarrán, Finlay, Heredia—y hasta en las disciplinas menores de los señores Capablanca y Luque?

Sí; existen sin duda en Cuba valores individuales y valores colectivos, pese a nuestras humoradas autodenigrantes. No se puede esperar de un pueblo adolescente apenas, pasos más inequívocos ni más seguros que los que nuestra patria ha dado desde que se inició en la responsabilidad histórica. Pero nuestro escepticismo impone al avance nacional un círculo vicioso que lo retarda: no abundan los valores porque no abunda el sentido trascendental de la nacionalidad, y la escasez de éste explica a su vez que no sea frecuente entre nosotros aquella personal abnegación, aquella lejana mira, aquel laborioso desinterés que hace de los individuos factores determinantes del progreso colectivo. Yo no sé si se verá claramente que este que yo llamo sentido trascendental de la nacionalidad no es otra cosa en el fondo que el orgullo de la tierra y el deseo de ponerla en noble evidencia ante el criterio extraño. Es necesario cultivar entre nosotros ese orgullo hasta hacerlo cristalizar en instituciones y organismos afines a este de la divulgación nacional de que os hablo.

Ello sería necesario aunque en realidad no tuviésemos valores nacionales que divulgar: el hecho natural de la propia existencia y de la propia potencialidad sería suficiente para justificarlo. La

publicidad no es sólo una fuerza reveladora en el mundo moderno: es, además, una fuerza creadora, porque la divulgación crea una responsabilidad y la responsabilidad un estímulo y el estímulo, a la larga, una cosecha inicial.

Pero no es necesario recurrir a esa justificación, más que consagrada en nuestros tiempos del anuncio y del *bluff,* para que se adivinen desde luego las ventajas que resultarían con el establecimiento de ese buró propagador de los méritos nacionales. La experiencia ajena, como vosotros todos sabéis, es garantía imponderable de su eficacia. El éxito de la Alemania imperial, la Alemania profundamente disciplinada, poseída, como sus estadísticas y filósofos, del más intenso sentido trascendente; la Alemania que concedía subvenciones y privilegios de todas suertes a cuantas iniciativas privadas pudiesen extender las fronteras de su influencia y de su prestigio; la Alemania proteccionista y agresiva que invadía todas las ferias y mercados del mundo, dotaba las más lejanas bibliotecas, regalaba estatuas y museos a las Universidades extranjeras, sostenía su propia prensa y editaba sus propios libros de propaganda no siempre manifiesta; el éxito fundamental de esa Alemania, repito, ¿quién dudará de que se debió en gran medida al admirable orgullo patriótico de cada uno de sus ciudadanos y a la inteligentísima política de divulgación en que ese orgullo cristalizó? Y Francia, la maestra de idealismos y de elegancias, cuando le han faltado glorias genuinas, ¿qué ha hecho sino vivir en usufructo de las viejas glorias pregonándolas amablemente? A París, ella lo ha mimado y ataviado siempre, con toda ponderación, como al más rutilante de sus anuncios; y por anunciarse celebra unos Juegos Olímpicos la nación, o envía un crucero por los mares de la Indochina con una exposición ambulante de obras de arte, o instituye premios de literatura francesa en las universidades exóticas, o nos manda a Cuba una farándula de funcionarios-histriones, que representan a Rostand y dan conferencias sobre el arte inalienable de Mme. Worth, creadora de frivolidades. No citemos a Inglaterra, que tan bien ha sabido cuidar siempre de su pose imperial y flemática por todos los mares del mundo; no citemos tampoco a los Estados Unidos, vasto superlativo de sí mismo. Pensemos, como ejemplo más afín, en la República Argentina, la media hermana de raza, en la fibra más honda de cuya conciencia nacional logró infiltrar Alberdi aquel pos-

tulado fecundo de la internacionalización como base de todo progreso americano. En nuestros países, según el pensamiento más hondo de Alberdi, gobernar era franquearse al mundo. La púber América, ansiosa de maternidad, había de desechar sus pudores virginales exhibiéndose discretamente al extranjero y ofreciéndose luego a él.

De esa política solicitante derivó la Argentina un prurito, un instinto de divulgación propia, tan eficaz que, como sabéis, hoy día a todos los "metecos" americanos en Francia nos llaman "argentins".

No quiero agraviar vuestra perspicacia deteniéndome a considerar las ventajas que reportaría a Cuba la adopción de una política análoga de exhibicionismo. Poner de relieve en el extranjero las realidades y posibilidades de nuestra tierra, sería multiplicar los alicientes para la industria y el comercio; enaltecer el prestigio del cubano en el exterior, para que no se viera tantas veces falseada nuestra personalidad y humillado nuestro decoro; sería, sobre todo, acrecentar nuestra respetabilidad en la opinión pública y, por ende, en el orden político internacional.

Yo os decía al principio que, en mi concepto, al fondo de todo problema cubano de internacionalismo había un problema de publicidad o, si queréis, un problema de ignorancia ajena. Para el resto del mundo, para los países europeos por ejemplo, aquel problema nuestro se reduciría a no pasar inadvertidos. En lo que se refiere a los Estados Unidos, nuestro problema es que no se nos advierta de mala manera, y la frase es justa en todas sus interpretaciones.

Constituye, en efecto, un verdadero truísmo en este orden de ideas, el aseverar que Cuba, por el valor relativo de sus circunstancias naturales e históricas, es un país subordinado, en el sentido riguroso de la palabra: es decir, un país pequeño, de recursos especialísimos, que no puede aspirar a autoridad o iniciativa en la política internacional, sino únicamente a la perfección y mantenimiento de su soberanía. Para expresarlo en una fórmula, el máximo ideal cubano no es el de determinar, sino el de persistir. Persistir en calidad, de nación libérrima y genuina, desposeída de autoridad e iniciativa exteriores, no como una limitación inherente o de derecho, sino como una limitación real, admitida a la fuerza de las cosas.

Poco dados en general a la utopia patriótica, nosotros hemos comprendido bien ese límite de nuestro ideal, y nos hemos plan-

teado siempre el problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos del Norte como un problema de persistencia en la finalidad y de defensa en el método. Pero lo que no se ha comprendido bien todavía es el carácter necesariamente indirecto y preventivo de esa defensa. Se ha recurrido en demasía a los medios protocolares y "juridicistas" a que antes hube de referirme y se ha descuidado, en cambio, aquellos otros recursos indirectos, recursos "efectistas", si queréis aludir así a sus fundamentos psicológicos, en que toda nación pequeña y débil ha basado siempre el juego más eficaz de su política.

Ahora bien, en lo que toca a los Estados Unidos, esos son, precisamente, los recursos susceptibles de más cabal y duradera eficacia. La democracia yanqui no ha llegado todavía al grado ideal de perfeccionamiento en que gobierno y pueblo participan de un mismo espíritu: en otras palabras, la voluntad gubernativa no siempre representa el consensus de la opinión pública, ni siquiera el de aquella mayoría que la constituyó. Pero adviértase que tampoco suele haber contraposición manifiesta entre ellos. En los Estados Unidos puede decirse que la opinión pública, certera o errada, viciada o espontánea, retiene una potencialidad determinante sobre los actos de su Gobierno; puede imponerle a éste, por la fuerza del clamor popular, la adopción o el desistimiento de una política determinada; y en general sólo están a la merced exclusiva de los mandatarios aquellos intereses de que no tiene conocimiento en absoluto, o lo tiene exacto y viciado, el grueso de la opinión.

Conquistar la opinión pública americana es, pues, (y nosotros los cubanos hemos tenido alguna experiencia de ello) decidir las actitudes oficiales de la gran República. El sentido más profundo en que debe interpretarse la democracia yanqui es esa virtualidad determinante de la opinión. Pero si esta opinión es, en los Estados Unidos, una poderosa realidad capaz de alterar en un momento dado los sinos del mundo, como ocurrió cuando la Gran Guerra, no es menos cierto que su índole psicológica y temperamental es de lo más impresionable que darse pueda. Nosotros todos sabemos de la ingenuidad y de la sanidad del yanqui como individuo. Esos mismos caracteres se traducen a la colectividad, dándose con harta frecuencia el caso de una opinión animada,

hasta en sus apasionamientos y en sus extravíos, de una ingenuidad conmovedora.

Pero hay en el pueblo americano un concepto moral, un tipo de virtud pragmática tan característico, tan cultivado y que tan hondas raigambres ha prendido en la conciencia, tanto del individuo como del grupo, que ha llegado casi a convertirse en un verdadero imperativo ético: me refiero a lo que los americanos llaman, intraduciblemente acaso, el *fair play*.

El *fair play*—llamémosle el justo trato—es la virtud deportiva por excelencia. Nada de cristianismo en ella, porque le falta, en lo hondo, la voluntad sacrificial, la disposición abnegada y metafísica. Pero sí una virtud ruda, honrada, de un egoísmo que a la vez se afirma y se limita, virtud instrumental de pueblo joven que pone, por encima de todos los conceptos abstractos de moral, el concepto práctico de la equidad ante el esfuerzo probo y legítimo de cada hombre.

¿Imaginan ustedes, señores, qué humanamente justo tiene que ser el tribunal imbuído de ese concepto si logramos exponer ante él nuestro interés con suficiente acopio de "evidencia"? En el caso de las pretensiones americanas sobre nuestra Isla de Pinos, por ejemplo, no existe en mi ánimo duda alguna de que, diafanizada nuestra actitud ante el pueblo vecino, divulgados profusamente por todos los medios a nuestro alcance los títulos que constituyen nuestro derecho, revelada al criterio doméstico de aquella nación la mercenaria repacidad de los elementos que hoy nos disputan ese derecho, la opinión pública americana reaccionaría definitivamente en nuestro favor.

Claro es que hay poderosas organizaciones de intereses en los Estados Unidos que se oponen a esta suerte de divulgaciones acerca de la América latina. La opinión americana sobre México, por ejemplo, ha estado viciada en los últimos tiempos, por los informes unánimemente tendenciosos de una prensa horra de escrúpulos y saturada de pingües antipatías; las compañías cinematográficas, afanosas de lo pintoresco y afanosas acaso también de algo más concreto que lo pintoresco, contribuyeron espectacularmente a crear en el pueblo americano una actitud de hostilidad hacia el Anáhuac desorganizado y convulso, noblemente obsedido de ideales prematuros.

Pero no es justo ni es inteligente confundir a la nación americana con algunos de sus elementos. Precisamente lo que se impone como una necesidad vital para ciertos pueblos de la América nuestra es difundir de tal modo el conocimiento exacto de nuestros problemas, que ningún interés bastardo pueda tergiversar la legitimidad de nuestras aspiraciones. Y precisamente también, por ser esos intereses tan cuantiosos como bien organizados, es menester contrarrestar su influencia mediante organismos nuestros igualmente formidables, dotados de idóneos recursos, alertas a toda oportunidad, prontos a toda discreta estratagema, ricos en facultad e iniciativa. Sólo un bien regulado sistema administrativo creo yo que pudiera llenar a satisfacción tan amplio y exigente cometido. Su preocupación exclusiva sería la defensa de la nación por medio de la publicidad y de la propaganda. Cuanto contribuyese a crearnos simpatías exteriores y a mantener las ya conquistadas; cuanto tendiera a hacer valer a los ojos del *home seeker*—del "buscador de hogar" extranjero—, las posibilidades naturales de la tierra nuestra; cuanto propendiera a la divulgación de aquellos ideales históricos que hacen veneranda nuestra nacionalidad, de aquellas circunstancias de pueblo novicio que retardan pasajeramente el esfuerzo constructivo; cuanto redundase en honor de nuestra cultura y particularmente de nuestros aportes principales al arte y al saber del mundo—la subvención de compañías, la erección de monumentos, la dotación de bibliotecas y museos en el exterior, el mantenimiento de cátedras en universidades extranjeras, la utilización efectiva de la prensa y del cinematógrafo, la exposición, la conferencia, el libro, todo esto y mucho más cuya efectividad se recomendase por sí misma caería dentro de la actuación amplísima de ese organismo de propaganda.

Si se me objetase que el mantenimiento de una institución semejante impondría al Estado una carga en extremo onerosa, yo respondería que se trata de proveer a una de las necesidades verdaderamente vitales de la Nación, y que su onerosidad habría de medirse, como la de toda política proteccionista, en relación con los beneficios que de ella se deriven. Sólo sería menester —y en esto sí pudiera fundarse una seria impugnación de orden práctico—; sólo se requeriría, digo, reglamentar de tal modo y

con tales sanciones el complicado organismo que no tuviese acceso fácil a él la corruptela a que tan expuestas están en nuestro país las actividades más dispendiosas del Estado. Pero ésta es la condición necesaria de toda acción oficial que tienda a reivindicar el decoro colectivo, y si no admitimos la perfectibilidad de nuestras prácticas interiores, mal podremos considerar la perfectibilidad de nuestra situación ante los demás pueblos de la Tierra.

CUENTOS DE JUVENTUD (*)

ETERNA NOCHE

UNAS veinticinco millas de la ciudad de Nueva York, a orillas del caudaloso e imponente Hudson, se levanta una hermosa y floreciente villa, célebre en los anales de la Historia por los diferentes hechos de armas que se desarrollaron en su vecindad durante el azaroso y largo período de la Revolución norteamericana. Se distingue, además, por sus numerosos talleres y fábricas, por la profusión de sus artísticas viviendas y por la amplitud de sus rectas calles sembradas de corpulentos y frondosos árboles.

Cerca de la población, sobre una colina desde la cual se domina un bello y pintoresco panorama, se alzaba la suntuosa morada de Mr. Brown, rico propietario que a fuerza de asiduos y constantes trabajos había logrado reunir una de las más importantes fortunas de la localidad. Pero su principal riqueza no se cifraba en los numerosos valores y fincas de que era poseedor, ni en las cuantiosas sumas que tenía invertidas en multitud de empresas mercantiles. Su más preciado tesoro, su adoración, en una palabra, el encanto y el consuelo de su ancianidad, lo constituía Dora, su hija única.

Era ésta una preciosa criatura de diez y siete años, de blancas y sonrosadas mejillas; sus ojos azules y profundos se asemejaban a las ondas del anchuroso río que a lo lejos serpenteaba; su rubia y sedosa cabellera brillaba al igual que las doradas

(*) Varios de los trabajos que forman esta selección fueron publicados en el lapso comprendido entre los años de 1903 y 1919; los restantes, aunque escritos también en ese período de tiempo, han permanecido inéditos hasta ahora en que CUBA CONTEMPORÁNEA los da a conocer en sus páginas.

espigas que en el estío crecían en los vecinos prados. Su talle, aunque desprovisto de esa soltura y esbeltez que es la característica de las hijas de los trópicos, no dejaba de ser airoso.

Pero por muchos y variados que fueran los atractivos físicos de Dora, no podían compararse a las múltiples cualidades morales de que estaba adornada. No poseía ese espíritu varonil que tanto predomina en la mujer norteamericana; por el contrario, era más bien tímida. Su carácter dulce y bondadoso y sus elevados y nobles sentimientos, le granjeaban, a poco de tratarla, el cariño y la consideración de buen número de personas.

*

Por aquel entonces, el colegio de Mr. Rogers gozaba fama de ser uno de los mejores de la población.

En ese plantel se encontraba hacía ya tiempo, cursando sus estudios, Roberto Hernández, joven procedente de Santiago de Cuba. Frisaría en los veintiún años; su tipo, marcadamente criollo, se hallaba realzado por un hermoso rostro trigueño pálido, velado por una sombra de profunda melancolía; sus ojos negros, rasgados y de extraordinaria vivacidad, delataban un carácter ardiente y emotivo, al par que una clara y despierta inteligencia; su elevada frente y una cabellera negra y abundante, daban a su fisonomía aspecto agradable y atrayente. Alto, bien proporcionado, de porte distinguido y modales finos, Roberto era lo que se llama "un buen mozo".

Dora y el joven se conocieron en un baile en el cual la muchacha hacía su presentación en sociedad. Roberto, a poco de tratarla, pudo apreciar, gracias a su penetración y bien cultivada inteligencia, la distancia grande que mediaba entre ella y las otras jóvenes frívolas e insulsas con quienes se había relacionado en fiestas anteriores.

Después de aquella deliciosa e inolvidable noche se volvieron a ver con frecuencia; Dora presentó a Roberto a sus familiares, quienes le dispensaron una entusiástica y cordial acogida, lo cual facilitó que en breve tiempo se entablara entre los dos jóvenes una franca y sincera amistad, impelidos por una mutua simpatía.

Poco después se les veía vagar frecuentemente por los pintorescos y espesos bosques de los alrededores, sin otra compa-

ñía que su alegre y sonora risa, gozando de esa confiada libertad de que sólo se disfruta en aquel privilegiado país. En muchas ocasiones solían sentarse a orillas de un pequeño lago rodeado de altos y fragantes pinos, de verdeobscuras tuyas y de añosos castaños a cuya sombra, y aspirando el balsámico ambiente, leían novelas de Walter Scott o Dickens, o versos de Longfellow, copiaban algún aspecto del bello paisaje o se hacían mutuas confidencias. Otras veces permanecían mudos e inmóviles por largo tiempo, contemplando las revueltas del río y las lejanas montañas que se divisaban entre los claros de la arboleda.

*

Roberto había sido muy desgraciado: en su más tierna infancia perdió a sus padres, quedando bajo la tutela de un pariente cercano que se condujo innoblemente con él. Creció sin el calor que proporciona el regazo materno, sin los afectos y caricias que tan indispensables suelen ser en los primeros años de la infancia; sobre todo, tratándose de un párvulo dotado de la exquisita sensibilidad de Roberto. Cuando llegó a la pubertad su espíritu se sintió invadido por una honda e incurable melancolía; amó apasionadamente a la Naturaleza, con ese fuego e intensidad de los temperamentos poéticos.

En sus horas de confidencias, Dora se extasiaba oyéndolo describir las bellezas de su país. Con voz llena, vibrante y apasionada, con ligero acento extranjero, le hablaba del cielo azul de Cuba y de sus cálidas y estrelladas noches; la transportaba en alas de su fantasía a los bosques de palmeras blandamente mecidas por la brisa, a las agrestes sierras de su provincia oriental, cubiertas de exuberante vegetación; la hacía recorrer los fragantes naranjales, los cafetales cubiertos de rojas semillas; la hacía navegar por encantadores ríos sobre cuyas aguas se inclinaban las quejumbrosas cañabravas o bambúes, y hasta lograba hacerla percibir, merced a la fascinación que sobre ella ejercía, los trinos y gorjeos de las pintadas avecillas que alegran la soledad de los montes.

Otras veces le narraba asuntos de la guerra emancipadora: episodios sangrientos, escenas de heroicidad, de crueles combates, de fieras matanzas, de incendios, de luto y desolación. Le cita-

ba caudillos indomables y valerosos, emboscadas para capturar convoyes, toma de poblaciones, famosas cargas al machete. Y la joven, pálida, temblorosa, anhelante, oía con interés y arrobamiento las reseñas de la sangrienta epopeya, que en parte le recordaban las propias contiendas de su patria contra el yugo inglés, desarrolladas muchas de ellas en los mismos lugares que en esos momentos les servían de solaz a ella y a su buen amigo.

Esas dos almas tan nobles, tan castas, tan profundamente idealistas, puestas en contacto, tenían forzosamente que vibrar al unísono, que amarse; y así lo realizaron con todo el entusiasmo y la intensidad de una primera pasión.

Roberto, debido a sus infortunios, a la enfermedad moral que de antaño le aquejaba, nunca se había enamorado, ni siquiera de alguna de sus irresistibles compatriotas. Pero al verse en un país extraño, lejos de sus más caros recuerdos y en presencia de una criatura tan bella y bondadosa como Dora, sintió que todas las sombras, todos los pesares que hasta entonces habían afligido su lacerado corazón, se disipaban a impulsos de una fuerza superior que lo llenaba de esperanzas. Se parecía a esas plantas que abrasadas por los ardores de un sol canicular y próximas a morir por falta de agua, reciben la refrescante caricia de una lluvia inesperada y florecen lozanas y llenas de vigorosa savia.

Dora también amó, pero ¡en qué circunstancias tan distintas! La existencia había sido para ella una constante primavera, sin conocer las punzantes espinas de la vida. Su niñez se deslizó en la opulencia, rodeada de cariño y de mimos; sin haber sentido jamás en su corazón el horrible frío de la soledad y del aislamiento.

Amó a Roberto porque había llegado a esa edad en que ya no son suficientes las caricias de los padres, y en que la Naturaleza, con su imperiosa voz, empuja e ese noble sentmiento. Además, la varonil e interesante figura de Roberto, el contraste que ofrecía con sus paisanos, preocupados, en su mayoría, de los deportes; sus tristes relatos y la vehemencia y el colorido de sus frases, tenían inevitablemente que impresionar su alma soñadora y juvenil.

Los dos jóvenes formaban una hermosa pareja. Al verlos atravesar los senderos que de los bosques conducían al camino

principal, tal parecía que las adorables figuras de Pablo y Virginia habían vuelto de nuevo a la Tierra.

Pasó la estación estival y llegó el melancólico y desconsolador otoño. Las aves comenzaron a abandonar las arboledas y a emigrar hacia climas más templados; las hojas adquirieron ese tinte rojizo, y más luego amarillento, que tan lúgubre aspecto da al paisaje. Los recios vendavales de octubre y noviembre se encargaron de hacerlas descender, rodar y confundirse con el polvo del camino, como al soplo de los aquilones del desengaño se ve el corazón despojado de sus más dulces y quiméricas esperanzas.

Vino después diciembre con sus helados y tétricos días, y la nieve, cual inmenso manto de armiño, envolvió toda la comarca...

*

La más intensa y profunda desesperación reinaba por aquellos días en el antes tranquilo y feliz hogar de Mr. Brown.

Dora, el ángel idolatrado, la tierna y delicada flor, acababa de expirar, víctima de imprevista, rápida y violenta enfermedad.

¡Pobre Roberto! ¿A qué tratar de describir la intensidad y magnitud de su horrible e infinito dolor?

El sufrimiento, según el decir de algunos filósofos, es patrimonio de las almas grandes; sólo ellas tienen el don de poder resistir, sin doblegarse, el cúmulo de desventuras que el implacable Destino se goza en deparar a sus escogidos.

Roberto fué uno de estos predestinados: su existencia se redujo a ver siempre tronchadas sus pocas y caras ilusiones, a vagar, como ave errante y perdida, por el inmenso y tempestuoso mar de sus recuerdos.

Creyó—¡pobre iluso!—que al fin brillaría en su eterna noche la aurora de la dicha, y sólo consiguió, tras los tenues rayos de felicidad que por un instante resplandecieron para él, que las tinieblas de su espíritu fueran más densas, más negras, más sombrías...

EL ENCUENTRO

La continua y pertinaz lluvia que caía desde por la tarde, había puesto intransitable la calle, por lo general frecuentada y bulliciosa en otros días, y en silencio a esa hora próxima a la

medianoche. El rodar de alguno que otro coche y las melancólicas notas de un piano acompañando a una voz ronca y desafinada, eran los únicos ruídos que se percibían, a más del producido por las gruesas gotas de agua al caer sobre las aceras y el pavimento.

Pocas eran las casas que se mantenían abiertas. A la puerta de una pequeña y humilde accesoria, se encontraba una mujer, una de tantas desgraciadas, sentada en un mecedor. Una lámpara de petróleo, a media luz, iluminaba la habitación pobremente amueblada y decorada con algunos sencillos cromos, que constituyen el principal adorno de tales refugios del vicio.

Mala había sido la noche. Matilde, cansada de esperar que se presentara algún visitante, empezaba ya a impacientarse. A la tenue luz de la lámpara podían verse las ajadas y marchitas facciones de una mujer que frisaría en los treinta y seis años, delgada, y en cuyo rostro, que debió ser sumamente bello, se veían grabadas las huellas del sufrimiento y el dolor, más que las del vicio.

El tiempo transcurría rápidamente, sin que nadie se presentara. Matilde acabó por cerrar los ojos, bajo el influjo de cierta somnolencia que se apoderó de ella. Pero no se durmió: por su fatigada imaginación comenzó a desfilar un tropel de dulces y lejanos recuerdos, al par de otros negros y sombríos como los celajes que en esa tempestuosa noche cubrían el firmamento.

Recordó los serenos días de su alegre y apacible niñez; su juventud con sus bulliciosas fiestas, en las cuales su belleza y elegencia eran la admiración de todos; sus apasionados amores con Alberto, y después su boda con él. Mentalmente vió también el delicioso hogar en donde gozara de tantas horas de suprema felicidad, y luego el nacimiento del hijo esperado con tanta ansiedad y que llegó a ser su adoración.

Después... ¡ay!, después Ernesto, el amigo de su marido; sus persecuciones, las luchas que ella sostuvo entre el deber y la pasión que llegó a inspirarle aquel hombre fatal... y, por último, su caída seguida de la fuga, y el abandono de cuanto había de más noble y sagrado para ella.

¡Cuántas horas de sinsabores y de amarguras tuvo que sufrir desde esa fecha! ¡Qué horribles fueron para ella los días, a

contar del momento en que aquel hombre por quien se había sacrificado y roto con todos sus deberes, la abandonó, dejándole por toda compañía la implacable voz de su conciencia que sin piedad le gritaba a cada instante: ¡adúltera, madre sin entrañas!

¡Cuán horrible fué su desesperación, cuando de regreso a la ciudad natal, y al dirigirse a su antiguo hogar con el fin de impetrar el perdón de su marido, sólo halló la noticia de la partida de éste, acompañado de su hijo!

Sola, desamparada y despreciada por todos, se entregó al vicio con el fin de olvidar; pues ya ni para la penitencia tenía fuerzas.

. . . . . .

De pronto Matilde se incorporó vivamente, interrumpiendo el hilo de sus recuerdos. Un rumor de pasos, producido por la aproximación de alguien, vino a sacarla de su ensimismamiento. En efecto, a la mortecina luz que despedía la lámpara, pudo ver de pie, en el umbral, a un adolescente, casi un niño, que parecía estar sobrecogido de un gran temor, sin duda debido a la novedad de la aventura.

Matilde, con el lenguaje especial de las desventuradas de su clase, le invitó a que entrara; y así lo hizo él, aunque algo tembloroso y confuso. Entonces ella cerró la puerta, e imprimiendo un fuerte beso en la mejilla del tímido visitante, penetró en la alcoba con la lámpara en la mano y casi maquinalmente seguida por el mancebo.

Ya en el interior, al avivar la luz del quinqué, impulsada por un sentimiento inexplicable y poderoso volvió la cabeza. Los rayos de luz cayeron de plano sobre el rostro del adolescente, poniendo de manifiesto sus bellas facciones. Matilde, al verlas, lanzó un grito, uno de esos alaridos que no brotan de la garganta, sino de lo más recondito del corazón, y loca, fuera de sí, aun a trueque de que la lámpara se inflamara, la depositó violentamente sobre un velador. Luego, encarándose con el jovenzuelo, que atónito la observaba, le preguntó con acento de suprema angustia:

—¿Cómo te llamas?

—Alberto, replicó éste.

—¡Hijo mío! ¿Y es aquí donde te encuentro?

Quiso abrazarlo, pero las fuerzas le faltaron y cayó desplomada exclamando:

—¡Expiación!

EN SUS PROPIAS REDES

El último libro de Ricardo Almanzor causó profunda impresión en todos los círculos sociales, suscitando largas y apasionadas controversias. Sus teorías sobre el matrimonio, sin ser del todo originales, eran de lo más audaz que hasta entonces se había publicado acerca de tan interesante y escabroso tema. Sin embargo, a pesar de la dureza de ciertos juicios, la crítica toda se mostraba conforme en reconocer al joven escritor una rica y privilegiada inteligencia, y su fama literaria y científica quedó desde luego asegurada. Ya nadie osaba discutir, como hasta entonces, sus poderosas dotes intelectuales.

Cierta noche Ricardo, después de terminar un extenso trabajo literario que debía aparecer en una de las más notables revistas de la ciudad, descansaba de su larga y penosa tarea mental, cómodamente recostado en un mullido diván. Absorto en sus profundas meditaciones, no oyó unos ligeros y discretos toques aplicados a la mampara que separaba su cuarto-biblioteca de las habitaciones interiores, y sólo salió de su abstracción al oír la dulce, aunque algo turbada voz de Margarita, su esposa, que le decía:

—Ricardo, ¿puedo pasar?

—Sí, replicó éste, ya he concluído de escribir.

Margarita penetró en la estancia y la luz de la lujosa lámpara eléctrica—mal velada por una pantalla—dándole de frente, iluminó su rostro poniendo de manifiesto sus bellísimas facciones.

El pálido semblante de su esposa y la interna emoción que reflejaba, alarmaron al joven escritor, quien incorporándose vivamente le preguntó con alarmada voz:

—¿Qué te ocurre? ¿Estás indispuesta?

—No Ricardo; necesito hablarte de un asunto muy grave, y eso es lo que me ha traído aquí, aun a trueque de interrumpirte en tu labor literaria.

Y acercando una butaca, se sentó lentamente junto al diván de su marido.

Éste, perplejo, la miraba con ojos ansiosos y escrutadores.

Margarita, después de pasar un pañuelo de batista por su alba frente, empezó diciendo con voz tenue e insegura:

—Serio, horriblemente serio es el asunto que me trae a tu despacho esta noche. Se trata, Ricardo, nada menos que del derrumbamiento de nuestra felicidad; mejor sería decir de tu dicha, puesto que la mía hace ya fecha que la he perdido. Titánica y abrumadora es la lucha que vengo sosteniendo desde hace algunos meses, y las fuerzas empezaban ya a flaquearme cuando la lectura de tu nuevo y sensacional libro me ha impulsado a dar este paso extremo y definitivo.

He seguido atentamente, y día tras día, las ardorosas polémicas que tu obra ha suscitado; he oído tus largas y apasionadas discusiones con los escritores y amigos que te frecuentan; tus cálidas palabras, tu verbo elocuente y persuasivo, y la entereza y convicción con que has formulado tus juicios acerca de esta materia que tan estudiada tienes y que tan a fondo pareces conocer.

Cruel e inesperado es, por tanto, el dilema que voy a plantearte, Ricardo; tu razón y tus sentimientos van a encontrarse frente a frente, en lucha abierta y despiadada...

A medida que Margarita hablaba, su voz adquiría más firmeza y energía; en cambio, Ricardo comenzaba a sentirse turbado; un inexplicable malestar había hecho presa de su persona y las extrañas palabras de Margarita resonaban en sus oídos como mensajeras de algo trágico.

Hizo, sin embargo, un esfuerzo para serenarse, y al ver que su mujer había hecho una pausa, le dijo con tono seco e imperativo:

—Prosigue.

—Te acordarás, continuó la joven, de que cuando hace cinco años me conociste, Alfredo y yo acabábamos de romper nuestras relaciones amorosas.

Tú, sabedor de ello y profundamente enamorado de mí, me declaraste tu amor. Procuré desengañarte pintándote el estado de mi ánimo; te dije que después del rudo choque que mi corazón había recibido, no me era posible dar cabida a un nuevo amor,

pues Alfredo había arrancado de mi sér mis más bellas y queridas ilusiones. No quisiste oírme; aferrado a tu idea y dominado por la pasión que te embargaba, seguiste cortejándome y tratando de vencer la resistencia que te oponía; mujer al fin, me halagaba verme amada con tan constante y firme cariño. Tu carácter serio y recto llegó a interesarme. El verte diariamente, nuestro frecuente trato, tus frases vehementes y apasionadas, el prestigio de que empezabas a gozar, y, más que nada, ese sentimiento de despecho que experimenta por lo general toda mujer que se ve abandonada por su novio, hicieron que el recuerdo de Alfredo se fuera perdiendo en las brumas y lejanías del pasado, reemplazándolo tu persona. Así fué que cuando aquella noche, la del 4 de agosto, me acuerdo, insististe con más ardor que nunca, accedí, correspondiendo a tu amoroso ruego.

Al poco tiempo nos casamos, y tu intenso y pasional cariño acabó de disipar por completo las tristes remembranzas de mi primero y desgraciado amor.

Tus triunfos literarios llegaron a interesarme vivamente, haciéndome sentir el orgullo de ser la esposa de un hombre superior, como tú.

El cariño que te he profesado, si no igual al tuyo en intensidad—pues creo que la mujer sólo ama con ardor una vez en la vida—, por lo menos era lo suficiente para que te mostraras satisfecho. Nunca me has recordado mis pasadas tristezas, mortificándome con celos retrospectivos, y no puedes imaginarte lo que he agradecido tu delicado proceder. Llegué a creer, Ricardo, que mis luchas habían terminado para siempre; cuando he aquí que éstas han surgido más implacables y avasalladoras que nunca...

Un día, estando tú ausente en tu viaje pasado, se presentó Alfredo en esta casa audazmente y de un modo brusco e inesperado. A su vista, no sé lo que por mí pasó: sentí una violenta e inexplicable conmoción; los fríos y dormidos recuerdos despertaron en mi mente con fuerza incontrastable, a semejanza de esos volcanes al parecer extinguidos, cuyas inesperadas erupciones producen espantosas hecatombes.

Resistí, no obstante, con tenacidad; dominando mis sentimientos e inclinaciones, rechacé al hombre audaz que no respetaba tu propio hogar para intentar ultrajarte y perderme. Salvé mi cuer-

po, que sólo a ti ha pertenecido; pero, a partir de ese día nefasto, mi corazón ha dejado de ser tuyo, pues la imagen de Alfredo, de mi antiguo novio, del inspirador de mi pasión de niña, se ha enseñoreado de nuevo de mi sér. He tratado de combatir ese culpable sentimiento con todas las fuerzas de mi voluntad; pero la lucha ha sido vana, inútil, estéril.

Ricardo: no puedo ya amarte como en el pasado. Si fueras otro hombre poco me importaría sacrificar tu honor en aras de mi pasión. Pero no; se trata de ti, de un espíritu tan elevado, ¡tan distinto de los demás!; y por eso, rompiendo con todo, comprendiendo lo inútil de mi ruda y cruel confesión, vengo a decírtelo porque no puedo ni quiero engañarte por más tiempo.

¿Serás consecuente contigo mismo? En el terreno de los hechos, realizarás lo que en teoría sostienes en tu último libro? ¿Seguirás sustentando que la única base del matrimonio es el mutuo y recíproco amor, y que al extinguirse éste en uno de los dos cónyuges debe romperse un vínculo que es ya inútil?

Margarita, fatigada, guardó silencio por unos instantes. Ricardo, intensamente pálido y descompuesto, se levantó violentamente del diván, y señalando la salida gritó con voz imperiosa:

—¡Sal, véte pronto; necesito estar solo!

Margarita abandonó el despacho con paso firme y reposado, y con la majestad de una matrona que ha cumplido con un penoso e ineludible deber.

Ante el hundimiento de su felicidad, al verse víctima de sus propias teorías, el joven escritor quedó anonadado, aterrado. Hay situaciones dificilísimas en la vida, en las que por poderosa y bien equilibrada que esté la razón, la mente del hombre se siente impotente para tomar una resolución.

En presencia del horrible dilema ante el cual Ricardo se hallaba colocado, sentía obscurecidas sus facultades mentales y el sentimiento sólo dominaba como dueño y señor absoluto de su corazón.

Sus ojos, vagando enloquecidos, se posaron inconscientemente sobre un libro lujosamente encuadernado, en cuyo lomo se leía en letras doradas este título: *Otello*.

A su vista, el espectro amenazador de los celos se enseñoreó de esa razón tan bien organizada, y por un momento pareció

que la victoria iba a ser suya; pues Ricardo, apoderándose de un alfanje damasquino que pendía de una panoplia, loco, fuera de sí, se precipitó hacia la salida con el propósito de acabar de una vez con la existencia de la que de un modo tan violento e imprevisto arrancaba las más caras y risueñas realidades de su vida.

Pero en el instante supremo, cuando ya parecía que la razón dominada y vencida sucumbía completamente arrollada por el ciego e irreflexivo sentimiento, se levantó más potente y altiva en el cerebro del joven pensador, quien, arrojando lejos de sí el arma de que se había apoderado momentos antes, se dejó caer en el diván exclamando con desesperado acento:

—Es verdad, Margarita; ¡hay que ser consecuente!

LA EMBOSCADA

La Naturaleza parecía adormecida en aquella cálida y hermosa noche de estío. Era una de esas noches en que reinan la calma y la tranquilidad por doquiera y en que, como dijo el poeta, "brillan las estrellas cual lámparas de un altar". La blanca carretera se encontraba desierta, y sólo las esbeltas palmeras se destacaban en la obscuridad a guisa de fantástico y silencioso ejército.

Junto a una cerca de piedra, y completamente oculto por la maleza, se encontraba emboscado desde hacía largo rato, Carlos, guardia rural del destacamento de la vecina villa.

A unos veinte metros del cercado se alzaba un humilde bohío alrededor del cual crecían varios árboles frutales, y a pocos pasos se levantaba un corral mal cubierto por algunas yaguas.

Hacia estas rústicas construcciones dirigía Carlos con frecuencia su inquieta mirada. Su cuerpo, temeroso él de producir algún ruído que delatara su presencia, permanecía inmóvil; no así su espíritu, que en aquella apacible noche se hallaba turbado por un extraño y misterioso presentimiento.

Nunca, durante su larga permanencia en las filas del ejército libertador, había experimentado sensaciones tan raras y desconocidas. Innumerables fueron las veces que se había batido durante el largo transcurso de la guerra, en muchas ocasiones corrió

el peligro de perder la vida en mil heroicas empresas; pero siempre se le veía alegre y sonriente, sin que la más leve zozobra turbara su ánimo esforzado. Al principio, los horrores de los combates le causaron gran tristeza, mas al poco tiempo se acostumbró a ellos y al fin acabaron por serle indiferentes.

¿Qué le sucedía aquella noche? Él mismo no podía darse una respuesta satisfactoria. Recordaba el desagrado con que recibió la orden de apostarse en aquel sitio, él que tanto gozaba en el cumplimiento de su deber. Por la mañana, el teniente del destacamento le había dicho:

—Carlos: tengo confidencias de que esta noche se proyecta cometer un robo en la estancia de don Antonio Rodríguez, y es preciso evitarlo a toda costa.

A las siete de la tarde salieron sigilosamente del poblado: el teniente acompañado por él y dos números más. Le habían designado el sitio en que se encontraba agazapado. Cerca de tres horas hacía que se hallaba en su observatorio, sin que hasta entonces hubiera ocurrido nada que justificara el fundamento de la confidencia. Carlos empezaba a creer que se trataba de alguno de esos falsos y alarmantes rumores que de vez en cuando se gozan en propalar los campesinos, y—¡cosa rara!—en vez de sentirse contrariado, como le había sucedido en otras circunstancias análogas, notaba que su corazón se aligeraba de algo que hasta entonces se lo oprimía con insólita pesadez.

Pero muy corto fué su descanso. A eso de las once su aguzado oído percibió un ruído que no daba lugar a dudas: alguien se aproximaba rápidamente a caballo.

En efecto, apenas transcurrieron unos minutos divisó desde su escondite a tres hombres perfectamente armados y cabalgando sobre briosos corceles.

—¡Alto!, gritó Carlos incorporándose y apuntándoles con su fusil.

Tres detonaciones le respondieron, y las balas pasaron silbando por encima de su cabeza. Él, a su vez, hizo fuego sobre los jinetes, que habiendo vuelto grupas emprendían la huída. Se oyó un lamento, y uno de los malhechores cayó herido del caballo que montaba.

Carlos saltó la cerca y, empuñando su machete, corrió hacia

el herido. La luna, que en ese momento filtraba sus rayos por entre las ramas de la arboleda, alumbraba el rostro del caído, al parecer moribundo, y a su luz Carlos reconoció sus facciones.

¡Era su hermano Alfonso, a quien no veía desde la terminación de la guerra!

A lo lejos resonaban los cascos de los caballos y de los continuados disparos de sus compañeros, en persecusión de los otros dos fugitivos.

La luna, cubierta por una pasajera nube negra, cesó de alumbrar, y Carlos, reclinado sobre el cadáver, besaba su faz, inundando de ardientes lágrimas la lívida y ensangrentada frente...

LOS DOS CONDISCIPULOS

Rafael fué el fruto de una de esas uniones que el capricho o la necesidad, más que el amor, suele formar entre seres de distinta raza. Su madre era una agraciada mulata costurera, ardiente y apasionada como las de su clase; en cuanto al padre, se desconocía, pues Juana se había negado siempre a decir su nombre.

La niñez y la adolescencia de Rafael transcurrieron azarosas y llenas de privaciones. El fatigoso e incesante trabajo de la costurera, en pleno período revolucionario, apenas alcanzaba para el sustento de ella y de su hijo, de suerte que tan pronto como éste tuvo suficiente edad, luego de salir de una mala "escuelita" de primeras letras, se colocó de aprendiz en una sastrería, propiedad de un amigo de su madre, ayudando a ésta con el mísero producto de su salario. Pero el joven mestizo no había nacido para sastre; sus aspiraciones eran más elevadas, y muy grandes sus ambiciones, para conformarse con un oficio humilde y poco productivo. Él aspiraba a algo más noble, más en consonancia con sus aficiones: el estudio lo atraía, lo fascinaba; su cerebro estaba ávido de conocimientos y todo su afán se cifraba en estudiar una carrera, en crearse una posición independiente, que lo hiciera salir de la obscuridad en que estaba destinado a vivir. Leía cuanto le era dable conseguir en librerías de lance, o mediante el préstamo que le hacían sus escasas amistades.

Un cliente de la sastrería a quien llegaron a interesar las disposiciones del joven aprendiz, le dió una carta de recomendación

que le abrió las puertas del Instituto de Segunda Enseñanza. Mucho tuvo que luchar allí; innumerables y casi invencibles obstáculos se interpusieron en su camino; pero su aplicación, energía y perseverancia vencieron tadas las dificultades, y el más completo triunfo coronó los esfuerzos del novel estudiante, quien completó brillantemente el bachillerato, después de ganar por oposición el pago de muchas de las matrículas.

En vista de sus primeros éxitos, no le faltaron nuevos protectores para que pudiera entrar en la Universidad Nacional, en cuya Facultad de Derecho se matriculó.

Una vez ingresado en ese centro docente, no dejó de experimentar amargos sinsabores: también allí tuvo que sufrir el desvío, las humillaciones que, en más de una ocasión, no le escatimaron algunos de sus irreflexivos compañeros. Pero su carácter dulce y sufrido, aunque no exento de dignidad, su constante aplicación y, más que nada, su clara y penetrante inteligencia que le hacía asimilar los más abstrusos estudios, le granjearon en pocos meses el cariño y la consideración de sus catedráticos y, poco después, la respetuosa estimación de todos sus condiscípulos, aun la de los más recalcitrantes antagonistas.

Entre éstos se destacaba uno que, desde los comienzos del curso, simpatizó mucho con él: se llamaba Eduardo y era el primogénito de una de las más aristocráticas y ricas familias de la ciudad.

A Eduardo podía considerársele como una completa negación de la ley de herencia. Descendiente de padres que alardeaban de continuo de su noble y rancia estirpe, y cuyo orgullo y desmedida soberbia de raza eran tradicionales, se distinguió siempre por la sencillez de sus costumbres y la afabilidad de su carácter. Su bien entendida democracia y la amplitud de miras de sus opiniones, siempre emitidas en alta voz, constrastaban fuertemente con las anticuadas ideas de sus progenitores. Para el joven reformador no existían blasones ni pergaminos: todos los hombres eran iguales ante la naturaleza y la ley, y muy sin cuidado le tenía la coloración de la piel de un individuo, si éste era virtuoso e inteligente. Para él el talento y la probidad eran cualidades anímicas ante las cuales se inclinaba reverentemente.

Estas teorías, expresadas de continuo y defendidas con ener-

gía y calor en el curso de ardientes y apasionadas controversias, solían acarrearle las burlas de muchos de sus compañeros, y la acre censura de casi todas las familias emparentadas o relacionadas con sus ascendientes.

Pero Eduardo permanecía impasible; se daba cuenta de la justicia de sus principios y, escudado en ellos, hacía caso omiso de tales prejuicios y convencionalismos sociales que, con gran tristeza, veía entronizados en torno suyo.

Mantenedor de estas doctrinas igualitarias, no era de extrañarse que se uniera a Rafael, a pesar de las diferencias de clase y de origen, con una desinteresada y sincera amistad. Espíritu observador, estudió a fondo el carácter de su compañero y descubrió en él tales condiciones de moralidad y de hombría de bien, que llegó a sentir por él una intensa y profunda admiración, y lo que es más aún: le reconoció una gran superioridad intelectual.

En ocasiones, comparaba mentalmente la vida de su amigo con la suya propia. Él, rico, hijo de padres de noble prosapia, mimado de la fortuna, tenía a su alcance todas las ventajas que proporciona en sociedad, tal como ésta se halla constituída, el hecho de ser miembro de una familia aristocrática y distinguida; su desahogada posición económica le permitía satisfacer cómodamente todas sus necesidades y caprichos, y dedicarse libremente a los estudios sin verse obligado a compartir el tiempo y a distraer su atención en otras tareas arduas y penosas.

¡Qué diferencia tan marcada en la vida de su amigo! Hijo éste de padre desconocido y teniendo por madre a una humilde artesana de color, había trabajado rudamente desde su más tierna infancia para abrirse paso, sosteniendo una agobiadora y cruel lucha contra los obstáculos que la naturaleza y la sociedad interpusieron en su camino, dificultades que, a pesar de todo, logró salvar y estaba ya en vías de llegar a la meta de sus aspiraciones.

Eduardo consiguió, tras obstinadas discusiones y en gracia al ascendiente que ejercía en el ánimo de sus padres, que éstos transigieran en permitir que Rafael fuera a sus habitaciones con el fin de estudiar juntos. De ese modo ambos jóvenes prosiguieron sus labores universitarias ganando cursos al par que lauros.

Cierto día, Eduardo, vencido por las fatigas de sus largas vi-

gilias de estudio y por el constante pensar de su agitada e incansable mente, cayó enfermo víctima de una gravísima fiebre cerebral que desde los primeros momentos ofreció serios peligros para la existencia del joven estudiante.

Durante todo el tiempo que duró la gravedad de su amigo, Rafael, con la venia de la familia, compartió con ésta los cuidados del paciente y las angustiosas horas de incertidumbre y de temor, que su delicado estado llegó a inspirar. Durante la larga y penosa convalecencia, se mantuvo al lado de su querido enfermo, hasta que la juventud y la vitalidad de éste triunfaron definitivamente del mal.

Adela, la única hermana de Eduardo, era una bellísima joven de diez y seis años, que había heredado todos los atributos de la orgullosa raza de sus antepasados. A pesar de su temprana edad, era altiva, seca, dominadora. Pagada de su estirpe y de sus rancios pergaminos, llena de vanidad por las cualidades físicas de que estaba dotada y no exenta de una imaginación viva y perpicaz, ejercía un gran dominio sobre sus familiares y, por ley de contraste, amaba tiernamente a su hermano, con quien sostenía largas y apasionadas polémicas en relación con los problemas de rango y jerarquía que los separaban. Ella fué la que mayor oposición demostró para que no se le diera entrada a Rafael, cuando Eduardo dirigió tal petición a sus padres.

La gravedad de su hermano fué el primer motivo de zozobra que se le presentó en su dorada existencia de niña mimada; así fué que la impresionó dolorosamente y contribuyó a que modificara sus sentimientos en relación con Rafael, al contemplar la fiel abnegación que éste demostraba en el constante cuidado de su amigo.

Para Rafael, Adela era la primera mujer joven, bella y delicada que se interponía en el camino de su vida. En las interminables noches en que velaba junto al lecho de su doliente camarada; en las tristes alboradas en que parecía que la existencia del enfermo se apagaba, Rafael, pudo apreciar las condiciones de fortaleza y de carácter de la altiva doncella, atenta a los más mínimos cuidados, y de una invencible resistencia en su nueva y ruda labor de enfermera, pues se había negado rotundamente a encomendar tal tarea a manos mercenarias. Ella era la que se

hacía cargo de las perscripciones del médico de cabecera, la que administraba las medicinas, y dirigía las múltiples y variadas operaciones que el estado del paciente requería. Además, pesaba sobre ella la abrumadora empresa de consolar a sus padres desesperados y abatidos ante la enfermedad del hijo idolatrado.

En los primeros días, Adela apenas le dirigió la palabra a Rafael; mas luego, cuando la enfermedad avanzó y el peligro se hizo más visible, lo utilizó en varias encomiendas; por último, acabó por sostener con él largas pláticas en tanto que el enfermo dormía con agitado sueño.

Cuando terminó la convalecencia de Eduardo, y Rafael regresó definitivamente a su modesto hogar, notó, lleno de dolorosa sorpresa, que la ausencia de Adela se hacía intolerable para él. Psicólogo por temperamento, comprendió que había contraído junto al lecho de su amigo, no el contagio de una enfermedad física, sino una peligrosísima dolencia moral de muy difícil curación, debido a las adversas circunstancias que concurrían en su caso. Temperamento delicado y sensible, corazón enamorado de todo lo noble y elevado, amó ardientemente y con avasalladora pasión el recuerdo de la joven aristócrata, cuyas cualidades morales pudo apreciar de cerca, en la intimidad de la casona solariega.

Dándose perfecta cuenta de lo ambiguo, de lo difícil de la situación en que se hallaba colocado, optó por lo que él estimó más prudente, más delicado, y a trueque de pasar por ingrato a los ojos del amigo, dejó de frecuentar su casa.

Eduardo, sorprendido ante la inesperada ausencia de su inseparable compañero, le escribió, y ante la evasiva y vaga respuesta que recibió de Rafael, se apresuró a entrevistarse con él. Dotado, a pesar de su juventud, de un agudo espíritu de observación, se dió cuenta, a poco de interrogar a su amigo, que algo grave, insólito, le ocurría a éste, y en presencia de su creciente embarazo y vacilación, una sospecha invadió su lúcido espíritu. Tras un hábil sondeo anímico, alcanzó a conocer la verdad en toda su extensión, y compadeció sinceramente al generoso y desgraciado camarada.

Profundo conocedor del altivo e irreducible carácter de Adela, de las rancias opiniones paternas y de la raigambre de los prejuicios que prevalecían en el seno de la sociedad a la que se ha-

llaba vinculado, comprendió, con clara intuición de la realidad, que nada le era dable hacer en beneficio del amigo a quien tanto le debía después de su abnegada asistencia. Su intervención, lejos de facilitar los acontecimientos, no habría tenido otro resultado que empeñarse en una cruel y estéril lucha de familia, de prejuicios ancestrales, fecunda en disgustos y de resultados negativos.

¡Si de él dependiera todo!... ¡Si en sus manos estuviera torcer el curso del destino!... ¡Con qué intenso júbilo llevaría a Rafael a presencia de su hermana Adela y le diría: "Aquí te traigo al hombre que puede hacerte feliz. El color de su piel es algo obscuro, pero su alma es blanca y sencilla como la de un niño. Hermana mía, ámale, házle dulce y agradable la vida, que bien se lo merece el que ha sabido levantarse de la nada, venciendo, tras dura brega, los obstáculos que la naturaleza y la sociedad han amontonado en su camino. Su norma es el cumplimiento del deber por amargo que éste sea; su divisa, la más intachable honradez y la virtud más acrisolada. Un hombre dotado de tales méritos es merecedor de tu cariño aunque tú seas más blanca que el armiño y desciendas de los antiguos y soberbios castellanos."

Pero Eduardo no tenía poder para dirigirse de este modo a su hermana, y guardó su discurso en lo profundo de su mente; nada dijo a su amigo, a quien estrechó efusivamente la mano al despedirse de él.

Al regresar a su casa, Adela le salió al encuentro y le preguntó con vivo interés:

—Oye, Eduardo, ¿por qué Rafael no ha vuelto por acá? ¿Se ha peleado contigo?...

SU RECUERDO

Clemencia concluyó la lectura de la carta que, oculta en las páginas de un libro, Rodolfo había logrado hacer llegar a sus manos, y quedóse sumida en una larga y profunda meditación. El batallar de sus ideas y recuerdos se reflejaban en su interesante rostro y en la movilidad de sus negros y chispeantes ojos.

Las ardientes y apasionadas frases de la misiva amorosa del

joven amigo produjeron en su espíritu honda emoción, evocando de nuevo en su mente tristes y muy lejanas remembranzas.

¡Pobre Rodolfo! ¡cuánto la amaba!

¡Con qué fuego y ardor le expresaba en su carta la pasión que ella, involuntariamente, había hecho nacer en aquel impresionable corazón de diez y ocho años!

Y, sin embargo, ella no podía corresponderle; decirle que lo amaba hubiera sido engañarle de un modo cruel; jugar con sus sentimientos de manera innoble, impropia de ella a quien sus veinticinco años cumplidos le vedaban esas ligerezas de coqueta. Sentía por Rodolfo un gran afecto, una viva simpatía, algo así como una mezcla de amistad y agradecimiento, de esa gratitud que toda mujer experimenta por la persona que la quiere. Pero amor.... ¡ah!, ¡eso nunca! Ella—bien lo recordaba—había amado, sí, mucho, mucho, con toda la impetuosidad de los primeros años juveniles y de su apasionada alma tropical. Su corazón conservaba un recuerdo, una querida sombra, un deseo imposible e irrealizable; pero que ella guardaba oculto en lo más recóndito de su sér, como esas flores secas que conservan, a despecho del tiempo, algo de su antiguo y embriagador perfume.

Pasaron los años; multitud de cambios y transformaciones se operaron en su existencia. Pero en su mente permanecían imborrables las imágenes, y las escenas pasadas se reproducían en su cerebro con asombrosa fidelidad.

Hacía diez años. Acababa de cumplir los quince y en aquella época moraba con su familia en una blanca y cómoda casita, construída en la cumbre de una colina, y que, vista de lejos, se asemejaba a un enorme cisne descansando de las fatigas de un prolongado viaje. En lontananza se descubría el mar, azuloso y en calma las más de las veces; gríseo y embravecido en ocasiones; y cuyas salobres brisas tanto refrescaban en los largos y ardorosos días estivales. Extensos y fragantes bosques de limoneros y naranjos crecían en las faldas de la altura, a la cual se llegaba por un angosto y tortuoso camino, casi intransitable en las épocas lluviosas del año.

Ella se encontraba en esa edad en que las más bellas quimeras y las más risueñas esperanzas invaden los espíritus femeninos. Su apasionado corazón se hallaba agitado por un tropel de vagas y

misteriosas sensaciones, y su alma estaba sedienta de algo nuevo y desconocido.

La soledad del lugar, su encantadora y poética situación, la lectura de novelas románticas, todo se combinaba para exaltar su cálida y soñadora imaginación. ¡Qué alegría tan intensa experimentó el día en que su padre anunció a la familia, reunida en torno de la mesa de comer, la llegada de Daniel, el hijo de un querido compañero de la infancia! ¡Al fin le sería dable ver un nuevo rostro, tratar a una persona desconocida, oír los relatos de ese mundo que tanto ambicionaba conocer!

Daniel llegó en una hermosa mañana del mes de junio, alborada en la que brillaba un sol deslumbrante y los pájaros regalaban los oídos con sus agudos o melodiosos trinos. Aun se estremecía ella al recordar la vivísima impresión que su vista le produjo. Aparentaba frisar en los veintiocho años; su porte era distinguido y elegante; su rostro, de facciones correctas, tenía cierta gravedad poco usual a esa edad; su frente, alta y despejada, revelaba una clara y penetrante inteligencia; los ojos, azules y profundos, de intenso mirar, despedían fulgores metálicos.

Desde que lo vió, tuvo el presentimiento de que ese hombre iba a ejercer una poderosa influencia en la historia de su vida; de que en su espíritu se grabaría, con caracteres indelebles, un recuerdo firme y tenaz.

Al poco tiempo, como temía, lo amaba ciega, intensamente, con esa muda e incontenible pasión de los primeros amores. Su carácter serio, firme y resoluto la encantaba. ¡Con qué recóndito placer le oía narrar, con voz lenta y pausada, extraña en un joven, sus largos viajes, los riesgos que había afrontado y las investigaciones científicas que llevaba realizadas!

Pero su indiferencia para con ella, alma sensible y apasionada, le destrozaba el corazón ávido y sediento de cariño. El joven sabio, las más de las veces ensimismado en sus reflexiones, la trataba con la mayor deferencia, con fría y ceremoniosa cortesía; pero jamás tuvo para ella una de esas frases de halago, de celebración, que tanto hubiera agradecido una amante niña en la aurora de su primeras emociones. Ella, ante la glacial indiferencia de él, se desesperaba: ponía especial empeño en su tocado, engalanándose con sus mejores vestidos, adornándose con las más

bellas y fragantes flores de su jardín. Daniel permanecía inconmovible, abstraído, sin dignarse dirigir el más banal piropo a su persona.

Su situación no podía ser más lamentable, pues careciendo de hermanas y amigas, no le cabía siquiera el recurso de confiar sus cuitas amorosas a una persona que, dándose cuenta de su estado anímico, la consolara; y no se atrevía a revelar aquel secreto a su buena y cariñosa madre, ante el temor de ocasionarle un grave y estéril disgusto. Luchó sola, y como desde su más tiernos años poseía un gran dominio sobre sí misma, logró ocultar a todos sus sentimientos.

La estancia de Daniel se prolongó por tres meses, durante los cuales las torturas y sufrimientos morales que ella experimentó fueron intensísimos; el único lenitivo que, hasta cierto punto, mitigaba sus acerbos dolores era poder contemplar y admirar en silencio al objeto de su amor.

El momento de la partida llegó.

Al despedirse de Daniel, sintió que las fuerzas le faltaban para sostener hasta el fin la titánica lucha en que estaba empeñada; sólo por un sobrehumano esfuerzo de su enérgica voluntad no se desmayó al estrechar la fría e indiferente mano del hombre por quien había sacrificado su tranquilidad.

¡Cuán amargo fué su desconsuelo! ¡Qué copioso el llanto vertido en la soledad de su aposento! Al menos, en tanto que duró la presencia de Daniel, tenía la dulce compañía de la esperanza, de la dorada ilusión de que, tal vez, él llegaría a quererla; después de su marcha, quedó en presencia de la dura e inexorable realidad...

Sus fuerzas físicas se agotaron rápidamente, y cayó víctima de una grave fiebre nerviosa; cuando lentamente recuperó la salud, después de una rudísima lucha contra la muerte, comprendió que su corazón no encerraba más que cenizas frías, y que nunca podría volver a amar como en el pasado. Depositó todo su cariño en su bondadosa madre, ya al tanto de la tremenda borrasca espiritual; rechazó invariablemente a los numerosos pretendientes que la solicitaron, y revistió su rostro de la seriedad que tanto gustaba a sus amistades.

Después de lo ocurrido, ¿era posible que correspondiera a

Rodolfo? ¡No! No podía ni debía hacerlo. En esta circunstancia menos que ninguna otra, debido a la diferencia de edades.

La voz de la doncella avisándole que la comida estaba servida, hizo salir a Clemencia de su melancólica y prolongada meditación. Las sombras de la noche envolvían su bien puesto cuarto de soltera; incorporóse, encendió una artística lámpara colocada sobre un velador, abrió un coquetón escritorio situado en un ángulo de la estancia y, sacando de él un cofre bellamente cincelado, depositó en su interior la recién leída carta de Rodolfo, no sin antes haberle dirigido una tierna mirada.

¿Sería que ya comenzaba a amarlo?

Quizás. ¡El corazón de los humanos encierra tantos misterios, y es tan difícil que se extinga en el de la mujer, definitivamente, la llama de la ternura!...

Clemencia alisó sus cabellos, se pasó una mota de polvos por sus ardientes mejillas, y, al entrar en el comedor, su madre pudo notar que en aquella noche sus ojos chispeaban con desusado brillo...

CARNE A LAS FIERAS

Las puertas del teatro fueron abiertas a las ocho en punto de la noche, y una multitud anhelante y sudorosa se precipitó en el interior del local, casi arrollando a los porteros.

La función de aquella noche se esperaba ansiosamente desde hacía muchos días. En círculos y corrillos no se había hablado de otra cosa en toda la semana; las invitaciones para asistir al espectáculo fueron insistentemente solicitadas, y hubo personas que las adquirieron pagando un centén por cada una.

El asunto no era para menos: una exhibición para hombres solos; el *deshabillé* de una recién llegada y célebre cupletista, revestía todos los caracteres de un acontecimiento nunca visto en nuestra *aldea grande,* ávida de nuevas sensaciones, hambrienta de platos fuertes.

El gran escándalo provocado en noches anteriores, en uno de los coliseos de la urbe, a presencia de las mejores y más honestas familias de la capital, incidente fustigado con dureza por los pe-

riódicos, había excitado sobremanera la curiosidad pública, sirviendo el hecho de colosal reclamo a la desenvuelta y audaz *divette*.

El interior del teatro ofrecía un aspecto realmente curioso: las puertas continuaban vomitando gente; el alboroto era cada vez mayor; la atmósfera se hacía por momentos más pesada, más cálida, más asfixiante. Un vapor azuloso, producido por el humo de cientos de cigarrillos y de tabacos, envolvía la luz de las bombillas eléctricas, casi obscureciéndolas; un olor acre, punzante, se desprendía de la muchedumbre nerviosa, impaciente, fuera de sí...

En los palcos se veían caras de respetables funcionarios judiciales, banqueros, profesionales de nota, catedráticos, altos empleados de la Administración, algunos de éstos tratando vanamente de recatar su presencia, tal vez temerosos del comentario mordaz de los varios periodistas de la oposición que se hallaban en el teatro.

Las lunetas no daban abasto: constantemente se suscitaban agrias disputas entre los espectadores ya sentados y los que de continuo llegaban; los acomodadores, sudorosos, desesperados y casi perdido el juicio, en vano se esforzaban por hacer levantar a unos y acomodar a los otros; los agentes de policía se encontraban perplejos, impotentes para mantener el orden, para hacerse oír en medio de aquella batahola.

Y arriba, en la *tertulia,* el cuadro era macabro: hacinados, sujetos o casi colgados de las vigas, se veían cientos de hombres de aspecto ruín y miserable, trajeados con sudadas y mugrientas camisas y pantalones rotos o remendados por distintos lugares. Cabezas lanudas, de faz negra o mestiza, con ojos blanquecinos en los que brillaba la más atroz lujuria, aparecían junto a otras, de rostro blanco, peinadas correctamente, cubiertas de grasa, signo característico de los mancebos y dependientes de tiendas y almacenes, mejor vestidos, de aspecto más limpio que el resto de aquel conglomerado cosmopolita. La gritería era ensordecedora en ese diabólico *paraíso:* las palabras, duras, insultantes, procaces; las bromas, grotescas y pesadas; las burlas, punzantes y sangrientas.

*

De pronto sonó un timbre; las luces se apagaron. La orquesta comenzó a tocar un danzón, de compases tan marcadamente africanos, que por los nervios de gran parte de los espectadores de *las alturas* corrió un sacudimiento atávico, ancestral. Sobre la tela o pantalla que cubría el hueco del escenario, el cinematógrafo proyectó una película obscena, brutal.

Durante tres cuartos de hora aparecieron ante la vista de las personas allí congregadas, todas las impurezas en sus aspectos más crudos, más abyectos, más horriblemente repulsivos; todas las degradaciones sociales en su forma más sucia y espantable desfilaron por la tela; Sodoma y Gomorra, las malditas ciudades bíblicas, se mostraron, como diabólicas evocaciones del pasado, a los atónitos, a los deslumbrados ojos de cientos de hombres del siglo XX.

En la semiobscuridad se oía la anhelante respiración de muchos pechos; enérgicas interjecciones rompían, de vez en cuando, el profundo silencio que guardaba aquella muchedumbre atenaceada por los más brutales apetitos.

Al fin, la luz se hizo de nuevo: los espectadores, a su brillo, se contemplaron horrorizados, espantados de sí mismos; a los más cultos les pareció que acababan de despertar de uno de esos sueños provocados por la aspiración del opio, que habían sido personajes de esas escenas que tan magistralmente describe Jean Lorrain, en su libro *El señor de Phocas.* Un sentimiento de vergüenza, de tardío pudor, se reflejaba en el rostro de muchos; hubo quienes se levantaron de sus asientos y, sigilosamente, casi deslizándose como reptiles, abandonaron la sala sin querer ver ya más.

A poco, y una vez pasado el estupor y sonrojo de los primeros instantes, sobrevino la reacción: renació el ruido, la barahunda se hizo más intensa, los comentarios fueron más crudos, más subidos de tono; la chocarrería llegó a su apogeo.

Se aguardaba con deleite el momento culminante: la aparición de la criatura que tantas ansias provocaba, que tal fuerza de atracción había tenido para congregar en ese sitio a una multitud tan abigarrada, tan compleja, obediente a los mismos lúbricos apetitos, a pesar de las diferencias sociales que separaban a los elementos que la constituían.

La sala se obscureció nuevamente, la orquesta preludió una música suave, lenta, de cadencias marcadamente orientales. Al levantarse el telón, apareció en escena una mujer joven, muy agraciada, casi bella, con cara de chicuela picaresca, de modales elegantes y desenvueltos. Iba ataviada a la usanza egipcia, resplandeciente de joyas, y cubierta de velos; su cuerpo, enfundado en apretada malla color de carne, ofrecía todas las esplendideces de sus bellas formas, llenas de encantos, de gracia felina, de ondulaciones de serpiente.

El público la contempló arrobado, después la prodigó una estruendosa e interminable salva de aplausos, acompañada de gritos espantosos, de verdaderos rugidos de tigres y leones en celo.

La artista dió comienzo a su canto, con voz poco extensa, pero bien timbrada y agradable. Sus movimientos fueron, al principio, lentos, acompasados,; poco a poco adquirieron una lubricidad tal, que los espectadores, enardecidos, frenéticos, se pusieron de pie, gritando cual poseídos de la Edad Media. El público de las graderías, a imitación de sus congéneres de Roma de los tiempos neronianos, que pedía a voces nuevas víctimas en el Circo, demandaba, casi exigía, la completa desnudez de la joven; otros, los menos exigentes, se conformaban con la exhibición de su busto.

El espectáculo había adquirido un tinte repugnante, salvaje; más que seres humanos, aquellos hombres parecían fieras del propio Circo romano, disputándose los miembros sanguinolentos de las vírgenes cristianas...

La cupletista, ufana, alegre, triunfadora, saboreaba su ruidoso éxito. De pronto, con gesto rápido, se despojó de sus velos, entreabrió las mallas que cubrían su torso, y dos senos blancos, eréctiles y de rosadas puntas, aparecieron a la vista de la rugiente muchedumbre.

.. ..

EN EL MUELLE

A las diez de la mañana de un claro y radiante sábado del mes de octubre, reinaba en el muelle de San Francisco inusitado bullicio. Numerosas y conocidas familias habaneras, acompañadas de un gran golpe de amigos y deudos, esperaban el remolcador que había de transportarlas a bordo del nuevo y ya puesto de moda "steamer" *República de Cuba,* magnífico barco de doce mil toneladas de porte y veintidós millas de andar, que en viaje de retorno realizaba la travesía de La Habana al puerto de Nueva York.

Apenas transcurridos tres meses de la firma de la paz en Versalles, esa paz por tanto tiempo esperada, se proyectaban grandiosas fiestas en la urbe neoyorquina; aliciente que, unido al que proporcionaba el viajar en un lujoso y rápido vapor, era poderoso incentivo para que muchas personas se hubieran aprestado a tomar pasaje en él y se dispusieran a gozar de una deliciosa y prolongada temporada otoñal.

En el muelle, todo era algazara y contento: de continuo llegaban espléndidos "autos" de los cuales descendían bellísimas damas ataviadas con preciosas *toilettes* de viaje; crecido número de jóvenes de la buena sociedad, así como algunos *chauffeurs* y pajes, portaban enormes ramos de flores que ponían en manos de las hermosas y ya sobrecargadas viajeras, algunas de las cuales se veían perplejas para llevar a un mismo tiempo bolsas, abanicos, maletines y *bouquets.*

Y de ese cálido, sucio y mal oliente recinto emanaba un intenso y sofocante vaho a mercancías averiadas, a la brea de los barcos, al acre sudor de los fatigados estibadores; emanaciones que se mezclaban al penetrante olor que se desprendía de los bien aseados cuerpos femeinos, saturados de polvos y perfumes franceses, o de los fragantes ramos de rosas que, como protesta contra esa atmósfera caliginosa e irrespirable, exhalaban sus más intensos aromas.

En tanto que aguardaba la salida del remolcador, la multitud allí congregada hablaba a gritos, gesticulaba. Los viajeros y sus acompañantes se hacían mil encargos y recomendaciones: me-

nudeaban los abrazos, los apretones de manos, las confidencias al oído, las lágrimas furtivas...

Los maleteros y porteadores de carretillas, colmadas de bultos y baúles, atravesaban por entre los grupos, casi atropellando a éste, pisando a aquél; los *chauffeurs* de los *Fords* de alquiler discutían acaloradamente, con los pasajeros, a la entrada del muelle, el importe de una carrera o la cuantía de los equipajes transportados.

Más allá, al fondo, dominando esa batahola, sobre el elevado puente de madera y acero, el sordo trepidar del tranvía eléctrico conduciendo la carga de seres poco felices, de aquellos que no pudiendo viajar ni solazar su espíritu en lejanas playas, luchan, diariamente, por la existencia en oficinas y talleres...

Y enhiesta, mutilada, con sus alvéolos desprovistos de campanas, se alzaba al costado de la amplia plazoleta la obscura torre del antiguo convento, mudo testigo de grandes cambios y mudanzas, del desfile, a través de los siglos, de tantas caravanas de viajeros.

Poco antes de partir el remolcador, cuando gran parte del pasaje se encontraba a su bordo y había ya sonado el primer silbato de salida, descendió apresuradamente de una *máquina,* una airosa y elegantísima joven, ataviada con un bien cortado traje obscuro, tocada con una elegante capota negra y calzados sus diminutos pies con unos zapatos de terciopelo de igual color, más propios para un salón que para pisar las duras tablas del muelle o los toscos peldaños de la escala de un barco.

La llegada de la retardada viajera, a quien acompañaban parientes y amigos, produjo un intenso sentimiento de admiración en muchos de los presentes. Varios jóvenes se tocaron entre sí los codos; y uno de ellos, más fogoso y expresivo que los demás, no pudo dejar de exclamar, con ruda franqueza tropical:

—Caballeros, ¡qué hembra!

La viajera era uno de esos irresistibles tipos de mujer criolla, una verdadera magnolia humana llena de aroma y vida. Alta, esbelta, de amplias y ondulantes curvas, de piernas finas y flexibles como una gacela; el rostro trigueño pálido, moteado de lunares en la mejilla izquierda; la nariz ancha y sensual, la boca agracia-

da e iluminada por una adorable y casi continua sonrisa; los ojos negros, expresivos, desafiadores...

Juzgada en detalle, tal vez no podría ser considerada como un dechado de belleza; pero al examinarla en conjunto, al fijarse en la vivacidad que la animaba, sobre todo al hablar; al considerar el donaire de sus maneras, su cuerpo deliciosamente modelado, había que convenir en que era uno de esos hermosos ejemplares femeninos que justificaban, plenamente, la exclamación del ardiente admirador.

Saludó, afectuosamente, con la mano o con expresivas inclinaciones de cabeza, a los varios amigos y conocidos que halló a su paso al cruzar, con la gallardía y elegancia de una reina, el trayecto que mediaba entre el muelle y el remolcador, y penetró en éste, seguida por la codiciosa mirada de muchos de los presentes.

A poco apareció en la toldilla llevando en sus manos, junto a un maletín de piel negra, una gran caja de bombones, obsequio de uno de sus muchos platónicos admiradores. Su faz estaba radiante; de toda su persona emanaba efluvios de alegría, de ese intenso gozo que no es posible ocultar, y que viene a ser como la cristalización de uno de esos deseos profundamente sentidos y que por fin vemos realizados.

La sirena del remolcador dejó oír un nuevo y más prolongado aviso; los marineros soltaron los cabos que lo unían al muelle, algunos acompañantes, aun a riesgo de caer al agua, saltaron a tierra, y la embarcación, con su alegre y bulliciosa carga humana, puso proa hacia el *República de Cuba,* que gallardo y majestuoso, con su penacho de negro humo, aguardaba anclado en el centro de la amplia y azul bahía.

Pañuelos, sombreros, abanicos y manos se agitaron durante varios minutos; después comenzó la marcha de aquellos a quienes, menos dichosos que los pasajeros, no les era posible ir a recrearse con la voz de Caruso, o contemplar el desfile, a lo largo de Broadway y de la Quinta Avenida, de los soldados triunfadores de las hordas del Kaiser.

La esbelta y grácil figura de la viajera se destacaba, junto a la borda, airosa como el mástil batido por la brisa...

JULIO VILLOLDO.

LA PAZ DEL MUNDO

LA OBRA DE BOLIVAR

No podrá existir una paz estable en Europa, hasta que no se constituya una Confederación de Naciones Europeas, apoyada en un ejército a las órdenes de un Tribunal Internacional...

CHARLES W. ELLIOT.

Bolívar hacía la guerra para fundar la única pas verdadera y valedera, la paz de la libertad... Su alma creó patria y enriqueció el Alma Española, el alma eterna de la España inmortal y de Humanidad con ella... Bolívar es uno de los más grandes héroes en que ha encarnado el alma inmortal de la Hispania máxima, miembro espiritual sin el que la Humanidad quedaría incompleta...

MIGUEL DE UNAMUNO.

SE puede decir que todos los más avanzados e influyentes estadistas en ambos hemisferios, están contestes en que la actual civilización se encuentra próxima a desaparecer, a no ser que se ponga un fin inmediato a las condiciones políticas existentes, condiciones que irremisiblemente nos conducen a una guerra mucho más espantosa que la que el mundo acaba de presenciar. Así lo demuestra admirablemente bien Nitti; así lo reconoce Caillaux; así lo declara Lloyd George, por no citar sino solamente tres diplomáticos de tres distintos países. Los armamentos modernos hacen que las futuras guerras no sean solamente de militares contra militares, sino que necesariamente tendrán que volverse de militares contra civiles. Son máquinas de exterminar ciudades indefensas, que es el medio más eficaz para obligar pronto al enemigo a pedir la paz.

Hasta ahora jamás ha existido la paz verdadera entre las naciones. Lo que llamamos "paz", no es sino un armisticio, como dice Kant. Toda nación derrotada pide paz mientras no tenga fuerzas suficientes para intentar el desquite. Pero ya todo el mundo está convencido de que si tal clase de paz continúa por más tiempo, arrastrará al abismo a todo el mundo civilizado. Esto lo han demostrado muchos eminentes estadistas, y los hechos lo justifican cada día más.

Por otra parte, la obra de los pacifistas ha fracasado ruidosamente. Las prédicas de León Tolstoy y de Berta Suttner—que antes tenían siquiera alguna fuerza moral—han resultado completamente inútiles, al menos en la actualidad. La defensa de la patria está por sobre toda otra consideración sentimental, y la verdadera y lógica defensa de la patria consiste en la destrucción de todo rival que pudiera constituír un peligro en lo futuro. Esto nos conduce a la conclusión de que "la verdadera seguridad consiste en la destrucción de todo otro poder en el Universo", como dice Bernard Shaw. Y como ese es el criterio de cada país, se cae en un círculo vicioso, del cual no se puede salir sino por medio de la creación de una *Confederación Internacional,* única alternativa que nos queda, si no queremos desaparecer. Los hombres parecen estar cada día más distantes de poder establecer una paz fundada en el amor de los unos a los otros. Si se toma en cuenta el progreso moral realizado por el corazón humano durante los últimos dos mil años, fácil es sacar en limpio que aun nos faltan muchísimos siglos más de evolución, antes de que la humanidad pueda llegar a establecer la paz fundada en el amor. Los hombres no se aman. Es doloroso tener que reconocerlo así, pero es un hecho que no admite discusión.

En vista de la imposibilidad en que hoy por hoy se encuentra la humanidad para fundar la paz basada en el amor; y si se tiene en cuenta la horrorosa realidad de que si continúan las cosas tal como van, la civilización tendrá irremisiblemente que derrumbarse, los hombres de Estado hace tiempo que vienen muy preocupados buscando el medio más práctico y eficaz, para resolver el problema de la paz. Ese medio consiste en la creación de una *Confederación Internacional.* Nuestros padres primitivos, a fuerza de combatir unos contra otros, se estuvieron aniquilando mu-

tuamente hasta que, convencidos de su próxima, segura y más completa extinción, resolvieron constituírse en tribus, en naciones; nombraron jefes y establecieron leyes que los obligaban a resolver pacíficamente todas sus diferencias sin tener que recurrir al asesinato colectivo. Las naciones civilizadas viven unas con otras actualmente, en idénticas condiciones a las de los salvajes primitivos, y también tendrán que constituírse en *Confederación Internacional,* si es que no prefieren desaparecer. Los pacifistas, que sueñan con la posibilidad de la paz fundada en el amor, están en un error igual al en que están los militaristas, quienes se imaginan que las guerras van a existir para siempre. Las guerras internacionales están condenadas a su próximo fin, por la biología, la filosofía y la sociología. Todo el que esté familiarizado con el estudio de la evolución social, sabe perfectamente que las guerras internacionales están destinadas a desaparecer. La paz perpetua será un hecho; mas esa paz no estará fundada en el amor, sino en la conveniencia, en la necesidad, en un convenio práctico de solidaridad entre las naciones, esto es, en la creación de una *Confederación Internacional,* único medio posible de salvar la actual civilización.

Los primeros pensadores en proponer una *Confederación Internacional* para imponer la paz permanente fueron Kant y Rousseau. Ese fué el propósito del primero en su obra *La Paz Perpetua,* publicada en 1795. Ese fué uno de los principales propósitos del segundo, en su *Contrato Social,* publicado en 1761. Mas justo es consignar aquí que la idea había sido ya esbozada, y aun demostrada en su parte más práctica e importante, en el *Tratado Político* de Spinoza, obra póstuma del más grande de los filósofos, publicada en 1677. Sin embargo, el primer estadista en llevar a la práctica esas ideas de los filósofos citados, fué Simón Bolívar, asiduo lector de aquéllos, especialmente de Rousseau.

En el año de 1813 ya Bolívar acariciaba la idea de la *Confederación Internacional,* y en 1815 manifestaba en una carta a Lafayette, lo bello que sería si el Istmo de Panamá se convirtiera para el mundo, "en lo que el Istmo de Corinto era para los antiguos griegos", y expresaba sus deseos de que se instalara en Panamá "una augusta Asamblea constituída por los representantes de todas las repúblicas". Lafayette, gran admirador de Bolívar,

aplaudió la idea, si bien es verdad que el Gobierno de los Estados Unidos parece que no se dió cuenta de su importancia. Para el año de 1824 ya tenía Bolívar formuladas las bases del Proyecto, las que se podrían condensar en estas frases: El Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes ligadas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciera el poder concervador en un *Congreso General y Permanente.*

El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos... Ninguno sería más débil con respecto a otro ni ninguno sería más fuerte que los demás.

La Confederación tendría el carácter de alianza ofensiva y defensiva...

Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En ellos encontrará el plan de las primeras alianzas que trazaron la marcha de nuestras relaciones con el universo... Esa *Confederación Panamericana* sería el primer paso para la creación, más adelante, de un Congreso al que, según Bolívar,

> todas las repúblicas, los reinos y los imperios irían a tratar y discutir sobre los altos intereses de todas las naciones del mundo... En la marcha de los siglos podría encontrarse una sola nación cubriendo el mundo: la federal. ¿Qué sería entonces el Istmo de Corinto, comparado con el de Panamá?...

En el año de 1824, siendo de hecho Dictador de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, y Bolivia, Bolívar envió misiones diplomáticas a todas las repúblicas y a algunas monarquías invitándolas a constituir la *Asamblea de Panamá,* cuyo objeto era el de imponer la paz entre las naciones, siendo, por lo tanto, el primer ensayo que se hacía de lo que más adelante había de llamarse *Conferencia de El Haya, Liga de las Naciones,* etc., y cuyo verdadero nombre debería ser *Conferencia Internacional,* o quizá *Confederación Continental.* El mismo Bolívar la llamaba *Confederación Americana,* y *Gran Congreso Federal de las Naciones de América.* Desgraciadamente, las naciones invitadas no se manifestaron muy partidarias de la idea, pues no correspondieron a la invitación con el entusiasmo que era de esperarse.

Los delegados de los Estados Unidos llegaron tarde; los del Brasil nunca llegaron. Chile sólo ofreció enviar los suyos, y la Argentina no envió ninguno. Así fracasó la *Asamblea de Panamá,* pero el autor del proyecto, que tenía el privilegio de ver más lejos que los demás mortales, conservó, hasta en los últimos instantes de su vida, la esperanza de que algún día se llevaría a cabo la obra iniciada por él. No tuvo el citado proyecto de Bolívar otro defecto, que el de haber sido propuesto un siglo antes de que la humanidad estuviese bastante adelantada para comprenderlo, y... bastante comprometida para verse obligada a aceptarlo.

He ahí una fecha que ha de hacerse memorable. Dice O'Leary:

> El 22 de junio de 1826, a las 11 de la mañana se instaló solemnemente el *Congreso de Panamá,* con la concurrencia de los plenipotenciarios de Colombia, Guatemala, México y Perú.

El Congreso no había de volver a reunirse por entonces, pero, como agrega más adelante el mismo autor citado,

> quizá en épocas más remotas los representantes de los diferentes Estados de América, más fuertes y más avanzados en civilización, se vuelvan a reunir allí bajo mejores auspicios. Entonces será su satisfacción y su orgullo reconocer que el camino que les condujo a la independencia nacional y los elevó al rango de naciones, fué trazado por Bolívar...

Los acontecimientos nos dicen cada día más claramente, que la profesía de O'Leary habrá de efectuarse en no lejano tiempo.

La llamada *Liga de las Naciones* no es sino una mala parodia del proyecto de Bolívar. La idea iniciada por este titán era demasiado grande para los débiles hombros de Mr. Wilson. La *Liga de las Naciones,* cuyos mismos autores ya comienzan a repudiarla, fracasó porque en su creación se desatendieron los principios de equidad, justicia y sentido común, considerados por Bolívar como prerrequisitos indispensables para el efecto. A las naciones de la Liga se les asignó rango de primera, segunda y tercera categorías, de acuerdo con sus fuerzas militares, contrariando así lo propuesto por Bolívar, de que ninguna sería superior a otra; ninguna más fuerte. Gracias a la Liga wilsoniana, los asiáticos japoneses, por la sola razón de sus acorazados, han

adquirido hoy más influencia y predominio en los asuntos europeos que cualquiera de las mismas naciones de segundo y tercer rango militar. Por otra parte, la Liga excluye de su seno a Alemania y a Rusia, los dos pueblos más grandes de Europa. Todo esto es absurdo, y explica fácilmente el fracaso de la Liga. Ésta no tiene fuerza moral ni material y por lo tanto carece de valor efectivo. Ella podrá servir para dirimir pleitos entre naciones débiles y derrotadas, pero su influencia no alcanza a las grandes potencias y éstas, a despecho de ella, continúan arreglando sus asuntos entre sí y mostrándose mutuamente los dientes, sin importárseles en lo más mínimo la Liga. Una *Confederación Internacional,* como lo demostró Bolívar, requiere un ejército internacional para poder imponerse. Basarse únicamente en la buena fe de las distintas naciones, es desconocer las dificultades jurídicas de interpretar la ley. Suprimid la policía en una gran ciudad, fiaos tan sólo en la buena fe de los habitantes, y tendréis lo que vale una Liga de Naciones sin un ejército internacional. ¡Es mentira que las guerras se hagan por puro capricho de los mandatarios! Cuando dos naciones ocurren al expediente de las armas, es porque cada una de ellas está convencida de tener la razón, y ello con la misma buena fe con que dos agricultores honrados se disputan un terreno colindante con sus respectivas posesiones. Lo que sucede es que en este últmo caso, el juez resuelve cuál de los dos litigantes tiene razón, para beneficio de ambos, pues la parte menos favorecida en el veredicto sale a la larga gananciosa también, porque la ley pone fin al litigio que, abandonado a los litigantes, indefinidamente, se haría eterno y traería la desgracia y la ruina para ambas partes. Piénsese en lo mucho que habría ganado la humanidad entera si cualquiera de las disputas seculares entre naciones, digamos la cuestión de Alsacia y Lorena, hubiese sido arreglada hace un siglo, por el tribunal de una Confederación Internacional... ¿Cuánto no habría ganado aquella de las dos naciones litigantes que hubiese sido la menos favorecida en la decisión? Se necesita estar ciego para no ver la necesidad imperiosa de constituír una Confederación Internacional. Como lo hemos demostrado ya en otra oportunidad, donde el derecho no tenga la fuerza en qué apoyarse, deja de ser derecho, por lo menos en la época actual. Las cosas hay que verlas tal como son.

Una Confederación de Naciones que carezca de un ejército poderoso, no pasará de ser sino una simple reunión académica sin valor, y por lo tanto inútil, tal como lo fué la *Conferencia de El Haya,* tal como lo es la *Liga de las Naciones,* y tal como lo serán todas esas reuniones diplomáticas sin fuerza, y por lo tanto sin derecho ni valor alguno.

Una Confederación de Naciones debe tener como prerrequisito indispensable la libertad de inmigración y el libre cambio mercantil entre los países que la constituyan. Y el libre cambio mercantil, que es hoy en día completamente lógico entre todos los países de raza blanca, sería un absurdo entre éstos y los de raza amarilla, porque ello equivaldría a la ruina industrial de los blancos por los amarillos. También la libertad de inmigración con los asiáticos haría de América, en pocos años, un país de raza amarilla. Bolívar previó todas estas cosas, y por eso la *Asamblea de Panamá* se constituía exclusivamente de naciones de raza blanca, de gobiernos democráticos, y de países americanos. Cierto que por tener colonias en América, la Gran Bretaña y los Países Bajos fueron invitados también por Bolívar, pero ellos sólo enviaron sus representantes más bien como "consejeros" u "observadores", mas no para formar parte integrante de la Asamblea, pues ni siquiera concurrieron a la reunión constitutiva, no obstante encontrarse ellos, para entonces, ya en Panamá. Por otra parte, Bolívar no excluye de la Confederación a las demás razas y países no americanos, sino sólo temporalmente, es decir, mientras los americanos no fuesen suficientemente numerosos y hábiles para no tener que temer a la competencia industrial ni racial de aquéllos. Así es que él prevé, para más adelante, la unión de la *Confederación Americana* con la de los *Estados Unidos de Europa* (que también fué el sueño de Víctor Hugo), y agrega que, andando los siglos, las confederaciones de Europa y América, unidas entre sí, se unirían también a las de Asia y África, quedando de ese modo formada la *Confederación Mundial.* Todo va por grados en la naturaleza; ésta no da saltos. La evolución social, que según Spencer no es sino la continuación de la evolución biológica en el hombre, no se desviará de esta regla. La evolución social, pues, irá gradualmente y no a saltos, como parece habérselo imaginado los autores de la *Liga de las Naciones.* Bolívar,

quien, valiéndome de la frase de Rodó, "con más claridad que el presente, veía el porvenir", lo tenía todo tan maravillosamente bien previsto, que hoy, después de un siglo, su proyecto se adapta a las actuales condiciones del mundo, mejor que a las de su tiempo. Bolívar fué un profeta. Todo lo dispuesto por él para la creación de una *Confederación Internacional* es tan lógico y claro, que no puede uno menos que extrañarse de que los autores de la *Liga de las Naciones* no examinaran, siquiera por mera curiosidad histórica, el proyecto del Libertador. No puedo exponer aquí, detalladamente, todas las razones que presentan al citado proyecto como la única solución de la paz universal, pues ya lo he hecho extensamente en mi tratado *La Paz Perpetua.* Por el momento sólo quiero agregar, que, refiriéndose a la futilidad de la llamada *Conferencia de Washington* para reducir los armamentos (otra reunión académica sin valor efectivo, como la Liga y como la *Conferencia de El Haya),* me decía, no hace mucho, en una carta Mr. Algernon Crapsey, presidente de la *Society for World Federation,* lo que transcribo en seguida:

> Mientras todas las naciones del mundo no se sometan a ese plan, [el de Bolívar] la paz continuará siendo un mito.

Al mundo, pues, no le quedan sino dos caminos: O se constituye la *Confederación Internacional,* tal cual la propuso Bolívar, pues de otro modo está visto que no sirve, o la actual civilización se vendrá al suelo sin remedio. Por ley de necesidad habrá de suceder así y lo sensible es que se esperen otros cien años más para hacerlo. ¿Por qué no convencerse de la verdad y hacer hoy, de buen grado, lo que más tarde tendremos que hacer de por fuerza? ¿Por qué no constituír de una vez la *Confederación Internacional* para evitarle al mundo un siglo más de agonía?

Parece que está en el destino, que la felicidad de la humanidad dependa de su inteligencia para comprender al Libertador... Ya lo dijo José Martí, el libertador de Cuba:

> ... así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y señudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer todavía en América...

¡Y en el mundo entero!—agregaría yo...

"La revolución es la paz", dijo con razón el elocuentísimo Jean Jaurés. La unión y la revolución: los dos medios más eficaces para alcanzar Paz y Libertad, el sueño de toda la vida del Libertador; pero no se le comprendió en su tiempo, y aún persiste la humanidad en no quererlo comprender. No obstante su empeño de establecer la paz en el mundo, que es el rasgo característico que le da mayor fisonomía en la historia, sus apologistas no lo han hecho resaltar en la medida que debieran haberlo hecho.

Cierto que José Enrique Rodó habla de

> la pasión ferviente con que Bolívar sintió la natural hermandad de los pueblos hispanoamericanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política,

y también pronostica que

> un lazo político unirá un día a los pueblos de la América nuestra, y ese día será el pensamiento del Libertador el que habrá resurgido y triunfado...

Mas como se ve, para Rodó la importancia del *Congreso Anfictiónico* no traspasa los límites de la "América nuestra", siendo así que Bolívar no solamente cree indispensable incluír en él a los Estados Unidos, sino que indica también la necesidad de la unión europea y hasta predice la futura constitución de la *Nación Federal* que abarcaría a todos los países del mundo.

Sin embargo, Rodó reconoce que

> la idea de unidad no era en Bolívar diferente de la de emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento.

Pero a pesar de todo, fuerza es convenir en que al tratar del *Congreso Anfictiónico* no hizo ver la importancia universal de dicho Congreso como el primer paso que se daba prácticamente hacia la paz perpetua.

Casi todo país tiene su "héroe". Mientras haya países, habrá héroes; mas "el héroe" para toda la humanidad será el que le destruya las fronteras, y esa fué la idea de Bolívar en su *Confederación de Naciones*. Juan Montalvo, el más genial de los li-

teratos de Hispanoamérica declara que "Bolívar es uno de los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos", y José Enrique Rodó, la más alta cumbre de la crítica hispanoamericana, dice que "Bolívar es el hombre más grande de América". Si es tan alto el concepto que el sesudo pensador ecuatoriano y el imparcial crítico uruguayo tienen de Bolívar, no será precisamente por haber éste vencido en Junín, ni siquiera por haber libertado a su patria, sino por algo más trascendental, por algo que concierne a todo el orbe, y ese algo, es el haber iniciado prácticamente la única forma posible de establecer la paz permanente entre las naciones. Hubo otros capitanes y otros libertadores: de ellos se diferencia Bolívar sólo en grado, pero no en esencia. Lo que establece la indisputable superioridad absoluta y esencial de Bolívar por sobre todos los demás estadistas, es el haber sido el primero en intentar, prácticamente, la única manera de crear la paz universal.

*

La grandeza de Bolívar es múltiple: Fué grande como guerrero; más grande como libertador; pero aun más se destaca su figura como estadista y pacifista. No hay discrepancia entre el guerrero y el pacifista para quien, como Bolívar, no veía nunca en la guerra un fin de grandeza y poderío, sino un medio hacia la paz. De ahí que siendo pacifista fuese también uno de los más grandes capitanes de la historia. Su genio militar batió en Carabobo a los más aguerridos ejércitos de Europa, a las legiones peninsulares victoriosas de Napoleón, no siendo por ello de extrañar que entre los trofeos capturados en aquella jornada se encontrasen cañones con la *N* y la corona de Francia. Para llegar a Boyacá, a Bomboná y a Junín, su corcel de guerra tuvo que vencer más dificultades naturales, que las que afrontara el de ningún otro capitán. En Ayacucho sus tropas deshacen, en pocas horas, la obra acumulada durante cuatro siglos por los conquistadores españoles, y un Virrey, tres Mariscales y diez y seis Generales le entregan incondicionalmente las espadas, poniéndolo en posesión del más vasto imperio colonial de aquella época. La historia no se cansa de batir palmas a dos grandes capitanes que atravesaron los Alpes. Bolívar hace campañas, no *a través,* sino *a lo largo* de la

más extensa y abrupta cordillera del planeta. Ni los intransitables llanos, ni las epidemias que diezman su ejército, ni las nieves de los escarpados páramos, logran amenguar los arrestos de su bridón de guerra; y así le vemos impertérrito, proseguir la marcha libertadora "regando de repúblicas la artesa de los Andes". Su caballo bebe agua en el Orinoco, trasmonta el Chimborazo y va a pastar a las pampas argentinas. Para redimir a los pueblos cruza mares y ríos, vence montañas y estepas tan vastas como no las viera el mismo corso en su campaña de Rusia. Ningún conquistador en la historia subyugó porción de territorio tan extenso como el que libertara Bolívar con su espada.

Ha recorrido con las banderas de la redención más mundo—dice Martí—que ningún conquistador con las de la tiranía.

Los imperios de Alejandro, César y Napoleón, habrían cabido holgadamente en la Suramérica de Fernando VII. Los mismos Estados redimidos por Washington no tuvieron la extensión de las cinco naciones Bolivianas. Tan español como el que más, Bolívar trata de llevar la revolución a España con el propósito de implantar allí la república. Para él la libertad y la paz no tienen fronteras: en esto razonaba con el honrado criterio de Don Quijote.

Como guerrero, la grandeza de Bolívar, al igual a la de todo capitán, está en la relatividad. Comparativamente no poseyó tropas tan numerosas como las de los grandes conquistadores europeos. Numéricamente, sus ejércitos habrían parecido tan insignificantes, comparados con los de Napoleón, como serían los de este último, si los comparáramos con los de Foch o Hindenburg. En los tiempos modernos un Oficial de aviación podría aniquilar todos los ejércitos de Alejandro, Aníbal, César y Napoleón. De ahí que la grandeza de los capitanes no se mida por el número de sus soldados, sino por la intensidad del pensamiento, y en este respecto Bolívar los sobrepuja a todos: sus miras no fueron la conquista, sino la libertad y la paz.

Fué la del Libertador ciclópea empresa, si se considera que tuvo que luchar no solamente con los opresores, sino con los mismos oprimidos, quienes muchas veces se mostraron reacios a la causa de la libertad. Bien lo dijo Montalvo: "Bolívar tuvo que combatir y vencer a sus propios compatriotas, y que domar a sus tenientes".

Entre estos últimos los había tan feroces e indómitos, que sólo la mirada mágica de aquel superhombre lograba someterlos. Todos ellos fueron héroes en el campo de batalla, y algunos, como Páez, asombraron la imaginación con portentosas hazañas, imperecederas en la gratitud de los pueblos y en la exaltada fantasía del llanero. Pero tratándose del gabinete del estadista, el más conspicuo de todos esos héroes no habría sido digno de sentarse a la mesa con Bolívar...

Si se tiende la mirada por todo el Continente durante la magna lucha, no se descubrirán sino dos figuras capaces de haberse acercado a Bolívar, y de haberle comprendido y admirado inteligentemente: el noble y desprendido general José de San Martín, libertador de Argentina y Chile; y la encarnación de la lealtad, el mariscal Antonio José de Sucre, quien selló en Ayacucho la independencia de todo el Continente Suramericano. Esos dos hombres aportaron las dos contribuciones más substanciales a la epopeya coronada por Bolívar e iniciada militarmente, en el Sur, por el egregio Artigas, el magnífico batallador de las Pampas, y, en el Norte, por el generalísimo Francisco de Miranda, cuya espada de general girondino conquistara, para la revolución francesa, la victoria en Valmy y en Amberes, y cuya bizarría conquistara, de las coquetas manos de Catalina de Rusia, un perfumado lazo de cintas que este verdadero caballero andante de la libertad había de convertir en pabellón de tres repúblicas...

*

Bolívar se distingue en todo: como estadista, como militar, como orador y escritor. Como pensador razona con el cerebro de un filósofo enciclopedista y cultiva la amistad de hombres de ciencia, tales como el Barón de Humboldt, qúien al augurarle el éxito, le alienta a la obra libertadora. Para expresar la generosidad y al mismo tiempo la inquebrantable voluntad de Bolívar, su gallardo adversario en los campos de batalla, el general español Morillo, lo califica de "más temible vencido que vencedor". Rodó lo sintetiza con estas frases:

> Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que sabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expresión de la grandeza.

Grande en el amor; grande en el dolor. Se quita el pan de la boca para socorrer a un teniente, y en la misiva que acompaña la dádiva, se leen estas líneas:

Quisiera tener una fortuna material para cada uno de los colombianos. Desgraciadamente no me quedan sino un corazón para amarlos y una espada para defenderlos.

Muere a la edad en que otros comienzan a vivir, y precipita su muerte el más cruel de los desengaños, al verse desterrado del país que le vió nacer; al ver vilmente asesinado a Sucre "la gloria más austera y más pura de la revolución americana", al ver a sus tenientes "degollar la real Colombia y tomar para sí la mayor presa", y, sobre todo, al ver en el infalible espejo de su visión profética del porvenir, a los países redimidos por él, a esos hijos de sus entrañas, "caer en manos de caudillos vulgares" cumpliéndose su tremendo vaticinio de que *había arado en el mar*... Da pena ver que sean hoy los cinco países bolivianos los únicos que, aun después de un siglo de independencia, lejos de hacerse dignos de ésta, se hayan constituído en piedra de escándalo de la América, ya soportando, impasibles, tiranías anacrónicas; ya estableciendo las cuarteladas y las dictaduras como norma de vida política, o ya resignándose humildemente a la teocracia, los menos infortunados de ellos... Todos esos pueblos parecen no poder comprender que la memoria del héroe no se honra con glorificacionse ostentosas, sino llevando vida de ciudadanos libres y de austeros republicanos, única forma posible de mostrarse agradecidos por los sacrificios del mártir.

*

Descendiente de familia noble vizcaína, Bolívar nace en la opulencia, se educa en la corte de Madrid, casa con la hija de un Grande de España, conquista el imperio más rico de América, y muere en la mayor indigencia. Tal es, a grandes rasgos, la vida de este hombre singular que había de ser el primer estadista en proponer al mundo el único plan posible para establecer la paz entre las naciones. Dice O'Leary que tanto en medio de sus triunfos, y en todo instante de su vida, a Bolívar lo dominaron esos

dos pensamientos que se complementan y vienen a formar uno solo: la libertad y la paz.

Bolívar, cuya potencia visual penetró más hondo que la de ningún otro mortal en los misterios de la política, descubrió, a través de los siglos, el sol de la paz perpetua, en una constelación llamada *Confederación Internacional.* Ante esa obra grandiosa la revolución americana y hasta la misma existencia de América pasan a ser de menor importancia...

Cuando el Oráculo de Pucará anunció al padre de la Gran Colombia que su estatua se levantaría hasta donde ninguna otra ha llegado, tuvo sin duda la visión confusa de este precioso momento que estamos viviendo,

exclama Guillermo Valencia al presenciar la glorificación de Bolívar hecha en Chile. Esas mismas palabras se repetirán con más propiedad el día en que sea un hecho la *Confederación Internacional* y por lo tanto la paz perpetua. Para esa época el monumento más grande que se erigirá en el más hermoso parque de la que haya de ser la Capital del Mundo, será una estatua del Libertador.

CARLOS BRANDT.

Nueva York, 1923.

El autor de este artículo es un joven escritor venezolano, inteligente, modesto y estudioso, algunas de cuyas producciones le han valido el elogio de notables escritores y críticos, León Tolstoy, Max Nordau y Bernard Shaw entre ellos. Educado en Alemania, se trasladó después a Francia y más tarde a Nueva York, donde actualmente reside. Entre sus obras merecen citarse *La belleza de la mujer* (1908), *El Modernismo* (1910), *Vegetarianismo* (1912), *El fundamento de la Moral* (1918), y, en inglés, *Vital Problem,* publicado en el mes de abril último. CUBA CONTEMPORÁNEA agradece al distinguido escritor venezolano el envío de este interesantísimo estudio y le da expresivas gracias por su colaboración.

EL VENCEDOR DE LA MUERTE

(DEL LIBRO DE ANTONIO CABRAL *EÇA DE QUEIROZ)*

TRADUCCIÓN DEL SR. EMILIO GASPAR RODRÍGUEZ

> Acompañaron su paseo último por las calles de París, bajo un cielo ceniciento de nieve, algunos de los más gloriosos hombres de Francia en las cosas del saber y del arte. Lindos rostros, ya ajados por el tiempo, lo lloraron, con la saudade de las emociones pasadas. Y en pobres moradas, en torno de lares sin lumbre, fué, de cierto, también añorado este escéptico de las buenas letras, que cuidaba de los males humanos envuelto en túnicas de seda.
>
> EÇA DE QUEIROZ.—*La correspondencia de Fradique Mendes.* Capítulo VI.

MORIR es siempre triste. Pero más triste todavía si los que desaparecen de la faz de la tierra, no dejaron huella de su paso, vestigio, por leve que sea, de su peregrinar fatigoso por el mundo. Con esos se va todo a la fosa. Queda apenas una tenue memoria de su alma, en el espíritu de los que lo amaron, y aun esa desaparece, fuego que se esfuma con el pasar del tiempo que todo lo apaga y termina. La vida de esos anónimos y desconocidos, que nada produjeron, me trae al recuerdo la divisa de aquel cuadrante solar que vi en el patio de la Sorbona en París: *Sicut umbra dies nostri:* pasó y se ocultó como una sombra fugitiva... Ya lo dice el torvo Hamlet en la tragedia: todo se convertirá en polvo y el polvo se volverá tierra y la tierra se hará arcilla... ¡Nada quedó en el mundo de ellos! Es triste morir así...

Morir, en cambio, dejando una obra gloriosa; morir, legando

a la posteridad constancia de que se vivió noblemente la vida; morir con la certeza de que por las generaciones venideras se ha de perpetuar su nombre e inmortalizarse su memoria; morir sabiendo que eternamente se vivirá en el espíritu de los vivos, es de cierto un consuelo que hace la muerte menos temida y el último suspiro menos doloroso.

"Morir, dormir. ¡Dormir! ¡Soñar, tal vez!..." decía también el sombrío héroe de Shakespeare, a quien la duda oprimía el corazón atormentado y helaba el alma, llenándola de tristezas y de negruras. Dormir continuando el sueño de gloria que en la vida nos alentó; dormir con la certeza de que no todo se extingue al desaparecer la mortal envoltura de una fantasía que produjo, de una inteligencia que creó y de un pensamiento que vivió—es como reposar en la noche después de un rudo y áspero día de trabajo; es sueño de descanso, reparador y dulce como el tranquilo adormecerse después de la fatiga. Así murió Eça de Queiroz. Así duerme él, viviendo en la mente de todos los que lo conocieron, en el corazón de todos los que lo amaron, en la admiración de todos los que lo leyeron, en el entendimiento de todos los que lo lean mientras se escriba y se hable en la tierra la lengua portuguesa. Por eso él es un vencedor de la muerte, un triunfador del olvido. Su sarcástica fisonomía en que se transparenta una leve sonrisa de ironía, revive en la piedra tallada de su monumento, y ese bloque de arte probará perpetuamente a la posteridad que el rutilante escritor es, como dice Camoens, de aquellos

...em quem poder não teve a morte.

Pero no todo termina cuando muere un hombre que sabe vivir, un artista que sabe producir. Esto mismo pensó y escribió el propio Eça de Queiroz, como antes de él hubo quien lo pensara y escribiera. Estoy firmemente convencido de que la certeza de su gloria imperecedera lo tornó plácidamente sereno en el momento del tránsito, pues serena y dulcemente murió el 16 de agosto de 1900.

Había yo llegado, el día 6 de ese mes, a Bruselas, adonde fuí —enteramente a mi costa, dicho sea de paso, y no por mal—, a representar al Gobierno Portugués en el Congreso Penitenciario que por esa época se reunía allí. Demoré una semana, o poco

más, en la encantadora capital de Bélgica; seguí luego para Londres, en donde estuve cerca de otra semana, y fuí luego a París dirigiéndome en seguida a la *rue Marguerite* para visitar al ilustre estadista José Luciano de Castro, que padeciendo de grave enfermedad se consultaba con médicos parisienses. Supe entonces allí que tres o cuatro días antes había fallecido Eça de Queiroz. ¡Qué agudo pesar me causó la dolorosa e inesperada noticia!

El novelista, a quien la tuberculosis mesentérica venía minando mucho, según las noticias llegadas a Lisboa a fines de mayo, había partido el 28 de junio por la noche, al agravarse su dolencia y ya muy desmejorado, en compañía de Ramalho Ortigão, camino de Suiza, vía Ginebra, según puede verse en carta de París publicada por el *Diario de las Noticias* de 3 de agosto de 1900. Iba a probar en los lagos de Helvecia o en las cuestas risueñas de aquellas montañas de tanta belleza, si sus sufrimientos, que los médicos de París no juzgaban graves, tendrían tregua y al cabo recuperaría las fuerzas. Desgraciadamente, la enfermedad era mortal. Siguieron los dos amigos, de Ginebra para Montreaux —¡ese paraíso de tierra!—y demoráronse en Glion, donde yo en 1905 me extasié en la admiración de aquel asombroso cuadro de encantos que circundan el lago Leman. Informa Ramalho Ortigão (léase la carta de este ilustre escritor, publicada en el *Jornal do Commercio,* de Lisboa, el 30 de agosto de 1900), que su amigo de tantos años, habiendo llegado a Glion muy abatido, después de una noche descansada, comenzó a comer con apetito, a mostrarse animado y bien dispuesto, leyendo, fumando y conversando alegremente. Mientras el autor de *Holanda,* el 2 de agosto seguía, por Berna e Interlaken, para Engadine y después para Italia, el brillante estilista que escribió las admirables páginas de *La Ciudad y las sierras* quedábase en el lugar que escogiera para reposo de algunos días—Glion—como refinado artista que era, en la dulce contemplación de los Alpes, de las aguas lisas del Lago, de los graciosos recodos de sus márgenes esmaltadas de viñedos, de las nieves eternas que blanquean los escarpados picos y las altas cúspides del *Diente del Medio Día.*

A despecho de tanta belleza, Eça de Queiroz no se sentía bien, y una semana antes de morir volvió de Suiza para París. Iba de mal en peor. La terrible dolencia que ya le robara los herma-

nos, proseguía su obra de destrucción. El médico portugués Doctor Mello Vianna, en vano emprendió ingentes esfuerzos para robarlo a la sepultura. Asestó contra la muerte las poderosas baterías de su ciencia y llamó también al eminente profesor Doctor Landouzy. ¡Todo inútil! Conservándose hasta los últimos momentos sin conocer la gravedad de su mal, hasta el punto de que, pocos días antes de fallecer, juzgándose con fuerzas para salir de la casa pretendió que le vistiesen el sobretodo, en cuya solapa brillaba la roseta de la Legión de Honor, Eça de Queiroz expiró tranquilamente a las cuatro y media de la tarde del 16 de agosto de 1900, después de haber recibido, ya moribundo, los Sacramentos de la Iglesia. "No acaba más dulcemente un bello día de verano", como escribió él mismo refiriéndose a la muerte de Fradique Mendes. Esa misma mañana le decía a su amigo el señor Tomás Rosa, después Conde de Sousa Rosa, entonces Ministro de Portugal en París:

> Me siento, en verdad, bien enfermo, pero estoy siendo inteligentemente tratado. Lo peor es esta debilidad... Ha de llevar tiempo... ha de llevar tiempo...

Horas después llevábaselo para siempre la muerte...

Manos piadosas cubrieron el ataúd de flores. Sus queridas compañeras de trabajo, las flores, que tan apasionadamente amaba y que tantas veces lo vieron inclinado sobre el papel, escribiendo páginas encantadoras, perfumaron su féretro y le hicieron fiel compañía, cuando en su cara de cera, los ojos para siempre cerrados, ya no las podían ver para admirarlas enternecidamente. El Rey de Portugal mandó depositar sobre el ataúd del escritor ilustre una corona magnífica. Otro tanto hicieron el Ministro Portugués señor Tomás de Sousa Rosa, la familia y algunos amigos. Y así cubierto de rosas y rodeado de saudades, fué depositado el cadáver de Eça de Queiroz en la Iglesia de Saint Pierre de Neuilly, asistiendo al cortejo fúnebre el gran estadista José Luciano de Castro, el señor Tomás Rosa, Ressano García, el Marqués de Graciosa, el Vizconde de Faria y otros portugueses más, así como algunos franceses ilustres. *Le Figaro, Le Temps, L'Époque* y otros periódicos de París dedicaron a Eça de Queiroz palabras de justo elogio. En Madrid, *La Correspondencia de España,*

El Heraldo, La Época, El Liberal, El Imparcial y El País siguieron el ejemplo de los periódicos parisienses. La prensa brasileña, el *Jornal do Commercio* y la *Gazeta de Noticias* al frente, lamentó sentidamente la desaparición del escritor portugués que el Brasil amaba más, y en Buenos Aires *El País* y *El Diario* publicaron artículos de encomio para el eximio novelista.

*

En Portugal, a pesar de que Eça de Queiroz no gozaba de gran popularidad, la impresión de dolor que produjo su muerte fué general y profundísima. Hubo quien, no conociéndolo sino por sus libros, lo llorase como si hubiese perdido una persona querida. La prensa, con unanimidad digna de nota y aplauso, lamentó con sentido dolor la desaparición del delicado estilista, llegando algunos periódicos, como *El Día,* donde a la sazón brillaba la pluma inolvidable del gran periodista Antonio Ennes, a publicar en su honor artículos verdaderamente notables.

El día 25 de agosto, por la noche, se reunieron los representantes de los periódicos de Lisboa y de algunos de Provincia, que eligieron una comisión compuesta de cinco miembros, a la cual dieron plenos poderes para tratar del traslado de los restos mortales de Eça de Queiroz a Lisboa. También esta comisión quedó encargada de la organización de los funerales y de los homenajes que debían realizarse en honor del desaparecido escritor, debiendo entenderse, para ese fin, con el Gobierno, con la Cámara Municipal y con las autoridades.

El 11 de septiembre el cadáver de Eça de Queiroz salía de París para el Havre en *wagón* convertido en capilla ardiente, siendo recibido a bordo del transporte portugués *África,* enclado en aquel puerto francés. El 16 de ese mes llegaban a las mansas aguas del Tajo los despojos mortales del malogrado novelista, y el 17, a las tres de una tarde serena y dulce de fin de verano, como sólo las hay en Portugal, el ataúd, envuelto en una linda bandera azul y blanca, era desembarcado, y, cubierto de una montaña de flores, seguía para el Cementerio de Alto de S. João, por entre las filas respetuosas del pueblo. Acompañábanlo gran séquito, a cuyo frente iban los representantes de la Familia Real. Del arco de la calle Augusta colgaban crespones de luto, y de

muchas ventanas, atestadas de gente, piadosas manos femeninas dejaron caer, sobre el carro que conducía el féretro de Eça de Queiroz, flores hermosas y perfumadas, que adoraba de todo corazón el gran escritor.

Fué sepultado en el panteón de su cuñado, Don Alejandro de Castro Pamplona (Rezende), en la calle número 17 de aquel cementerio. La caja era enorme, a punto de no ser posible colocarlo luego en la plataforma del túmulo. Para poderlo entrar fué necesario, más tarde, quitarle las argollas. Al borde de la sepultura del autor del *Primo Basilio* pronunciáronse discursos. ¡Discursos!... Si en ese momento grave y solemne Eça de Queiroz no hubiese tenido cerrados los oídos y mudos los labios, que tantas veces mostraron la ironía, si él hubiese podido resucitar y erguirse en medio de los que lo rodeaban, se habría estremecido ciertamente de indignación y de horror, y se hubiese encolerizado por así soltarle junto a sus restos... latas de consejero Accacio!

Y allí quedó, bien deprisa olvidado, en el panteón del Alto de S. João, el escritor ilustre que en su despreocupada mocedad, envuelto en túnica de seda, como comprueba una fotografía suya, fué el comentador alegre y mordaz de los ridículos de la sociedad portuguesa. ¡Felices los que reposan!... *Beati quia quiescunt,* como dice Lutero, a presencia de las sepulturas del cementerio de Worms.

*

¿Olvidado?

¡No! Hubo alguien, en cuyo corazón de oro floreció siempre el dulcísimo sentimiento de la amistad, que no dejó de recordar a Eça de Queiroz. Hubo alguien de cuya mente no se borró el recuerdo del que fuera, en vida, su íntimo y querido amigo. Ese alguien fué el Conde de Arnoso. Carácter de portugués antiguo, delicado, leal, nobilísimo, fiel siempre a sus afectos y al cariño en que era liberal y pródigo, su devoto sentimiento llegó hasta el Trono y con respeto pidió al Rey de Portugal que dulcemente protegiese a aquellos a quienes el aprecio y la convivencia estrechamente los ligaban. Bernardo Pindella, como se llamaba antes de ser titular, no olvidó como tantos, a su amigo de muchos años.

Sabiendo que había muerto pobre, dejando esposa y cuatro hijos en circunstancias que no eran de largueza y prosperidad, fué a la Cámara de los Pares del Reino, donde tenía asiento, y hablando allí, por la primera vez, en nombre de la amistad presentó un proyecto de ley que va a honrar una página de mi pobre libro. He aquí el proyecto, tal como el Conde de Arnoso, en sesión de la Cámara Alta de 15 de marzo de 1901, después de un sentido discurso, envió para la mesa de la presidencia:

Artículo Primero: Se concede una pensión anual de $1,200 a Doña Emilia de Castro Eça de Queiroz, viuda del eminente escritor José María Eça de Queiroz y a sus hijos María, José, Antonio y Alberto.

Artículo Segundo: Esta pensión será vitalicia para la viuda hasta su muerte en que pasará a los hijos varones hasta su mayoría de edad, o hasta que terminen sus estudios, y para su hija hasta su casamiento, quedando exenta del pago de todos y cualesquiera impuestos, y será abonada por mensualidades, a partir de la promulgación de esta ley.

Artículo Tercero: Queda derogada la legislación en contrario.

Sala de Sesiones, el 15 de marzo de 1901.

CONDE DE ARNOSO.

Hintze Ribeiro, que entonces era Presidente del Consejo de Ministros, haciendo en seguida uso de la palabra, declaró que el Gobierno daba al proyecto del digno Par del Reino no sólo su decidida simpatía sino hasta el más sincero aplauso. Y fué así que en sesión de 26 de marzo de ese año, la Cámara de los Pares aprobó el proyecto de Ley del Conde de Arnoso, después de breve discusión en que tomaron parte el Conde de Magalhaes, Don Luiz da Camara Leme, Hintze Ribeiro, el Visconde de Chancelleiros y otros más.

Llegado el proyecto a la Cámara de los Diputados fué aprobado en sesión de 21 de mayo de 1901, después de ligeras consideraciones que hicieron los señores Oliveira Mattos y Augusto Fuschini. Tanto en la Cámara de los Próceres como en la Cámara Popular, los altos merecimientos de Eça de Queiroz fueron reconocidos y loados, sin restricciones, por todos los que hablaron, incluyendo a aquellos que no estaban de acuerdo con la oportunidad del proyecto por recargar al Tesoro Público con un aumento de consideración.

Convertido el proyecto de ley del Conde de Arnoso en ley de

12 de junio de 1901, publicado en el *Diario del Gobierno* el 15 de ese mes, pasó la familia de Eça de Queiroz a recibir la pensión que en el Parlamento Portugués la fuera votada. Y le fué pagada regularmente hasta el día 30 de junio de 1912. Desde ese día en adelante pasó a recibirla la Viuda del caricaturista Rafael Bordallo Pinheiro. ¿Por qué?... Porque en sesión de la Cámara de Diputados de 18 de junio de 1912 fué propuesto, no sé por quién, y luego aprobado, después de algunas protestas,—dígase con honor—si bien raras, que fuese retirada la pensión que el Estado concedía a la familia de Eça de Queiroz, porque dos hijos del escritor eran adversos a la República. En el Senado, en sesión de 29 de junio, también con rarísimas protestas, repitióse lo que sucediera en la Cámara Baja, y por ley de 30 de junio de 1912, como se puede leer en el *Diario del Gobierno* de 8 de julio de ese año, la pensión que le fuera dada a *toda* la familia de Eça de Queiroz, fué suprimida porque *dos* hijos suyos se habían manifestado contra el régimen republicano. ¡La acción demoledora del antiguo conferenciante democrático del *Casino* y colaborador de *As Farpas,* olvidada! ¡Olvidada también su obra de insuperable artista!

La Historia sin duda hará, más tarde, la crítica y los comentarios que le inspire el extraño proceder del Parlamento Portugués del año de 1912.

POEMA A MARTI

En el 29º aniversario de la gloriosa transfiguración del Maestro.

I

Hay algo en ti de Cristo, y del Quijote:
fuiste amoroso cual Jesús, y fuiste
cual Don Alonso, audaz: no te rendiste
de la Vulgaridad bajo el azote;
Caballero y magnánimo, fué el mote
de tu escudo: "¡No importa!" y, si caíste,
tu ascético perfil y tu obra diste
al mundo, en rica y romancesca dote.
La Patria fué, en tu mente de poeta,
una infeliz doncella desvalida
que imploraba tu ayuda generosa;
y, amante fiel, que hasta a la Muerte reta,
arrojaste a sus pies tu hermosa vida,
como a una amada se le da una rosa...

II

Solo al comienzo, solo, tu presciencia
despertó a todo un pueblo que dormía.
Fuiste nuestra conciencia.
Fuiste, en la Noche, aquel que anuncia el Día.

Gran soñador, naciste con la ciencia
de dar luz, pues la luz de ti surgía;
y por eso, con mágica videncia,
tú solo viste el Día.
Fuiste la prueba, una vez más, Maestro,
de que es creador el estro,
cuando el fuego interior lo enciende y guía.
Y he aquí que fué el milagro: tu alto empeño
triunfó; trocóse en realidad el sueño;
la Noche se hizo Día...

III

La noche es lo que duda y lo que niega.
("Yo soy aquel que siempre niega", dijo
a Fausto Mafistófeles); la ciega
superstición que crucifica al Hijo
porque no acierta a ver en Él al Padre
que está en Él, vive en Él, es con Él Uno...
¿Qué mucho, ante tu pueblo, que te cuadre
más este nombre a ti que nombre alguno?
Padre, hijo fuiste a un tiempo de tu tierra.
Sólo ansiaste la paz, pero a la guerra
dijiste: "Sí!", sabiéndola precisa.
Tu filial corazón la deploraba.
Tu viril corazón la preparaba,
como el Destino: lúcido, y sin prisa.

IV

... Y he aquí tus medios: la bondad activa
contra la desconfianza; contra el miedo,
el sencillo valor; contra la esquiva
indiferencia, y contra el odio quedo
y solapado, el fraternal cariño;
contra el hermano ciego, las leales
manos abiertas; y una fe de niño,
y una pujanza cual de tigres reales;

la Palabra y las Obras: tu elocuencia,
y tu incansable actividad fecunda:
"Patria", Clubs, mitins, viajes—los diversos
medios de organizar—; y la paciencia...
Creador de día, y en la paz profunda
de la noche, creador de claros versos.

V

Fuiste grande por eso: porque fuiste
discípulo de Cristo, y del Quijote;
porque supiste amar, mas no cediste
de la Vulgaridad bajo el azote.
Caballero y magnánimo, fué el mote
de tu escudo: "¡No importa!", y, si caíste,
tu ascético perfil, con tu obra, diste
al mundo, en rica y romancesca dote.
Fuiste creador, pues fuiste gran poeta;
a tu Patria postrada, desvalida,
pusiste en pie, resuelta y luminosa;
y, al verla de tu sueño ya en la meta,
le arrojaste a los pies tu hermosa vida,
como a una amada se le da una rosa...

LUIS RODRÍGUEZ-ÉMBIL.

PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL

PARALISIS LEGISLATIVA

VERDADERAMENTE, bien poco debe el país a la actividad de sus Cuerpos Colegisladores.

Tras veinte años de vida republicana, Cuba posee la organización jurídica, pedagógica y económica heredada de la metrópoli, con las modificaciones introducidas en cada una de estas estructuras durante la primera ocupación militar del Gobierno de los Estados Unidos.

Su mismo régimen político y administrativo, necesariamente distinto, por la diversidad fundamental de situación, ha sido elaborado por la Convención Constituyente, bajo el acicate de la próxima constitución de su propio gobierno, y por la Comisión Consultiva, durante el Gobierno Provisional de 1906 a 1908.

Si este hecho desconcertante significara que los cubanos no sentimos la necesidad de una nueva organización acorde con nuestra condición de pueblo libre, civilizado y progresista, la inacción general y tortuosa conducta del Congreso Nacional quedaría explicada.

Pero, probablemente, esta ausencia de necesidad renovadora está limitada a los perturbados grupos políticos de donde se han destacado los ciudadanos congresistas, pues de todos los ámbitos del país y de las corporaciones representativas de sus más útiles formas de actividad parten, de continuo, demandas de una adecuada legislación, encaminada a remediar las deficiencias y perturbaciones de nuestras instituciones públicas. Reformas importantes han sido sugeridas, y aun, propuestas de modo concreto, por la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, por la Asociación Pedagógica Universitaria, por las Corporaciones Económicas,

por las Sociedades Obreras; pero nuestra máquina legislativa funciona rechinando.

Bien produce leyes dañinas para el país, dispuestas en favor de intereses partidaristas o privados, con la consiguiente participación de sus promotores; bien cae en prolongadas crisis de inacción, de las que no sale sino con el aliciente de una necesidad política o de un negocio productivo.

Por una de estas crisis atraviesa en la actualidad nuestro Congreso.

La legislatura anterior a la abierta en el pasado mes de abril, terminó con un ataque de parálisis legislativa.

Tras la aprobación de leyes ostensiblemente repudiadas por la opinión pública, la actividad del Congreso quedó interrumpida por motivos de muy dudosa justificación.

El Senado dejó de funcionar por falta de acuerdo entre sus miembros acerca del proyecto de ley procedente de la Cámara, aurizando la compra del convento de Santa Clara.

La historia de este proyecto de ley constituye un ejemplo representativo de la falta de atención de nuestros gobernantes a los intereses del país, de su desprecio por la pública opinión.

Cuando se publicó el Decreto del Poder Ejecutivo, disponiendo la compra del mencionado convento, en la Cámara y en el Senado se aprobaron resoluciones anulatorias de aquel Decreto Presidencial, si bien hubo discrepancia de criterios respecto de los términos en que debía hacerse la derogación.

Las resoluciones aprobadas pasaron a una Comisión Mixta de Senadores y Representantes que al fin dictaminó modificando el texto de los acuerdos tomados por la Cámara y el Senado, en el sentido de ¡autorizar al Presidente para efectuar la compra!

Con la sanción de la Cámara fué enviado al Alto Cuerpo legislativo dicho dictamen; allí, unos cuantos senadores, conscientes de su responsabilidad, se muestran resueltos a mantener su actitud originaria, en tanto otro grupo reducido sostiene la conveniencia de autorizar el negocio y amenaza con entorpecer la celebración de las sesiones si no se acepta su criterio.

En la Cámara, la paralización obedeció al proyecto de amnistía encaminado de modo casi exclusivo a rehabilitar al matador del Representante Rafael Martínez Alonso.

Mediante concesiones personales oportunas, los partidarios de la amnistía lograron sumar un crecido número de legisladores en favor de su proyecto y las sesiones se malograban en agrias e interminables discusiones que terminaban por quebrantar la solidez del quórum.

Ahora, una vez aprobado tal proyecto, parecía natural que la normalidad se restableciera.

No ha podido ser así; tras unas cuantas sesiones en que fué votado un proyecto de ley disponiendo el pago de ciertas cantidades adeudadas a los empleados públicos y algunos otros de interés secundario, el ataque de parálisis se ha reproducido, por haberse marchado un gran número de Representantes a sus circunscripciones respectivas para atender a las peripecias de la próxima campaña electoral.

Tal es la situación.

En frente de ella se alzan los más vitales intereses del país, por largo tiempo preteridos.

La aprobación de nuevos presupuestos, con la restitución de partidas quitadas desde hace tres años, por el desequilibrio de la Hacienda Nacional; la reforma arancelaria, la modificación de la ley electoral, la reorganización de la enseñanza pública, la legislación obrera, la reforma de los Códigos, el aumento de sueldos del profesorado, son otras tantas necesidades públicas urgentes que el Congreso debiera atender, posponiendo aquellas cuestiones de mero interés partidario o personal, de antemano condenadas por la conciencia pública.

El fracaso del parlamentarismo es uno de los hechos políticos más visibles en la época contemporánea.

Y a él se debe la brusca reaparición de los gobiernos unipersonales, muertos, al parecer, en el terreno doctrinario, pero revividos actualmente, bajo la forma de dictaduras de clase, militaristas, proletarias o plutocráticas, como sucede en casi todos los países europeos.

Ante el creciente descenso del nivel intelectual y moral de lo parlamentos, como consecuencia de la preponderancia de la mayoría numérica indiferenciada, principio esencial de las modernas democracias, algunos sociólogos han presentado como fórmula para contener la decadencia de la organización parlamentaria, la susti-

tución del actual sistema de elección proporcional o por circunscripciones, por el de la representación cooperativa, con objeto de constituir parlamentos o Cuerpos legislativos formados por representantes técnicos, de capacidad especializada en todos los aspectos del trabajo social útil para la comunidad.

Pero, en Cuba, nos encontramos algo alejados de toda posibilidad de renovación, en los sentidos indicados.

Nuestros administradores políticos se sienten fuertes en sus actuales posiciones, cimentadas en la descomposición de todas las normas éticas y cívicas del cuerpo electoral.

No experimentan la necesidad de arrepentirse y en la misma línea de conducta que ahora siguen, habrán de persistir, en tanto el pueblo no demuestre que su paciencia está agotada.

EL DRAMA POLITICO

La amenaza de la reelección presidencial constituye el punto negro del momento político presente.

Aun prescindiendo del valor intrínseco de su consecuencia natural, esto es, de los graves daños que la imaginación menos excitable presume sobre nuestra vida nacional, con la continuación del actual Gobierno durante otros cuatro años, la perspectiva inmediata de corrupción política y violencias electorales, suscitada por ella, basta para difundir una impresión de aguda alarma.

La candidatura del actual Presidente de la República no cuenta con apoyo suficiente en el cuerpo electoral para triunfar por su virtualidad propia. Políticamente, no es sostenida más que por el reducido grupo de amigos particulares que han logrado constituir el Partido Popular, con elementos reclutados, en gran parte, en las oficinas públicas.

El esfuerzo del soborno ha logrado conquistar a unos cuantos personajes significados del Partido Conservador y, por esta circunstancia, todo el interés dramático del actual proceso político se ha trasladado a las nuevas asambleas de este Partido.

Si en ellas llega a predominar la aspiración reeleccionista, tendremos probablemente elecciones matizadas de violentos episodios. De no ser así, nuestro horizonte nacional quedaría considerablemente despejado.

En el momento de ser trazadas estas líneas se anuncia como próxima la constitución de la Asamblea Nacional conservadora; y se hallan definidas ya las dos fuerzas que allí lucharán por el triunfo: el oro palaciego y la tradición menocalista.

Hace dos meses no se creía posible que el General Menocal diera su consentimiento para figurar de nuevo como candidato del Partido Conservador; pero, ahora, el hecho es ya casi seguro y muchos de sus viejos partidarios, exacerbados por el ingrato desdén de los nuevos gobernantes, se aprestan a luchar por su candidatura.

Hasta este momento la tendencia menocalista aparece preponderante, en la constitución de las asambleas provinciales, pero los reeleccionistas no se declaran vencidos.

Para el Partido Conservador, la alternativa constituye un motivo de profunda turbación, porque de su conducta, en este caso, depende todo su porvenir.

Muchos conservadores prominentes, atentos a la conservación de sus posiciones personales y de los ilegítimos favores prodigados por el Gobierno a sus adictos, creen necesario mantener la candidatura del Ldo. Alfredo Zayas.

En cambio, otros y con ellos cuantas personas son capaces de apreciar el valor de los acontecimientos políticos, piensan que el más grande error que podrían cometer, en este momento, los conservadores, consistiría en apoyar la reelección.

Según su manera de pensar, la peor situación para un Partido es la que ellos han sostenido durante estos tres últimos años de gobierno, excluídos de la Administración por una minoría insaciable y anónima, compuesta de parientes y de íntimos; e imposibilitados, por su posición equívoca de aliados, de colocarse ante los continuos errores de tales gobernantes, en actitud de franca oposición.

El desastre a que han sido llevados los servicios públicos por la Administración actual ha creado en torno suyo un denso ambiente de animadversión, cuya influencia alcanza también a los conservadores, por cuanto, ante la opinión pública, aunque la realidad sea distinta, ellos aparecen, por su condición de aliados, tan responsables como los verdaderos gobernantes.

Por conveniencia propia, el Partido Conservador debe aban-

donar esta posición extraña que sólo daños le ha producido, a cambio de unos cuantos personales beneficios para algunos de sus jefes.

En virtud de todas estas consideraciones, es posible que el General Menocal tenga éxito en su aspiración de candidato; y lo veamos encabezar el *ticket* electoral conservador, en las elecciones próximas.

Con el solo cumplimiento de este hecho, por todo el país se difundiría una satisfactoria sensación de alivio, al desvanecerse el peligro reeleccionista, imposibilitado de sustentarse, ni siquiera como pretexto para exprimir las consignaciones presupuestales, con el único apoyo del Partido Popular.

El Partido Conservador tiene sobre sí la responsabilidad de muchos y tremendos desastres públicos, por haber respaldado incondicionalmente, sin la menor protesta, la escandalosa administración del General Menocal y las torpes violencias electorales de 1916 y 1920.

Ahora, tiene ante sí una oportunidad de ofrecer al pueblo cubano una débil reparación de los daños producidos por sus culpas, procediendo, por singular coincidencia en este caso, de acuerdo con sus verdaderos intereses colectivos.

MONITOR.

REVISTAS EXTRANJERAS

LENINE

OMO todas las grandes figuras históricas, Lenine, con motivo de su muerte, ha dado ocasión a innumerables artículos necrológicos; en unos se le ensalza colocándolo al lado de los más grandes hombres, y en otros se le denigra considerándolo como un monstruo infernal. Tres meses después de su muerte, todavía las grandes revistas continúan dedicándole largos estudios en los que se juzga al hombre y su obra. Todos estos trabajos no tienen el sello de apasionamiento a que nos hemos referido; en algunos, la imparcialidad y el buen juicio, inspirado en la moderación y justicia, es la nota dominante. Lenine es juzgado en ellos de la manera serena y desapasionada con que deben ser juzgadas la vida y la acción pública de cualquier otro hombre notable que haya entrado en el panteón de la historia, en la forma que recomendaba Tácito: *Sine ira et studio.* Pertenecen a esta categoría de estudios el de Herbert Bailey titulado *The passing of Lenin,* publicado en la *Fortnightly Review* de marzo último, y el que Ariadna Williams publica en la *Contemporary Review* del mismo mes, con el título de *Lenin: a genius of revolution.*

Para el primero de estos escritores, Lenine era un verdadero ruso, tanto en sus virtudes como en sus crímenes. Conocer bien a Lenine es conocer bien a Rusia, pues no es fácil hallar otro ruso que poseyera la variedad de dotes y defectos que lo distinguen de sus compatriotas. Pudiera decirse que se encarnaba en él la mezcla de cualidades buenas y malas que reunía su ilustre predecesor Pedro el Grande.

Es posible hallar otro ruso revolucionario dotado de la extrema audacia que es natural en la mayor parte de ellos, pero el espectáculo de un teorizante haciendo de hombre de Estado, de un estudiante de economía política actuando como un caudillo tártaro, de un hombre esclavo de una idea reformando el país por medio del exterminio, y de un ascético revolucionario convertido en un autócrata, es muy difícil encontrarlo en Rusia, y éste es el espectáculo que Lenine dió a su pueblo.

Su vida puede dividirse en dos períodos distintos: en uno es el profeta y mentor de revoluciones, y en otro, el ejecutor y dictador de la teoría revolucionaria. Sus comienzos fueron como los de otros muchos agitadores. Nació en 1870, en Simbirsk, pasando su niñez en el valle del Volga; su padre llegó a ser inspector de escuelas de aquel distrito, y Lenine a pesar de vivir en un medio burgués, fué pronto dominado por la fiebre revolucionaria que entonces se extendía por toda Rusia. Poco tiempo después de haber terminado Lenine sus estudios en la escuela primaria, su hermano Alejandro fué condenado a la horca por estar complicado en una tentativa de asesinato de Alejandro III, cumpliéndose la sentencia. El efecto que sobre Lenine causó este suceso lo confirmó en su fervor revolucionario, y en la universidad de Kazan donde estudió derecho, y en la de Petrogrado donde estudió economía, estuvo siempre vigilado por los espías del gobierno, pues ya era considerado como un revolucionario pertinaz y peligroso. Fué desterrado a Siberia, donde continuó sus estudios sobre las teorías de Karl Marx, y pudo después abandonar a Rusia, estableciéndose en Ginebra. En esta ciudad entregóse a meditaciones sobre su sistema de puritanismo económico o comunismo, como Calvino en la misma población meditó sobre el puritanismo religioso. Al estallar la guerra se trasladó a Zurich y al ser destronado Nicolás II, comprendió que había llegado la ocasión de volver a Rusia y de poner en práctica sus teorías. La diferencia entre él y los demás revolucionarios rusos era su absoluta devoción al comunismo marxiano, y aunque era admirado por la mayor parte de sus compañeros de destierro, ninguno pudo sospechar que llegara a alcanzar la jefatura suprema que ejerció. Ya triunfante el bolchevismo, reveló Lenine tal sagacidad política mezclada de fría crueldad, que asustó a sus mismos partidarios y confundió a sus

enemigos; el Calvino de la Economía política se convirtió en el Pedro el Grande de la política. El severo teórico, el que los miembros del gobierno de Kerensky consideraban como un visionario sin importancia, se convirtió en un político positivista; el soñador revolucionario se transformó en un implacable autócrata. Sabía que los pueblos pacientes son los más violentos cuando se deciden a la acción, y que los impacientes son los menos revolucionarios en pensamientos y en hechos. Los rusos no pertenecían a esta última clase; ellos habían sufrido mucho, y esperaban desde hacía largo tiempo. Lenine comprendió que podía suplantar a Kerensky en el gobierno, apelando a los más bajos instintos del pueblo y no vaciló en ello; los *Soviets* asegurarían su triunfo entre los soldados, los campesinos y los obreros. Consintió, y hasta aprobó, los más atroces crímenes cometidos por fanáticos insensatos, con tal de poder reinar tranquilo en el Kremlin a la cabeza de la nueva Rusia. Permitió el funcionamiento de la más tremenda inquisición de los tiempos modernos, la *Cheka,* y cuando se le hablaba de los sufrimientos de sus víctimas se reía y defendía sus acciones diciendo que la necesidad de conservar las conquistas de la revolución lo forzaba a obrar en esa forma. El talento organizador de Trotsky, cualidad que se niega a la mayor parte de los rusos, incluso al mismo Lenine, le permitió formar con los restos del antiguo ejército del Czar, las fuerzas del Ejército Rojo que defendió su poder.

Lenine nació un teórico y murió siendo hombre de Estado; buscaba la regeneración económica de Rusia y la ha dejado en poder de los *Soviets;* alcanzó el poder supremo sin emanciparse de sus teorías, y al no poder implantar el puro comunismo, aplazó su establecimiento para más adelante, pero conservó la dictadura. El ascendiente que sobre sus colegas ganó, fué un tributo a su sagacidad política y a su gran inteligencia, superior a la del mismo Trotsky. Durante su dictadura nunca se vió atacado como algunos de sus colaboradores, y siempre estuvo libre de las intrigas de las camarillas interiores y exteriores del *Soviet* Central. Dejaba hablar a sus colaboradores, hombres mediocres, mientras él manejaba realidades; los otros discutían, él proyectaba; cuando otros soñaban, él decía que estaba "frente a hechos". Pocos autócratas han sido dotados de ideas completamente propias, pues

la mayor parte de ellos han tenido una multitud de consejeros que le han presentado los distintos aspectos de los asuntos, haciendo ver las probabilidades de fracaso o éxito de cualquier empresa, pero los que rodeaban a Lenine eran ciegos discípulos: pensaban como él pensaba, veían como él veía.

Herbert Bailey termina su artículo expresando que la vieja Rusia ha muerto irrevocablemente y que la nueva puede todavía asombrar al mundo, y entonces se podrá considerar en qué medida ha contribuído Lenine al progreso en el antiguo imperio de los Czares.

Forman contraste con este artículo de Herbert Bailey y el de Ariadna Williams en la *Contemporary Review* que antes he citado, los dos que se publican en el *Forum* de abril, suscrito uno por Pitirim Sorokin, emigrado ruso y ex Secretario de Kerensky, y el otro por Anna Louise Strong, que pertenecen, cada uno a su manera, a la categoría de los estudios apasionados y parciales a que aludí al comienzo de este trabajo. Para Sorokin, Lenine fué un monstruo sin mérito alguno intelectual, ni político, y para la Sra. Strong, el dictador ruso fué el hombre más grande de los tiempos modernos. Según el primero, Lenine no produjo ninguna idea, ni teoría nueva. Su doctrina puede resumirse en lo siguiente: materialismo filosófico y económico; ateísmo radical; lucha de clases; dictadura del proletariado; creencia fanática en el método revolucionario de reconstrucción social, basado en la utilidad de la nacionalización forzosa o comunidad de la producción, y de que el exterminio y el odio entre las clases son las verdaderas fuerzas creadoras, y no el altruísmo, la ayuda mutua y la cooperación. Escribiendo el autor sobre los resultados de la dictadura de Lenine, niega enfáticamente que su acción haya sido beneficiosa para Rusia, y que por la implantación de sus teorías en la práctica, haya mejorado la condición moral, económica y mental del pueblo. Su argumentación la apoya con cifras estadísticas, presentando un cuadro comparativo entre la Rusia de 1917 y la actual, en el que vemos que durante la dictadura del Czar rojo han perecido 2.000,000 de rusos (entre los cuales figuran 500,000 víctimas del Terror), siendo ésta una disminución no solamente de cantidad, sino de calidad, pues más de la mitad de las víctimas pertenecían a los mejores elementos de la población. Además, la

vida económica de la nación se ha destruído, toda vez que en 1918-1921 las industrias rusas quedaron reducidas al 10% o 15% de su actividad de antes de la revolución bolchevique. La plaga del hambre, sin precedente en la historia rusa, causó terrible mortandad, una gran disminución en los nacimientos e inferioridad biológica en los supervivientes, especialmente en la generación más joven. En otras esferas de la vida social se pueden considerar efectos similares; en la moralidad pública, aumento de criminales y de licencia en las costumbres, y los asesinatos, robos y otros crímenes se han duplicado. La criminalidad de los niños en Petrogrado en 1821 ha sido siete veces mayor que antes de la revolución. La disolución de la familia, el aumento de los divorcios, la licencia sexual, tales han sido los resultados de la actividad de Lenine y sus colaboradores. La destrucción de las escuelas y de un sistema completo de educación ha sido otro de los "beneficios" de este "libertador" de la humanidad; en lugar de los 450.000,000 de rublos que se dedicaban en 1914 a la instrucción, se han gastado en 1922, tan sólo 36.000,000. Además, los mejores maestros, los expertos ya en la enseñanza, han sido ejecutados, desterrados o hechos prisioneros, siendo reemplazados por maestros o profesores "rojos" sin habilidad ni experiencia pedagógicas. En materia de libertad el cuadro es el mismo: todas las libertades han sido aniquiladas. La de la prensa no existe: todas las publicaciones periódicas, exceptuando las comunistas, han sido suprimidas y lo mismo puede decirse de la libertad religiosa.

Como prueba del fracaso de Lenine, Sorokin presenta el hecho de que en 1922, al ver el dictador la imposibilidad de implantar el comunismo integral, volvió al antiguo sistema capitalista, pero dirigido por los mismos comunistas. ¿Qué es esto—dice—, sino la completa bancarrota del comunismo? ¿Qué es esto, sino el *testimonium pauperitatis* de la actividad de Lenine?

Hemos dicho antes, refiriéndonos a la autora del otro artículo del *Forum,* Anna Louise Strong, que al juzgar a Lenine lo consideraba como el hombre más grande de nuestro tiempo. Ningún hombre de estos días, dice, ha hecho tanto por el progreso humano como él, ninguno ha sido tan amado por tantos millones de seres, ninguno ha alcanzado éxito tan triunfal, ya sea por lo que

llegó a realizar, como por las promesas que se divisan para el porvenir. En Rusia su grandeza nadie la niega. Fuera de Rusia todavía se le considera como un fautor de desorden, como un hombre que desencadenó el caos donde reinaba el orden establecido. Hasta se le censura por los desastres, el hambre y epidemias que sobre los rusos han sobrevenido después de la revolución. Pero Lenine no fué quien trajo la situación caótica; lo que hizo él fué barrer con los últimos restos de ella y echó los cimientos de un sólido edificio, y lo hizo con una fórmula sencilla: "Todo el poder a los *soviets*". Tomó el poder reconociendo lo que el pueblo ya había hecho, sancionando sus actos y organizándolos y dirigiéndolos. Muchas de las acciones que en los primeros tiempos de la revolución han sido consideradas como comunistas, eran más bien medidas de emergencia, y no implantación de métodos socialistas. La nacionalización de la industria se introdujo para poder dominar la situación creada al apoderarse los trabajadores de las fábricas, y el apoderamiento de las cosechas de los campesinos fué una medida de guerra en un país bloqueado. Desde Petrogrado hasta Vladivostok, toda Rusia guarda luto por Lenine. Los campesinos lo llamaban "el que nos dió la tierra" y los obreros de las ciudades lo consideraban como el que les entregó las riendas del gobierno y las jefaturas de las industrias, y hasta en los pueblos primitivos y antiguos de Asia se le tiene casi como un Mesías, como el primero que ha echado abajo las barreras del hasta aquí triunfante imperialismo, abriendo una nueva página en las relaciones de Asia y Europa. Para millones de seres repartidos en el mundo entero, todavía Lenine es algo más: es el glorioso profeta de una nueva era social.

En otro estudio, publicado en la revista norteamericana *Foreign Affairs* de marzo último, y firmado por Victor Chernov, ex Ministro de Agricultura en el gobierno de Kerensky, hallamos un juicio sobre Lenine, en el que se le aprecia con imparcialidad. Es un estudio psicológico del personaje, lleno de observaciones atinadas y detalles característicos. Lenine era un gran hombre, dice, y no sólo fué la figura más notable de su partido, sino que podía considerársele dentro de él, como un rey sin corona, y merecía serlo. Su intelecto era enérgico, pero frío; era, sobre todo, sarcástico, irónico y cínico. Nada había peor para él, que el sentimentalismo, nom-

bre que siempre daba a cualquier consideración moral aplicada a la política; los escrúpulos morales los juzgaba como hipócritas. La política, para él, significaba estrategia; llegar hasta el triunfo final sin reparar en los medios, era, según su opinión, la única virtud, y cualquier vacilación en la empresa, el único crimen. Lenine ha sido acusado frecuentemente de no ser un "honrado adversario", pero, para él, la idea de una oposición política honesta era un absurdo, una preocupación burguesa y que solamente puede adoptarse cuando conviene, pero que tomada en serio es una extrema candidez. Sus opiniones sobre este particular pueden resumirse diciendo que un defensor del proletariado está obligado a despojarse de todo escrúpulo moral al tratar con el adversario. Para Lenine, tratarlo de tal modo, era, según su conciencia, ser honrado.

La inteligencia de Lenine, era penetrante, pero no amplia; llena de recursos, pero no creadora. Como hombre que creía poseer positivamente la verdad, no tenía respeto por las convicciones de nadie, ni ese entusiástico amor por la libertad que caracteriza al espíritu creador independiente. Aunque Lenine no fué un genio original, pues simplemente exponía ideas de otros pensadores, y puede atribuírsele estrechez de inteligencia, no puede negarse que era capaz de grandeza y originalidad dntro de sus limitaciones. Su poder dinama de la extraordinaria, absoluta lucidez, casi puede decirse transparencia, de sus proposiciones. Su lógica la sigue él sin flaquear, aun cuando llegue a una conclusión absurda, no dejando nada inexplicado, a menos que fuera conveniente hacerlo así, por consideraciones tácticas. Nunca fué un brillante orador, ni mucho menos un artista de la palabra. Sus discursos, por lo general eran de forma muy tosca, y en las polémicas se mostraba hasta grosero. Su sistema de hablar a las masas consistía en expresar el mismo pensamiento repetidas veces en diferente forma hasta hacerlo penetrar en los cerebros de los oyentes. Pocos oradores han conseguido tan admirables resultados con la repetición de una misma idea siempre presentada con distintas palabras.

Lenine dedicó su vida entera a las clases trabajadoras, pero, ¿las amó? Aparentemente, sí, pero hay que creer que tal amor era menos intenso que el odio que profesaba a los opresores del

proletariado. Su amor al pueblo era el amor despótico y despiadado que profesaba Torquemada a los que mandaba a la hoguera para la salvación de sus almas.

En los análisis que preceden de artículos de revistas, mi intención ha sido la de presentar opiniones de distinta naturaleza acerca de un hombre extraordinario: juicios contradictorios en los que la pasión deja ver su intransigente criterio, y juicios razonables en los que el autócrata rojo es estudiado con moderación y justicia. La importancia de tal hombre no puede negarla nadie, ni la trascendencia de su actuación política y social. Sólo cabe preguntar, como Manzoni en su célebre oda a la muerte de Napoleón:

Fu vera gloria? Ai posteri
L'ardua sentenza...

LUCIANO DE ACEVEDO.

NOTAS EDITORIALES

HOMENAJE A SANGUILY Y VARONA

En los primeros días del mes de abril último se ha exteriorizado públicamente el propósito que, desde hace algún tiempo, tenía un grupo de cubanos, jóvenes en su gran mayoría, de rendir un homenaje, merecidísimo, a dos próceres insignes: Manuel Sanguily y Enrique José Varona; cubanos ilustres cuya actuación en la vida pública de nuestra patria está vinculada a la historia de Cuba en los más difíciles períodos de sus cruentas luchas por la conquista de la independencia, primero, y más tarde por la instauración y el afianzamiento de la República.

El propósito de los iniciadores del homenaje ha sido expuesto en un manifiesto que CUBA CONTEMPORÁNEA transcribe a continuación, íntegramente, para tener, entre otras satisfacciones, la de conservarlo en sus páginas. Dice así:

Los que firman este manifiesto, creyendo interpretar un general sentimiento en el pueblo de Cuba, se atreven a lanzar la idea—que no dudan será acogida con entusiasmo por todos—de honrar merecidamente a los dos cubanos más representativos en el actual momento: Manuel Sanguily y Enrique José Varona.

Cuando tantos valores han caído al peso de responsabilidades superiores a sus fuerzas reales; cuando las impurezas de nuestra agitada vida pública han maculado a más de una figura en que pudiera haberse personificado el anhelo de ordenado progreso que a todos nos posee, es un deber, en quienes estén preocupados del mejoramiento colectivo, y convencidos de la necesidad imprescindible de orientaciones morales en las sociedades nuevas, honrar con premio a la altura de sus merecimientos, a los que, consagrando por entero una larga vida a la Patria, contribuyeron a su constitución en sus años juveniles; diéronle, una vez constituída, su labor desinteresada y su austeridad ejemplar, y honráronla de modo eminente en todo tiempo, con las producciones de sus inteligencias privilegiadas.

Sin negar, en modo alguno, méritos relevantes y excepcionales dotes en otros cubanos vivos, no puede ponerse en duda que Manuel

Sanguily y Enrique José Varona son en nuestro medio y a la hora actual, la encarnación viviente de los ideales de la Revolución Cubana: rebeldía perenne contra la opresión y el peculado, respeto nunca desmentido a la Ley de la República, ininterrumpida labor por nuestra completa independencia; y que a esta ejecutoria patriótica intachable, y por nadie puesta en entredicho, se une el alto valer intelectual que los ha hecho, durante largos años, objeto de general admiración, no sólo en nuestra República, sino en tierras extranjeras, donde más de una vez se ha pensado con respeto en Cuba, a través de la crítica brillante y erudita de Sanguily o de la profundidad del pensamiento filosófico de Varona.

Por estos méritos, que no necesitan encarecerse con inútiles ditirambos, estiman los que suscriben que es labor de justicia erigir en lugar público y por pública cuestación, los bustos de Enrique José Varona y Manuel Sanguily, no tanto para expresar a los que sirven amplia y desinteresadamente a su pueblo, el justo reconocimiento de todos, como para recordar de modo tangible a las generaciones que vienen, virtudes insignes que deben imitarse.

A la justicia del homenaje se une hoy la circunstancia no despreciable, de encontrarse entre nosotros Alexander Sambugnac, escultor ilustre, que ha puesto de manifiesto a través de una extensa labor, admirable dotes artísticas, en alto grado recomendables para llevar a la práctica el empeño que nos mueve. Con ello se dotaría a La Habana de dos obras que la prestigiarían, redimiéndola, en cierta medida, de los lamentables desaciertos artísticos que son, la gran mayoría, de sus monumentos, naturales frutos de una acción oficial caracterizada en esto, como en muchos otros extremos, por una despreocupación inexcusable.

Para entender en todas las labores que serán necesarias para hacer efectivo el anhelo que aquí se expone, estiman los firmantes que debe constituírse una Comisión integrada por las más eminentes figuras de nuestra intelectualidad, nuestra política y nuestras fuerzas vivas, a la que las entidades representativas de nuestra varia actividad social y el pueblo todo deben dirigirse, en su apoyo a la obra emprendida.

No tienen los suscribientes duda alguna respecto al éxito de la idea que hoy desde aquí se lanza, porque nadie puede estar en desacuerdo con ella, y porque es un honor colaborar en tan alto empeño. Las instituciones cívicas que se mantienen inmaculadas en sus nobles y levantadas labores, las que con fines de legítimo provecho desarrollan en nuestro medio sus actividades privadas, el pueblo, que debe tener fijos sus ojos y pronto su apoyo en la obra de honrar a quienes sin haberlo explotado con promesas incumplidas, han estado atentos de continuo a sus altos intereses morales, todos estarán a nuestro lado, porque es un deber en cada cubano coadyuvar, en la medida de sus fuerzas, a la realización de otra de tan alta significación patriótica.

A la Prensa, que fué honrada durante largo tiempo con la colaboración valiosísima de Enrique José Varona y Manuel Sanguily, quie-

ren dirigirse de modo especial los firmantes, en la seguridad de que, conocedora de sus fuerzas y celosa de sus responsabilidades, dará a la idea de honrar a los dos cubanos insignes, todo el calor y el entusiasmo que merece.

Esforcémonos todos en la realización del ideal, ya que ninguna ocasión como en esta puede repetirse más justamente con el Maestro, que honrar, honra.

La Habana, marzo de 1924.

Juan Marinel-lo Vidaurreta.—José A. Fernández de Castro.—Alberto Lamar Schweyer.—Rubén Martínez Villena.—Conrado W. Massaguer.—José B. Tallet.—Mariano Brull.—Jorge Mañach.—Emilio Roig Leuchsenring.—Emilio Gaspar Rodríguez.—Alfredo T. Quílez.—Mario Guiral Moreno.—Julio Villoldo.—Gaspar Betancourt.—José Manuel Acosta.—Félix Lizaso.—Francisco Ichazo.—Eusebio Delfín.—Juan Antiga Escobar.—Calixto C. Masó.—Enrique Roig.—Luis Baralt.—Alejo J. Carpentier.— Gustavo A. Botet.—Enrique Serpa.—León Primelles.—Federico Ibarzábal.—Ricardo Sarabasa.—Max Enríquez Ureña.—Enrique Gay Calbó.—Arturo Alfonso Roselló.—Gustavo Gutiérrez.—Mariblanca Sabas Alomá.—Raúl de Cárdenas.

El lunes 14 del mismo mes de abril, en reunión celebrada en el bufete del Dr. Antonio S. de Bustamante, quedó constituído el Comité que ha de llevar a la práctica el propósito de los iniciadores, habiendo sido designados los siguientes señores para formar su Directiva: Presidente: Antonio Sánchez de Bustamante; Vicepresidentes: Rafael Montoro y Enrique Hernández Cartaya; Tesorero: Julio Villoldo; Secretario: Juan Marinel-lo Vidaurreta; Vocales: Alberto Barreras, Hortensia Lamar, Evelio Rodríguez Lendián, José Manuel Carbonell, Fernando Ortiz, Juan Gualberto Gómez, Ramón A. Catalá, Mario Guiral Moreno, Federico Edelman, Esteban Valderrama, Miguel de Carrión, Osvaldo Valdés de la Paz, Oscar García Montes, José R. Cosculluela, R. Martínez Cañas, Germán Wolter del Río, Gustavo Gutiérrez, Juan de Dios Romero, Raúl de Cárdenas, Juan Antiga, Félix Callejas, Federico de Ibarzábal, Conrado W. Massaguer, Emilio Roig de Leuchsenring, José A. Fernández de Castro, Jorge Mañach, Calixto C. Masó y Primitivo Cordero Leiva.

CUBA CONTEMPORÁNEA acoge con gran complacencia la iniciativa de este homenaje, al cual ha de prestar su más decidida y entusiástica cooperación.

Imp. "El Siglo XX". República del Brasil 27, La Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO XII

Tomo XXXV. La Habana, junio 1924. Núm. 138.

RELACIONES POLITICAS ENTRE CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS

(Conferencia leída, en parte, por el Sr. Alberto Maury y Nodarse, el 27 de marzo de 1924, en la logia "Fe Masónica", de La Habana.)

Señores:

UNCA me hubiera atrevido, consciente como estoy de mis pocas o ningunas facultades, de la debilidad de mi pobre e insignificante palabra, a molestaros, cansando por breves momentos vuestra atención, si no hubiera contado de antemano con la extrema benevolencia que en gracia a vuestra bondad infinita habréis de tener con esas débiles y poco sustanciosas frases mías. Os pido, pues, un poco de indulgencia, a fin de que no notéis demasiado el incoloro vestuario de mis palabras, que sólo cuentan, como única disculpa, el haber sido inspiradas en la indicación que hubo de hacerme vuestro Presidente, el Doctor Torralbas, con quien me unen, de muy antiguo, tan fuertes y estrechos lazos, que en absoluto podía negarme a una petición suya, aun cuando estuviera consciente del esfuerzo que tendría que realizar para no poner demasiado a prueba vuestra indulgencia. Porque son éstas las primeras palabras que dirijo a un auditorio tan competente como el que ahora me escucha,

desde los no muy lejanos días en que así lo hacía ante mis compañeros universitarios.

El tema que intento desarrollar esta noche requiere muy especial preparación, toda vez que constituyen nuestras relaciones políticas con los Estados Unidos una materia siempre importantísima y de sumo interés, porque ellas vienen a ser como las piedras de toque alrededor de las cuales giran nuestros más graves problemas internacionales. El tema pierde originalidad, sobre todo para mí, puesto que en él se han ocupado ya, con amplitud de consideraciones, gran número de brillantes autores cubanos y extranjeros. Pero, no obstante, jamás podrá decirse que el tema está agotado, porque él es siempre de actualidad, y, en todo momento, motivo de preocupación para cuantos nos interesamos por definir la verdadera situación internacional de nuestra patria; y, aun cuando solamente fuera posible la repetición de nuestra historia, a mi entender, ella debe hacerse siempre, cada vez que una oportunidad se presenta para recordarla.

Para la generalidad del pueblo cubano, nuestra situación internacional se presenta como un enmarañado problema de difícil solución. Ello no es, ni puede ser, cierto, aunque no se nos escapa que alrededor de nuestra situación con respecto a los Estados Unidos se han ido complicando diversos problemas internacionales. Problemas que, debido a varias causas, a veces, desgraciadamente con bastante frecuencia en estos últimos tiempos, se han apartado un tanto del campo del Derecho Internacional y se han ido poco a poco convirtiendo en asuntos que son exclusivamente de la competencia de nuestro Derecho interior.

¡Extraña situación, en verdad, la de este pueblo, constantemente preocupado por la idea de perder su condición de libre! ¡Perpetua intranquilidad la de todos, jóvenes o viejos, doctos en derecho o desconocedores de él! ¡Embrollado problema, que hace sumergirnos en las confusiones propias de los que, nuevos en nuestra profesión, no estamos familiarizados aún con las secas cláusulas de los Tratados!

El problema es el mismo en la mente de todos. ¿Cuál es nuestra situación con respecto a los Estados Unidos? ¿Constituímos un pueblo cuya soberanía está perfectamente definida? ¿Depende nuestra libertad de la voluntad de nuestros vecinos del Nor-

te? ¿Qué extensión tiene realmente el Tratado de 22 de mayo de 1903? ¿Cuál es nuestra situación con arreglo a este Tratado? ¿Cuáles son, en fin, nuestras relaciones con los Estados Unidos?

Trataremos de contestar, en la medida de nuestros conocimientos, estas importantísimas preguntas, a fin de probar que no es nuestra tierra un territorio que puedan los norteamericanos llamar "Tierra Nuestra", como en un gesto de imperialismo llaman ya al mar Caribe "Mare Nostrum". ¡Y ojalá quiera el cielo que de igual manera pueda nuestro pueblo—que no tiene obligación de conocer los Tratados y sus interpretaciones, de los que sólo tiene las noticias, más o menos exactas, por lo que en un momento dejan traslucir los periódicos diarios—, quiera Dios, repito, que puedan aclararse de una vez para siempre esas fatales dudas, en las cuales y con perpetuos sobresaltos se consume!

El problema de Cuba no es en la actualidad un solo problema aislado sin conexión alguna con otros problemas, sino que responde a distintas causas, cada una de las cuales responde, a su vez, a un interés distinto. Por analogía podríamos dividir estas causas en dos grupos igualmente importantes: el primero, primordialísimo y que viene a ser la base del segundo, es el interés político. La situación creada entre los Estados Unidos y la América Central y Antillana no ha tenido otro punto de partida que los intereses exclusivamente políticos. En el segundo grupo se comprenden los intereses económicos. Son las finanzas de Norteamérica, que han ido siguiendo los pasos de la política para introducirse primero y apoderarse después de casi todas las principales fuentes de riqueza de los pueblos latinos de la América del Centro y de las Antillas.

Nuestro problema es todo el problema del Caribe, de tan vital interés para los Estados Unidos; es toda la navegación mercantil americana que atraviesa las aguas del Golfo de México poniendo en comunicación los puertos del Sur de los Estados Unidos con los demás del Golfo, con los de la América del Sur, y con los de los propios Estados Unidos que dan al Océano Atlántico; es el importantísimo asunto del Canal de Panamá, causa muy directa de la política imperialista norteamericana, que tan tristemente conocida ha sido, en estos últimos tiempos, por pueblos vecinos y hermanos nuestros; y es, desde tiempo inmemorial, el

peligro que para los Estados Unidos representa la posibilidad de que alguna de las pequeñas Repúblicas próximas a sus costas pasara a poder de alguna nación poderosa, destruyendo así su supremacía sobre el mar Caribe, quitándole la hegemonía sobre la América Central y Antillana, y convirtiéndose en un vecino demasiado peligroso para su seguridad.

Un distinguido escritor cubano, que ha estudiado el asunto con todo el cuidado que él requiere, ha dicho: "el mar Caribe es para la América del Norte lo que el Mediterráneo para Europa" (1). Comparación exactísima; y si nosotros nos fijamos en la política puesta en práctica en esta parte de nuestro Continente por los Estados Unidos y la que ha desarrollado Inglaterra en aquel mar de Europa, veremos cómo es posible encontrar grandes puntos de contacto entre lo que Gibraltar representa para Inglaterra y Cuba para los Estados Unidos. Porque es Cuba el guardián colocado por la Naturaleza para vigilar el Canal de Panamá; y es el Canal de Panamá para el mar Caribe lo que el estrecho de Gibraltar para el mar Mediterráneo.

Y esta política americana actual, sobre el Caribe, no es nueva. Siempre ha sido Cuba preocupación constante de todos los gabinetes de Washington. Su política hacia nosotros, aun antes de que los trece Estados primitivos de la Unión fueran absorbiendo las vecinas colonias para formar nuevos Estados que aumentasen el poderío de aquella nación, que al decir del Conde de Aranda "había nacido pigmea", ya se marcaba en el horizonte; y ya en la mente de sus hombres de Estado, a partir del año 1809, comienzan a delinearse con toda claridad los proyectos encaminados a evitar los peligros que de Cuba, por su especial situación geográfica, podrían venir para la seguridad de la Unión. Desde aquellos lejanos tiempos hasta nuestros días, varias formas han ido tomando estos proyectos, según que las circunstancias inclinaran a sus estadistas a tomar una u otra orientación, la que más conviera a sus intereses. Y esto es de notar, por cuanto veremos cómo un mismo estadista, en un momento dado, cambia toda su anterior política y se decide por otra más de acuerdo con los acontecimientos que circunstancialmente han surgido. Fueron estos

(1) Dr. Raúl de Cárdenas. *La política de los Estados Unidos en el Continente Americano,* La Habana, 1921.

proyectos, en su comienzo francamente anexionistas, modificados más tarde, apareciendo momentáneamente bajo la forma del más desinteresado humanitarismo, pero esta forma fué breve, fugaz, tan pronto como pasaron las exaltaciones de un momento crítico; pues apenas en el ánimo de los estadistas norteamericanos volvió a reinar la calma, la fría y calculadora calma sajona, de su mente desapareció la idea humanitaria y apareció de nuevo el interés político que hoy se encuentra encerrado entre las secas cláusulas de un Tratado.

En época tan relativamente temprana como el año 1809, el ilustre virginiano Thomas Jefferson, que había sido Presidente de la Unión, anticipándose a peligros posibles escribía al entonces Presidente Madison, en una carta en que se trataba de la posibilidad de que Napoleón, árbitro por entonces de Europa, cediese las Floridas a los Estados Unidos:

> Aunque con alguna dificultad consentirá también en que se agregue Cuba a nuestra Unión, a fin de que no ayudemos a México y a las demás provincias. Eso sería un buen precio. Entonces yo haría levantar en la parte más remota al Sur de la Isla una columna que llevase la inscripción "Non Plus Ultra", como para indicar que allí estaba el límite de donde no podía pasarse, en nuestras adquisiciones por ese rumbo... (2)

Si nosotros dirigimos la mirada a los acontecimientos que por entonces tenían lugar en Europa, comprenderemos las razones que tuvo Jefferson para dar este consejo al Presidente Madison. En 1809 el problema europeo se encontraba en tal estado de desequilibrio, debido a las geniales campañas de Napoleón, que era imposible predecir el futuro de las nacionalidades de Europa y, en su consecuencia, el de sus colonias. Invadida España por las tropas del Rey José, aliada a Inglaterra en su tenaz campaña contra el Imperio Napoleónico, no era imposible que o Francia victoriosa se quedara definitivamente con las colonias de España o que ésta, en agradecimiento por la ayuda prestada, cediera a Inglaterra alguna de sus colonias entre las cuales muy posiblemente podía encontrase Cuba. Cualquiera de ambas naciones, cuyas fuerzas las hacen brillar como grandes potencias, constituían un peligro para la seguridad de la Unión, al instalarse en un territorio

(2) Carta fechada en Monticello, Va., el 27 de abril de 1809.

tan cercano a sus costas. Esta preocupación tuvo Jefferson, y de ella han participado casi todos los hombres de Estado que lo han ido sucediendo. El peligro de que Cuba pasase a poder de cualquier nación más fuerte que España, de la cual no podía esperarse peligro alguno dada la debilidad de sus fuerzas, y especialmente a Inglaterra, fué y ha seguido siendo la constante preocupación de los estadistas norteamericanos.

Catorce años más tarde, en 1823, el Secretario de Estado Mr. John Q. Adams,—que andando el tiempo llegaría a ser Presidente de la Unión—bajo la Presidencia del famoso James Monroe, por primera vez hizo constar en un documento oficial dirigido al Ministro norteamericano en Madrid, la necesidad de adquirir la Isla de Cuba. Es de notar que fué este momento de transcendental importancia para nosotros, porque a partir de él la idea de la anexión de Cuba quedó oficialmente sentada y ella ha sido el objetivo de la política de Washington, durante gran número de años, cada vez que sobre nuestro azulísimo cielo parecía dibujarse con caracteres de realidad la sombra, tan temida en Washington, de la garra inglesa.

Es por ello por lo que en 1823, cuando la insensata política de Fernando VII dió como resultado la conspiración de Riego, en 1820, y Francia, inspirada en la Santa Alianza, resolvió intervenir en los asuntos españoles enviando al Duque de Angulema para invadir a España, la situación de las colonias de nuevo fué tema de preocupación en Washington. Alejada la Gran Bretaña de la Santa Alianza, por no estar de acuerdo con la política francesa, permaneció neutral; pero esta neutralidad, según los temores de John Q. Adams, solamente llegaría hasta donde sus intereses se lo permitieran. Podía Inglaterra intervenir en favor de España, existiendo entonces la posibilidad de que ésta, en recompensa, le cediera a Cuba. Pensando así, Mr. Adams vió en la anexión la única manera de evitar un peligro que en cualquier momento podía convertirse en una realidad demasiado amenazadora, y escribió su célebre carta de la cual son estos párrafos:

Estas Islas [Cuba y Puerto Rico] por su posición local son apéndices naturales del Continente Norteamericano, y una de ellas, la Isla de Cuba, casi a la vista de nuestras costas, ha venido a ser, por una

multitud de razones, de trascedental importancia para los intereses políticos y comerciales de nuestra Unión...

Y después agrega:

...hay leyes de gravitación política como las hay de gravitación física: y así como una manzana separada de su árbol por la fuerza del viento, no puede, aunque quiera, dejar de caer en el suelo, así Cuba, una vez separada de España y rota la conexión artificial [unnatural connexion] que la liga con ella, e incapaz de sostenerse por sí misma, tiene que gravitar necesariamente hacia la Unión Norteamericana, y hacia ella exclusivamente, mientras que a la Unión misma, en virtud de la propia ley, le será imposible dejar de admitirla en su seno...

.. ..

legiada por la Naturaleza, continuara sufriendo las desgarraduras de la política despótica puesta en práctica por España en sus colonias. Y alentados por la seguridad de una pronta ayuda del Gran Libertador, los cubanos fomentaron la conspiración llamada de los "Rayos y Soles de Bolívar", al mismo tiempo que comenzaron las campañas de las Logias Masónicas de Cuba y del extranjero, que tan poderosamente hubieron de contribuir a vencer la inercia de gran número de cubanos de entonces y a inculcarles los principios de libertad, que son los únicos capaces de hacer grandes a los hombres y a los pueblos.

Simón Bolívar tenía ya preparados los planes para libertad a nuestra Isla y sólo faltaba que terminase la campaña del Perú para que el general Páez, en una flota que al efecto preparaba Colombia (3), se trasladara a nuestras costas y diera comienzo a la

---

(3) En un despacho del Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia se lee: "He tenido la honra de recibir y de poner en noticia de S. E. el Vicepresidente, la nota que a nombre de la Legación dirigió a esa Secretaría el honorable Sr. Gual en 4 del corriente, solicitando instrucciones, tanto sobre el contingente con que cada uno de los Estados confederados ha de contribuir para libertar las Islas de Cuba y Puerto Rico, si esto se emprendiera a nombre de todos, como la suerte futura de las mismas islas después de emancipadas. La emancipación de aquellas islas a esfuerzos de los Estados Americanos, no sería sino uno de los medios de acelerar el término de la guerra en que se hallan empeñados; y por consiguiente en las instrucciones que en 22 del próximo pasado ee comunicaron a V.V. por esta Secretaría, está prevista y determinada la escala por la cual se fije el contingente de tropas, marina o numerario con que haya de contribuir cada Estado para el principal objeto de la federación. A aquéllas me ha ordenado el Vicepresidente agregar, que como la eficacia y celeridad con que se promoverá este objeto dependerá en mucho del empleo de los medios que ya se tengan preparados, si el contingente con que proporcionalmente ha de contribuir cada Estado no quedase compensado por parte de Colombia con las fuerzas marítimas de que se habla en dichas instrucciones, se esfuercen V.V. en hacer consistir en tropas el complemento de las fuerzas con que haya de contribuir: es decir, que no han de ofrecer V.V. contingente en numerario, sino cuando la marina con que cuenta Colombia resulte insuficiente, y cuando sea inadmisible el complemento en tropas. Conocido el valor de los buques y determinada la proporción en cada uno habrá de dar tropas y dinero con arreglo a su población, será fácil fijar el número adicional de las que haya de dar Colombia por el mayor valor de buques o mayor cantidad de dinero con que contribuyan los demás. Con respecto a la suerte futura de aquellas islas y de cualquiera otra colonia o dominio español que a esfuerzos de la Confederación hayan de emanciparse, el Vicepresidente no puede dar a V.V. otras instrucciones que las que comprende la ley del 24 de marzo del año pasado, que tengo la honra de acompañar en copia. Convendrá quizás a alguno de los Estados americanos la agregación de alguna de las islas, mas se perdería el principal mérito de los auxilios con que se emanciparan si en algún modo se les sospechase interesados. V.V., pues, se esforzarán en que los demás Estados Confederados, contentándose con la gratitud y perfecta amistad que será consecuente a tal beneficio, se adhieran a las disposiciones de aquella ley; y ya que sea forzoso establecer al principio gobiernos provisorios, se deja a los habitantes de las islas o provincias que sean libertadas, el tiempo y sosiego necesarios para determinar de su propia suerte."

campaña revolucionaria, cuando un acontecimiento tuvo lugar que echó por tierra estos preparativos de nuestra independencia. Este acontecimiento fué la intromisión de los Estados Unidos.

En 1826 Bolívar, preocupado siempre del porvenir de las jóvenes Repúblicas Suramericanas, convocó el célebre Congreso de Panamá cuya finalidad sería principalmente la común defensa y el mantenimiento de la paz entre dichas Repúblicas. Pero también era tema de dicho Congreso el problema de la independencia de Cuba. Era unánime la opinión de los representantes de las Repúblicas hsipanoamericanas en cuanto al cese de la soberanía española en Cuba, y sólo se discutía si ésta debía ser libre o anexarse a alguna otra República, tal como Colombia o México. Así se puede ver en las instrucciones dadas por Bolívar a los Plenipotenciarios del Perú. Dicen así en sus artículos 8º y 9º:

Art. 8º Como mientras las Islas de Puerto Rico y Cuba pertenezcan al Gobierno español, tendrá éste un medio para mantener la discordia y fomentar turbulencias y aun amenazar la independencia y la paz en diferentes puntos de América, procurarán USS. hacer que el Congreso resuelva sobre la suerte de dichas Islas. Si el Congreso, consultando los verdaderos intereses de los pueblos que representa, creyera conveniente libertarlas, celebrarán un tratado en el cual se señalen las fuerzas de mar y tierra y las cantidades con que cada Estado de América debe contribuir para esta importante operación, y en el cual se decida si dichas islas, o alguna de ellas separadamente, se agregan a alguno de los Estados Confederados o se les deja en libertad de darse el Gobierno que tengan por conveniente.

Art. 9º Si se resolviese que las islas de Puerto Rico y Cuba se agreguen a alguno de los Estados, procurarán USS. que se decida al mismo tiempo si el Estado a que se agregan queda o no en obligación de pagar los gastos que ocasionare su emancipación, y en el primer caso, el modo y términos en que deba hacerse.

Como se ve, por este documento, Bolívar no olvidaba a nuestra pequeña y desdichada isla, y en su pensamiento tuvo cabida la idea de darnos la libertad. Si esta benemérita obra no se llevó a cabo, no fué ciertamente porque la voluntad de Bolívar flaquease. Todo parecía indicar que el problema de Cuba quedaría definitivamente resuelto, y ya Colombia preparaba, a más de una escuadra capaz de transportar los ejércitos suramericanos, las bases a tenor de las cuales las Repúblicas latinas de la América, unidas

por los ideales libertadores de Bolívar, habrían de enviar los diferentes cuerpos de ejército cuya misión consistiría en darle libertad a nuestra Isla, cuando los Estados Unidos ejercieron toda su influencia para que la cuestión de Cuba quedase, como suele decirse, sobre el tapete. Y fué tan decidido su propósito en este sentido, utilizaron de tal manera todos sus recursos, que inútiles fueron las gestiones realizadas por los cubanos y estéril resultó aquel Congreso en el que tantas esperanzas se habían depositado.

Veamos cuáles fueron las razones que tuvo el Gobierno de Washignton para proceder de manera tan contraria a los principios de libertad proclamados por todos sus grandes hombres. La Cancillería americana se entendió directamente con la República de Colombia, debido a que sus representantes no pudieron asistir a las sesiones del Congreso, y es por ello por lo que el Sr. Revenga, Secretario de Estado de esta República, fué el mejor informado respecto a las intenciones de los Estados Unidos. Dicho Canciller se expresó de la manera siguiente:

... los Estados Unidos desean evitar tanto el que aquellas islas pertenezcan a los Estados continentales, como el influjo que puedan tener en su propio territorio la inquietud e insubordinación que eventualmente se introduzca en los esclavos cubanos (4).

El Sr. Revenga tocó, al decir esto, el nuevo interés que había surgido para los Estados Unidos, que tanta importancia habría de tener en la cuestión de Cuba, y que fué el punto centro alrededor del cual giraron todas las actuaciones de Norteamérica. Este interés no fué otro que el que estaba representado por el conjunto de intereses esclavistas de los Estados del Sur, los que temían que al dar Bolívar la libertad a Cuba, ésta diera libertad a sus esclavos, o que se sublevaran los mismos esclavos, introduciéndose el desorden en materia tan importante para los intereses de los Estados del Sur. Podía suceder que las perturbaciones de los negros de Cuba se trasmitieran a sus propios esclavos, y ante tan grave mal, los representantes de estos Estados, que eran la mayoría del país, ejercieron su influencia en contra de los propósitos de Bolívar. En relación con este asunto, poco tiempo antes el senador Holmes, por el Estado de Maine, había dicho en el Senado:

(4) José I. Rodríguez. *Anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América,* La Habana, 1900.

Cuba y Puerto Rico deben quedarse como están. El Presidente ha dicho de un modo muy distinto a toda la Europa, que nosotros no podemos permitir que se transfiera a Cuba a ninguna de sus potencias. Y un lenguaje igualmente decisivo tiene que usarse con los Estados suramericanos. Nosotros no podemos permitir que sus principios de emancipación universal se pongan en ejercicio en una localidad tan inmediata a nosotros, donde se nos pueda trasmitir su contagio con peligro de nuestra tranquilidad (5).

Por su parte Mr. John Q. Adams, que había subido a la Presidencia de la República, vió además el peligro que traía consigo el hecho de que Cuba pasara a manos de Colombia o México, Repúblicas que por sus escasas fuerzas no podían evitar que Cuba pudiera ser adquirida por una potencia europea. Así se explica que en un mensaje al Congreso recomendara:

que la totalidad de nuestros esfuerzos habrá de encaminarse en el sentido de conservar el estado actual de las cosas.

Fracasado el Congreso de Panamá, continuó la política americana siguiendo el mismo curso trazado en años anteriores y así, en los diez años comprendidos de 1827 a 1837, no cesan las comunicaciones entre la Secretaría de Estado de Washington y su representante en Madrid. En 1837 tuvo lugar un acontecimiento singular motivado por los intereses esclavistas. Los Estados Unidos, a despecho de sus principios de libertad, ofrecieron a España su ayuda para evitar que Cuba se emancipara y se convirtiera en una nación absolutamente libre. No fué ésta una decisión calculada fríamente, sino que ella respondía a un estado momentáneo de excitación, producido por el peligro de que en Cuba cesase la esclavitud. En esta época la Gran Bretaña había abolido la esclavitud en sus colonias, y en los Estados Unidos temieron que España siguiera este ejemplo o que Cuba, emancipándose de ella, tomara igual acuerdo *motu propio*. Ante este peligro, el Secretario de Estado Mr. Forsyth escribió en 15 de julio de 1840 el documento del cual son estos párrafos:

Está Ud. autorizado para asegurar al Gobierno español que, en caso de que se efectúe cualquier tentativa, de donde quiera que proceda, para arrancar de España esta porción de su territorio, puede él contar

(5) José I. Rodríguez. Ob cit.

confiadamente con los recursos militares y navales de los Estados Unidos para ayudar a su nación, así para recuperarla como para mantenerla en su poder.

Poco tiempo después, de nuevo insistió sobre el mismo tema el Secretario de Estado Mr. Daniel Webster, que había sucedido a Mr. Forsyth. Pasado el momentáneo peligro, la Cancillería americana no volvió a insistir sobre el tema. En la década siguiente la idea de la anexión toma cuerpo entre los mismos cubanos, que creyeron encontrar en ella el ideal de paz y prosperidad que todos deseaban, y para obtener dicho fin realizan innumerables esfuerzos. No surgió la anexión, como necesidad entre los cubanos, por lo que pudiéramos llamar generación espontánea, ni fué el producto de una idea circunstancial; a ella fueron inducidos por largos años de desesperación, por la horrible tiranía de un Gobierno interminable, brutal y despótico, que la poca habilidad política y la ignorancia que de los asuntos coloniales tenía España, nos obligaron a sufrir. Tres gobernantes igualmente feroces, "trinidad detestable de crueles y empedernidos imperantes", exclama José I. Rodríguez, nos envió España. Fueron ellos: Miguel Tacón, O'Donnell y Roncali, cuyos nombres merecen el más absoluto desprecio de los cubanos. No es de extrañar, pues, que en situación tal volvieran los cubanos los ojos, como única salvación, hacia la poderosa nación del Norte. Un periódico publicado en New York por patriotas cubanos se había hecho eco de estas aspiraciones y desde sus columnas se hacía una intensa propaganda a fin de fomentar una revolución en Cuba, cuyo resultado final fuera convertirnos en un Estado más de la Unión americana. Un personaje ilustre se destaca y brilla, poco tiempo, ello es cierto, pero el suficiente para fomentar la primera de nuestras revoluciones que habría de ser como el primer eslabón de la gloriosa cadena de nuestras guerras libertadoras. Me refiero a Narciso López.

El año de 1848 tiene extraordinaria importancia, porque a partir de este momento la política de Washington da un paso más de avance y entra en lo que pudiéramos llamar una segunda fase. Los temores que dejó traslucir Jefferson en 1809 habían mantenido en constante preocupación a los gabinetes de Washington y con el transcurso del tiempo estos temores, lejos de extinguirse, se aumentaban cada vez más. En Cuba, donde la esclavitud era

algo así como un lazo que uniera nuestras aspiraciones con los intereses de los Estados esclavistas del Sur, se habían explotado hábilmente las corrientes favorables a la anexión. Con igual habilidad se explotaron estas ideas de anexión en dichos Estados del Sur, los que vieron en Cuba el nuevo Estado que habría de asegurarles la supremacía sobre los Estados antiesclavistas del Norte. Así se explican las grandes simpatías que en todo el Sur encontraron las aspiraciones cubanas. Si nos fijamos en todos estos diversos intereses que alrededor de Cuba habían ido naciendo, comprenderemos cómo fué que el Gobierno de Washington tomó una decisión que había de poner fin a una situación de intranquilidad y de duda que en lo absoluto podía prolongarse. La idea de que Cuba se convirtiera en un Estado norteamericano, era ya hora de que llegara a ser una tangible realidad. Habiéndose sentado el precedente, elevado a principio, de que jamás esta adquisición habría de hacerse por la fuerza, sólo quedaba como única fórmula viable la compra o la cesión de la Isla. Así, el 17 de julio de 1848 el Secretario de Estado Mr. Buchanan escribió al Ministro en Madrid el primer documento oficial en que se plantea el problema de la compra de Cuba. Hay un párrafo de este documento que es de gran importancia, por cuanto que en él se encuentran comprendidos los puntos más importantes de la política americana, por aquella época, respecto a nosotros. Séanos permitido reproducirlo:

Cuba está casi a la vista de la costa de la Florida, se encuentra colocada entre este Estado y la Península de Yucatán y posee el puerto de La Habana que es amplio y profundo y está inexpugnablemente fortificado. Si cayese bajo el dominio de la Gran Bretaña, la dominación de ésta sobre el Golfo de México sería suprema. Estaría en manos suyas, en tiempos de guerra, bloquear las bocas del Mississippi y privar a nuestros Estados del Oeste, y los que se hallan en la orilla del Golfo, poblados todos por gente activa e industriosa, de la ventaja de un comercio extranjero para sus inmensas producciones. Y todavía no sería esto lo peor, puesto que quedaría a su arbitrio obstruccionar el comercio por mar entre nuestros puertos del Golfo y los del Atlántico, que es casi tan grande y tan valioso como el que hacemos con el extranjero. ¿Hay alguna razón para creer que la Gran Bretaña desea adquirir la isla de Cuba? Por su pasado histórico, conocemos perfectamente que su política ha sido siempre la de apoderarse de todo punto de importancia comercial en el mundo, que las circunstancias

hayan puesto a su alcance. Y ¿qué punto hay tan importante como la Isla de Cuba?

Más adelante, entrando de lleno en el terreno de la compraventa, agrega:

Y tomando esto en cuenta, parece claro que si se dan a España en pago de la Isla, cincuenta millones de pesos, será más que amplia la indemnización pecuniaria obtenida por ella por la pérdida de aquel territorio.

Volvamos la mirada y contemplemos los acontecimientos que mientras tanto ocurrían en nuestra Isla. Veremos cómo esta tierra, Cuba, considerada como pueblo y no como interés político de importancia para el Gobierno de Washington, no era objeto de los cuidados de aquél.

Mientras que Mr. Buchanan realizaba las gestiones necesarias a fin de adquirir por compra nuestra Isla, acaecieron aquí los primeros brotes revolucionarios. Narciso López se había encargado de dirigir una conspiración cuyo estallido debía tener lugar en Trinidad, pero cuyos preparativos se realizaban en los Estados Unidos. El pueblo de la Unión vió con simpatía la causa cubana y quiso prestarle toda su ayuda, pero entonces se pone de manifiesto lo que podríamos llamar un dualismo yanqui, porque mientras los deseos populares eran francamente favorables a la protección de la causa cubana, debido a las simpatías que habían despertado en ellos nuestras luchas por la libertad, el Gobierno de Washington, fija siempre la mirada en el interés político, y que a la sazón trataba de llevar a cabo la compra de la Isla, se opuso abiertamente a las aspiraciones del General López, toda vez que si una intentona de aquella naturaleza se llevaba a efecto, toda la labor del Secretario Mr. Buchanan vendría al suelo. Así se comprenderá el resultado poco favorable que obtuvieron los patriotas cubanos que cerca del Gobierno americano laboraban por insurrecionar la isla. Por ello resultaron inútiles las gestiones del patriota cubano Ambrosio J. González cerca del general Worth, y más tarde, en 1849, las del propio Narciso López con el General Quitman, Gobernador del Estado de Mississippi, los cuales se encontraban dispuestos a dirigir una expedición a nuestras playas, y

que al fin, se negaron, debido a una indicación de Washington. Y a pesar de la activa campaña realizada por la Junta de New York, de los cálidos discursos pronunciados aún por los propios americanos, fracasó el proyecto de traer a Cuba una expedición compuesta por cubanos y americanos, enlazados por los ideales de la libertad, al publicar el Presidente Mr. Taylor su proclama, de 11 de agosto de 1849, prohibiendo que se prepararan expediciones en suelo americano y toda agresión de ciudadanos americanos contra los territorios de naciones amigas. A pesar de todo, Narciso López trajo una expedición a Cuba, que por el poco auxilio prestado por los cubanos hubo de fracasar. De nuevo comienza su labor en los Estados Unidos, y de nuevo otra proclama, esta vez del Presidente Fillemore que sucedió a Taylor, prohibió toda ayuda del pueblo americano. En condiciones tan especiales, sin encontrar más apoyo que el valor de un grupo de arrojados ciudadanos de Norteamérica y el escaso, casi insignificante, auxilio de una fracción reducidísima de cubanos, fácil era predecir el funesto desenlace de aquella aventura heroica, cuyo objetivo era libertad a Cuba de la opresión de España, que por tres veces trató de convertir en realidad el valor de aquel soldado venezolano, quien pagó al fin con la vida su osadía, muriendo en el cadalso el 1º de septiembre de 1851, iniciando la marcha hacia el ignorado espacio dedicado a los héroes y mártires de la opresión y de la tiranía, y mostrándoles el fatal camino a sus compañeros, los ciudadanos americanos que le acompañaron, que perecieron poco tiempo después, fusilados por orden del Capitán General Don José Gutiérrez de la Concha.

Al conocerse en los Estados Unidos el fusilamiento de sus compatriotas surgió en todo el pueblo, con caracteres alarmantes, una justa indignación. Públicamente mostraron sus sentimientos hostiles a España de uno a otro extremo de la Unión, pero especialmente en el Sur fué donde con mayor exaltación se dieron riendas sueltas a las pasiones. Fué entonces cuando tuvieron efecto los motines en New Orleans, donde la multitud recorrió las calles pidiendo venganza, llegando en su excitación, a demoler el edificio que ocupaba el Consulado de España; y los no menos amenazadores de Key West y Mobile, donde se intentó aplicar la Ley de Lynch a un grupo de náufragos que se habían refugiado, bus-

cando protección bajo la bandera de su patria, en el Consulado español.

A partir de este momento hay una completa falta de armonía entre el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos respecto a la cuestión de Cuba. El pueblo siempre estuvo a nuestro lado, pero en el Gobierno, el cálculo político dominaba los impulsos espontáneos de una hora de sentimentalismo o de indignación; trazado ya el camino a seguir, diplomáticamente, en ningún momento se pensó apartarse de él. En el fondo, la Cancillería americana tenía el mismo punto de mira que el pueblo; la idea de la anexión era también objetivo de la política de Washington; solamente eran los medios los que variaban, pues mientras que en el pueblo y en gran parte del Congreso la anexión se pedía a cualquier costa, el Gobierno sólo la admitía con el consentimierto de España, es decir, por medio de la compra o de la cesión.

Un acontecimiento decidió más aun al Gobierno a realizar esta aspiración política. Este acontecimiento fué la intentona de Francia e Inglaterra a firmar conjuntamente con los Estados Unidos lo que se llamó la Convención Tripartita, cuya razón de existencia era la renuncia por parte de las tres naciones a toda aspiración sobre la Isla de Cuba. Este movimiento de habilidad política anglo-francés no podía ser aceptado por los Estados Unidos, porque abiertamente estaba reñido con los intereses políticos norteamericanos; así lo entendió Mr. Everett, Secretario de Estado, quien declinó la invitación europea en un despacho que ha pasado a ser uno de los más brillantes documentos redactados por la Cancillería norteamericana.

En 1856 renacen con mayor vigor los propósitos de anexión de Cuba, y el entonces Presidente de la Unión, Mr. Buchanan, haciendo buena su anterior política anexionista, expone en su mensaje de 1858 la siguiente tentativa de anexión, mediante una negociación, aconsejando al Congreso la compra de la Isla:

...la importancia de la suma que será necesario desembolsar para su consumación me hacen considerar conveniente antes de emprender un nuevo esfuerzo, someter todo el asunto a la consideración del Congreso.

Y es mucho más claro aún al pedirle

recursos en cantidad suficiente para permitir hacer un pago adelantado al Gobierno de España.

En 1859 el Senado y la Cámara recomendaron el pase de una ley que aprobara el proyecto de compra y pusiera a disposición del Presidente, medios para efectuarla. Nunca estuvo Cuba tan próxima a convertirse en un Estado norteamericano como en esta ocasión. Que Cuba llegaría a formar parte de la Unión Americana, se consideraba por todos como una cuestión resuelta, y en todos los Estados, muy especialmente en los del Sur, se hablaba públicamente de la anexión de la Isla; del nuevo Estado que habría de unirse a los ya existentes. Los acontecimientos, sin embargo, se desarrollaron de muy distinta manera. Un hecho de trascendental importancia para los Estados Unidos tuvo lugar entonces, y el proyecto de compra pasó al olvido, quedando la anexión como una quimera casi impracticable. Este hecho fué la guerra civil que estalló en abril de 1861 y duró hasta el mismo mes del año 1865 y cuyos resultados fueron tan funestos para los intereses esclavistas de los Estados del Sur.

Tres años más tarde, en 1868, estalló en Cuba la guerra de los diez años, iniciada por Carlos Manuel de Céspedes, cuyo ideal era la independencia, y en su consecuencia la anexión dejó de ser entre los cubanos el objetivo de sus luchas. En este período de 1868 a 1878 se nota la misma falta de armonía entre el Gobierno de Washington y el pueblo de la Unión. Desde el comienzo de la guerra, el grito de Céspedes halló grandes y generales simpatías en las masas populares, y así funcionaba en New York, amparada por los propios americanos, la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico que tanta propaganda hizo y tantos auxilios prestó a la revolución bajo la Presidencia del ilustre cubano Don José Morales Lemus. Y no sólo halló simpatías la causa de Cuba en el pueblo, sino que aun en el mismo Congreso se hicieron manifestaciones favorables a ella.

Pero no fueron duraderas estas admirables disposiciones del Gobierno de Washington, manteniéndose en un estado de amistosa tolerancia. El Secretario de Estado Mr. Hamilton Fish intentó de nuevo la compra de la Isla, y a una indicación suya el

General Sickles, Minisitro en Madrid, se puso al habla con el general Prim y sostuvo con él una conversación cuyo tema único fué la posibilidad de que España consintiera en la venta de la Isla. El 1º de agosto de 1869 el Ministro en Madrid pasaba a Mr. Fish el siguiente cablegrama:

He comunicado a Prim informalmente bases del convenio. Me apremió para que le dijese cuánto darían Cuba y Puerto Rico. Le contesté que no tenía instrucciones respecto a eso; pero que yo me figuraba que la suma sería de $125.000,000.

Interrogado Mr. Fish por Morales Lemus acerca de la actitud de los Estados Unidos respecto a Cuba, contestó que era imposible el reconocimiento de los derechos de beligerantes, pero que el Gobierno realizaría gestiones con el de Madrid a fin de llegar a un acuerdo. Con este fin se redactó un documento firmado por Morales Lemus en el que se decía, entre otras cosas, que España reconocería la independencia de Cuba mediante el pago de una indemnización.

Parece que el general Prim no estaba muy decidido a realizar esta negociación y además dejó traslucir sus proyectos de venta, los que al hacerse públicos encontraron tal oposición en la prensa española que tuvo que abandonarlos, notificándoselo así al Ministro norteamericano. Mr. Fish no volvió a insistir, prefiriendo retirarse de la cuestión. Poco tiempo después, el 12 de octubre de 1870, apareció la famosa proclama del Presidente General Grant (6) en la que se prohibían todos los actos que relaciona-

---

(6) La tristemente célebre proclama del General Grant decía así:

"Por cuanto en diferentes ocasiones, y dentro del territorio y jurisdicción de los Estados Unidos de América, algunas personas inclinadas al mal han acometido o preparado empresas o expediciones militares contra territorios o dominios pertenecientes a Potencias, ya sea entrando a servir en dichos cuerpos como miembros de ellos, ya reconociendo o levantando fondos con el objeto, real o alegado, de llevar a cabo las referidas empresas o expediciones, ya alistando soldados y organizando fuerzas armadas para utilizarse cntra las referidas Potencias, y ya, en fin, equipando, preparando y armando buques para el transporte de las citadas fuerzas al lugar de las hostilidades.

"Y por cuanto se ha alegado, y hay razón para temer que así sea, que las referidas mal inclinadas personas han infringido también en diferentes ocasiones y dentro del territorio y jurisdicción de los Estados Unidos de América, las leyes de la nación, ya sea aceptando y ejerciendo empleos militares y navales a fin de servir por tierra y por mar contra Potencias con las cuales los Estados Unidos están en paz, ya sea alistándose o alistando a otros, para hacer la guerra a esas Potencias, ya preparando y armando buques que hayan de emplearse en cometer hostilidades contra ellas, o ya ha-

dos con la revolución cubana se venían realizando en los Estados Unidos. Golpe fatal fué éste para Cuba, porque a partir de este momento se inició el período de decadencia de nuestra revolución, la que sin embago aún se mantuvo, sostenida por el valor de una legión de patriotas, ocho años más. Ante la rigurosa vigilancia americana ¡cuántas expediciones se malograron y cuántas víctimas fueron a aumentar el número ya considerable de mártires sacrificados ante el altar de la Patria! Víctima de esta proclama fué Domingo Goicouría, como ya con anterioridad había sido víctima de la proclama de Taylor, Ramón Pintó.

Terminada en Cuba la guerra, por el convenio del Zanjón, el 10 de febrero de 1878, vino entonces el período que pudiéramos llamar del Partido Autonomista, cuyos fines de sumisión a España eran inaceptables para los verdaderos patriotas. La revolución había muerto, pero en la lontananza comenzaban a dibujarse los resplandores de nuevas llamas en cuya hoguera habrían de consumirse los últimos despojos de aquella España que en un tiempo hizo temblar la tierra al moverse; de aquel que había sido el vasto imperio de Carlos V.

Comienza entonces la incomensurable labor de José Martí, peregrino incansable de la idea de la libertad. Él había dicho: "la sima que divide a España y Cuba se ha llenado por la voluntad de España, de cadáveres. Y no vive sobre cadáveres amor y concordia"; y a partir de aquel momento no descansó hasta que estalló al fin, el 24 de febrero de 1895, la última de nuestras guerras de

---

ciendo nombramientos y despachando patentes, dentro del territorio y jurisdicción de los Estados Unidos; para que dichos buques sean usados con el objeto indicado.

"Y por cuanto todos estos actos atentatorios contra las leyes de los Estados Unidos que rigen en este asunto, se han cometido también en desprecio y desconocimiento de las obligaciones y deberes hacia los Estados Unidos en que se encuentra todo el que reside o se halla accidentalmente en su territorio, y han traído sobre sus autores la condenación de todos los ciudadanos honrados y observantes fieles de las leyes.

"Por tanto, yo, Ulises S. Grant, Presidente de los Estados Unidos, declaro y proclamo, por la presente, que todas las personas que de aquí en adelante sean halladas en los Estados Unidos infringiendo las leyes de los mismos en alguna de las maneras explicadas, u otras análogas, en desprecio de la soberanía de la nación, por cuyo motivo están sujetos a recibir castigo, serán perseguidos con todo rigor, sin que les sea posible esperar clemencia, de parte del Ejecutivo, para salvarse de las consecuencias de su delito, caso de ser sentenciadas. Y amonesto y exhorto a todas las autoridades de este Gobierno, así civiles como militares o navales, para que usen cuantos medios estén en su poder para que sean presos, juzgados y castigados todos y cada uno de los citados delincuentes, infractores de las leyes que nos imponen obligaciones sagradas para con todas las Potencias amigas."

independencia, que terminó con el Tratado de París, pero no sin que antes, por desgracia nuestra, cayera para siempre el Apóstol, regando con su sangre generosa los verdes campos de Dos Ríos.

En los Estados Unidos la revolución fué recibida con muestras de grandes simpatías. A medida que transcurría el tiempo y aumentaba el auge de aquélla, crecía igualmente en el pueblo americano el deseo de intervenir en la cuestión de Cuba. El reconocimiento de la beligerancia se pedía unánimemente, y no transcurría un día sin que aparecieran en los principales periódicos de la Unión, vigorosos artículos favorables a nuestra causa y que reflejaban el sentir de aquel pueblo. Sólo el Presidente hacía constar en sus mensajes, que el reconocimiento resultaba "claramente peligroso y perjudicial para nuestros intereses."

Sin embargo, algunas gestiones realizó el Presidente Mr. Cleveland encaminadas a llegar a un acuerdo con el Gobierno de España a base de un buen régimen autonómico para Cuba. No fueron sus indicaciones escuchadas por España y Mr. Cleveland, que no tenía un firme propósito, tampoco insistió.

¡Ah!, ¡pero qué singular contraste con esta pasividad de Mr. Cleveland ofrecía el Congreso! Allí tomó tanta importancia la cuestión de Cuba y del reconocimiento de nuestra independencia como si se hubiera tratado de un problema nacional de capitalísima importancia.

En la primera sesión de aquel Congreso se presentaron nada menos que nueve resoluciones conjuntas, cuatro concurrentes y diez y seis de las llamadas ordinarias, amén de multitud de peticiones y memoriales, todo ello relativo a la cuestión de Cuba (7).

En las demás sesiones, la avalancha de peticiones de datos, proyectos de leyes, etc., etc., aumentó considerablemente. En la efervescencia de aquel momento se insistió en aprobar un proyecto del senador Mr. Cameron relativo al reconocimiento de Cuba; proyecto que estaba admirablemente respaldado por casi todos los congresistas y desde que su contenido se había hecho público, la prensa y el pueblo insistieron en su aprobación. Ante tal peligro, el Secretario de Estado, Mr. Olney, se vió obligado a declarar:

---

(7) José I. Rodríguez. Ob. cit.

que el reconocimiento de la llamada República de Cuba como un Estado independiente sólo correspondía al Ejecutivo.

En 1896 cesa el período del Presidente Mr. Cleveland y ocupa su lugar Mr. William Mc. Kinley, candidato del partido republicano, cuya plataforma política estaba basada en gran parte en el reconocimiento de Cuba como Estado independiente (8).

En ese mismo año se había dictado en esta Isla el crudelísimo bando de reconcentración, en virtud del cual tantas víctimas perecieron, por orden de aquel Capitán General de triste memoria, que para bochorno de España y de la civilización sufrimos los cubanos; del feroz y sanguinario Valeriano Weyler. Ante tantos horrores, crueldades y miserias, en que yacía sumida nuestra desdichada patria, el Secretario de Estado, Mr. Sherman, dirigió en 1897 una nota al Sr. Dupuy de Lome, Ministro español en Washington, protestando de tan inhumana conducta.

Pero no estaba, a pesar de todo, en el ánimo de Mr. Mc. Kinley, solucionar la crítica situación de Cuba. Pronto empezaron las dudas en el ánimo, así de los cubanos como de los propios americanos, respecto a que Mr. Mc. Kinley pusiese en práctica la política favorable a la revolución, de que había hablado en su plataforma durante la campaña electoral. Estas dudas se vieron confirmadas por la actuación que, debido a indicaciones de la Cancillería de Washington, tuvo el Ministro americano en Madrid, el que sostuvo con el Sr. Pío Gullón, Ministro de Estado español, una serie de intercambios diplomáticos relativos a la pacificación de la isla; y por último, fué la más definitiva confirmación el mensaje que el Presidente dirigió al Congreso en diciembre de 1897, en el que declaraba:

---

(8) Un párrafo del programa político del Partido Republicano decía así: "Desde la hora en que el pueblo de los Estados Unidos acabó su propia independencia, se ha mirado por él con simpatía los esfuerzos de los demás pueblos de América para libertarse de la dominación europea. Nosotros seguimos con profundo y decidido interés la heroica batalla de los patriotas cubanos contra la crueldad y la opresión, y nuestras mejores esperanzas se encaminan a que aquellos tengan completo éxito en su enérgica lucha para alcanzar la libertad. Como el Gobierno de España ha perdido su poder de dominar a Cuba, y no puede ni proteger las propiedades y las vidas de los ciudadanos americanos que allí residen, ni cumplir con las obligaciones que le imponen los tratados, creemos que el Gobierno de los Estados Unidos debe emplear activamente su influencia para restablecer la paz, y dar independencia a la isla."

que no era prudente ni legítimo reconocer la beligerancia de los insurrectos cubanos, y menos todavía su independencia.

Y recomendaba, además, se esperase el resultado de las reformas prometidas por el Gabinete de Sagasta, que obligaban a conceder cierta autonomía en Cuba. Es decir, que la intención del Presidente era mantenerse en una situación espectante.

Cuando este mensaje se hizo público motivó verdadera indignación entre los congresistas y fué tan rudamente combatido por la prensa que sus campañas contribuyeron a restarle fuerza a las indicaciones del Presidente. El periódico *The Sun,* y con mayor vigor todavía *The Journal,* ambos de New York, dedicaban extensas columnas a la cuestión de Cuba, destruyendo las ideas contenidas en el mensaje, que ellos consideraban como un desafío a la opinión pública. Del mensaje llegó a decir Mr. Hannis Taylor, ex Ministro en Madrid, que "era egoísta y sin corazón, frío y cínico" (9).

La situación de Mr. Mc. Kinley era, en verdad, bastante crítica. Constantemente combatido por la prensa, por la mayoría de los congresistas y sosteniendo ideas contrarias a las de su pueblo, que, justo es confesarlo, desde los tiempos de Narciso López había visto con simpatía la causa cubana y tenía el decidido propósito de romper lanzas en nuestro favor en aquellos momentos, se había colocado en tan difícil situación que era casi temerario seguir contra la opinión pública y casi imposible que no se dejara influenciar por ella.

Así las cosas, un hecho inesperado precipitó los acontecimientos. La política relativamente benévola puesta en práctica por el General Blanco, no podía satisfacer la intransigencia de los españoles que aquí vivían, a los que sólo la política funesta de Weyler lograba complacer. El 12 de enero de 1898, se promovió por esta causa un grave motín en La Habana, del cual fueron principal elemento las tropas del ejército español, que pedían la destitución del Capitán General.

Con este motivo el Cónsul norteamericano en La Habana, General Lee, dirigió a Washington el siguiente cablegrama:

---

(9) José I. Rodríguez. Ob. cit.

Tres redacciones de periódicos, y no cuatro, como dije en mi anterior cable, fueron atacadas ayer por oficiales españoles y turbas amotinadas. Presencié el asalto de dos de ellas. Vi que los soldados enviados para protegerlas fraternizaban con los asaltantes. Se me dice que las tropas de que se ha llenado el Palacio para proteger al General Blanco, gritaron también ¡muera la autonomía! y ¡muera Blanco! Prevalece incertidumbre acerca de si Blanco podrá dominar la situación. Si se demostrara que las autoridades no pueden mantener el orden, salvar las vidas y preservar la paz y que los americanos y sus intereses corren peligro, deberán mandarse a este puerto buques de guerra, a cuyo fin será bueno que estén preparados para ponerse en marcha en seguida. Excitación e incertidumbre predominan en todas partes.

El Presidente Mc. Kinley, no obstante, no quiso tomar las medidas pedidas por el General Lee y prefirió mantenerse en su actitud de espera, para obrar de acuerdo con los acontecimientos. Porque los amotinados, según los temores del General Lee, podrían dirigirse contra las autoridades españolas, pero también era posible que lo hicieran contra los ciudadanos americanos y sus intereses; ante el temor de los graves daños que podían sufrir éstos, y debido en gran parte a la simpatía que hacia Cuba sentían, fué tanta la presión que ejerció la prensa y fué tanto el clamor de la opinión pública, que el Presidente no tuvo más remedio que acceder a estos deseos y enviar un buque de guerra al puerto de La Habana.

Así fué como el 25 de enero de 1898, a las 11 de la mañana, entró el acorazado *Maine* en nuestro puerto, del cual, porque así plugo a los hados, no habría de salir sino convertido en ruinas, quince años más tarde. Veintiún días después, el 15 de febrero, ocurrió la formidable explosión que destruyó dicho buque y que tan funestas consecuencias trajo para España.

Cuando en los Estados Unidos se tuvo conocimiento de la voladura del *Maine,* fácil es comprender la indignación de aquel pueblo. Se embrolló de tal manera la tan debatida cuestión de Cuba, que el rompimiento con España fué algo que estaba en la atmósfera y que ya ni aún los más decididos partidarios de la paz, entre los cuales, aunque hoy nos parezca asombroso, también se encontraban algunos cubanos autonomistas, pudieron dudar. Sólamente una hábil, decidida y en extremo rápida política de la Cancillería española hubiera podido evitar la guerra. Pero no

tenía España hombres de Estado de tanta habilidad como la que reclamaban urgentemente los acontecimientos. Y menos aun lo era su representante en Washington. En momentos tan difíciles para España, en que toda diplomacia era necesaria; cuando había que utilizar todos los recursos que suelen facilitar las Cancillerías hábilmente llevadas, todos los resortes de una diplomacia ingeniosa, surgió el incidente ocurrido con el Ministro en Washington Sr. Dupuy de Lome.

Veamos cómo. Enrique Dupuy de Lome hubo de enviar al político español Don José Canalejas, que se encontraba de paso en La Habana, una carta en la que podían leerse párrafos como éste:

El mensaje ha desengañado a los insurrectos que esperaban otra cosa y paralizado la acción del Congreso; pero yo lo considero malo. Además de la natural grosería con que repite cuanto ha dicho de Weyler la prensa y la opinión de España, demuestra una vez más lo que es Mc. Kinley, débil y populachero, y además un politicastro que quiere dejarse una puerta abierta y quedar bien con los *jingoes* de su partido.

Esta carta cayó en poder de un cubano, nombrado Escoto, que era Secretario de Canalejas, y quien, al ver el inmenso partido que en pro de la causa cubana podía sacarle, se dirigió a New York, donde la entregó al abogado americano, gran amigo de Cuba, Mr. Horatio Rubens, el que inmediatamente hizo una traducción al inglés de la misma, y al día siguiente, en unión de Don Tomás Estrada Palma y de Gonzalo de Quesada, se la mostró al propio Presidente Mc. Kinley. Cuando esta carta trascendió al público, sus resultados no se hicieron esperar; ella fué como la última chispa necesaria para producir el tremendo incendio que poco tiempo después habría de estallar, devorando el imperio colonial de España en América. El periódico *The New York Journal,* en su edición del día 9 de febrero de 1898, ponía en su primera plana con gruesos caracteres y a todo lo largo de la misma el siguiente encabezamiento de un artículo:

El peor insulto que jamás se ha perpetrado contra los Estados Unidos en toda su historia. El Ministro de España llama al Presidente Mc. Kinley un político de baja esfera dando pasto a la canalla.

Podrá imaginarse la forma en que estaría escrito el artículo, si éste era el tono de su encabezamiento. En igual forma se expresaban todos los demás periódicos, y tal era el sentir de todo el pueblo. Como consecuencia lógica e inmediata de este incidente, el día 10 de febrero dejaba de ser Ministro acreditado en Washington el indiscreto y poco hábil Sr. Enrique Dupuy de Lome, sucediéndole poco tiempo después el Sr. Polo de Bernabé.

Sin embargo, todavía tuvo España una última oportunidad para evitar la guerra, que, como las anteriores, tampoco supo ser aprovechada por sus estadistas. El 29 de marzo, el Ministro americano en Madrid, Mr. Woodford, solicitó un armisticio inmediato que durara hasta el 1º de octubre de aquel año, durante el cual se harían las negociaciones necesarias a fin de obtener la paz entre España y los insurrectos de Cuba, contando para ello con los amistosos oficios del Presidente de los Estados Unidos. El día 4 de abril, en tan apremiantes momentos, el Ministro español en Washington escribía al Ministro de Estado español, refiriéndose a las gestiones que en favor de la paz realizaba el Arzobispo Ireland:

> El Arzobispo me comunicó las instrucciones que Su Santidad le había dado. Me hizo ver el esfuerzo que había hecho en favor de la paz y me expresó su convicción absoluta de que el Congreso quiere la guerra y que el Presidente, que quiere la paz, tendrá al fin que ceder. Con vivo interés me pidió que hiciéramos el último esfuerzo: acceder sin condiciones al armisticio.

Pero el orgullo, mal entendido, de los estadistas españoles no consintió en entrar en negociaciones con las fuerzas insurrectas, confiados aquéllos en el apoyo de las demás naciones de Europa—sueños utópicos, que en aquellos momentos no podían aparecer en la mente de ningún verdadero hombre de Estado—, y cerraron los ojos ante las fuertes impresiones de la realidad. Su ceguera fué tanta que no pudieron ver en aquella negativa el fracaso del último esfuerzo posible por la conservación del único pedazo de tierra que aún le quedaba a España en el Continente Americano.

Cuando el 11 de abril de 1898 el Presidente Mc. Kinley envió su mensaje al Congreso, la opinión pública americana había lle-

gado al máximum de la excitación; la agitación popular se manifestaba de mil diversos modos y para cualquiera era fácil conocer que el pueblo americano atravesaba uno de esos momentos de exasperación que generalmente preceden a los grandes cataclismos.

El mensaje de Mc. Kinley no pudo satisfacer las aspiraciones de los cubanos ni los deseos de su pueblo, pues solamente se limitaba a pedir al Congreso una intervención en los asuntos de Cuba para poner término a la guerra, pero sin reconocer la independencia de aquélla, y únicamente con la intención de pacificar la isla. El mensaje terminaba diciendo:

> El caso está ahora en manos del Congreso. Sobre él recae una solemne responsabilidad. Yo he agotado los esfuerzos que estaban a mi alcance para aliviar la intolerable condición de los negocios que se están ventilando frente a nuestras propias puertas. Estoy preparado a cumplir con cuanta obligación me imponen la Constitución y las Leyes, y espero vuestra decisión.

En el Congreso, donde casi todos sus miembros pedían la independencia de Cuba, el mensaje fué rudamente combatido. Acaloradas en extremo fueron sus discusiones, donde se presentaron proyectos sin número relativos al reconocimiento de nuestra independencia. En la opinión pública también se reflejó su inconformidad, y en un periódico se llegó hasta a decir lo siguiente:

> *The Journal* tiene el triste deber de anunciar al pueblo de los Estados Unidos que su Presidente William Mc. Kinley ha estado deliberadamente trampeando con el Congreso y con el país.

Casi no había terminado aún la lectura del mensaje en el Senado, cuando Mr. William M. Stewart, senador por Nevada, pidió la palabra para combatirlo. Entre otras cosas dijo que "una guerra con España, teniendo por aliados a los cubanos, merecía la aprobación de todos los amantes de la libertad" (10). Después de él habló Mr. William E. Mason, de Illinois, y otros, e igualmente en la Cámara, Mr. John J. Lentz, representante democrático de un distrito de Ohio, y Mr. Joseph W. Bayley, representante de un distrito de Texas, quien dijo:

---

(10) José I. Rodríguez. Ob. cit.

Un Presidente que mande hacer fuego contra los soldados cubanos se hará odioso, y este odio se trasmitirá después de él a sus sucesores, mientras se conserve entre los hombres la memoria del hecho (11).

En términos parecidos hablaron muchos más, casi todos los congresistas, de los cuales no hago mención por no hacer demasiado extenso este trabajo (12).

Por fin, después del informe de las Comisiones de Relaciones Exteriores del Senado y de la Cámara, y de dos conferencias celebradas por una Comisión mixta de senadores y representantes, se presentó a votación una Resolución Conjunta que fué aprobada en la Cámara por 311 votos contra 6, y en el Senado por 42 votos contra 35. Esta Resolución Conjunta, tan conocida por nosotros, decía en su parte dispositiva:

Se resuelve por el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América reunidos en Congreso:

Primero: Que el pueblo de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente.

Segundo: Que es el deber de los Estados Unidos exigir, como el Gobierno de los Estados Unidos por la presente exige, que el Gobierno de España renuncie inmediatamente su autoridad y Gobierno en la Isla de Cuba, y retire del territorio de ésta y de sus aguas sus fuerzas militares y navales.

Tercero: Que por la presente se da orden y autoridad al Presidente de los Estados Unidos para usar en su totalidad las fuerzas mi-

(11) José I. Rodríguez. Ob. cit.

(12) Distinguiéronse en aquellas sesiones por sus discusiones favorables a Cuba, principalmente: Mr. Redfield Proctor, de Vermont; Mr. John H. Gallinger, de New Hampshire; Mr. Hernando D. Money, de Mississippi; Mr. John M. Thurston, de Nebraska; Mr. William Lindsay, de Kentucky; Mr. John L. Wilson, de Washington; Mr. W. V. Allen, de Nebraska, etc., etc.; y por último el senador por Ohio, Mr. Joseph Foraker fué el que puede decirse que dió el mayor impulso en favor de la independencia cubana. Para dar una idea del tono de los proyectos presentados reproduzco el presentado por el Senador Mr. Marion Butler, de la Carolina del Norte. Dice así: "Por cuanto la destrucción del acorazado *Maine* y el asesinato de 266 de nuestros marineros en puerto de La Habana por el Gobierno español en un acto de guerra por parte de España contra los Estados Unidos. Por tanto: Se resuelve por el Senado y la Cámara de Representantes, reunidos en Congreso: Primero: Que para vengar este crimen odiosísimo y sin igual, como lo exige nuesro honor nacional, y para poner fin al sistema, bárbaro e inhumano, que España está empleando contra Cuba, como lo exigen los intereses de la libertad y de la humanidad, el Gobierno de los Estados Unidos reconoce la República Cubana como nación aparte e independiente. Segundo: Que el Gobierno de los Estados Unidos demanda que España retire de Cuba inmediatamente sus fuerzas terrestres y marítimas. Tercero: Que para llevar a efecto esta resolución se le conceden al Presidene la autoridad y poder que necesite, para que use, como se le manda hacerlo, todas las fuerzas de los Estados Unidos de América."

litares y navales de los Estados Unidos y para llamar al servicio activo a las milicias de los diferentes Estados hasta donde sea necesario para llevar a efecto esta resolución.

Cuarto: Que los Estados Unidos declaran por la presente que no tienen intención ni deseo de ejercitar en Cuba soberanía, jurisdicción o dominio, excepto para la pacificación de la Isla, y afirman su determinación, cuando ésta se haya conseguido, de dejar el gobierno y dominio de Cuba a su propio pueblo.

Esta Resolución Conjunta, no cabe dudarse que fué inspirada, más que en la política, en las grandes simpatías que la causa de Cuba había despertado, y en la excitación de un momento crítico producido por la poca habilidad política de que dieron pruebas los estadistas de España.

En esta forma aprobada por el Senado y la Cámara de Representantes, la Resolución Conjunta fué sancionada por el Presidente, quedando convertida en ley el día 20 de abril de 1898.

España vió claramente que esta Resolución Conjunta significaba la guerra, y retiró a su representante en Washington, quedando desde este momento rotas las relaciones entre ambos Gobiernos y surgiendo como cuestión ya inevitable la guerra Hispano-Americana.

No pudo España resistir mucho tiempo la acometida de las tropas insurrectas y americanas, aliadas en Cuba, ni era su escuadra capaz de hacer frente a la de los Estados Unidos, que en Santiago de Cuba y en la bahía de Cavite pudo borrar fácilmente en un instante, el último vestigio que como nación de poderío naval hubiera podido conservar aquella España que en un tiempo había asombrado al mundo lanzando a los mares las naves majestuosas y gallardas de la Escuadra Invencible.

(Concluirá.)

Joven abogado, inteligente, culto y laborioso, el Sr. Alberto Maury y Nodarse pertenece al grupo de intelectuales que, además de ejercer su profesión, se preocupan por los problemas nacionales, como lo ha demostrado con esta muy interesante conferencia, hasta ahora inédita, y que, debido a su mucha extensión, sólo fué leída fragmentariamente por el autor. CUBA CONTEMPORÁNEA, en cuyas páginas se han dado a conocer diversos trabajos sobre el mismo problema, especialmente durante los últimos cuatro años, se complace en publicar este nuevo estudio, sereno y documentado, que puede considerarse como un complemento y resumen de cuantos se han dado a la publicidad hasta la fecha.

CON EL ESLABON

Décimoquinto apéndice

A historia fiscal, en todas partes, se reduce a lo siguiente: el fisco hace lo posible y lo imposible por sacar el máximum al contribuyente; y el contribuyente hace lo posible y lo imposible por pagar el mínimum al fisco.

*

Dice San Agustín que dice Varron que los diversos filósofos señalan hasta doscientos ochenta y ocho bienes soberanos. ¡Gente contentadiza! Con uno medianito me doy por bien servido.

*

Con aserrín y engrudo no se pueden hacer pastelitos de crema.

*

Se emplean algunas palabras, como emplea el indio el *curare*. Denuncias los males públicos; te llaman pesimista. Te apartas de los embaucadores de la mente popular; te dicen escéptico. Con dos o tres sílabas, te paralizan.

*

¿El orden de la naturaleza? Lo ponemos nosotros. Ese orden depende del que lo contempla y del modo como lo contempla.

*

Decir algo nuevo es para muchos sabihondos la meta de su esfuerzo. Por eso se precipitan a paso de conquista por la región sin límite de las quimeras.

*

Conténtate con pocos lectores, aconsejaba con mucha mónita Horacio. ¡Cuántos vanidosos que borrajean a destajo han fingido aceptar el consejo! Dígalo la media docena que bastaba a Stendhal.

*

Herencia y evolución, dicen algunos modernos, como si esos términos pudieran sumarse. Y se me antoja que es precisamente caso de resta: herencia o evolución. Porque de tanto evolucionar no quedan de la herencia ni ochavos.

*

Para el hombre no hay más que un freno, decía Helvecio: la ley. ¿Y para el legislador?

*

Te pido la felicidad, y me das una fórmula. Este es el drama que se representa diariamente entre el catecúmeno y el moralista.

*

¡Qué grandes palabras hemos inventado para cobijar mansamente bajo ellas nuestro egoísmo vergonzante!: filantropía, humanitarismo, caridad universal...

*

Muchos gobiernos de allá y de acá podrían denominarse: Francmasonería al revés, para beneficio de pícaros. Su máxima cardinal es: No pegues al culpable caído; porque puede levantarse cuando te toque caer.

*

Maquiavelismo político de última moda: ¿Quién es mi amigo? Mi enemigo.

*

La publicidad moderna ha destruído el hábito y hasta la posibilidad de la lectura reposada. Hoy se lee tanto, que ya no se lee. Ingerimos, y no digerimos.

*

La filantropía de algunos penalistas reformadores sabe a miel hiblea. Nada de tortura física. Aislamiento absoluto; dieta mental y moral. A este lazareto maravilloso llamaron prisión celular.

*

Hay una fobia de que no sé si han tratado los patologistas, y la cual produce más estragos en la sociedad que todas las otras juntas: el miedo a lo nuevo.

*

El cristianismo es un mundo; tú eres un átomo. ¿Y qué? No giro en su órbita.

*

Rasgos zoológicos típicos: las palomas de Venecia, los perros callejeros de Constantinopla, y los mataperros de La Habana.

*

Decía Stuart Mill: donde hay sociedad hay igualdad. Lo oyó un diminuto parásito que vivía regaladamente a expensas de una gran cabeza, y se esponjó de gusto.

*

—Pero parasitismo no es sociedad.
—Pregúntaselo al parásito.

*

Cada hombre toma al lenguaje corriente cierto número de palabras para su uso cotidiano; pero no sólo tiene su vocabulario, sino su manera especial de interpretarlo. Por eso, como nos son comunes los signos, parece que nos entendemos. Así parecen reales las figuras de un cine. Y todo es apariencia.

*

En los manuales de urbanidad falta un capítulo que habría de llamarse: "De lo que no debe decirse e infaliblemente se dice."
—Ese capítulo será para los tontos.
—Y para muchos discretos.

*

Los moralistas que andan con un candil buscando el fin de las acciones, han olvidado uno casi exclusivo en la buena sociedad: matar el tiempo.

*

Los sacerdotes católicos, gente sutil, protestan. No sólo para la buena sociedad inventaron ellos el santísimo rosario.

*

Temo mucho que un pensamiento profundo no pase de ser un pensamiento confuso. Aventemos un poco el significado de las palabras, a ver si da humo o llama.

*

Para el cultivo de la inteligencia, lo importante no es retener. sino entender.

*

No soy curioso; pero, en los tranvías, procuro ver lo que lee mi vecino. Mi vecino procura ver lo que lleva en la bolsa su vecina. Ese sí es curioso.

*

El colmo de la ilusión humana está contenido en este imperativo que prodigan las religiones: Ama. El globo convertido en imán formidable no desarrollaría fuerza bastante para atraer contra su gusto el corazón pequeñito del más pequeño de sus moradores.

*

Seducir, no ordenar, he aquí lo que se necesita para ser amado. Don Juan es el ideal, que se encarna en muy diversos tipos, desde el más puro al más impuro.

*

Las palabras, los conceptos que están detrás. Eso no es nada, y eso es todo. Hay frases que pasan de boca en boca, como futesas; y si se profundizan, aterran.

*

Ejemplo: Dar a cada uno lo que es suyo. ¡Lo que es suyo!

Allí dentro hay una bicoca: la organización social y la teoría entera de nuestros deberes recíprocos.

*

Aquel rígido maestro, Jeremy Bentham, quería que cada cual valiese por uno, y nadie por más de uno. Perfecto. Matemáticamente perfecto. Pero echémonos a buscar por la vasta redondez del mundo ese uno que se conforme con no ser más que uno.

*

A juzgar por las maravillas que nos habían prometido los reformadores del pasado siglo, y al considerar lo poco maravilloso de la sociedad en que vivimos, no podemos sustraernos a la idea mortificante de que somos un pueblo bien atrasado. Pero... es que nuestros vecinos y sus vecinos y los vecinos de sus vecinos, todos, quién más, quién menos, cojean de igual suerte. ¿No será que aquellos profetas hablaban de la luna?

*

Tú nos confiesas, oh gran Tucídides, que antes de tu época no había ocurrido en el mundo nada importante. Claro, Como que la historia de veras importante empieza y acaba, para cada uno, con su importantísima persona.

*

Desde el advenimiento de Spengler se acabaron las críticas de la veracidad de la historia. El devenir del mundo humano se realiza en la mente del filósofo y en la de cada uno de sus adeptos. En esa fortaleza ¿quién penetra? ¿qué ariete la bate?

*

Las espulgadores del santoral romano me producen el efecto del escrupuloso Varron, cuando dividía sus divinidades oficiales en *di certi* y *di incerti*. ¡Cómo crece y se hincha este océano de los santos inciertos! ¡Cómo crece!

*

Hay pensadores modernos de penetración pasmosa. Nos hablan del alma egipcia, del alma india, del alma persa, como de

las llaves de su escaparate. Y tan difícil como nos es, a nosotros, gentecilla vulgar, entendérnosla con nuestra pobre almita.

*

Entre las ilusiones de que se alimentó el siglo XIX, y nos ha legado en parte, debemos poner, con letras bien grandes, la ilusión de la estadística. Atiborramos de cifras un papel cuadriculado, y un fenómeno social de infinita complejidad lo creemos tener en el hueco de la mano. El niño Jesús con su bola del mundo.

*

Del alambique estadística destilamos esta quinta esencia, el promedio. Feliz invención que nos hace tomar lo ilusorio por la real.

*

Hablan de la gran Esfinge, allá en los arenales egipcios. ¿Allá? Si nos codeamos con ella. Tú, tú, mi semejante, tú eres mi gran Esfinge. Te estrecho la mano, te rodeo con los brazos, te miro a los ojos, te escucho acucioso, y sigues siendo para mí lo eternamente impenetrable.

*

Es radicalmente imposible que un hombre conozca a otro. Un hombre se figura cómo es otro. No hay biografía del gran X, ni del insigne Z. Hay mi biografía del grande o del insigne.

*

Nos amamos en Cristo, dice el creyente. Nos unimos por la idea, dice el pensador. Pero corazones y pensamientos son paralelas que se prolongan hasta lo infinito, sin tangencia posible.

*

"Vale más ser un hombre descontento, que un cerdo satisfecho," afirmaba Stuart Mill. Y muchos cerdos satisfechos que lo escuchaban, con los ojos en blanco, se reían bajo capa.

*

Hay idiomas gangosos, idiomas gruñentes, idiomas farfullantes, idiomas silbantes. El silbar continuo del castellano nos pa-

rece a nosotros muy musical; como su ganguear, su gruñir, su farfullar a los otros.

*

La casuística de Escobar y consortes y las tablas de motivos y de resortes de acción de Bentham y los suyos son harina del mismo costal. Quieren encerrar en un círculo la parábola de nuestras pasiones.

*

Necesitamos ver mucho con los ojos de la cara, para ver algo con los ojos del espíritu. Conviene decírselo al oído a los escritores; porque como hay quienes pintan de *chic*, hay quienes escriben de *chic*. ¡Y tantos como hay!

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

La Habana, 1924.

VOCABLOS DE LA ECONOMIA POLITICA AFROCUBANA

TAMBIEN los afrocubanos tuvieron su peculiar economía; no soló en cuanto a la condición de esclavos con que solían ser traídos a estas playas, sino ya horros y ladinos y socialmente libres y mezclados con el proletariado blanco.

Era imposible que fuesen tan pronto olvidadas las costumbres y lenguas nacionales del África, y aun hoy encontramos abundantes supervivencias de primitividad indudable, que asoman a la superficie a través de las superiores estratificaciones de la cultura.

Entre éstas son muy curiosas las palabras que los africanos han logrado incrustar en el lenguaje vernáculo de Cuba referentes al dinero, a la riqueza, a la miseria, etc., reveladoras de un pasado mental característico de la economía política africana tan rudimentaria e incipiente.

Y es interesante observar cómo nuestro pueblo en esos vulgarismos reproduce inconscientemente ciertas ideas, conceptos y juicios que fueron propios de los africanos hace muchas décadas, cuando aún surcaban los mares aquellos veleros con cargazones de *ébano* y *piezas de Indias,* que enrojecían sus estelas con la sangre de una humanidad abyecta en la servidumbre y en la tiranía.

A continuación insertamos unas pocas cédulas de nuestro inédito *Glosario de Afronegrismos,* que darán idea de esas supervivencias cisatlánticas de la economía política mandinga, lucumí o congoleña.

BOLO. m.—Peso, moneda de plata de 100 centavos, unidad monetaria en Cuba.

Dícese por el vulgo a la moneda de plata de un duro, sin que se explique fácilmente por qué analogía, se le dice así. Tiene los usos castellanos.

Así copiamos de Suárez. Sabido es que las monedas reciben en el lenguaje vernáculo de todos los países, numerosas y muy inestables denominaciones vulgares y jergales. En Cuba decimos "maraca", "pesandarte", "mantecoso", "kilo" y hasta *queque* "cierto dulce o bizcocho, antaño muy popular", etc.

La voz BOLO, aplicada al peso, pudo derivar de la forma redonda. En congo (Craven, p. 149) (1); *mbolo* significa "bizcocho", "galleta". ¿Será, pues, el vocablo BOLO, en sentido de "moneda de a peso, o duro", un afronegrismo, traducción del cubanismo *queque,* en igual significación figurada? Esto no obstante, remitimos al lector a la palabra MANGUÁ, y, después de leerla, le recordaremos que *gbolo* es voz de los negros de Sierra Leona (y también *gbúlui, gburo* y *buro)* para significar "sal" (2).

Suponemos, pues, que la voz africana ha influído en el vulgarismo cubano para significar "peso", o sea la expresión del "dinero"'.

BONGO. m.—Ponderación de fortuna o capital. "Ganó un *bongo.*"

En igual sentido se usa *congo.* "Ganó un *congo*". Pero no suponemos que aquel vocablo sea corrupción de este.

Mbongo, en lengua congoleña, quiere decir "trajes", "mercancías", "riqueza", "tesoros", "dineros", "propiedades"', y de ahí nos vino el *bongo* afrocubano. (Bentley, p. 344) (3).

BRUJA. m.—Pobre, sin dinero.

En nuestro *Catauro de Cubanismos* escribimos:

BRUJA.—Adjetivo que en su acepción de pobre, sin dinero, se deriva, según Arturo R. Carricarte, de *broken,* en inglés, "quebrado", "pordiosero". Es muy posible que así sea, como en otros cubanismos ocurre análogamente. Sin embargo, por si alguien tiene dudas, propongamos otra etimología, de *bruje,* que en caló gitano significa pre-

(1) *English-Congo and Congo-English Dictionary.* Londres, 1883.

(2) S. W. KOELLE. *Poliglotta africana or a comparative vocabulary of nearly three hundred words and phrases in more than one hundred distinct african languages.* Londres, 1854, pág. 80.

(3) W. H. BENTLEY. *Dictionary and Grammar of the Kongo Language.* Londres, 1887.

cisamente un "real", una "moneda ínfima". Un sin *bruje,* es precisamente un hombre *sin un real, sin un medio,* en fin, un *bruja.* ¿No pudo por metátesis en la frase, y por contradicción, nacer en Cuba o allá, en años remotos, el *bruja?* Este origen andaluz y gitanesco podía explicar además el *bruja sopera,* aun no explicado. Pobres *sopistas* y *soperos,* eran los que allende los mares se alimentaban de la *sopa boba* o bodrio de los conventos, los "pordioseros" que *por Dios* pedían limosna e iban *a la sopa* a palacios señoriales o frailescos. Era, realmente, el grado último de pobreza. Un *bruja sopera* o *un sopera* (desinencia femenina en *a,* por influencia de *bruja)* es un pobrete sin un real, que tiene que vivir de la sopa, de la bazofia, del alimento que le dan los demás.

Traemos este vocablo al *Glosario* para anotar que acaso haya influído en la acepción antillana la voz yoruba *buruh* "mal", "feo", "enfermo", "debilitado", que usarían los infelices bozales lucumís al pordiosear limosnas. "*Buruju* en esa lengua es "peor". "Estar *buruh* era "estar mal". (S. Crowther, *Vocabulary of the Yoruba Language.* Londres, 1843, p. 99; T. J. Bowen. *Grammar and Dictionary of the Yoruba Language.* Londres, 1858, p. 24.)

Esta posibilidad es más de tenerse en cuenta cuando se observa que, indudablemente, la voz africana determinó en Cuba el uso del vocablo *brujo,* como calificativo de un tasajo "malo".

BRUJERÍA. f.—Pobreza. V. BRUJA.

COCÓ. m.—Tierra blanquecina que emplean los albañiles para las obras de albañilería y suelos de hormigón.

Así dice la Real Academia, que da el vocablo como cubanismo.

En nuestro *Catauro,* decíamos:

No es necesariamente "tierra blanquecina", como reza el Dic. de la R. A. al fijar este reconocido cubanismo. Es el conjunto de piedrecitas o "cascajo" que criban los albañiles por un cedazo o zaranda, para aprovechar las más menudas en el hormigón o el relleno de ciertas obras. Será blanquecino el cocó si lo es el material del cascajo de que procede, como lo es generalmente por ser calizos, por lo común, los cascotes; pero no será blanquecino si procede de ladrillos o piedras pizarrosas.

Sin embargo, el carácter blanquecino del cocó, que blanquecino es por lo general, y que la Real Academia leyó en Pichardo, nos permite suponer que el vocablo no es sino aplicación de una

voz africana por los *morenos* albañiles, y sabido es que las artes manuales estuvieron antaño confiadas a los negros, siervos y horros.

En mandinga COCÓ, o sea *koó* y *kokhó* (4), quiere decir "sal", y bien pudo ser aplicada esa voz a la tierra blanca, menuda y cernida, como granos de sal. Lo mismo sucede en el dialecto malinké.

Otra consideración nos demuestra, también, ese origen africano.

Cocó, también en el habla vernácula cubana, tiene otra acepción muy frecuente: || [2] Dinero. "Tiene mucho cocó.

Y sabido es que los vocablos "sal" y "dinero" se equivalen en toda el África Central, como se equivalían económicamente. Así lo vemos comprobado en el vocablo popular cubano MANGUÁ (5).

También es común en Cuba la frase "*echa* cocó", por "echa dinero", con que se comenta y caracteriza el alarde de fortuna, tanto que se dice *echador* al bambollero y vanidoso de sus riquezas, aun siendo éstas imaginarias.

En lengua lucumí o yoruba *kokó* quiere decir "mucho" (Bowen, p. 51); y esa acepción enfática cubana ha podido ser influída por dicha voz africana.

Y, en fin, aun cuando la relación de origen no sea del todo precisa aun hay otra acepción, derivada: || [3] Peso o moneda de cien centavos, unidad monetaria nacional, equivalente al dólar.

A este cocó africano habría que referir, probablemente, la voz anticuada COCONA "propina", "galardón".

H. Dumont, antropólogo francés, que escribió en Cuba, por 1876, en su libro sobre los esclavos y sus originarias procedencias y costumbres africanas, daba cuenta de ese fenómeno económico y decía:

La sal fué y es todavía una moneda lejos de la costa de África, avalorándose por la dificultad que ofrece su transporte a las provincias interiores de la Nigricia, que carecen de vías marítimas de co-

(4) J. B. RAMBAUD. *Des repports de la lengue yoruba avec les langues de la famille mandé. Bulletin de la Societé de Linguistique de Paris.* París, 1897, pág. 52.

(5) El vocablo bantú *manguá* "sal", "dinero", puede descomponerse así *man* + *guá,* cuya raíz parece reproducirse hasta en lengua mandinga, donde se usa decir *ko, kua* y *kokho,* por "sal". Léase más adelante.

municación. Las minas de sal son rarísimas en la parte central de algunas provincias, como en la de los mandingas, por ejemplo. Un pedazo de sal de dos pies y medio de longitud y dos pulgadas de espesor, vale entre los negros mandingas hasta cerca de 50 francos. En el interior de la Nigricia meridional, en el territorio congo, un pedazo de sal de 3 onzas tiene un valor de tres francos.

Por esto en Cuba al dinero se le dice todavía "sal", o sea BOLO, COCÓ, MANGUÁ, MANÍ, MARACA, etc.

COCONA. f.—Galardón, propina.

Así dijo Pichardo, quien ya la calificaba como desusada, y la daba como voz indígena.

La suponemos derivada del cocó "dinero", procedente de los mandingas.

FUÁCATA. f.—Pobreza, miseria. "Está en la FUÁCATA". || [2] adj. Pobre fastidiado. "Está hecho UN FUÁCATA". || [3] m. Acto carnal.

En nuestro *Catauro de Cubanismos* decimos:

Chasquido del látigo. Voz onomatopéyica. Antaño solía decirse *fuátaca* y *fuatacaso,* lo cual parece dar a entender que procede el vocablo de *fuete, fuetazo.*

Añadamos hoy que el vocablo se debe a varias voces congas.

Primeramente a la raíz conga *fuá* (Bentley, p. 280, y Craven, p. 119). *Fuá* es "morir", "perecer", "decaer", "herir", "pudrir", etc., y úsase además, como prefijo para formar muchos vocablos de sentido negativo, despectivo o de acción desagradable.

Así, con esa raíz se forma *fuanzaba* "estar hambriento", *fuankenda* "tener compasión", etc. *Fuanga* es "muerto", y de ahí a FUÁNGATA o FUÁCATA, por la contaminación onomatopéyica, hay poco trecho.

Estas ideas son próximas a la FUÁCATA criolla y pueden haber codeterminado su formación y semántica; pero creemos que esta palabra se deduce directamente de las congas *fua* "valer", y *nkatu* o *ankatu* "nada", "cero", "vaciedad", "desolación", "inutilidad", etc. (Bentley, 281 y 381); o bien, de un significado indecentón, lo cual es más verosímil, dado el uso y el abuso que de

su correspondiente traducción castellana hacemos en nuestra coprolalia popular; por derivación de *fua* "prefijo despectivo, de acción desagradable", y de *kata* "órgano sexual del hombre". (Ib., p. 290.) Hállase análoga influencia pornográfica y radical en *Cataté*.

Apoya esta última teoría el uso picaresco del vulgarismo *fuacatear*, forma verbal activa de la locución *hacer fuácata* "fornicar".

GANGA. f.—Cosa apreciable que se adquiere a poca costa o con poco trabajo.

Tal es la segunda acepción, que nos da la Real Academia. La primera es voz de minería "materia que acompaña a los minerales y que se separa de ellos como cosa inútil". No se acierta a comprender la relación entre una y otra, como no sea contradictoria, como lo son sin duda por su sentido ambos vocablos.

"Ser de GANGA" una cosa es "gratis o de poco costo". "Ir de GANGA" a un sitio, es en Cuba "ir de balde", y esta locución cubana puede aclarar ideológicamente el origen del vocablo. "Ir de GANGA" en el Congo, sería "ir libre", pues *ganga* es "libertar". (Cannecatim, 148.) Y *ngangu* quiere decir "agudeza", "astucia", "habilidad", "sutileza", "trampa", "artificio", "sagacidad", "viveza", "disimulo". Más del Congo que de la minería provienen la GANGA criolla y la castellana.

GUAGUA. f.—Úsase en la locución DE GUAGUA, por "de balde".

De esta expresión se han derivado otras acepciones del vocablo, como GUAGUA: "cosa baladí"; "especie de vehículo ómnibus, para transporte de personas por bajo precio". Y también tenemos los derivados: GUAGUANCHE y GUAGUANCHO "de balde"; GUAGÜERO "persona ganguera", "conductor de una GUAGUA".

Véase la voz GANGA, de la cual podría ésta ser corrupción.

No se tiene por segura ninguna opinión etimológica.

Aportemos alguna hipótesis africana, con toda reserva.

Guagua en lengua hausa (6) quiere decir "un bobo" y *gua-*

(6) El lenguaje hausa es el de los primeros esclavos que debieron de llegar a estas Indias, junto con los yolofes y mandingas. Entonces debían de figurar como *berberís* o de Berbería. Es lengua muy influenciada por el árabe.

guancho significa "bobería", "locura". (Robinson, I. p. 251.) Y en Cuba "entrar de bobo" o "haciéndose el bobo" en un espectáculo, es igual a "entrar de GUAGUA".

Otra hipótesis. En algunos "cabildos" de negros, en esas asociaciones de mutualismo africano que florecieron en Cuba en los siglos de la esclavitud (7), las mujeres solían entrar a los bailes dominicales sin pagar, o sea gratis, de balde, DE GUAGUA, o sea, dicho en lengua congoleña *ngu (o wa)* + *ngwa,* o *ngu* "como", "a modo de" (o *wa* "de") + *ngwa* "mujer", "hembra", "madre", "femenino" (Bentley, 374, 439, 459 y 375). ¿Sería, pues, GUAGUA la expresión conga "como mujer", que significaba la circunstancia de "no pagar" al entrar en los cabildos, y de ahí se extendiera a "entrar DE GUAGUA" en los teatros, etc.?

Véase asimismo lo que observamos en la papeleta de este *Glosario* correspondiente a *guagüero.*

GUAGUA. f.—Especie de ómnibus destinado preferentemente a dar viajes con itinerario fijo.

Este vocablo puede provenir de GUAGUA "ganga", "baratura", empleado comúnmente en la locución DE GUAGUA "de balde", "gratis"; y aludiendo al precio ínfimo del transporte por esos vehículos, comparado con el del coche o quitrín de aquellos tiempos.

Pero pudiera el vocablo haber sido introducido por los negros carabalíes, que al montar en esos vehículos, dada su baratura, en vez de ir a pie, dijeran en su lengua que iban *aguagua* o *awawua,* es decir, "rápidamente". (H. Goldie. *Dictionary of the Efik Language.* Edinburgh, p. 17.)

GUAGÜERO, RA. adj.—Aplícase a la persona que obtiene algo DE GUAGUA, o sea gratis, de balde.

El vocablo GUAGUA y su sentido, bastan para explicar el origen de este adjetivo. Sin embargo, recordemos que entre los carabalís *guaguara* o *wawara* es una expresión de dar gracias por algún favor o donativo. (Goldie, 338); por lo que, para los negros del Calabar, entrar en un sitio *de guagua* o ser GUAGÜERO, era entrar "gratis" o, dicho en su lengua, *guaguara.*

---

(7) Véase nuestro estudio *Los Cabildos Afrocubanos.* La Habana, 1921.

GUANIAO. adj.—Abundante de dinero. Vocablo usado en Oriente.

Si *guañín* o *guanín* es africano, lo será también GUANIAO, que mejor castellanizado sería GUANIADO.

El femenino se dice *guaniá,* por corrupción de un hipotético *guaniada.*

GUANO. m. fam.—Algunos dicen así al "dinero", en abstracto.

Así escribe Suárez.

El vocablo derívase, por contaminación, de *guano* "palma" y GUAÑÍN "dinero". Véanse GUAÑÍN y GUANIAO en este *Glosario.*

GUAÑA. f.—Peseta. Voz del hampa cubana.

Puede haberse producido de *guañar* "ganar" en antiguo castellano, y aun hoy en el Levante español.

Guaña o *waña* es fonema carabalí (Goldie, 319) que da la idea de redondez e integra algunas voces así caracterizadas semánticamente. Pudo contribuir a fijar y perpetuar el vocablo.

GUAÑÍN. adj.—Oro GUAÑÍN, es, según la Real Academia, "oro bajo de ley", y el vocablo es americano.

Pero Leo Wiener sostiene, tras larga disquisición, que es derivado del vei *kaní* "metal", "oro" o "plata". Aparte de un minucioso análisis filológico, añade el profesor de Harvard que en el diario de Colón, día 13 de enero, "oro" se traduce por *caona,* mientras *Goanín* es una isla donde hay mucho oro. Las Casas anotó al margen: "Este *Guanín* no era una isla, según creo, sino ese oro bajo que según los indios de la Española tenía un olor, porque lo percibían mucho, y en ésta llamaban *goanín.*" Igualmente, sigue escribiendo Wiener, en la relación italiana del primer viaje se lee: "Aquí había piezas de *guanín* tan grandes como la mitad de la popa de la carabela." Wiener explica cómo la voz *popa* fué corrupción errónea de *plato,* y continúa desarrollando su argumento:

En su Diario del tercer viaje de Colón cuenta que antes de salir para la Española le fué dicho por el rey Juan de Portugal que algunos buques habían ido de Guinea con mercancías a las islas del Oes-

te, y que decidió ir primeramente a Guinea a comprobar la certeza del dicho del rey Don Juan; y lo que le dijeran los indios de la Española, que habían ido del sur y sureste hombres negros que llevaron esas puntas de lanza hechas de un metal que ellos llaman *guanín,* del cual envió a los reyes, y se halló en treinta y dos partes, diez y ocho de oro, seis de plata y ocho de cobre.

"No puede pasar inadvertido el hecho, dice Wiener, de que Colón supo que el *guaní* fué traído a Indias de Guinea y que en la Española hubo mercaderes o viajeros antes que él. Esto confirma la derivación de *caona* y de *guaní* del vocablo mandinga que significa "oro", concluye Wiener, triunfalmente (8). ¿Triunfalmente?

Del primitivo americanismo o guineísmo, según fuere, *guanín,* al *guañín,* el paso fué breve en todo caso, llevado por el contagio fonético de *guañar,* "ganar" (aun hoy se usa en catalán, y una *guaña* es una peseta en el hampa habanera), idea íntimamente ligada a la del oro.

En la región de Santiago de de Cuba aún se oye GUANIAO, por "abundante de dinero".

MANGUÁ. m. vulg.—Dinero.

Es voz ñáñiga vulgarizada. MANGUÁ *morondó* nos decía un ñáñigo político (sic) pidiéndonos *¡dinero bastante!*

Aunque no insertamos en este glosario los vocablos ñáñigos, por ser de carácter jergal, y su estudio estar aplazado para un próximo libro (9) esta voz MANGUÁ se ha extendido lo bastante para justificar su inclusión.

Y, en realidad, tampoco es ñáñiga, por lo menos en su origen, por no pertenecer exclusivamente a ninguno de los idiomas que dieron base filológica a la jerga del ñañiguismo.

MANGUÁ es palabra de los lenguajes bantúes que significa "sal". Encuéntrase, con ligeras variantes de forma, pero con su raíz constante en buena parte de la vertiente atlántica de la extensión africana que cubren aquellos idiomas.

---

(8) T. I, pág. 33 y siguientes.

(9) *Los Negros Ñáñigos,* que con *Los Negros Esclavos* y *Los Negros Brujos,* ya publicados, y *Los Negros Horros* y *Los Negros Curros,* aun en el telar, formarán la obra *Hampa Afro-Cubana,* de la cual es un "margullo" o acodo este *Glosario de Afronegrismos.*

Muñgwa, al oeste del Zambezi (Johnston, 341); *Omoñgwa,* en el grupo filológico del sudoeste africano (Ib., 357); *Moñgua,* en Songo y otras regiones de Angola (Ib., 371); *Mañgua,* en Angola (Ib., 371); *Muñgwa,* en el Congo Occidental (Ib., 385); al nordeste de Luba (Ib., 385); *Moñgwa,* en Lunda del sur del Congo (Ib., 18); en el Alto Kuango (Ib., 432); *Muñgwa* entre los mbango (Ib., 477); entre los kwa-kasai y Alto Ogowé (Ib., 558); *Oñgwa,* entre otros del mismo grupo (Ib., 571); *Wanga,* en el Camerón (Ib., 610); *Mañga* en Isubu, del Camerón (Ib., 632); *Ñgua, ñguan* en los Calabares (Ib., 684), etc.

Pero ¿cómo relacionar la "sal" con el "dinero"? Es que en muchos pueblos del Oeste africano la sal era el signo de la riqueza. Este fenómeno económico está vulgarizado ya hasta en los tratados escolares (10) y no tenemos por qué documentarlo especialmente.

Y es curioso observar en corroboración de esta tesis, cómo en algunos pueblos africanos se da a la "sal" el mismo nombre que al "hacha" o "machete de bosque". *Mañgwa* significa "hacha" al Norte de los Ababua (Ib., 496.)

Los negros mabea de la Guinea Española y el oeste del Camerón a la sal la llaman *Ma-kimbo* (Johnston, ob. cit., 610), o sea la misma raíz bantú empleada para significar el "hacha" (que en Cuba produjo la voz QUIMBO), que aún subsiste y es popular entre los guajiros cubanos.

Y esto, porque también fueron las hachas o cuchillos formas usuales de los metales que servían de moneda, así en África como desde las épocas protohistóricas (11).

Recuérdese, además, lo dicho acerca de BOLO y COCÓ, y véanse MANÍ, MARACA y OYÁ.

MANÍ. m.—Dinero. "Fulano tiene mucho MANÍ."

Recuerde el lector lo escrito en la voz MANGUÁ, y digámosle aquí que *maní* es voz de los negros basa, del Níger superior (Koelle, p. 81), que significa "sal". Sin embargo, acaso débase

---

(10) Véase, por ejemplo, el *Curso de Economía Política* de CHARLES GIDE. (Ed. espl. París. 1913. pág. 312.) En África Central, dice, sirven de moneda las barras de sal.

(11) GUSTAV SCHMOLLER. *Principes d'economie politique.* París. 1906. T. III, pág. 155.

la acepción de la palabreja a pura metáfora, como sucede con "harina", que también significa dinero.

MARACA. f.—Peso, moneda de cien centavos, dólar.

Maraca significa "sal" entre ciertos negros al noroeste de Mozambique (Koelle, p. 81) (12). El vocablo es una variante de MANGUÁ, como *uka, akan, yaugá ñkuá* y otras, que corren por los lenguajes bantúes.

Repase el lector lo escrito respecto de BOLO, MANGUÁ, COCÓ, MANÍ, etc. No queremos afirmar que el vocablo derive únicamente del África.

OYÁ. m.—Dinero.

Es vocablo muy oído entre hampones y gente del populacho, difundido por las prácticas de la brujería. En nuestro libro *Hampa Afrocubana—Los Negros Brujos* hubimos de escribir:

> Actualmente son muchos los brujos que no contentos con las ofrendas piden por adelantado el precio de su trabajo en monedas, diciendo *¡Oyá!*

Y añadimos, en nota:

> Es palabra yoruba que quiere decir "recompensa" o "gratificación".

Además, *iyó* e *iyé* son voces que significan "sal" en esa y otras regiones africanas, según Koelle (p. 80); dicho sea esto en relación a los vocablos afrocubanos MANGUÁ, COCÓ, MANÍ y MARACA.

FERNANDO ORTIZ.

---

(12) Ob. cit. pág. 216.

ENSAYOS CRITICOS

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

I

ESTE es uno de los grandes poetas actuales de la lengua castellana. En 1903 publicó su primer libro intitulado *Preludios*. El poeta tenía entonces treinta y dos años. En 1907 apareció su segundo volumen, *Lirismos;* en 1909, *Silenter;* en 1911, *Los senderos ocultos;* en 1915; *La muerte del Cisne;* en 1916, *La Hora inútil;* en 1917, *El Libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño; en* 1919, *Parábolas y otros Poemas;* en 1920, *Jardines de Francia;* y en 1922, *La Palabra del Viento.*

Además de estos libros, González Martínez ha escrito valiosos trabajos en prosa; ha sido también redactor de revistas literarias, profesor de Literatura en la Escuela de Altos Estudios, Subsecretario de Educación y representante diplomático de México en Chile y en la Argentina. Actualmente se encuentra en Buenos Aires al frente de la Embajada.

II

Entre los seis grandes poetas mexicanos que generalmente cita la crítica, no encontramos entre ellos ninguna personalidad más fuerte que la de Enrique González Martínez. Se cita a Gutiérrez Nájera como el primero y esta apreciación parece un tanto exagerada.

Si se prescinde del papel primordial que la poesía de Gutié-

rrez Nájera desempeñó en nuestra América; si se prescinde del precursor del modernismo y lo juzgamos únicamente desde el punto de vista ético, y al juzgarlo lo comparamos con González Martínez, no sería aventurado afirmar que la labor del segundo presenta mayor unidad, plan mejor concebido, caracteres superiores que los que se encuentran en la obra del primero.

Gutiérrez Nájera es más ligero, abundan en sus versos rosas, lágrimas y pesimismos, y gracia insuperable, como quizás no lo han tenido sino contados poetas españoles e hispanoamericanos. Pero todo esto que se resuelve, en una gran parte de sus poesías, en amor y muerte, no supera el tópico fuerte, intenso, que desde 1916 se halla encantado en los libros de González Martínez.

Nos referimos a su panteísmo bondadoso que es un programa, una bandera de combate contra las tristezas y las amarguras del medio ambiente hispanoamericano. Y es por esto que creemos, sin que ello implique demérito, ni siquiera mengua en la gloria del primero, que la obra de González Martínez es superior a aquélla, éticamente considerada.

En la obra de Gutiérrez Nájera abunda la nota pesimista; en la de González Martínez, la nota optimista. En uno y otro sentido hay grandes poetas cuya fama consagra el mundo. ¿Pero quién se atrevería a afirmar que la labor de los primeros es más bella y útil al mundo que la labor de los segundos?

No negamos por esto el pesimismo: él es la verdad filosóficamente considerada. Ya lo dijo Nietzche: la vida es dolor; pero también el optimismo es verdad históricamente analizado. De ahí que los poetas optimistas logren embellecer la vida, fortalecer el ánimo y armarlo contra las asechanzas del mundo.

Nosotros batimos palmas ante los profesores de optimismo. Son los grandes idealistas que viven alfombrando de rosas la ruta de los pueblos. Por eso el mundo les debe gratitud.

Cuando el poeta pesimista canta y exalta el Dolor, no hace sino sentar una amarga verdad. Pero esa verdad no constituye nada: destruye; no salva ni dignifica.

Demasiado sabemos que la vida no es un campo de lirios: cardos y zarzas se encuentran a millares; pero con arrancarlos de la tierra para acercarlos a las narices del mundo, no hacemos nada que trascienda al espíritu y lo haga más perfecto. Este dolor de

poetas que sólo sabe gemir, no edifica. Salva y construye el dolor que se dignifica en medio de la lucha del espíritu y se alía al optimismo para vencer y triunfar.

El optimismo de González Martínez es una enseñanza.

III

Acerca de él, dice Francisco de Icaza:

Hay un panteísmo que al divinizar el mundo, le adora adorándose en él. Este fué en cierto modo el del semidiós Gœthe. Hay otro que al divinizar la naturaleza la ama devotamente, hasta en lo más humilde: ese es el panteísmo que González Martínez recorre en *Los senderos ocultos* cuando busca en todas las cosas un alma y un sentimiento.

Y Alfonso Reyes escribe:

Este poeta pone música en todos los instantes de su vida y sobre la escala de sus notas los hace deslizarse hacia ese misticismo central que los coordina. Su poesía es como su vida; hay en ella algo que yo llamaría cartesianismo poético; una constante referencia a las primeras evidencias del espíritu...

IV

A los treinta y dos años el poeta escribió versos de amor. Versos inspirados en motivos librescos. Se nota en ellos la huella de Gutiérrez Nájera, la gracia, la ligereza del gran modernista; pero en estos versos falta lo que da valor específico a las producciones del intelecto: la sinceridad.

En su primer libro, González Martínez canta así:

Los cabellos, cual velo de oro,
le cubrían la espalda marmórea,
y del agua prendida en los rizos
la luna en diamantes trocaba las gotas.

Ya en el segundo libro *Lirismos,* el poeta mira hacia Europa, se afrancesa, pero medita y piensa.

De las musgosas abras, en la cuenca sombría
Del bullicio apartada, tímidamente brotas
Y al caer argentina de tus diáfanas gotas
Va entonando secreta y extraña melodía.

No los faunos lascivos en brutal cacería
Enturbiaron tus aguas ni escucharon tus notas,
Y no sabes siquiera de qué fuentes remotas
Invisibles veneros te formaron un día.

Que el dios campestre guarde la paz de tu aislamiento
Que el gemir de las hojas y el sollozo del viento
Los rumores apagan de tu caudal escaso.

Perdona si un instante mi indiscreta mirada
Sorprendió, sin saberlo, tu existencia ignorada...
Y déjame alejarme con silencioso paso.

En el libro tercero, *Silenter,* el poeta contempla y sueña.

Y bien, es necesario ser orgulloso y fuerte,
Pasar sobre las víctimas, y con la faz erguida,
Ir peligrosamente a través de la vida
Y llegar con pie firme al umbral de la muerte.

Dejar a los esclavos la ergástula; ser cumbre
Dorada por los rayos del sol de la belleza;
No arrepentirse nunca... Y abajo, en la vileza
Del fango, que fermente la humana podredumbre.

Mas tú, piedad, no puedes abandonar tu asiento,
Y con tu sombra ofuscas la luz del pensamiento
Y la razón conturbas, y la pupila empañas:

Y ante el leproso mustio que se titula hermano
Ante la horrible mueca del sufrimiento humano,
Nos muerdes como un cáncer que roe las entrañas.

El núcleo de *Silenter,* escribe Manuel Toussaint, gira todo al rededor de una poesía: *Irás sobre la vida de las cosas.* Es ella la que inicia la estética personal de González Martínez que lo llevó a uno de los primeros lugares en la poesía mexicana de hoy, la estética que hizo de él nuestro primer poeta simbolista, la estética que produjo el libro que se llama *Los senderos ocultos.*

Copiamos íntegra la poesía a que se refiere el inteligente prologuista de *Los cien mejores poemas de González Martínez.*

Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud; que todo lleve
a tu sensorio luz: blancor de nieve,
azul de linfas o rubor de rosas.

Que todo deje en ti como una huella
misteriosa, grabada intensamente;
lo mismo el soliloquio de la fuente
que el débil parpadeo de la estrella.

Que asciendas a las cumbres solitarias
y allí, como arpa eólica, te azoten
los borrascosos vientos, y que broten
de tus cuerdas rugidos y plegarias.

Que esquives lo que ofusca y lo que asombra
al humano redil que abajo queda,
y que afines tu alma hasta que pueda
escuchar el silencio y ver la sombra.

Que te ames en ti mismo, de tal modo
compendiando tu sér cielo y abismo,
que sin desviar los ojos de ti mismo
puedan tus ojos contemplarlo todo.

Y que llegues por fin a la escondida
playa con tu minúsculo universo,
y que logres oír tu propio verso
en que palpita el alma de la vida.

Y llegará de esta suerte,—continúa Toussaint—a una especie de misticismo, por la prolongación de este estado de ánimo, de esta hipertrofia sensitiva, de esta repercusión que origina en él las más delicadas impresiones del exterior; y tal misticismo, combinado con ciertos elementos plásticos y ciertas influencias poéticas, producirá el *lirismo abstracto* y en su aplicación *Los senderos ocultos.*

En 1911 González Martínez sale de su pueblo para establecerse en la bella capital mexicana. Viene a ella con el precioso libro citado: *Los senderos ocultos.* Ya el poeta ha encontrado su

camino presentido, la senda definitiva para no abandonarla nunca. No se extraviará en ese camino porque ya tiene el dominio perfecto de la propia voluntad, de la propia sinceridad. El poeta sabe para lo que ha nacido y se da perfecta cuenta de su misión. Ha estudiado mucho, ha pensado mucho más, y ante el espectáculo maravilloso de la naturaleza ha sentido despertar en su espíritu una llama que esperaba la hora propicia para difundirse en giros múltiples por el Universo. Pero ante todo es preciso que el poeta nos entregue su mensaje.

América se encuentra en 1911, al finalizar casi el ciclo modernista; pero, a pesar de todo, hay todavía en la senda muchos lirios blancos, "demasiados cisnes"; abundan las princesas y los príncipes rubios; el ambiente se siente cargado del blancor eucarístico de la nieve; hay muchas alas, y suenan aún músicas lánguidas de mandolinas y laúdes. Esta senda ha sido abandonada por el Maestro, por su sabia previsión, en *Cantos de Vida y Esperanza;* pero la turbamulta de los poetas no ha comprendido bien a Darío.

En América y en España lo han entendido los cenáculos al darse cuenta de la trasmutación de los valores modernistas.

Es entonces cuando González Martínez escribe el notable soneto que ha merecido los honores de la traducción a lenguas extrañas, intitulado *Tuércele el cuelo al Cisne:*

Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje
Que da su nota blanca al azul de la fuente;
Él pasea su gracia no más, pero no siente
El alma de las cosas ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
Que no vayan acordes con el ritmo latente
De la vida profunda... y adora intensamente
La vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira al sapiente buho como tiende las alas
Desde el Olimpo, deja el regazo de Palas
y posa en aquel árbol el vuelo taciturno...

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
Pupila que se clava en la sombra, interpreta
El misterioso libro del silencio nocturno.

Desde este momento Enrique González Martínez se ha encontrado a sí mismo. Los jóvenes intelectuales de México le comprenden y le llaman Maestro. No faltan en América quienes le sigan. *La Casa del Silencio* del poeta cubano Mariano Brull, es hijo legítimo de la poesía de González Martínez.

Pero de todos los libros del poeta, ninguno nos ha impresionado tanto como *El Libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño.*

Al calor de estas páginas fuertes y bellas, teje nuestro pensamiento sanas filosofías que nos llevan al centro de la Naturaleza para que tomemos de su cantera las advertencias que ensanchan y confortan el espíritu. Y el espíritu se tiende como una cuerda para cantar con el poeta todos los himnos de la Naturaleza. ¡Oh, este libro es "un clarín de oro que renueva nuestra vida" despertando todas nuestras voces interiores!

"No hay emoción en los versos de González Martínez", hemos oído decir a unos cuantos poetas y literatos. "Es un poeta seco, monótono", han dicho otros. Nos parecen un tanto ligeras estas opiniones. Probablemente quienes así opinan no han leído bien la obra de González Martínez.

Sí, hay emoción en su obra, pero no la emoción que despierta un tambor batiente; no la emoción que arranca un toque de corneta, sino la emoción que va poco a poco iluminando el pensamiento, apoderándose de él hasta llegar a invadirnos todo el pecho y a movernos dulcemente el corazón. No puede ser poeta monótono el que se sitúa enfrente de la Naturaleza e interpreta todos sus matices, todos sus paisajes, todas sus fuerzas, todas sus voces...

Hay poemas en este libro como *La plegaria de la roca estéril,* llenos de esa emoción a que nos referimos, que va del cerebro al corazón hasta sumirlos por completo en la meditación intensa y trascendente:

Señor, yo soy apenas una roca desnuda
que azota el viento y quema el sol;
la nube, cuando pasa, de lejos me saluda
y tiende el ala a otra región.

Soy en la sombra signo de un esperar eterno,
vuelvo los ojos al zafir
y entre lluvias de agosto y ráfagas de invierno
no hay primavera para mí.

Ignoro los follajes; yo nunca de la fuente
tuve la límpida canción.
ni musgos fraternales que brindar a la frente
del fatigado viajador.

Yo soy como un espectro que se alzara insepulto,
ángel proscrito de un edén;
en el fondo del alma llevo un afán oculto,
en las entrañas, vieja sed.

Tengo mi planta inmóvil hundida en la montaña
y una esperanza en el azur,
y me ignoran los hombres, y nadie me acompaña
en estas cárceles de luz.

Señor, ya que no tengo ni musgo florecido
ni un arroyuelo bullidor,
haz que en mis abras forjen las águilas su nido
y hagan su tálamo de amor.

Mas si ha de ser forzoso que me aparte del mundo
y del concierto universal,
hazme símbolo eterno, inmutable y profundo
de la más alta soledad.

¿Qué mundos de experiencias—escribe Pedro Henríquez Ureña—recorrió este poeta, capaz de tantas en los veinte años que transcurrieron entre la adolescencia impresionable y la juvenil madurez? Su poesía esconde toda huella de la existencia exterior cotidiana. Es, desde los comienzos, autobiografía espiritual: obra de arte simbólico, compuesta, no con los materiales nativos, sino con la esencia ideal del pensamiento y la emoción.

Arte simbólico, misticismo adorable, panteísmo trascendente, todo eso es la poesía de González Martínez. Poesía que no conoce los cobres de la orquesta universal, sino las cuerdas que dicen en voz baja sus secretos que traduce en pensamientos y en conceptos.

Toda la ventura de este amable cantor se cifra, como diría Ci-

cerón, en la contemplación de la Naturaleza desde un rincón solitario.

En el silencio del jardín, en una
noche de opalescencias misteriosas,
busco serenidad bajo la luna.

El agua se desliza en las baldosas
verdinegras de musgo de la fuente
y el viento lleva el alma de las rosas.

Pido serenidad al indulgente
trino del ruiseñor que se querella
entre las frondas sigilosamente.

Una rana, al caer, pasa su huella
de sombra en fuga por mi faz que envía
mensajes al enigma de una estrella;

Y me pongo a soñar como solía
cuando era el alma, en la niñez lejana,
más pura, más ingenua y menos mía.

Su rosario de lágrimas desgrana
vieja quietud, romántica amargura
que desde el pecho hasta los ojos mana.

Oigo, rasgando el aire, la insegura
voz olvidada que retorna, y digo:
¿lo muerto vive, lo pasado dura?

¿la flama que extinguí llevo conmigo
y, con mi dardo de ilusión clavado,
la misma ruta, cual enantes, sigo?

¿será fuerza llorar lo que he llorado?
¿nuevo mártir seré de mi creencia,
y en la cruz que rompí, crucificado?

¡Oh, nunca, nunca más!... Y la conciencia
clama liberación... Por eso, en una
noche de misteriosa opalescencia,
pido serenidad bajo la luna.

*

Una antigua canción de incierto día,
una canción adolescente y loca
llora en la soledad su melodía;

pero el lírico verso no provoca
el erótico afán, el vivo fuego
que iba del corazón hasta la boca;

el espíritu en paz, queda en sosiego,
y aquel pobre cantar es un extraño
viador que pasa y desparece luego.

En balde busca repetir su engaño,
en balde con monótona cadencia
torna a decir los cármenes de antaño.

¡Verso de incomprensiva adolescencia!
de petulante ritmo, forma vana,
fingido amor y artificial dolencia!

Ya te me vas perdiendo en la cercana
penumbra del jardín; inútilmente
vuelves ahora y tornarás mañana...

¿Qué sabes de las ansias del presente?
¿Qué del afán de entonces, si estuviste
lejos del alma, y de la vida ausente?

¡Ni lo que fuí ni lo que soy!... No existe
en ti ni rastro de mi sér; me dejas
ni más regocijado ni más triste.

Oigo sin duelo tus vetustas quejas,
te miro huir sin emoción alguna,
y me pongo a pedir cuando te alejas
noble serenidad bajo la luna.

*

Y pienso: ayer no más, era mi lloro
el llanto universal, iba fundida
mi alegre risa en el eterno coro;

como antorcha de amor llevé encendida
en medio de los hombres, la quimera...
Mas una tarde se trocó mi vida.

Y vi mi soledad. Torre severa
me invitaba a subir por sus extraños
senderos interiores. ¡Oh, primera

escala espiritual! En los peldaños
puse mi pie cobarde e inseguro
esquivando la lepra de los años;

hinqué mi mano en el grietado muro
y comencé a ascender, sin una sola
vacilación por el camino obscuro.

Como rumor de embravecida ola,
allá lejos sonaba la marea
humana... Y una voz me dijo: inmola

el vetusto ideal; que todo sea
triunfo y resurrección; el espejismo
desaparece al fin. Medita y crea.

Y se encendió una luz sobre el abismo,
y tomó nuevas formas el paisaje,
y ví que aquella luz era yo mismo.

Sólo que al aplacarse el oleaje,
un dolor torturaba mi existencia.
¿A dónde voy,—grité—qué largo viaje

voy a emprender?... Recóndita dolencia
sentí al hallarme en soledad conmigo,
y el alma en lloro lamentó la ausencia...

Acabó la ascensión. Me da su abrigo
la torre de silencio donde mora
innoble buho como eterno amigo:

Oigo la multitud que canta y llora
sin que turbe mi paz. Y la oportuna
campana de los tiempos, da la hora
de la serenidad bajo la luna.

Del mismo libro arriba citado es el siguiente poema lleno de fe:

VIENTO SAGRADO.

Sobre el ansia marchita,
sobre la indiferencia que dormita,
hay un sagrado viento que se agita;

un milagroso viento
de fuertes alas y de firme acento
que a cada corazón infunde aliento.

Viene del mar lejano,
y en su bronco rugir hay un arcano
que flota en medio del silencio humano.

Viento de profecía
que a las tinieblas del vivir envía
la evangélica luz de un nuevo día;

viento que en su carrera
sopla sobre el amor, y hace una hoguera
que enciende en caridad la vida entera;

viento que es una aurora
en la noche del mal, y da la hora
de la consolación para el que llora...

Los ímpetus dormidos
despiertan al pasar, y en los oídos
hay una voz que turba los sentidos.

Irá desde el profundo
abismo hasta la altura, y su fecundo
soplo de redención llenará el mundo.

Producirá el espanto
en el pecho rebelde, y en el santo,
un himno de piedad será su canto.

Vendrá como un divino
hálito de esperanza en el camino,
y marcará su rumbo al peregrino;

dejará en la conciencia
la flor azul de perdurable esencia
que disipe el dolor con la presencia.

Hará que los humanos
en solemne perdón, unan las manos
y el hermano conozca a sus hermanos.

No cejará en su vuelo
hasta lograr unir, en un consuelo
inefable, la tierra con el cielo;

hasta que el hombre en celestial arrobo,
hable a las aves y convenza al lobo;

hasta que deje impreso
en las llagas de Lázaro su beso;

hasta que sepa darse, en ardorosas
ofrendas, a los hombres y a las cosas,
y en su lecho de espinas sienta rosas;

hasta que la escondida
entraña, vuelta manantial de vida,
sangre de caridad como una herida.

¡Ay de aquel que en su senda
cierre el oído ante la voz tremenda!
¡Ay del que oiga la voz y no comprenda!

Todo tiene para este poeta su expresión particular en la Naturaleza. Todo para él es símbolo, todo atesora un pensamiento: el árbol, la montaña, el viento, la sombra, la luz, los caminos, el canto de las aves, las alturas y el silencio soberano de la piedra. Un eco discreto emerge de sus cantos. Algo nos penetra y pugna por modificar nuestra sensibilidad orientándola por los caminos recorridos por él. Y esta sola aspiración, de ser alcanzada, bastaría a modificar por completo la sensibilidad artística de México.

En la portada del libro penúltimo de González Martínez, Amado Nervo escribe unas líneas a manera de prólogo. Entre otras cosas, dice:

¿Cómo no he de querer, pues, a este poeta definitivo, tan manso, tan grande, tan hondo y tan bueno?

¡Tan bueno! repiten voces infinitas en México. Y hacer buenos, buenos inteligentes, es el fin de la Escuela. Es la misión del Maestro, la misión del Artista, la misión del Evangelista; formar corazones buenos, inteligentemente buenos.

MANUEL F. CESTERO.

México, 1923.

PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL

BALANCE ECONOMICO

ON los datos publicados en el último mensaje enviado al Congreso por el Presidente de la República se puede bosquejar, quizás no de un modo muy completo, pero sí bastante comprensivo, el balance de nuestra economía nacional.

Casi cubiertos ya los gastos consignados en los presupuestos nacionales, al ser redactado el documento mencionado, se calcula que en este año económico se han de recaudar más de veinte millones de pesos sobre las cantidades presupuestas.

Las arcas de la hacienda pública rebosan y, en las esferas oficiales, la satisfacción y el optimismo dilatan los ánimos y doran las perspectivas políticas y burocráticas de los afortunados gobernantes.

Los resultados del saldo mercantil en el año 1923, aparecen también halagadores en extremo.

Las exportaciones ascendieron a la suma de $418.119,979; y las importaciones a $ 267.627,876; la diferencia muestra un exceso de $150.492,103, en favor nuestro.

¡Buena lluvia de oro... si de veras cayera sobre Cuba y los cubanos!

Pero, bajo tan dorada apariencia, se oculta una amarga realidad, bien diferente.

El Estado recauda millones tras millones; mas, a pesar de esto, todos los servicios públicos se cumplen con extremada deficiencia.

Apenas se construyen carreteras; no hay escuelas ni centros de enseñanza superior en número bastante; la organización escolar

existente, es un desastre; los establecimientos públicos de beneficencia constituyen un motivo de vergüenza nacional; el servicio diplomático es de una nulidad abrumadora.

¿Qué utilidad recibe el país en cambio de las brutales exacciones a que se ve sometido?

Por otra parte, la ascendencia de las recaudaciones y la magnitud del saldo mercantil ¿revelan un verdadero estado de prosperidad en la población cubana?

El observador más superficial puede advertir en seguida que el bienestar general de ésta no corresponde al estado de abundancia representado, al parecer, por aquellas cifras.

Aparte de la industria azucarera, ninguna otra se encuentra en franca situación de prosperidad.

Y, en cuanto a dicha industria, bien sabido es que se halla casi por completo, así como los ferrocarriles y los Bancos, en manos de sindicatos extranjeros, cuyos accionistas residen fuera del país.

La elaboración del tabaco languidece, viendo cerrarse, uno tras otro, sus antiguos mercados exteriores, ante la indiferencia de nuestro servicio diplomático y consular, inhabilitado, por su incapacidad, para llevar adelante una gestión defensiva.

Ante la impasible placidez del Congreso Nacional y de nuestra Secretaría de Agricultura, careciente de recursos, pues la mayor parte de sus servicios se hallan casi indotados, el campesino cubano ha ido abandonando la producción de artículos de consumo indispensable y todo cuanto en Cuba se consume debe ser importado, devolviendo así, al exterior, casi sin beneficio para el progreso común, la mayor parte del poco dinero llegado a Cuba como producto de la zafra.

Por esta circunstancia, también, los precios de los artículos necesarios para la vida suben continuamente, en tanto los jornales de obreros y sueldos de empleados, particulares y públicos, permancen invariables, durante muchos años.

Los primeros se defienden con sus huelgas, las cuales, en definitiva, impulsan el encarecimiento general; los últimos reducen constantemente su presupuesto de gastos, y se entrampan por todas partes.

¿A qué obedecen incongruencias tan chocantes?

Nuestro estado de prosperidad es sólo aparente.

De los 150 ½ millones de pesos excedentes en nuestro comercio exterior, queda en Cuba muy pequeña parte.

Según datos recientes publicados por la Oficina del Comercio Nacional y Extranjero de Washington, el capital norteamericano invertido en la República de Cuba, asciende a la cantidad de $ 1,250.000,000, no contando los empréstitos.

En bonos y acciones de valores públicos hay en manos de capitalistas americanos $ 110.000,000; además, circulan en Cuba unos 200 millones de pesos, en moneda de los Estados Unidos.

Estas cantidades ganan intereses distintos; teniendo en cuenta las fabulosas ganancias de las empresas azucareras, en las que está invertida la mayor parte de este dinero, el promedio no debe ser menor del 7 % al 8 %, con lo cual el resultado, en números, debe pasar de cien millones de pesos.

A esta suma extraída del país, deben agregarse otras, por varios conceptos: dividendos de accionistas de otras nacionalidades, no residentes en Cuba (Empresas ferrocarrileras, tabacaleras, algunas azucareras, etc.); cantidades giradas a sus países respectivos por los extranjeros residentes en Cuba (comerciantes, empleados, braceros, artistas, etc.); sueldos y gastos de representación del personal diplomático; y algunas otras por diversos conceptos de menor importancia.

¿Qué queda en Cuba de las fabulosas cantidades que recibe como producto de sus ventas al exterior?

Nuestra situación económica, tan brillante en las apariencias de los números, presenta, ante un examen algo detenido, los más alarmantes caracteres de inestabilidad e inconsistencia.

El peligro más inmediato se encuentra en las amenazas que se ciernen sobre el precio del azúcar: durante la zafra de 1922-23 pudo sostenerse alrededor de 5 cts. por libra; en la actual de 1923-24, debido al aumento de la cosecha de remolacha en Europa y los Estados Unidos y de la propia zafra cubana, ha oscilado constantemente entre 4 y 5 cts., con manifiesta tendencia a bajar, a medida que se van rectificando los estimados primeros, demasiado reducidos, y se fija su verdadera ascendencia en más de 3.900,000 toneladas.

¿Cuáles serán las consecuencias, en nuestra economía nacional, del aumento inevitable de las cosechas de remolacha en el

mundo, con la consiguiente reducción progresiva de los precios, cuando ya en el último año, el exceso obtenido en el saldo mercantil del comercio exterior apenas alcanzó para pagar los intereses del capital extranjero invertido en Cuba?

Esta subordinación de nuestra vida económica a operaciones realizadas fuera de nuestro alcance nos mantiene en constante peligro de bancarrota, y es la causa de la penosa situación real en que se encuentra la población cubana, por sobre cuya cabeza cruzan las corrientes de oro arrancadas al suelo por el esfuerzo de sus brazos, sin dejar en ella beneficios apreciables.

Hemos perdido nuestra independencia económica, mientras declamábamos sobre los secundarios peligros políticos dimanados, según las alarmas de nuestra imaginación, de las tortuosas intenciones de nuestros vecinos de la América del Norte, quienes, en verdad, nada tienen que hacer para postrarnos a sus pies, sujetos por el dogal económico, sino dejarnos proceder guiados por nuestra propia torpeza.

Ninguna empresa tan apremiante para la población cubana como la de disponerse a conjurar los peligros de esta situación, cuyas manifestaciones, todavía dispersas, pronto deben empezar a sentirse en las recaudaciones del Estado, precipitando una crisis quizás más aguda que aquella de los años 1920 y 1921, de cuyos efectos no nos hemos repuesto todavía.

En una recapitulación de los hechos determinantes de la anormalidad de nuestra vida económica, pueden señalarse, entre los principales, los siguientes:

1º La subordinación de toda nuestra economía nacional a la producción de azúcar.

2º La exagerada ascendencia del capital exeranjero invertido en Cuba, cuyos intereses son distribuídos fuera de ella.

3º La insuficiencia de la producción agrícola para las necesidades esenciales de la población.

4º La competencia ventajosa de muchos productos industriales extranjeros a los similares del país, situación producida, en gran parte, por la depreciación de las monedas europeas.

5º La falta de un sistema bancario nacional.

6º El domonio de nuestro comercio por personal extranjero.

7º El crecido contingente de inmigración *golondrina* que re-

cibimos, por las necesidades de la industria azucarera y la carencia de una ley suficientemente restrictiva.

Prescindiendo de consideraciones intermedias, en seguida se advierte que, para contrarrestar los efectos de esta poderosa conjunción de factores desfavorables, se hace preciso desplegar un esfuerzo extraordinario, bajo la dirección del Gobierno Nacional, como principal responsable de la estabilidad colectiva.

Entre las medidas concretas propias para lograr un aplazamiento del peligro y, con él, la oportunidad de llegar a destruirlo, nos paracen de aplicación más necesaria las enumeradas a continuación:

1ª Establecimiento de fuertes impuestos a la trasmisión de tierras o grandes empresas industriales a individuos extranjeros o sindicatos no residentes. Con la aspiración de convertir esta dificultad monetaria en una prohibición definitiva.

2ª Obligación a los terratenientes de emplear una parte determinada de sus tierras en cultivos menores, cría de aves y ganados.

3ª Protección arancelaria a las industrias del país, especialmente a las productoras de artículos finos, considerados de lujo.

4ª Construcción de una red de carreteras, según un plan estudiado y dirigido por una comisión de técnicos, instituída por la ley.

5ª Nacionalización paulatina de los ferrocarriles.

6ª Reforma del sistema de tributación vigente, incluyendo entre las nuevas medidas el establecimiento de fuertes impuestos a las cantidades distribuídas entre accionistas extranjeros, por concepto de intereses de capital invertido en Cuba.

7ª Distribución de las tierras del Estado en pequeñas parcelas, dadas no en propiedad, sino en amplio usufructo, a campesinos cubanos y, si sobrasen, a familias inmigrantes.

8ª Creación de un sistema bancario, con instituciones de crédito agrícola y un Banco Nacional de Reserva.

9ª Fomento de la marina mercante cubana.

10ª Reforma de las instituciones públicas de enseñanza, atendiendo a la creación de escuelas superiores agrícola, de artes y oficios y comerciales.

11ª Promulgación de una ley de inmigración, restringiendo

el acceso de elementos de procedencia étnica inferior y favoreciendo el afianzamiento en el país de los inmigrantes admitidos.

He aquí un programa de acción cuyo cumplimiento no puede lograrse sin un esfuerzo extraordinario.

La educación literaria de la mayor parte de los cubanos que poseen alguna ilustración, impide conceder la importancia debida a las causas motivadoras de nuestros trastornos económicos, a no ser que éstos revistan proporciones de catástrofe, como ocurrió en el bienio de 1920 y 1921. Entonces, autoridades y hombres de negocios se limitan a procurar aquellos remedios circunstanciales que permitan rebasar la crisis, dejando intactas las causas esenciales.

Pero, cuando la anormalidad sigue un curso de gradual agravamiento, no revelado por bruscas conmociones, según sucede ahora, sufrimos las consecuencias, lamentando el malestar y achacándolo a circunstancias fortuitas, desconocidas o irremediables.

¿Llegará nuestra imprevisión al extremo de esperar una caída, quizás irreparable, para iniciar el esfuerzo encaminado a conquistar nuestra independencia económica y afianzarla en condiciones de alguna seguridad?

Para emprender esta lucha, no necesitamos desplegar banderas y redoblar tambores, pero sí estamos obligados a enderezar el rumbo de nuestra conducta cívica y renovar toda nuestra arcaica ideología política, a fin de asegurar la selección de gobernantes capaces de comprender nuestras dificultades colectivas y de sacrificar sus personales apetitos al interés social.

Todos los pueblos civilizados del mundo atraviesan en este instante por graves crisis de índole diversa, cuyos peligros le imponen una aguda vigilancia en la elección de los hombres necesarios para dirigir las instituciones oficiales; y en su conducta, una vez que se encuentran en funciones.

Sólo los cubanos persistimos en mantener la vieja política de caudillaje y compadrazgo, resolviendo la provisión de los cargos públicos sin tener para nada en cuenta la competencia de los candidatos en los problemas de importancia nacional.

Y así continuaremos, al parecer, hasta que las trepidaciones precursoras del desastre sacudan nuestro instinto de conservación dormido; a menos de estar ya condenados por los hados adversos

a perecer, en medio de la abúlica inconsciencia propia de los pueblos inertes, cuya energía espiritual ha perdido ya toda capacidad de reacción.

EL BROTE REVOLUCIONARIO

La campaña de agitación popular sostenida por la Asociación de Veteranos y Patriotas, desde el mes de agosto del año próximo pasado, se precipitó, de pronto, en el acontecimiento perseguido con declarado tesón por sus jefes superiores.

Un grupo de soldados pertenecientes al Tercio Táctico de Santa Clara, se alzó una noche en esta misma población y, profiriendo gritos subversivos, se lanzó al campo, llevándose dos ametralladoras, y todas las armas y caballos a su alcance.

Inmediatamente, numerosos grupos armados aparecieron en distintos lugares de la misma Provincia, hasta que, pocos días después, se sublevó en Cienfuegos el conocido hombre público, Dr. Federico Laredo Brú, ex Secretario de Gobernación en el Gobierno del General José Miguel Gómez, arrastrando en su marcha a numerosas personalidades de la mejor sociedad cienfueguera y a centenares de hombres del pueblo, todos resueltos a prestarle su concurso en la tarea de conquistar la regeneración de nuestra vida pública.

Cuando el país entero esperaba una sublevación general de todos los elementos comprometidos en la agitación veteranista, se vió, con sorpresa, que los demás jefes de significación permanecían en quietud y que, tras un viaje del Presidente de la República a la zona perturbada, se anunció la presentación del coronel Laredo Brú, como así se efectuó, pocos días después.

Ante la incoherencia de todos estos hechos, la opinión pública no lograba orientarse.

En primer término, los directores de la Asociación de Veteranos y Patriotas habían condenado públicamente, de manera repetida, toda apelación a medios revolucionarios; en cambio, anunciaban el advenimiento de un suceso misterioso en cuya virtud, los focos del mal quedarían inmediatamente destruídos y armadas las condiciones propicias para obtener la depuración de las

instituciones nacionales, hoy dominadas por la corrupción, el compadrazgo político y el aprovechamiento personal.

Con estos antecedentes a la vista ¿debía atribuirse a los Veteranos y Patriotas el brote revolucionario aparecido en Santa Clara?

¿Cómo surgió iniciado por un grupo de soldados sin que ninguno de sus oficiales llegara a darse cuenta de la excitación que necesariamente existía entre los subordinados?

¿Por qué no era secundado el movimiento en las demás provincias?

¿Por qué a la noticia del levantamiento del Dr. Laredo Brú, el Presidente de la República se apresuró a trasladarse al lugar de los hechos, como si aquél solamente hubiera logrado despertar su sorpresa y aprensión?

¿Por qué le fueron concedidas al caudillo cienfueguero, para lograr su presentación, tan inusitadas condiciones, como la de aceptar el retorno de los empleados públicos alzados, a sus anteriores destinos, la seguridad de no tramitar procedimiento alguno contra los militares retirados y los de no exigir a los presentados la entrega de sus armas?

La incertidumbre respecto de algunas de estas cuestiones quedó al fin desvanecida; en torno de otras, todavía se mantiene.

Desde luego, preciso es admitir que los Veteranos y Patriotas estaban organizando una revolución, a pesar de las declaraciones, quizás despistadoras, de los jefes.

Durante cinco o seis meses estuvieron recaudando dinero, gran parte del cual debía ser destinado a la adquisición de pertrechos de guerra.

En cambio, sí parece cierto que el movimiento brotado en Las Villas fué una anticipación inoportuna.

Pero una vez iniciado, la incoherencia con que procedieron los comprometidos y la rapidez con que se extinguió, puso de manifiesto la debilidad de la organización, sospechada desde hacía tiempo por cuantas personas siguieron con algún interés la agitación veteranista.

Desde el principio se advirtió que, en la alta dirección de esta campaña, ocurrían peripecias anormales.

Su jefe máximo, el General Carlos García Vélez, exigía sumisión absoluta y fe ciega en sus gestiones a todos sus secuaces.

Hablaba en tono apocalíptico, no consentía réplicas y concentraba en sus manos los hilos de toda actividad. Mas, cuando, en virtud de sus afirmaciones enfáticas se llegaba a creer en la existencia de un plan circunstancialmente dispuesto y con todos los elementos necesarios para la acción, de pronto surgía la evidencia de que todas aquellas presunciones carecían de correspondencia con la realidad.

Naturalmente, esta conducta disgustó a muchas personas, y comenzó el alejamiento de significados elementos entre los comprometidos, inconformes con tal manera de proceder.

No obstante, la necesidad de obtener los propósitos expresados en las Asambleas de los Veteranos y Patriotas era tan hondamente sentida en el país entero, que de todas partes afluían las adhesiones; y la personalidad del General García Vélez, sobre todo, para quienes no se hallaban en relación directa con él, se agigantaba por momentos, concentrándose en torno suyo todas las esperanzas.

Ahora sus adictos más allegados declaran que, dado el entusiasmo producido en el país, las numerosas adhesiones personales ofrecidas y los cuantiosos recursos allegados, el triunfo debió sobrevenir como consecuencia inevitable, de haberse hallado al frente del movimiento un jefe previsor, resuelto y menos dominado por el sentimiento de su autoridad personal.

Al organizar la revolución, el cumplimiento de todas las operaciones debía ser el resultado de sus órdenes directas; y su todavía no explicada desaparición, en los instantes críticos, dejó acéfalo el movimiento, entorpecido por la centralización.

Lo cierto es que, el fracaso de la tentativa pasó a la categoría de los hechos consumados.

Pero a la luz fugitiva, por ella proyectada, en el instante de su fulguración, quedaron iluminados, una vez más, los espantables abismos que se abren en torno y en el seno mismo de nuestra vida pública.

No logramos, los cubanos, terminar el proceso de nuestra constitución orgánica en una sociedad cuyas funciones políticas y económicas se cumplan normalmente.

Nuestro mal fué congénito con las primeras formas de orga-

nización social dispuestas por los colonizadores blancos al establecerse en Cuba.

Desde entonces, empezó a desarrollarse el proceso de estratificación humana que, al través del tiempo, ha dado origen al agregado étnico asentado en este rincón del mundo, sin que, en ningún momento, el aporte y distribución del material acumulado se hayan cumplido en condiciones adecuadas.

Nunca pensaron los gobernantes españoles en constituir aquí un pueblo regido por las instituciones convenientes a su naturaleza y situación y cuyas fuentes de sustento económico estuvieran debidamente fomentadas y atendidas.

Cuba fué siempre considerada por ellos como una factoría o, en el caso más favorable, como una colonia de plantación.

La administración oficial no tuvo otras aspiraciones que obtener el mayor número posible de beneficios materiales para el Gobierno, para las industrias metropolitanas y para los agentes del fisco.

Fué, por la acción natural del tiempo y el afianzamiento en el país de numerosos núcleos inmigrantes, como empezaron a esbozarse, entre la inestable corriente de la población adventicia y transitoria, los iniciales lineamentos de una sociedad cubana, formada por los descendientes de los colonizadores arraigados en los predios campesinos o entre los muros de las inscipientes zonas urbanizadas.

Desde hace cerca de dos siglos, se desarrolla bajo el cielo de Cuba el trágico conflicto entre el nuevo embrión social que lucha por conquistar los elementos indispensables. A su vida, a fin dc crecer y desarrollar los caracteres propios de los organismos de su clase, y los demás factores humanos circundantes, cuyos intereses se sintieron amenazados con la aparición del nuevo ser, cuya legitimidad y derecho a la existencia nunca fueron reconocidos por sus inconscientes genitores.

Como todos los pueblos civilizados del mundo, al robustecerse su vitalidad, el cubano aspiró a depurar y condensar en su espíritu los valores característicos de toda comunidad atenta a sus necesidades colectivas; a dotarse de cuantas instituciones políticas, jurídicas y económicas son necesarias a la existencia de una nacionalidad independiente.

A estas supremas aspiraciones, convertidas en altísimo ideal, cantaron nuestras poetas del siglo XIX; por ellas abogaron las más preclaras mentalidades cubanas, en todos los momentos; a ellas ofrendaron sus fortunas y su sangre los patriotas del 68 y del 95; y por convertirlas en realidad luchan aún los cubanos de abnegadas intenciones, en medio de los factores de perturbación, herencia persistente del pasado, que todavía envenenan y amenazan nuestra vida.

Tras un siglo de lucha por romper las amarras que nos ligaban a un centro de autoridad distante, imposibilitado de comprender nuestras necesidades; y de un cuarto de siglo más, entregados a nuestra responsabilidad independiente, la dolorosa gestación de la sociedad cubana continúa.

Porque nuestro cuerpo social no ha logrado normalizar su funcionalismo, dotándolo de la capacidad necesaria para cumplir su actividad de la manera armónica y, a la vez, eficiente y enérgica, peculiar de los organismos saludables, que han logrado dominar la acción perturbadora de los fermentos impuros, depositados y mantenidos en sus entrañas, por las fuerzas de la herencia y del contagio.

Todavía no hemos conseguido los cubanos asentar nuestra vida económica sobre fundamentos más firmes que los de la antigua plantación; ni dar a nuestras instituciones jurídicas y políticas la eficiencia y el prestigio suficientes para encomendar a su natural función la solución de nuestras dificultades.

Y, en consecuencia, todavía hay muchos cubanos, quienes, como en los días sombríos de la subordinación colonial, carecen de fe en el juego normal de las actividades cívicas, en el molde sospechoso de la legalidad vigente, y creen necesario confiar la demanda de sus ideales, a la elocuencia destructora del machete y del rifle.

¿Hacia qué desastres desconocidos debe conducirnos necesariamente tan peligrosa disposición del ánimo?

Es evidente que necesitamos hacer un alto en esta loca carrera hacia el abismo.

Si en nosotros no se ha extinguido totalmente el instinto de conservación, preciso es que en todos los sectores de nuestro or-

ganismo social se inicien las reacciones precisas para producir un cambio de rumbo en nuestra marcha colectiva.

En el Gobierno, para ahogar las ambiciones personales, contener la dilapidación del dinero del tesoro público y poner fin a la corrupción administrativa.

En los partidos políticos, para desterrar la intriga y el soborno en sus procedimientos de selección; para elevar el nivel de sus aspiraciones hasta los grandes ideales patrióticos; para detener la marcha triunfante de la incapacidad, de la vileza y de la matonería en el interior de sus asambleas.

En el pueblo, para resistir a las viejas solicitaciones de la campechanería simulada, de la oferta maculadora, de la declamación patriotera, de la fidelidad incondicional, de la sumisión ciega a los caciques consagrados.

Para saber distinguir entre la probidad y la desfachatez; entre el patriotismo desinteresado y el histrionismo político; entre la capacidad del dedicado al trabajo y al estudio y la tosca simulación del trepador, hábil para declamar lugares comunes, desprovistos de conexión con los verdaderos problemas nacionales.

Si en una mayoría de nuestra población quedara aún energía suficiente para iniciar la transformación de nuestro comportamiento cívico y comprendiéramos todos que la totalidad de nuestros males colectivos dimana de la persistencia en la República de las mismas características mentales propias de la pasada servidumbre, quizás se llegara a vislumbrar en el horizonte alguna posibilidad de salvación. ¿De qué modo? Resolviéndonos a emprender la cruzada decisiva contra los vicios congénitos que nos precipitan en el camino del mal, con las únicas armas capaces de combatir con éxito definitivo las deformaciones de carácter moral y las malas propensiones del espíritu; es decir, con la difusión de la cultura y una intensa acción educativa por medio de la escuela, de la cátedra, del libro y la tribuna.

Libres, a su vez, de las impurezas que hoy arruinan su eficacia.

MONITOR.

REVISTAS EXTRANJERAS

LORD BYRON

(A PROPÓSITO DEL CENTENARIO DE SU MUERTE)

EL 19 de abril último se cumplieron cien años de la muerte de Lord Byron, uno de los poetas más célebres de los tiempos modernos, y cuya influencia durante su vida, y los años que siguieron a su muerte, fué preponderante en el mundo civilizado. Sus legendarias aventuras, las circunstancias de su prematuro fin, sus inmortales cantos, han dado a su nombre fama y gloria imperecederas, y aunque éstas han disminuído algo en el sentido de que ya no se le considera como el poeta más grande de su tiempo, pues muchos en su país, y fuera de él, le anteponen a Keats y Shelley, no puede desconocerse ni su grandeza literaria, ni su importancia en la poesía del siglo XIX. El centenario de su muerte ha dado ocasión a nuevos libros y artículos de revista en los que se vuelven a estudiar su agitada vida y sus obras poéticas. Rara es la publicación periódica de los países cultos que ha dejado de publicar algún trabajo referente a la personalidad del gran poeta. Solamente entre las revistas que tengo delante, se hallan los siguientes artículos que a él se refieren: *Byron: Flamme and power,* por C. H. Minchin *(Fortnightly Review,* abril); *The personality of Byron,* por C. E. Lawrence *(Edinburgh Review,* abril); *The poetry of Byron,* por Lord Ernle *(Quarterly Review,* abril); *Byron as politician,* por W. Briscoe *(Contemporary Review,* abril); *La mort de Lord Byron,* por Edmond Pilon *(Revue des Deux Mondes,* 1º de abril); *Byron's suliote bodyguard,* por Lord Teignmouth *(The Nineteenth Century,* abril); *Byron ou le romantisme flamboyant,*

por John Carpentier *(Mercure de France,* 15 de abril) y *Le piedbot de Byron,* por el Dr. Cabanès *(Revue Mondiale,* 15 de abril).

Entre estos trabajos merece especial mención el de John Carpentier, publicado en el *Mercure de France.* El autor del artículo después de haber descrito a grandes rasgos la vida del poeta desde sus primeros años hasta su muerte en 1824, estudia sus obras poéticas, comenzando por manifestar que pueden considerarse como una magnífica improvisación y un reflejo inmediato y brillante de impresiones recibidas. Nada hay menos meditado que sus poemas y dramas, cuyos elementos se hallan casi todos en el *Journal* y en las *Letters* del poeta, es decir, en los anales de su vida. No hay poeta en el que las obras y la vida estén más estrechamente ligadas: las unas se explican por la otra. Un sentimiento de ira formado por el despecho y el rencor, le dicta la sátira *English bards and Scotch reviewers* contra los críticos de la *Edinburgh Review* que habían censurado su primera colección de versos *(Hours of idleness),* sátira que es una verdadera diatriba, ingeniosa, pero injusta, y en la que no se contenta con atacar a los que lo insultaron, sino que extiende sus ataques a toda la literatura inglesa de su tiempo y hasta a poetas notables como Wordsworth y Coleridge. En el examen de los dos poemas más célebres de Byron *(Childe Harold's pilgrimage* y *Don Juan),* el articulista del *Mercure* es particularmente severo. El *Childe Harold,* dice, es un poema desprovisto de asunto y sería una simple relación de las impresiones de un turista si no se hallaran en él grandes trozos oratorios, quejas elegíacas y las confidencias apasionadas de un hombre hastiado de la existencia y proclamando con orgullo su impotencia para plegarse a las leyes humanas. Si el poema nos revela el carácter del autor, no nos muestra su psicología: anatemiza a la Inquisición en Lisboa, declama contra el invasor francés en España, describe las corridas de toros en Sevilla, evoca la Grecia encadenada, al visitar las ruinas del Partenón. En la primera parte del poema se esfuerza por reproducir la belleza sensual y guerrera de los bailes albaneses, y en la segunda aclama en Waterloo a Napoleón, a quien maldijo en España, y en Italia recuerda la derrota de los romanos en Trasimeno, y canta, en fin, en vehementes estrofas al Océano, cuyo idomable poder compara con su alma. Byron siempre ha negado que haya

querido pintarse en *Childe Harold,* pero esta negativa no es otra cosa que una suprema coquetería; lo que le agrada es que se le reconozca bajo el disfraz de este héroe. En sus novelas en verso, que publicó desde 1813 a 1816, inspiradas en Walter Scott, siempre aparece el mismo tipo de audaz rebelde, conforme con la idea que desea que se tenga de él.

Cuando describe al corsario en su barco o al *Giaour* sobre su caballo negro, se da la ilusión deliciosa de vivir la existencia de estos siniestros enemigos de los hombres; tal es la razón por la que en sus obras épico-líricas no hay más que un personaje principal en medio de comparsas. Poco le importa lo que dicen sus héroes; los coloca en actitudes soberbias y en medio de una naturaleza salvaje, donde nos hace asistir a sus acciones por bruscas escenas patéticas sin relación entre ellas. Cualquiera que sea el espectáculo, Byron cuenta con su prestigio para hacerlo aplaudir y retiene nuestra atención no por los pensamientos profundos que sus personajes expresan, ni por los sentimientos extraordinarios que manifiestan, sino por el misterio que los rodea y el temor y la admiración que inspiran. Para acabar de convencernos del poder misterioso que poseen, Byron da por compañeras a sus personajes, adoradoras ardientes con corazón de leonas en cuerpos de sílfides, que no viven sino mendigando la sonrisa del héroe y muriendo a causa de la infidelidad y el abandono, como flores privadas de agua y de sol. Byron ha dotado a la literatura con el tipo *byroniano,* que se caracteriza por la tristeza altanera, el orgullo rebelde, sarcástico y sombrío y por la audacia en el crimen y el peligro.

Para juzgar a Byron imparcialmente hay que leer su obra capital, si no su obra maestra, el *Don Juan.* En esta obra está de cuerpo entero, con todos sus defectos y cualidades en iguales proporciones. No se hallará en este poema estudio de carácter, ni intento de profundizar la personalidad del héroe legendario, que en todo tiempo ha preocupado a los escritores; Don Juan no es más que una etiqueta, un nombre. Byron no podía encontrar otro mejor para servir a sus intenciones libertinas y herir en lo que tenía de más sensible la *repectability* británica. El autor no tiene por objeto en su poema interesarnos con las buenas fortunas del héroe, sino satirizar y mezclar reflexiones irónicas y críticas amar-

gas, a los hechos que relata y a las escenas y cuadros que describe. Al escribir su obra no siguió ningún plan; él la concebía libremente, como una especie de diario animado y fantástico o revista semi-dramática o semi-burlesca, con intermedios líricos, con el objetivo de censurar la humanidad entera. Byron compuso su obra día por día, y puede decirse que no tiene otra unidad, que la del espíritu subversivo que la anima y que va agravándose a medida que el poema avanza; la pasión del odio no respeta nada, se manifiesta por sarcasmos e injurias, estalla en blasfemias, se exalta hasta la divagación y en su furor casi insensato desgarra y pisotea todo lo que el hombre admira y venera. No solamente la religión, la moral y la política son atacadas, sino que hasta el honor es objeto de burla, la sinceridad es ridiculizada y negadas la inspiración y la gloria. En medio de esta destrucción total, reina algo ideal, que toma la figura conmovedora de Haydée, y es que el sentimiento de lo sublime no deja de obsesionar al poeta y el deseo heroico de lo absoluto lo atormenta en el momento mismo en que proclama la relatividad de todo, y le confiere un aire de imperiosa grandeza. Este idealismo que después de todo se halla en el fondo de su alma es quizás lo que hay de más verdadero en Lord Byron. Su profundidad conmovedora se halla en distintos pasajes del poema: véanse las estrofas 216 y 217 del Canto I, y la descripción del crepúsculo en el Canto III.

Como se ve, el criterio del articulista del *Mercure* para juzgar a Byron, es el de un clásico o de un romántico muy moderado; el romanticismo del autor del *Don Juan* lo considera como un romanticismo superficial, por él iniciado, muy diferente del de los poetas *lakistas* ingleses que era de orden puramente espiritualista o psicológico. Los verdaderos románticos no tomaban a la humanidad como confidente de sus asuntos íntimos, ni intentaban fascinar con descripciones pintorescas y una desbordante profusión de imágenes. La pasión no la entendía Wordsworth, jefe de los *lakistas,* de la misma manera que Byron; a la palabra *pasión* no le atribuía ninguna idea de indisciplina o desorden de los sentidos, ni de rebeldía contra las costumbres convencionales.

Animado de un espíritu crítico más ponderado e imparcial es el estudio que al célebre poeta dedica Lord Ernle en el número de abril de la *Quarterly Review* y titulado *The poetry of Byron.*

Ningún escritor, dice, ha cautivado de un modo más poderoso y continuo la imaginación del público, que Byron, y con respecto a su fama, puede decirse que rivaliza con Shakespeare en celebridad universal. Pero, a pesar de esta popularidad, su posición literaria aún es incierta; a la mayor parte de los escritores después de haber sido aplaudidos o desconocidos por la generación a que pertenecen, la posteridad les ha asignado su lugar definitivo, pero con respecto a Lord Byron todavía existe discordancia sobre su valor como poeta. No hay duda de que esta divergencia en las opiniones es debida al tiempo y a las circunstancias en que se han emitido. Para Gœthe, el poeta inglés fué "el representante de la era moderna e indudablemente el talento más grande de nuestro siglo"; Matthew Arnold lo coloca al lado de Wordsworth, mientras Swinburne lo juzga desdeñosamente. Otra causa de la disparidad en las opiniones sobre Byron se halla en la dificultad de separar al hombre, de su obra. Los escritos de la mayor parte de los poetas pueden examinarse sin tener en cuenta la vida de los autores, pero en el caso de Byron no es fácil, y mucho menos en estos tiempos de análisis psicológicos. La únión estrecha de su poesía con su personalidad hace difícil que los críticos sean desapasionados en su actitud hacia él como poeta, y el que quiera juzgar imparcialmente su obra literaria, debe estudiar el carácter del autor.

Los que esperen encontrar en Byron las cualidades que distinguieron a otros ilustres poetas contemporáneos de él, sufrirán un desencanto; Byron no posee la penetrante percepción de las relaciones espirituales entre el hombre, la naturaleza y el mundo invisible que caracterizó a Wordsworth, ni sus ojos se abrieron nunca a las visiones etéreas de Shelley; ni tuvo, como Coleridge, el arte consumado de crear la atmósfera de lo sobrenatural. Byron posee su campo propio: no siendo ni un soñador, ni un filósofo, es el poeta humano de las aspiraciones de su tiempo, un campeón de la libertad social, política y religiosa, un espíritu emancipador, y, por lo tanto, verdaderamente representativo de una época revolucionaria turbulenta. Nacido en el año anterior a la Revolución Francesa, Byron comenzó a escribir en medio de la fermentación de las nuevas ideas que inauguraron el siglo XIX; el espíritu de las doctrinas políticas y sociales de la Revolución de-

sechaba todas las convenciones y clamaba por la completa libertad en todas las relaciones de la vida. El movimiento romántico no era solamente literario; era también psicológico y moral. Al principio del siglo, aunque muy minada, la autoridad de la escuela clásica permanecía en pie; a Byron principalmente fué debida la rapidez de la victoria final del romanticismo, pues sin él, la conversión del gusto público no se hubiera verificado hasta un cuarto de siglo más tarde.

El período del gran éxito de Byron en Inglaterra fué el comprendido entre 1812 y 1816; en el mundo elegante londinense, la juventud, el rango, y la belleza física del poeta favorecieron el triunfo del *Childe Harold.* Sus dos primeros cantos, que en la actualidad nos parecen no contener otra cosa que una simple relación de viaje teñida de melancolía romántica, eran para los contemporáneos algo más. Acostumbrado el público a la expresión clásica, halló originalidad en la descripción de los sentimientos que la contemplación del mundo exterior hacía nacer en la imaginación del poeta. El poema abría un mundo nuevo a la fantasía, enriqueciendo los recursos poéticos, e importaba en Inglaterra un espíritu cosmopolita y continental, mostrando escenas pintadas por un hombre que las ha presenciado en los lugares de la acción, no derivándose el color local de los libros leídos, sino de la observación directa del poeta. *Childe Harold* abría las puertas del Oriente misterioso, que fascinaba a todos los espíritus aventureros de la época, y, entre ellos a Bonaparte y a Chateaubriand, y predicaba la nueva cruzada para libertad del yugo del Islam a las razas cristianas.

En 1816, Byron abandona a Inglaterra para no volver más. Durante los cinco primeros años de su destierro, su carácter y sus obras literarias forman un fuerte contraste: por un lado, se entrega a una loca disipación que llega a ser degradante, y por otro, se dedica a una intensa labor intelectual. A este período pertenecen, sin hablar de otros poemas y piezas dramáticas, las siguientes obras: los últimos cantos del *Childe-Harold, The prisoner of Chillon, Manfred, Mazeppa, Beppo, Cain, Sardanapalus, The vision of judgment* y los dos primeros cantos del *Don Juan.*

Sobre el valor literario de esta gran masa de poesía, los críticos difieren en sus opiniones, pero todas están conformes en un punto:

en que Byron al tomar para sus obras asuntos y escenas de la Europa central y meridional, hizo más que ningún otro poeta inglés por familiarizar a sus compatriotas con el arte y la literatura del Continente, y dió a conocer a los extranjeros la literatura inglesa. Con la armonía de sus versos en los oídos muchos turistas han atravesado el campo de batalla de Waterloo, y el Puente de los Suspiros, de Venecia, y han visitado el Coliseo de Roma a la luz de la luna. No es poca gloria haber sido durante un siglo, guía y maestro de millares de viajeros, ejerciendo el poder de hacer más interesantes sus excursiones y el de conmover sus almas al recuerdo de los versos del poeta que se refieren a los lugares que visitan.

La crítica más seria que se ha hecho contra la poesía romántica de Byron, es la de la afectación; el descuido en la forma en el arte puede perdonarse si lo acompañan la fuerza y la energía, pero la falta de sinceridad en el artista es imperdonable, sobre todo si la obra expresa sentimientos propios. Los contemporáneos de Byron se conmovían y sentían hasta lo más profundo de su sér ante la potencia mágica del poeta al expresar sus sentimientos individuales. Pero la reacción era inevitable: la generación que siguió a la muerte del poeta dudó ya de la sinceridad de una emoción que ellos no sentían; ya conocían en detalle la vida del poeta, su vanidad, su falta de moderación en sus gustos y en sus vicios, sus amores con mujeres de la más baja condición. Esa generación y la que ha seguido se ha preguntado si un hombre de tal clase podía experimentar sinceramente las elevadas emociones y los sentimientos que en su poesía se expresan.

Esta falta de sinceridad, dice Lord Ernle en su artículo, no puede formularse de modo absoluto: hay pasajes en la poesía romántica de Byron en los que la intensidad de los sentimientos es legítima y la emoción es verdadera. Cuando en *Childe Harold* canta el *Vanitas vanitatum,* el poeta no piensa solamente en la caída de los imperios; el tema es expresivo también de sus propias caídas y sus desengaños, y el tono personal es el que da melancólica sinceridad a la sonora declamación. Byron identifica a Roma y Venecia consigo mismo y los esplendores de sus ruinas no son para él otra cosa que las propias ruinas de su existencia; cuando escribe sobre Napoleón, destronado y prisionero, el poeta piensa en sus mismos triunfos y glorias que gustó y ha perdido para

siempre. La poesía romántica de Byron no es, pues, ni afectación, ni mera retórica, sino la sincera y genuina expresión de sentimientos íntimos profundos. Lo mismo puede decirse de sus poemas dramáticos y de *Don Juan.*

Lord Ernle termina su estudio expresando que si Byron no alcanzó la perfección artística, tuvo en alto grado la pasión, la fuerza y la energía, y agrega que muchos artistas literarios cambiarían la perfección de la forma que poseen, por el poder "byroniano" de llegar al corazón de los hombres asombrándolos y conmoviéndolos.

LUCIANO DE ACEVEDO.

BIBLIOGRAFIA (*)

Pedro Benoit. La Calzada de los Gigantes. Traducción de Emilio M. Martínez Amador. Gustavo Gili, Editor. Barcelona. 1924. 8º, 228 p.

Esta obra es una nueva novela de aventuras del discutido y ameno autor de *Rœnigsmark* y de *l'Atlantide*.

El escritor nos presenta, por medio de un prólogo a dos de los protagonistas de su obra, Francisco Gérard y Antíope de Antrim, un niño y una niña que se conocen en septiembre de 1894, en una representación del teatro *Guignol*, en el Gran Casino de Aix-les-Bains. Días después, Antíope, al despedirse de su amiguito, lo obsequia con un recordatorio de su primera comunión, al dorso del cual hay escrito una extraña leyenda en inglés, que más tarde, al ser traducida, resulta ser la llamada profesía irlandesa del Donegal.

En torno de esta profecía gira la trama de la nueva obra de Pierre Benoit.

Pasan los años; Francisco Gérard se convierte en un joven que, en agosto de 1914, en virtud de lo que ocurre en Francia en ese año, aparece pasando un "día de campo" cerca de una aldea del Aisne, es decir, en plena guerra.

Gérard es herido; transportado a un hospital de sangre de Lyon, tarda algún tiempo en curar de una molesta herida en el cuello, y meses más tarde es destinado al servicio auxiliar, en calidad de empleado administrativo. Dotado de un gran amor al estudio, y contando con sobrado tiempo para ello, se encierra en la Biblioteca de la Facultad de Letras de Lyon, y se dedica a profundos estudios lingüísticos, en especial del llamado dialecto mingreliano, lenguaje que se habla en Mingrelia, región que ocupa hoy el lugar de la antigua Cólquida.

Por una coincidencia, Francisco Gérard es presentado al profesor

(*) En esta sección serán siempre analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que se nos envíe un ejemplar, sólo tendrá derecho el remitente a que se haga la correspondiente inscripción bibliográfica. Cuba Contemporánea, se reserva el derecho de emitir opinión acerca de toda obra, nacional o extranjera, que por su importancia merezca ser criticada.

Martín, de la facultad de Derecho de Montpeller, quien, al enterarse de sus aficiones y de su conocimiento del mingreliano, le propone ingresar en un organismo que acaba de crearse en París, por iniciativa del Ministerio de Negocios Extranjeros, con el título de "La Casa de la Prensa".

Gérard acepta, y una vez en París, conoce, por conducto de un ordenanza de su nueva oficina, llamado Laboulbène, a un señor don Terencio, nativo de Irlanda, ferviente patriota al servicio de la causa, de la libertad de este país, quien confundiendo a Francisco Gérard con Fernando Gérard, profesor del Colegio de Francia, autor de profundos estudios célticos, y de un artículo publicado en la *Revue des Deux-Mondes* en defensa de los regimientos irlandeses que han peleado en los distintos frentes de la guerra, le propone que acepte, como representante intelectual de Francia, un puesto en una comisión que va a formarse con elementos representativos de las naciones aliadas y neutrales, para que observen, con la más estricta imparcialidad, la guerra que va a estallar en Irlanda en contra de la dominación inglesa, el próximo 20 de abril de 1916.

Francisco Gérard se da cuenta del *quid pro quo* en que incurre el comisionado y espía irlandés, pero seducido por la aventura, acepta, y pocos días después embarca para Irlanda, en donde recibirá la hospitalidad del Conde de Antrim, jefe de los patriotas irlandeses.

Durante su viaje por mar, al cruzar el Canal de la Mancha protegido por la formidable flota británica, Gérard observa con horror que su compañero de viaje es el profesor Estanislao Grütli, de la Universidad de Lausana, en Suiza, famoso en el mundo científico por sus estudios célticos. ¡Y él iba suplantando al verdadero profesor del Colegio de Francia! ¿Qué haría para evitar la pregunta de su peligroso colega?

Una vez en el Castillo de Kendale, término del viaje, residencia del Conde Antrim y de su hija Antíope, y lugar de reunión de los otros comisionados, representados por el Coronel Harney, de Baltimore; del profesor Henrikson, de Estocolmo; y del Barón Idzumi del Japón, se inicia la serie de divertidas y trágicas escenas que constituyen el nervio de la obra.

El llamado profesor Grütli, no es tal profesor, sino un famoso inspector de policía al servicio de Inglaterra, llamado Wilkie Joyce, quien descubre la farsa de Gérard, y le confiesa el miedo que al principio le inspiró su condición de erudito en estudios célticos.

Por la obra desfilan otros personajes de más o menos relieve, tales como Lady Flora, su hijo Lord Reginaldo, Ralph, mayordomo del Conde Antrim, y como éste ardiente patriota irlandés.

Las escenas ocurridas en Dublín con motivo del frustrado intento de desalojar a los ingleses de la ciudad, están descritos con gran verdad y trágico colorido.

La obra en conjunto, es amena, divertida y de marcado tinte antibritánico; y su título se basa en el combate sostenido, de acuerdo con

la ya citada leyenda, entre los famosos gigantes Finn Mac Coul, irlandés, y Ballendoner, inglés, en la Calzada construída por el primero para facilitar el paso a su rival.

JULIO VILLOLDO.

Ricardo A. Casado. PERLAS Y PIRUETAS: (Narraciones sencillas) 1923. M. Martín, Editor. Amargura 75—... Habana. 8°, 212 p. Con retrato del autor.

Con una sonrisa en los labios y con una mirada que parece indiferente, el autor va observando la vida en las incontables representaciones que ofrece su profesión de periodista. Está situado en un punto hacia el que convergen los intereses todos de la nación, y allí puede con tranquilidad ver el desfile de los anhelos, de las ambiciones y de las pequeñeces. Al palacio presidencial llegan todos los días personajes de los más más disímiles aspectos. Aquél es un político rural que aspira a legislador. No trae más que su voto y sus bravuconadas, pero cree que la República entera está pendiente de sus labios. El otro es un contratista disfrazado de senador o representante. El de allá es un juez, un magistrado, un alcalde, un gobernador. Todos suben por los ascensores del moderno palacio en busca de alguna combinación política o administrativa, que puede transformarse en negocio o preparar un buen porvenir. Y todos hacen escala en el salón de los periodistas, dan una información, que siempre es favorable a sus deseos. Allí se muestran tal como son, a pesar de que aparentan serenidad y excelentes dotes. El noticiero los examina y encuentra en su interior todas las ansias ocultas. Que es oficio doloroso este del periodista, por las miserias que se levantan a su paso, por las mezquindades y felonías que presencia, denunciadoras de la impreparación humana.

Las perlas y las piruetas de este libro proceden de aquel escenario, en su mayor parte. La comedia sin término le ha proporcionado material fresco para el volumen. Creo que además de estos episodios, el autor guarda apuntes de otros muchos más, hallados también en aquella abundante mina.

El periodista no deja de mirar las cosas por el lado triste, aunque parece invitar al lector a reir con las andanzas de sus muñecos. Los humoristas son a veces los que menos disfrutan con sus obras y con el espectáculo en que se inspiran. Reproducen los actos grotescos porque tal es su predisposición espiritual. Pero acaso ellos y los retratados son los que más sufren. En este desfile, en que tan bien y con brochazos y pinceladas sutiles o fuertes muestra Ricardo Casado los personajillos, vemos al ilustre emigrante y orador influyente de una colonia europea que rezuma erudición en sus discursos, al congresista Fiquito Comequeque, ilustre cretino llegado a la Cámara por los mis-

terios del sufragio, y al general pavoroso que bravea y al fin se retira prudentemente, y a los pobres aspirantes que llegan todos los días al palacio de la Nación en busca de un empleo, de una mísera credencial o de una cartera de consejero del Presidente.

Casado los presenta con trazos amables y sin muchas tintas negras. No es un ironista cruel en todos los momentos. A ratos es un cariñoso y suave expositor que se limita a dar en forma siempre clara el drama o la comedia que la casualidad pone ante su vista. Y mientras cruzan los fantoches, el autor sonríe. Su sonrisa puede ser regocijada, pero tal vez sea una mueca más para ocultar el efecto de alguna pirueta de los comparsas.

Ruy de Lugo-Viña. Comisionado Municipal de la Habana. El tribuno de la diplomacia. Mario García Kohly. Biblioteca Cuba. Nicolás María Rivero, 7. Madrid. [1923] 8º, 184 p.

Para representar a un país en otro de la misma lengua no basta a veces que el hombre designado sea un estadista de clara comprensión, una persona de exquisito trato social, un diplomático hábil y activo. En ocasiones hace falta que sea también un orador de palabra elocuente y segura. Nuestro representante en la nación española ha sido ese delegado feliz. Su talento de orador ha servido a la Patria aun en los actos en que no haya habido ocasión para hablar de ella. El orador que vive en Mario García Kohly ha conquistado victorias magníficas para Cuba, al obtenerlas para él en aquellos pueblos acostumbrados a la sonoridad grandiosa de la palabra humana. El éxito lo acompañó en todos los instantes, y en cada uno de ellos iba unido su nombre al de nuestra Patria. El Ministro ha llenado a entera satisfacción de Cuba ese su deber de cordialidad.

Así lo demuestra Ruy de Lugo-Viña en el libro que acaba de publicar y que es una loa al tribuno de la diplomacia en Madrid, antes tribuno de la política en esta isla antillana.

Lugo-Viña habla para el público cubano, tanto como para el de otros países. Y en verdad que su libro viene a resucitar y a refrescar recuerdos ya idos. No hace todavía veinte años: todos somos los que antes éramos, y algunos más, y pocos han retenido en la memoria los hechos que nos ofrece el periodista en la síntesis biográfica del político. Aquella sesión lamentable en que un senador hizo que los legisladores del partido gubernamental se ofuscaran y consintieran en el eclipse de la República, será siempre una jornada de gloria para García Kohly: fué su voz la única que tuvo razón en la asamblea de los vencidos. Para refutar la proposición habían sido fijados cuatro turnos en contra, y nadie de los notables políticos moderados que figuraban en el Congreso se levantó para defender la causa del porvenir; nadie sino García Kohly. Él solo consumió los cuatro turnos. Batalló

con energía, con valor personal, con talento y elocuencia. Todo fué inútil, pero él sentía que no estaba equivocado y rompió su nexo con un partido que probaba su falta de preparación en la oportunidad única para demostrarla.

Lugo-Viva hace una relación de las iniciativas de García Kohly en la Secretaría de Instrucción Pública. Y luego entra en la gestión incansable del Ministro de Cuba en España, en que el orador ha superado al diplomático, al político, al estadista, empeñado en realizar una tarea de fecundo acercamiento. Menciona su libro en elogio de Gambetta. Y termina reproduciendo y glosando tres discursos y un artículo de García Kohly, en los que se presenta clara y firme la personalidad del orador y del diplomático.

Leyendo este libro se comprueba la verdadera importancia de la misión que lleva a cabo el *tribuno de la diplomacia* latinoamericana en Madrid. Es un continuado esfuerzo por mantener y reforzar la compenetración, que facilita por encima de todo la identidad de idioma. Y si algún día esa labor origina algo más importante que el estrechamiento de relaciones hasta ahora logrado, será preciso atribuir su parte al cubano triunfador en las fiestas oratorias de España durante los diez años últimos.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

Constantin Balmont. VISIONS SOLAIRES. MEXIQUE—EGYPTE—INDE—JAPON—OCÉANIC. Traducción francesa del ruso por Ludmila Savitzky (Editions Bossard, 43, rue Madame—Paris). 1923. 8º, 240 p.

Gilberto Beccari. VIDA VIRGEN. Novela, traducción del italiano por Andrés González-Blanco. (Editorial "Prometeo". Valencia) [1923]. 8º, 292 p. Con retrato del autor y prólogo de Blasco Ibáñez.

Gabriel Compayré. MONTAIGNE. Ediciones de LA LECTURA. Madrid. [1923] 8º, 162 p.

Djelae Eddin Rumi. LAS MEJORES POESÍAS [líricas] DE LOS MEJORES POETAS (Editorial Cervantes). Barcelona. 1924. 16º, 58 p.

Fiodor Dostoïevsky. LES FRÈRES KARAMAZOV. Novela en tres tomos, traducción francesa del ruso por Henri Mongault y Marc Laval (Editions Bossard), 1923. 8º, Tomo I: 422 p. Tomo II: 388 p. Tomo III: 306 p.

Diego Carbonell. DEL CAOS AL HOMBRE. Segundo tomo. Edición del *Anuario* del Brasil. Río de Janeiro. 1924. 8º, XXXV-252 p.

Cristóbal de Gangotena y Jijón. AL MARGEN DE LA HISTORIA. LEYENDAS DE PÍCAROS, FRAILES Y CABALLEROS. Imprenta Nacional. Quito [Ecuador] 1924. 8º, VIII-296 p.

Alberto Ghiraldo. ANTOLOGÍA AMERICANA. Volumen cuarto. *Renacimiento*. Madrid. 1923. 8º, 266 p.

Daniel Martínez Ferrando. LAS BRUJAS. Novela de costumbres valencianas. Editorial Cervantes. Barcelona. [1923] 8º, VIII-202 p.

Daniel Martínez Ferrando. LAS CIUDADES DEL CAMINO. *Visión poética de Italia*. Editorial Cervantes. Barcelona. [1923] 8º, XVI-232 p.

NOTAS EDITORIALES

EL PRIMER CONGRESO MUSICAL HISPANOAMERICANO

En una de las últimas sesiones celebradas por la Academia Nacional de Artes y Letras, presentó el Sr. Eduardo Sánchez de Fuentes, distinguido miembro de su Sección de Música, una importante moción—la cual fué aprobada por unanimidad—tendiente a la organización de un Congreso Musical Hispanoamericano, que deberá inaugurar sus trabajos, en esta ciudad, el día 20 de mayo del año próximo.

La plausible iniciativa del notable maestro cubano—a la cual es de esperarse que preste su decidido apoyo y necesario concurso el Gobierno de nuestra República—, habrá de proporcionar a Cuba el honor de haber sido la promotora de tan importante movimiento de fraternidad intelectual entre los grandes músicos de todos los países de América; y a La Habana, el de ser la sede del primer Congreso de esta índole que ha de celebrarse en las Repúblicas latinoamericanas.

En relación con el citado proyecto, ha hecho recientemente su autor las siguientes manifestaciones, que explican y justifican la conveniencia de celebrar un Congreso de esta clase:

El estudio del folk-lore de nuestros pueblos, que atesoran cancioneros interesantísimos y que, en su mayor parte, son desconocidos por las otras naciones hermanas; el conocimiento del origen de los cantos populares de la América Latina; el intercambio que debe existir entre estos pueblos, que reconocen una misma raza y un mismo idioma; la verdadera personalidad rítmica y aun melódica que cada uno de ellos presenta, etc., etc., serán las bases de ese Congreso, que habrá de inaugurarse el 20 de mayo de 1925, y dentro del cual, en

interesantísimas sesiones, conoceremos la música popular de la América Latina, interpretada por una magnífica orquesta y por las bandas militares de la República; escucharemos el verbo cálido y elocuente de los más ilustres representativos de esos países, y tendremos la honra de contar entre los congresistas, que serán tres por cada país, a los más altos prestigios musicales de España, que concurrirá a este Congreso, como invitada de honor, a título de nación progenitora.

Cuba Contemporánea aplaude entusiásticamente la iniciativa del inspirado compositor Sr. Sánchez de Fuentes, y hace votos por que sea una realidad, en la fecha señalada, la celebración de tan importante Congreso.

NOTICIAS

En los primeros días del mes de mayo último se fundó en Nueva York una sociedad que girará bajo la razón social de *Compañía Editorial Continental.* Forman esta sociedad jóvenes hispanoamericanos y norteamericanos entusiastas, que se proponen vulgarizar y dar a conocer, tanto en Europa como en los Estados Unidos, las letras hispanoamericanas que hasta ahora sólo son conocidas a través de un corto número de escritores consagrados por la crítica.

La *Compañía Editorial Continental* se propone publicar cuatro volúmenes de mil quinientas páginas cada uno, tamaño en cuarto, ediciones lujosas de veinticinco mil ejemplares, que contendrán los dos primeros, a todos los escritores que respondan a esta invitación, y los dos últimos, a los ya conocidos. Estos libros lo recibirán gratis las universidades extranjeras, las bibliotecas públicas, los centros de arte y las redacciones de revistas críticas.

Los escritores serán clasificados en grupos, por países. Y cada grupo irá precedido de una extensa reseña del país. Estas reseñas serán escritas por notables literatos.

Los poetas quedan autorizados a remitir al Director de la empresa, don Manuel F. Cestero, que tiene su oficina privada en 201 West 120 Street, Nueva York, hasta nueve poemas, cortos o largos; los cuentistas, seis cuentos; los dramaturgos, dos dramas; los comediógrafos, dos comedias; los novelistas, dos esbozos cortos; y los ensayistas. tres ensayos.

Estos orginales deben enviarse en sobres certificados, acompañados del retrato del autor y notas biográficas. Los originales han de ser copiados a máquina, o escritos con letra muy clara.

Se recibirán los originales hasta el mes de enero de 1925.

*

Organizado por el Museo Social Argentino, se celebrará en la ciudad de Buenos Aires, a fines del mes de septiembre del año en curso, un importante Congreso Internacional de Economía Social, en el cual serán estudiados asuntos relacionados con los Museos Sociales e instituciones similares, cuestiones obreras, problemas de Higiene social, de Enseñanza, cuestiones agrarias, Estadística social y problemas sociales en general.

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO XII

Tomo XXXV. La Habana, julio 1924. Núm. 139.

RELACIONES POLITICAS ENTRE CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS (*)

(Conferencia leída, en parte, por el Sr. Alberto Maury y Nodarse, el 27 de marzo de 1924, en la logia "Fe Masónica", de La Habana.)

(Concluye)

TRES meses después de comenzada la guerra, el 18 de julio de 1898, se vió obligado el Duque Almodovar del Río, Ministro de Estado español, a dirigirse al Embajador de dicha nación en París a fin de que éste pidiera al Gobierno francés sus buenos oficios para poner fin a tan insostenible guerra. Francia aceptó la petición, y su Embajador en Washington, Mr. Jules Cambón, entregó a Mr. William R. Day, Secretario de Estado americano, el primer documento con el que habrían de iniciarse las negociaciones de paz.

Merece mencionarse la baja conducta mantenida por España durante estas negociaciones. Convencida de que perdería nuestral Isla, intentó por todos los medios entregársela a los Estados Unidos, negándonos, en un arranque de rencorosa soberbia, capacidad para figurar entre el número de las naciones li-

(*) Véase el núm. 138 (junio, 1924) de Cuba Contemporánea.

bres y soberanas. Así, en documento de 28 de julio de 1898, dice el Duque Almodovar del Río:

Sobre la primera [Cuba] se halla España dispuesta a aceptar la solución que plazca a los Estados Unidos; independencia absoluta, independencia bajo el protectorado o anexión a la República Americana; *prefiriendo la anexión definitiva...* (13)

El 31 de julio, en contestación a un comunicado de Mr. Day que decía:

Al discutir la cuestión de Cuba, V. E. da a entender que España había deseado ahorrar a Cuba los peligros de una independencia prematura. El Gobierno de los Estados Unidos no ha compartido las aprensiones de España sobre este punto, pero piensa que en las condiciones de perturbación y abatimiento en que está la Isla ésta necesita ayuda y dirección, que el Gobierno de los Estados Unidos se halla dispuesto a otorgarle (14),

de nuevo insiste Almodovar del Río y manifiesta que

España llegaría hasta a ceder a Cuba a los Estados Unidos.

El 7 de agosto, con marcada mala intención, repite que en

lo referente a la cuestión de Cuba llegan uno y otro Gobierno a conclusiones parecidas, en cuanto a la incapacidad de aquella sociedad para constituir un Estado político independiente (15).

Pero, a pesar de todas estas insinuaciones del Gobierno de España, los Estados Unidos se mantuvieron firmes e hicieron buenas sus declaraciones contenidas en la *Joint Resolution.*

Así continuaron las negociaciones de la paz, hasta que al fin, el 11 de agosto, ambos Gobiernos llegaron a un acuerdo a base, entre otras estipulaciones, de toda renuncia por parte de España a su soberanía y a todos sus derechos sobre Cuba. El 10 de diciembre de 1898, reunidos los Plenipotenciarios en París, se firmó en esta ciudad el Tratado que llevó su nombre y que puso fin a la guerra.

---

(13) *Memoria del Senado.* Legislatura de 1902 a 1904. Documento No. 17.
(14) Ob. cit. Documento No. 18.
(15) Ob. cit. Documento No. 19.

En dicho Tratado se lee en su artículo primero:

España renuncia a todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba.

En consideración a que dicha isla, cuando sea evacuada por España, va a ser ocupada por los Estados Unidos, éstos, mientras dure su ocupación, tomarán sobre sí y cumplirán las obligaciones que por el hecho de ocuparla les impone el Derecho Internacional, para la protección de vidas y haciendas.

El día 29 de diciembre el general Máximo Gómez lanzaba su famosa proclama al pueblo cubano y al ejército, de la cual es este párrafo:

El período de transición va a terminar. El ejército enemigo abandona el país y entrará a ejercer la soberanía de la isla, *ni libre ni independiente todavía,* el Gobierno de la gran nación, en virtud de lo estipulado en el protocolo de la paz.

Y por fin, el 1º de enero de 1899 cesó para siempre la soberanía de España en Cuba y ocupó su lugar, provisionalmente, el Gobierno de los Estados Unidos.

Fácil será comprender las demostraciones de alegría de nuestro pueblo al ver realizados sus más caros ideales, y, pese a los hipócritas temores del Gobierno de Madrid, nuestros compatriotas supieron demostrar que eran capaces de constituir un Estado político independiente, toda vez que el orden y compostura jamás se alteraron en aquellos momentos en que tan natural hubiera sido lo contrario. Así lo reconoció el Comandante de Estado Mayor J. B. Hickey al dictar su circular de 3 de julio de 1900, refiriéndose a las elecciones municipales que se habían celebrado:

El Gobierno militar se complace en expresar al pueblo de Cuba el alto aprecio que le ha inspirado su conducta durante las últimas elecciones y en la reciente toma de posesión de los nuevos funcionarios municipales.

En dichos actos ha reinado el orden más completo, no habiendo ocurrido el menor disturbio en toda la Isla.

Tal conducta *honra a este pueblo* y es una garantía de buen gobierno para el porvenir (16).

---

(16) *Memoria del Senado* (1902-1904). Documento No. 39.

Pero aún no era Cuba lo que sus revolucionarios habían deseado. No ondeaba todavía sobre la fortaleza del Morro la insignia nacional que demostrara al mundo que era Cuba un Estado completamente soberano. Para conseguir tan ansiado fin, y debido a una Orden Militar de 25 de julio de 1900, se procedió a formar la Asamblea, o Convención Constituyente, a cuyo cargo estaría la labor de acordar una Constitución que sería base de la futura institución republicana y al mismo tiempo, de fijar las relaciones que habrían de existir entre Cuba y los Estados Unidos.

La Convención inició sus trabajos y después de tomar en consideración una serie de proyectos, presentados por diferentes delegados, en la sesión del día 21 de febrero de 1901 quedó definitivamente legalizada la Carta Fundamental de la República que hoy está en vigor. Terminada esta primera parte del trabajo a ella encomendada, sin que obstáculos de importancia hubieran tenido lugar, comenzaron las sesiones en que habrían de fijarse las futuras relaciones entre Cuba y Norteamérica.

En la mejor disposición de ánimo se encontraban todos los delegados; en todos ellos el agradecimiento hacia los Estados Unidos estaba latente, por lo que era fácil predecir que nuestras relaciones con los Estados Unidos habrían de fijarse de la manera más amistosa posible. En estos principios se hubieron de inspirar los proyectos que comenzaron a presentarse, cuando he aquí que el día 2 de marzo de 1901 el Gobernador General de la Isla, General Wood, dirige una comunicación al Presidente de la Convención en la cual se trasmitía a la Asamblea una copia de cierta enmienda a la Ley de Presupuestos del Ejército, presentada en el Senado norteamericano por Mr. Orville H. Platt, y aprobada ya por ambos Cuerpos colegisladores, y cuyo verdadero autor fué el Secretario de la Guerra Mr. Elihu Root. Esta enmienda fijaba por sí misma las relaciones que existirían entre Cuba y los Estados Unidos, quitándole por consiguiente autoridad a los acuerdos que en tal sentido hubiera podido tomar la Asamblea Constituyente.

Conocedores todos los delegados de las declaraciones hechas, cada vez que hubo oportunidad, por el Gobierno de Washington, respecto a que Cuba sería por siempre un Estado libre, no vacilaron en acoger con agrado la comunicación del general Wood.

Pero la realidad fué del todo distinta; cuando el contenido de aquella comunicación se conoció, pudo verse que ella no estaba inspirada en los nobles principios de libertad que habían sido las fuentes de la *Joint Resolution.* Aquella enmienda significaba el olvido de las anteriores declaraciones del Gobierno de Washington y marcaba una nueva ruta a seguir cuya única razón de ser era el interés político que una nación considerada como gran potencia tenía sobre una débil, pequeña nación, próxima a sus costas, y que aspiraba a surgir a la vida de los pueblos responsables de sus actos.

En la cláusula tercera de la enmienda presentada para la aprobación de la Asamblea, y que fué la piedra de toque de tan intrincada cuestión, se leía:

El Gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos puedan ejercer el derecho de intervenir para la conservación de la independencia cubana, el mantenimiento de un Gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual, y para cumplir las obligaciones que con respecto a Cuba se han impuesto a los Estados Unidos por el Tratado de París y que deben ahora ser asumidas y cumplidas por el Gobierno de Cuba.

La cláusula encerraba uno de los problemas más discutidos en Derecho Internacional, como es el derecho de intervención, el que, a pesar que de él se ha hecho uso generalmente por las grandes potencias sobre las pequeñas nacionalidades, es tema sobre el cual aún no han podido ponerse de acuerdo los tratadistas. Pero este derecho se había aplicado con anterioridad por distintas naciones de Europa, y los Estados Unidos se creyeron en el caso de seguir su ejemplo. Mas no conformes con seguir su ejemplo, quisieron sentar un precedente en Derecho Internacional y por primera vez se llegó a legalizar esta situación, dudosa en derecho, mediante una estipulación entre dos Gobiernos.

La Asamblea entendió que la cláusula atentaba al principio de la soberanía de Cuba y unánimemente acordó rechazarla. Pero ello resultaba contrario a los deseos del Gobierno de Washington que por boca del General Wood había dicho:

El "bill" que contiene las anteriores declaraciones respecto a Cuba es ya ley por la aprobación del Presidente de los Estados Unidos.

Ante tal declaración, inútiles fueron las protestas de los delegados cubanos. Momentos críticos, extremadamente difíciles fueron aquellos, porque todos estaban conscientes de que de la actuación de la Asamblea dependía el porvenir de Cuba. Así se explica la angustia que reinó en las sesiones celebradas durante aquellos días; las quejas dolorosas de cuantos por Cuba sentían y con Cuba pensaban. En uno de los proyectos de contestación se leía el siguiente párrafo:

Y lo primero que ocurre es pensar que se ha debido verificar un cambio lamentable en el concepto que de sus derechos y obligaciones respecto a Cuba, abrigan actualmente los poderes de los Estados Unidos, comparándolos con el que manifestaban hace tres años al declarar que Cuba era y de derecho debía ser un pueblo independiente. Hoy parece Cuba un país vencido, al que el vencedor, para evacuarlo, impone condiciones, que tiene que cumplir precisamente, pues de lo contrario seguirá sometido a la ley del vencedor. Y esas condiciones son duras, onerosas, humillantes: limitación de la independencia y soberanía, poder de intervención y cesiones territoriales; de todo eso hay en el acuerdo del Congreso de los Estados Unidos que se nos ha comunicado Si en vez de hacer la guerra a España para asegurar la independencia de Cuba, los Estados Unidos se la hubieran declarado a Cuba misma por cualquier motivo o cualquier propósito, ¿qué otras condiciones a no ser la franca incorporación podrían imponer a los cubanos? ¿Y se aviene esto con lo establecido tan noble y generosamente en el artículo IV de la *Joint Resolution* de 19 de abril de 1898? La Comisión que suscribe cree que no (17).

El Secretario Mr. Root trató de alejar toda sospecha de la mente de los cubanos respecto a las intenciones de los Estados Unidos en relación con el concepto de nuestra soberanía, a cuyo efecto envió al General Wood el siguiente cablegrama:

Queda Ud. autorizado para declarar oficialmente, que en opinión del Presidente, la intervención descrita en la cláusula tercera de la Enmienda Platt no es sinónima de entrometimiento o interferencia en los asuntos del Gobierno cubano, sino la formal acción del Gobierno de los Estados Unidos basada en justos motivos y esenciales fundamentos para la preservación de la independencia cubana y el mantenimiento de un Gobierno adecuado para la protección de la vida y la propiedad y de la libertad individual y para el cumplimiento de las

(17) *Memoria del Senado* (1902-1904). Documento No. 66.

obligaciones con respecto a Cuba impuestas por el Tratado de París a los Estados Unidos (18).

La Asamblea no tomó, sin embargo, ningún acuerdo, sino que dándose cuenta de la gravedad del asunto prefirió enviar una Comisión a los Estados Unidos, para que en íntimo contacto con el Gobierno de Washington pudiera realizar las gestiones necesarias a fin de dejar definitivamente resuelta tan enojosa cuestión de una manera compatible con nuestra condición de Estado soberano. Dicha Comisión llegó a Washington el día 24 de abril de 1901 e inmediatamente solicitó una entrevista con el Presidente de la República, la que le fué concedida. El día 25 tuvo lugar un cambio de impresiones con Mr. Root de trascendental importancia, por cuanto que en él quedaron del todo aclaradas las cláusulas de la Enmienda y fijada la verdadera y única interpretación que ellas podían tener. A preguntas del Presidente de la Comisión, Mr. Root contestó:

Tengan los cubanos la firme convicción de que esta cláusula se dirige exclusivamente al bien de Cuba. Esa cláusula es simplemente una extensión de la Doctrina de Monroe, doctrina que no tiene fuerza internacional reconocida por todas las naciones. Los cubanos aceptan la doctrina de Monroe y la cláusula tercera es la doctrina de Monroe, pero con fuerza internacional (19).

Y para despejar toda duda, fué más claro al decir:

Se intervendrá en Cuba sólo en caso de grandes perturbaciones, similares a las ocurridas en 1898, y con el único objeto de mantener incólume la independencia de Cuba. Sólo se intervendrá para impedir ataques extranjeros contra la independencia de la República, o cuando exista un verdadero estado de anarquía dentro de la República. Esta cláusula no merma la independencia de Cuba; deja a Cuba independiente y soberana bajo su propia bandera. Sólo acudirán los Estados Unidos en casos extremos para ayudar a Cuba a la conservación de su independencia, y quiera Dios que jamás ese caso se presente. Y ésta pudiera ser por siempre desconocida a la generalidad de los cubanos, llegando a conocer su existencia solamente los estudiantes de historia política. Existiendo esa cláusula ¿cómo podrían los Estados Unidos enviar tropas a Cuba sin violar las leyes por ellos

(18) Ob. cit. Documento No. 69.
(19) Ob. cit. Documento No. 72.

mismos establecidas y tratados por ellos mismos sancionados? Estas provisiones fueron adoptadas por el Gobierno a fin de habilitar a los Estados Unidos para el cumplimiento de la obligación que contrajeron de hacer a Cuba independiente (20).

En realidad, la interpretación que dió Mr. Root a la Enmienda no podía ser más clara. Cuba no perdía un ápice de su soberanía, porque solamente en caso de una amenaza extranjera que pusiera en peligro su independencia, o cuando su Gobierno fuera de tal manera nulo o incapaz de mantener el orden interior, que hubiera sobrevenido una situación de anarquía donde la vida, la propiedad y la libertad individual quedaran sin protección, podían los Estados Unidos intervenir. Es decir, que solamente en casos extremos, cuando ya Cuba, más que en nación se hubiera convertido en un pedazo de tierra sin garantías de ninguna clase, exclusivamente entonces era cuando el Gobierno de Washington podía decretar la intervención, y nunca, en absoluto, mientras este caso no llegara.

Como la Comisión pidiera a Mr. Root que concretara las indicaciones que había hecho sobre la cláusula tercera, aquél no vaciló en declarar:

> Los Estados Unidos declararon en el Tratado de París y siempre, que su intervención en los asuntos de Cuba se refiere exclusivamente a conservar su independencia; que cualquier nueva explicación vendría a limitar el concepto fundamental en perjuicio de Cuba; que la intervención sería siempre y en todo caso en favor de dicha independencia, aun cuando motivada por un fracaso sustancial del propósito de los cubanos al establecer su Gobierno; que la cláusula tercera limita y obliga asimismo a los Estados Unidos a respetar y guardar la independencia de Cuba; *que los Estados Unidos no podrán amenazar la soberanía e independencia de Cuba sin pasar sobre una ley que ellos mismos han votado y sin ultrajar tratados que ellos mismos han sancionado;* que la intervención tendría siempre por objeto la preservación de la independencia, se llevaría a cabo cuando dicha independencia estuviera amenazada y por medio de una acción formal, nunca por capricho de una autoridad.

De acuerdo con esta única interpretación de la Enmienda, la independencia de Cuba estaba asegurada, toda vez que teniendo

---

(20) Ob. cit. Documento No. 72.

ésta como única razón de su existencia garantizar nuestra vida como nación independiente, las potencias europeas jamás podrían destruirla sin destruir antes el poder de los Estados Unidos. Ahora bien; sentado de manera terminante que la Enmienda constituía la garantía de nuestra independencia, era incomprensible y de todo punto contrario al espíritu y a la letra de la Enmienda, que los Estados Unidos fueran competentes para evitar que esa independencia peligrara o se destruyera por un ataque de cualquier potencia extraña a ellos y que no lo fueran con respecto a ellos mismos. Esto es, que la independencia de Cuba no podía ser destruída ni por una potencia extraña a los Estados Unidos, ni aun por los mismos Estados Unidos. La intervención en Cuba, en caso de que hubiera lugar a ella, por un peligro extranjero, o porque nuestro Gobierno fuera incapaz de garantizar la vida, la propiedad y la libertad individual de sus moradores, solamente podría durar el tiempo necesario para que desapareciera el peligro extranjero o se restableciera el orden interior necesario para dar estas garantías; y en absoluto podría prolongarse por más tiempo que el estrictamente necesario para obtener dicho fin, porque entonces, necesariamente, se destruiría, *ipso facto,* la misma independencia que ella trataba de garantizar. Entonces, si los Estados Unidos prolongaran una intervención que se extralimitara de lo estipulado en la Enmienda, forzosamente y de acuerdo con todas las reglas y principios de Derecho Internacional, habrían violado el Tratado, convirtiéndolo en lo que el canciller Von Bethmann Hollweg llamaría un "papelucho sin importancia".

Y aun repitió Mr. Root estas palabras, en las cuales quiero insistir porque es asunto de vital interés para los cubanos dejar bien sentada la verdadera interpretación que a las cláusulas de la Enmienda les dió su autor, cada vez que se presente oportunidad para ello. Dijo que:

> La intervención es incompatible con la existencia de un Gobierno cubano y sólo tendría lugar en el caso de que en Cuba se llegara a un estado de anarquía que significara la ausencia de todo Gobierno, salvo el caso de mediar una amenaza extranjera. Que la cláusula tercera no podía significar *destrucción* sino *conservación* de la independencia de Cuba (21).

(21) Ob. cit. Documento No. 72.

Creyeron los comisionados estas palabras de Mr. Root, entendiendo que no eran las intenciones de los Estados Unidos menoscabar nuestra independencia convirtiéndonos en un protectorado de la Unión, lo que en absoluto se encuentra en la Enmienda; y convencidos de la necesidad de aprobarla so pena de que la intervención en Cuba se prolongara indefinidamente, pues se había declarado que ésta no cesaría hasta que quedaran definitivamente fijadas las relaciones entre ambos países, recomendaron a la Asamblea su aprobación. Ésta lo hizo así, agregándola en forma de apéndice a nuestra Constitución, pero añadiéndole algunas aclaraciones respecto de su interpretación. En esta forma aprobada, no satisfizo al Gobierno de Washington, el cual exigió, por medio del General Wood, en comunicado de 8 de junio de 1901, su aprobación sin notas ni aclaraciones de ninguna especie. La Asamblea no tuvo, pues, más remedio que aceptar esta última imposición del Gobierno de Washington, y desde entonces puede verse en nuestra Constitución la más evidente prueba, una más de las muchas que ofrece la Historia, de que no son los principios humanitarios los que guían las acciones de los hombres de Estado, porque el apéndice llamado Enmienda Platt no es otra cosa que la continuación, más efectiva si es posible, de la política que había aconsejado Jefferson en 1809, y que había confirmado, iniciándola por el camino de las negociaciones, Mr. Buchanan en 1848, y no es, en manera alguna, la confirmación de la noble, desinteresada y humanitaria declaración que se había hecho en la *Joint Resolution* de 1898.

Habiendo aceptado la Asamblea la Ley Platt, quedó satisfecho el Gobierno norteamericano y no puso obstáculos para que al año siguiente entrara Cuba a formar parte del número de naciones soberanas; así, el 20 de mayo de 1902 entregó el general Wood el Gobierno de la Isla al Presidente electo, Don Tomás Estrada Palma, que habría de dirigir desde aquel momento los destinos de la República de Cuba. Al año siguiente, el 22 de mayo de 1903, el Congreso cubano dió toda su fuerza legal a la Enmienda al aprobar el Tratado de Relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.

*

Tales han sido, a grandes rasgos, las relaciones políticas que con los Estados Unidos hemos mantenido desde los comienzos del pasado siglo hasta el advenimiento de nuestra República en mayo de 1902.

Desde esta fecha hasta nuestros días la política americana respecto a Cuba, que primero se mantuvo dentro de la más recta y estricta interpretación de la Enmienda Platt, ha ido extendiéndose cada vez que ha tenido alguna oportunidad, hasta llegar a convertirse en una seria amenaza para nuestra soberanía. Y, por desgracia nuestra, no han sido los cubanos ajenos a esta extensión, contraria a derecho, que los Estados Unidos han dado últimamente al Tratado Permanente de 1903.

Fueron los cubanos, doloroso es confesarlo, los únicos causantes de que la cláusula tercera se aplicara por primera vez en el año 1906. Cuando la revolución iniciada en Cuba por el Partido Liberal alegando los fraudes y coacciones realizados por el Gobierno a fin de perpetuarse en el poder—eterno mal de nuestras jóvenes Repúblicas—tomó tal fuerza que era imposible para el Gobierno dominarla, el Presidente de los Estados Unidos Mr. Roosevelt dirigió a nuestro Ministro en Washington, Gonzalo de Quesada, invocando el patriotismo de los cubanos, su célebre carta que no halló, como debía, eco en el corazón de los politicastros que para desgracia nuestra imperaban en Cuba. De dicha carta son estos párrafos:

> Quienquiera que sea responsable de la revolución armada y de los desmanes que durante ella se cometan; quienquiera que sea responsable en cualquier sentido del actual estado de cosas que ahora prevalece, es enemigo de Cuba; y resulta duplicada la responsabilidad del hombre que, *alardeando de ser un campeón especial de la independencia de Cuba, da un paso que pueda hacer peligrar esa independencia.* Porque no hay más que una sola manera de hacer peligrar la independencia, y es que el pueblo de Cuba demuestre su incapacidad para continuar marchando por la senda de un progreso ordenado y pacífico.

Y en otro párrafo hace un llamamiento a todos los cubanos en la siguiente forma:

> Solemnemente conjuro a los patriotas cubanos para que, unidos estrechamente, ahoguen todas sus diferencias, todas sus ambiciones per-

sonales, y recuerden solamente que el único medio de conservar la independencia y la República es evitando a todo trance que surja la necesidad de una intervención del exterior, rescatándola de la anarquía y de la guerra civil.

Olvidándose de todo su pasado histórico, sordo ante el llamamiento de los dictados del patriotismo, el Presidente Estrada Palma se negó a pactar con los rebeldes, que al fin y al cabo eran cubanos, solucionando así la cuestión entre nosotros, y prefirió escuchar los consejos de aquella funesta camarilla, odiosamente culpable, que era su fatal consejera. Así, con cálculo frío, digno de mejor causa, diríase un cirujano preparando lo necesario para una intervención quirúrgica, fué destruyendo todas las posibilidades de un arreglo exclusivamente cubano. Primero pidió la renuncia de todos los miembros de su Gabinete, después renunció el Vicepresidente, Domingo Méndez Capote, y por último, y a pesar de la insistencia en contrario de Mr. Taft, el propio Estrada Palma, consciente de lo que ello significaba, presentó su renuncia, quedando *ipso facto* la República en un estado de anarquía y cayendo dentro de la cláusula de la Enmienda. Una única solución quedaba todavía: que el Congreso, arrojando a un lado partidarismos mezquinos, poniendo por encima de sus intereses personales la vida misma de la República, eligiera inmediatamente un Presidente, cualquiera que fuese, pero que sería un cubano. Y en tan críticos momentos la actitud del Congreso fué tan culpable como la del Gobierno, puesto que nada hizo en bien de Cuba, sino que, muy por el contrario, prefirió provocar la Intervención, toda vez que el día en que debió celebrar sesión para elegir el nuevo Presidente, optó por no reunirse, asumiendo una actitud de criminal expectación; e impasibles, sin un solo gesto honrado, sin el menor arranque de sus adormecidas conciencias, en la más ruin dejación de sus deberes como hombres de dignidad y como ciudadanos, contemplaron sus miembros la ruina bochornosa y culpable de nuestra naciente República. Contemplando aquellos acontecimientos a 20 años de distancia, para aquel Congreso y para aquel Gobierno sólo un gesto deben tener los cubanos: nuestro más absoluto desprecio.

Poco más de dos años duró la Intervención americana, y en

1909 cesó el Gobierno de Mr. Magoon, que fué el que verdaderamente inició entre nosotros el sistema de corrupción administrativa, y ocupó la Presidencia el Mayor General José Miguel Gómez. Hasta aquel momento la cláusula tercera de la Enmienda se había aplicado tal como ella debía entenderse dentro del campo del Derecho Internacional.

Cupo al General Gómez la oportunidad de demostrar a los Estados Unidos que no debían aplicar la cláusula tercera sino únicamente en los casos que en ella misma se concretaban. Durante la revolución racista de 1912, el Gobierno americano trató de aplicar esta cláusula en un asunto que era exclusivamente de carácter interior y que en lo absoluto podía considerarse comprendido dentro de la Enmienda. Se trataba de enviar a Cuba tropas americanas a fin de terminar la revolución, pero sin que ellas hubieran sido solicitadas por nuestro Gobierno, y sin que la vida y la propiedad de los ciudadanos hubieran quedado sin garantías. El Secretario de Estado Sr. Manuel Sanguily contestó a la Cancillería norteamericana diciéndole que el Gobierno de Cuba era suficiente para terminar la perturbación "que un grupo de desgraciados, sin patria ni bandera" había iniciado. Ante las razones expuestas por nuestra Cancillería, el Gobierno americano, manteniéndose en un plano de justicia, comprendió la improcedencia de su actitud y no volvió a insistir. Poco tiempo después la revolución racista fué felizmente terminada por tropas del Ejército de Cuba. En aquella ocasión, ambos Gobiernos cumplieron como cuadra a dos naciones tan estrechamente ligadas por lazos de íntima amistad, y que quieren mantener, sin agravios, las relaciones de equidad y justicia que deben existir entre todos los pueblos.

Al cesar el período del General Gómez ocupó la Presidencia el General Mario G. Menocal, haciéndose cargo de la Cancillería cubana el Dr. Cosme de la Torriente. No se había alterado aún la verdadera interpretación de la Enmienda. Todavía el Gobierno americano hacía buenas las declaraciones de Mr. Root en 1901. ¡Ah!, pero siguiendo el pensamiento del Dr. Roig de Leuchsenring (22), podríamos exclamar con profunda triste-

(22) Emilio Roig de Leuchsenring. *La Enmienda Platt. Su interpretación primitiva y sus aplicaciones posteriores.* CUBA CONTEMPORÁNEA, núm. 166 (agosto, 1922).

za, que aquél fué el último que en beneficio de Cuba supo interpretar la tan debatida cláusula tercera. ¡Desde este momento nosotros hemos ido cediendo, poco a poco, jirones de nuestra soberanía! A partir de este instante, el Gobierno americano, por medio de sus tristemente célebres notas, ha venido inmiscuyéndose en cuestiones de carácter interior, que en modo alguno están comprendidas en el Tratado de 22 de mayo de 1903.

Dejemos a un lado los inútiles y ridículos alardes de patriotería perniciosa; no nos dejemos influenciar por las palabras rebuscadas de los patriotas de himnos y banderas y miremos cara a cara la cuestión, tal cual es, que es la única manera de encontrar solución al problema.

Hemos tenido los cubanos mucha, muchísima culpa de la elástica interpretación que actualmente se le está dando a la Enmienda. Y no culpemos a unos o a otros; todos, como ha dicho Miguel Angel Carbonell, absolutamente todos tenemos la culpa, porque todos hemos dejado de cumplir con nuestro deber; porque hemos llegado, en el colmo de la inconsciencia, hasta solicitar esa misma elasticidad que hoy tanto nos preocupa; todos tenemos la culpa: los unos por actuar y los otros por dejar de actuar.

Si nosotros conocemos perfectamente bien la política de los Estados Unidos en el mar Caribe; si estamos conscientes de que los Estados Unidos, para mantener el predominio de la marina mercante y de guerra que actualmente poseen; para evitar todo posible peligro de una intromisión por parte de una nación europea, especialmente de las que aún tienen posesiones en el mar Caribe; para mantener sin la menor amenaza su condición de potencia; para hacer buena, en fin, la política iniciada en tiempos de John Q. Adams, necesitan mantener su hegemonía sobre las pequeñas Repúblicas de la América Central y Antillana, pasando, cuando es necesario y hasta sin llegar a serlo, por sobre principios universalmente reconocidos como fuentes de Derecho Internacional; si nosotros sabemos que para el mantenimiento de la potencia del Norte es indispensable,—porque tal es la forma que a todas las grandes naciones obliga a adoptar la necesidad de mantenerse como tales potencias—, tienen los Estados Unidos que llevar a la práctica la política de imperialismo, a veces brutal, que

actualmente ponen en ejecución en todo el mar Caribe; si nosotros sabemos esto, es nuestro deber, y así nos lo aconseja una hábil y prudente política, evitar todo motivo de ingerencia extranjera.

Que no hay ningún principio natural que autorice el imperialismo; que todos los hombres que aman la justicia tienen que reprobarlo; que los pueblos pequeños tienen el sagrado derecho de permanecer siempre libres y ajenos a influencias extrañas; que los derechos humanitarios son los mismos para las grandes potencias que para las pequeñas nacionalidades; que en el terreno del Derecho todos los pueblos son iguales, nadie puede negarlo. Pero no son, desgraciadamente, estos principios los que mantienen los hombres de Estado de las grandes potencias. Por encima de todos ellos está el interés político, y ante él callan todos los demás. Fijemos, pues, la mente en este interés político, que es el nervio del imperialismo americano, y no nos pasemos la vida haciendo inculpaciones y lanzando sollozantes quejas, que ningún remedio han de dar a nuestros males. A la política de ellos, opongamos una buena política nuestra. Política de protección a nuestros propios intereses políticos, que tanto monta como decir de protección a nuestra más primordial y vital necesidad de vida soberana. Todo lo demás son sueños utópicos.

Y esta protección a nosotros mismos se hace cada día más urgente y necesaria, porque actualmente no es sólo la Enmienda Platt la que nos une a nuestros vecinos de Norteamérica. Otros lazos han venido a estrechar nuestras relaciones, ya de por sí en extremo ligadas. A medida que Cuba evoluciona y deja de ser la pequeña colonia de España en América y se convierte, por la riqueza natural de su suelo, en país agrícola productor de importancia capitalísima para los Estados Unidos; a medida que nuestras operaciones mercantiles toman considerable auge y se multiplican las transacciones comerciales hasta convertirnos en una de las plazas comerciales más importantes de América; a medida que la importancia de Cuba aumenta en el orbe, aumenta también la inversión de capital americano, que busca como necesidad de expansión, nuevas fuentes de riqueza donde poder invertir el exceso o superávit económico existente en la Unión.

La riqueza adquirida con capital americano es en la actualidad mayor que nunca. Este capital no puede permanecer inactivo, y la banca, la industria, etc., dirigen su mirada hacia los naturales campos de inversión. A su vista se extienden los grandes yacimientos petrolíferos, los bosques extensos que brindan su producción de maderas, las tierras surcadas por vetas de minerales de hierro, de cobre, etc., las riquezas todas de la América Latina. Por esta razón al lado de la cláusula de la Enmienda existe otro lazo de unión, que encuentra en ella su natural punto de apoyo; han nacido, en una palabra, los intereses económicos. Cuba es, económicamente, la vecina más importante quizás para los Estados Unidos. El azúcar nuestro es materia de primera necesidad, cuyo consumo es imprescindible, y que se produce en nuestra tierra en cantidad fabulosa. Casi toda nuestra enorme producción se dedica exclusivamente a abastecer el mercado norteamericano, satisfaciendo las necesidades de aquel pueblo, que encuentra por consiguiente, en Cuba, uno de sus más importantes suministradores de artículos de primera necesidad. A su vez, Cuba tiene en los mercados de Norteamérica al consumidor de sus productos. Hay, pues, una relación de reciprocidad económica que en definitiva viene a beneficiar a ambos países y que hace estrechar la unión entre ambos.

El capital americano vió ampliamente esta riqueza nuestra y multiplicó su inversión en Cuba. En un magnífico estudio que a este respecto ha hecho el Sr. Luis Marino Pérez se lee lo siguiente: "solamente en la industria azucarera y en los negocios que dependen directamente de esta industria la inversión de capital americano pasa en la actualidad de mil millones de pesos". A esto agréguense las demás inversiones americanas en otros negocios, que seguramente no bajan de cien millones de pesos. Si alguien lo dudara, no tiene más que extender la mirada por esta Habana nuestra, sin necesidad de dirigirla a los campos y a las ciudades del interior, y verá cómo, a medida que nuestra ciudad adquiere todos los caracteres de población ultracivilizada y se convierte a pasos agigantados en una gran capital, aumenta también la inversión de capital americano en ella. Y no es solamente dentro del campo de la iniciativa privada donde domina la banca de los Estados Unidos en asombrosa proporción, como pue-

de verse en el informe de *The National City Bank,* de New York, fechado en 31 de diciembre de 1919, que dice así:

El rasgo característico del desarrollo de las sucursales durante el año fué la expansión de nuestros negocios en Cuba, donde se abrieron 22 nuevas sucursales, completando el número de 24 en la Isla. Cuba está muy próspera, como resultado de la expansión de la industria del azúcar y como el azúcar se produce allí en condiciones muy favorables económicamente, y su situación es sumamente conveniente para abastecer a los Estados Unidos, la industria está sobre una base sana, y es probable que las relaciones con los Estados Unidos continúen estrechas y amistosas. Cuba es un mercado de creciente importancia para los Estados Unidos, y el sistema de sucursales establecido por el Banco tiene por objeto servir al comercio entre ambos países.

No es solamente en este terreno donde el capital americano se ha invertido; en el campo oficial también ha encontrado lugar para su inversión; los cuatro empréstitos exteriores, el de 1904, por $ 35.000,000; el de 1909, por $ 16.500,000, y el de 1914, por $ 10.000,000, se han concertado en la banca americana, como también el muy reciente, de $ 50.000,000.

La protección de todos estos intereses hace que los Estados Unidos tiendan a inmiscuirse en nuestros asuntos, dándole una elasticidad demasiado peligrosa a la Enmienda Platt, y tratando de "controlar" infinidad de asuntos en los que, de hecho y de derecho, solamente debe intervenir el Gobierno cubano, lo cual trae como fatal consecuencia que cada vez más se vayan debilitando los antiguos lazos de íntima amistad existente entre ambos países, toda vez que ante cada intento de ingerencia, ante cada demostración de imperialismo, ante cada pretensión del Gobierno americano de mermar nuestra soberanía, nuestro pueblo, amante como el que más de su independencia, siente un agravio que lo tortura, un motivo de resentimiento que enfría su amistad, y un sentimiento de tristeza que le oprime el corazón, haciéndole recelar de las intenciones amistosas del Gobierno de Washington.

Que esa intromisión extraña es contraria al espíritu y aun a la letra de la Enmienda Platt, y que no está reconocida por ningún tratado ni sostenida por ningún derecho, es cosa que nadie puede razonablemente poner en duda. Que la interpretación de la Enmienda no puede cambiar y ser distinta en 1901 que en 1924, es

algo que no admite prueba en contrario, cuestión *juris et de jure*. Y para despejar toda duda, ahí están las manifestaciones de Mr. James Brown Scott, Presidente del Instituto Americano de Derecho Internacional, en la sesión celebrada el día 27 de enero de 1917 por la Sociedad Cubana de Derecho Internacional.

Pero si estudiamos el estado actual de la política americana; si vemos el desarrollo enorme de su capital, que sigue como fiel abanderado a las prácticas políticas; si contemplamos a esa isla, vecina nuestra, que es Santo Domingo; si examinamos la actuación de la Cancillería de Washington en Panamá, en Haití, en Nicaragua, en Costa Rica, en Guatemala, en México y aun en la más distante Colombia, llegaremos a la conclusión de que para contrarrestar el avance norteamericano, no tenemos los cubanos más que un medio: evitar todo motivo de la intromisión extraña.

Cierto es que, como dice en un brillante trabajo el Dr. Luis Machado, tenemos los cubanos medios legales para defendernos, tan poderosos como las escuadras del Norte; es cierto que nuestro caso podía ser resuelto por la Asamblea de la Liga de las Naciones, si la cuestión es de índole política, o por el Tribunal Permanente de Justicia Internacional si es de carácter jurídico; todo ello es cierto, pero a mi modo de ver, es de resultados algo dudosos, dado el aspecto poco tranquilizador que ofrecen actualmente las cuestiones internacionales de las grandes potencias. ¿No es, acaso, más prudente y más de acuerdo con la realidad evitar el tener que embarcarnos en tan peligrosa aventura? ¿No es más cuerdo mantener a nuestra joven República en un estado de florecimiento, de paz y de rectitud de procedimientos que nos haga intangibles, como intangible se ha hecho, por estos medios, la pequeña Suiza en medio de las grandes potencias europeas?

Si cada vez que llega a nuestra Cancillería una nota americana que no esté perfectamente dentro del Tratado de 1903 se siguiera el ejemplo dignísimo del Sr. Sanguily, y razonablemente se hiciera comprender la improcedencia de la misma, los Estados Unidos, que indiscutiblemente constituyen un gran pueblo, interesado en mantener con nosotros buenas y amistosas relaciones, seguramente no intentarían imponerla. Pero para ello sería factor importantísimo que pudiéramos tener la fuerza moral que da la rectitud de procedimientos; para ello, deberíamos en primer

lugar abandonar esta malsana, antipatriótica y perjudicial política nuestra; deberíamos evitar que se nos puedan señalar las lacras que parecen manchar los brillantes colores de nuestra bandera; que no seamos cual nueva Polonia cuyos horrores la convirtieron, en el siglo XVIII en botín de reparto entre las grandes potencias de Europa; evitemos a todo trance que se nos pueda repetir

que el analfabetismo aumenta en proporción terrible; que hemos otorgado en 20 años de existencia 16 leyes de amnistía, con las que se han beneficiado criminales de todas clases; y que estamos amenazados de otra más; que los indultos se han concedido en cantidad alarmante, llegando a concederse en esta última Administración más de un indulto diario; que la inmunidad parlamentaria se ha convertido en privilegiada impunidad contra la justicia; que la delincuencia aumenta en Cuba de un modo vertiginoso; que los presupuestos, en veinte años han quintuplicado su cuantía, sin que hayamos tenido la correspondiente eficiencia en los servicios administrativos; que la deuda nacional aumenta a gigantescos saltos para cubrir titánicas dilapidaciones de caudales públicos por personajes de aún sonriente impunidad; que el juego por su extensión y publicidad es ya una afrenta al decoro nacional; que la corrupción ha cundido por todas las esferas administrativas (23).

Si pudiéramos evitar que nos reprocharan tan desastrosas miserias, como es nuestro deber evitar que así sea en el futuro, tendríamos entonces, a más de nuestro derecho comprendido en el Tratado de 1903, una enorme y poderosa fuerza moral, que sería muralla infranqueable ante la cual se detendrían todas las notas y todas las indicaciones más o menos amistosas, que ahora solemos recibir del Gobierno de Washington, porque nuestra rectitud sería la mejor arma que podríamos esgrimir al lado del derecho que nos da el Tratado; porque mereceríamos el respeto de todas las naciones, ya que habríamos comenzado por respetarnos a nosotros mismos; porque la justicia estaría siempre con nosotros; porque no tendríamos llagas que se nos pusieran de manifiesto, y despreciaríamos y podríamos lanzar a las obscuras mazmorras del Presidio a todos aquellos aventureros de la fortuna, mercaderes del decoro y la dignidad nacional, incapaces de comprender, pobres de espíritu y ruines de alma, los sagrados ideales de nuestras instituciones republicanas; porque habríamos demostrado que, por encima de los

(23) Fernando Ortiz. *La decadencia cubana.* La Habana, 1924.

mezquinos intereses personales, de los lujos aparatosos de una hora, estaban la seguridad y el respeto a nuestra República, y que en todos los momentos, fija la mirada en nuestro glorioso pasado y en la felicidad de nuestro porvenir, estábamos los cubanos cumpliendo con las doctrinas de nuestro generoso Apóstol José Martí; doctrinas que pueden condensarse en la patriótica máxima del malogrado José Sixto de Sola, esto es, que todas nuestras acciones han de realizarse siempre *Pensando en Cuba*...

DIPLOMACIA INTERAMERICANA (*)

I

HACE ya casi treinta años que un autor latino, gloriosamente admirado por todos nosotros, expuso su visión del porvenir de América. Eça de Queiroz, en sus *Cartas familiares,* pintó el cuadro de lo que será nuestro Continente, si se realizan sus previsiones: "¡Sólo pueblos tributarios en toda la América, y allá en lo alto el yanqui, gran señor! Y todos los años, entonces, subirían del Sur y del Centro lentas filas de emisarios, unos llevando bajo los brazos viejas carteras cargadas de papel (a falta de oro), otros cargando fardos llenos de cacao o de café, y todos en camino de Washington, a deponer el tributo en las gradas del Capitolio, a los pies del presidente de los Estados Unidos, el presidente de los presidentes, dueño supremo de los hombres, como el viejo Jerjes" (1).

Si viviera el cronista lusitano vería cómo hay indicios de que se trocará en verdad su predicción. No es el tributo material solamente, que ya de por sí tiene importancia, pues llega hasta los banqueros del Norte en forma de intereses infinitos y del oro nunca pagado de los empréstitos; sino el tributo de sumisión, de vasallaje, la actitud de vencidos, la incomprensible abulia de los americanos ante el imperialismo creciente en dominio y en absorción.

El avance evidente es mirado con desdén por los latinos. Hay una especie de abandono fatalista, un desconcierto imprevisor en la

---

(*) Trabajo leído en la sesión celebrada por la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, en el edificio de la Cruz Roja, de La Habana, el día 10 de abril de 1924.

(1) *Cartas familiares y Billetes de París,* pág. 156. Trad. de Carlos de Velasco, La Habana, 1919.

indiferencia de nuestros pueblos, indiferencia que es orgullo mezclado con ignorancia. Viene el norteamericano con sus instrumentos civilizadores, con su fuerza, con su dinero, para hacer producir generosamente a las tierras inexplotadas. Nuestro compatriota se apartará con soberbia:

—Yo tengo mi espíritu latino, mi civilización, mis sueños de grandeza intelectual que me llevarán fantásticamente hacia la gloria. Todo lo demás es despreciable.

Y el invasor va afirmando sobre *lo demás* una planta que ya no vuelve a levantar, aunque pise otros seres y los aplaste y aniquile.

Tiene la América el arma de la unión cerca de sus manos, y no la utiliza. En sus escritores, en sus comerciantes, en sus profesionales, en sus diplomáticos, principalmente, puede fundarse la más activa de las propagandas. El escritor se vale de la idea, que cruza por todos los países y aquí logra un prosélito, allá suscita un contrario entre las envolturas de una teoría. Pero el pensamiento hace su camino. El comerciante, a despecho de su cosmopolitismo, puede ser un factor primordial, y será nulo cuanto se haga para la unión sin pensar en él y en la necesidad de ofrecerle ventajas y negocios a cambio de su esfuerzo. El profesional puede armonizar los códigos del derecho positivo, robustecer conceptos de ciencia, encontrar fórmulas propias y comunes para los problemas de sociología, para las cuestiones arancelarias, para los estudios geológicos y científicos. El diplomático dispone de su respetuosa cortesía para iniciar gestiones, contratar amistosos y productivos pactos.

¿Cumplen los diplomáticos, los comerciantes, los profesionales, los escritores de nuestra América la misión que debieran tener como la única y preferente de su vida? De ellos, los escritores y los profesionales han ido estableciendo relaciones que son hasta hoy personalísimas o de grupos cortos susceptibles de aumentar. Los comerciantes se ignoran porque no se les ha probado que llegaría a ser ventajoso el tráfico interamericano. Los diplomáticos se saludan, se visitan y elogian en discursos fríos y correctos. A veces firman un tratado. Asisten a recepciones y actos solemnes. No están orientados de otro modo. Son diplomáticos europeos ciudadanizados en la América. Y la diploma-

cia interamericana, propia, cordialmente nuestra, contribuiría de modo decisivo a la unión.

Parecerá al conjunto de personas experimentadas y doctas en la ciencia del Derecho Internacional, algo excesivo que un periodista, estudiante apenas, traiga el tema de la diplomacia interamericana a estas reuniones. El empeño es grande, y mis pocos conocimientos en asuntos internacionales me han hecho titubear más de una vez ante la magnitud del propósito. Pero el entusiasmo que en mí surge ante el ideal de la confraternidad de América es superior a todas las consideraciones que me haya sugerido la falta de cultura especial sobre la materia. He pensado que cuando algún hombre de nuestros países tiene una idea que propalar, está en la obligación de formularla. Y también creo que la Sociedad Cubana de Derecho Internacional puede abrir un paréntesis a la exposición de doctrinas bien orientadas para oír entre otras la palabra sencilla de un ciudadano de la América anheloso de que la América llegue a ser en cada una de sus secciones el hogar de todos los americanos.

II

Hubo un pueblo, allá en las lejanías de la Historia, que se rigió fraternalmente por leyes comunes, que logró una organización poderosa cuya fuerza nacía del empeño cooperador inspirado en los intereses y en los afectos de hermanos. Fué Grecia ese pueblo. Sus pequeñas poblaciones y sus estados minúsculos exigían un derrotero igual para la defensa de todos. El Consejo Anfictiónico tuvo la virtud de unir durante mucho tiempo a las ciudades, y cuando se debilitó su autoridad cayeron una tras otra bajo el poder de Macedonia las nacionalidades griegas.

El ejemplo es oportuno. La América latina se encuentra en análogas circunstancias: tiene un mismo idioma, igual origen, sus conflictos son idénticos, y nadie duda de que su porvenir será el mismo.

Liga Anfictiónica podría ser nuestra América en un futuro próximo. Liga Anfictiónica que uniera con el pegamento irrompible de los intereses la malla de los ideales; una Liga que se apartara un tanto de aquélla, pues no en balde cruzan los hom-

bres por muchos períodos de civilización. Según el docto tratadista Lawrence.

> las naciones tenían deberes, unas con respecto a las otras, si eran de la misma raza... tenían un derecho internacional rudimentario basado en la idea de que todos los pueblos helénicos, porque eran de una misma raza y religión, estaban unidos por lazos que no existían entre ellos y el resto del mundo (2).

O sería factible, como paso previo para ulteriores planes, la inteligencia que hacía de los Estados del África del Sur uno solo. Orange y el Transvaal eran dos repúblicas con leyes parecidas y con pobladores de la misma raza, y por ello sus ciudadanos y sus jefes podían ser de modo indistinto nativos de una u otra tierra.

Pero si no queremos ir a otros Continentes y a otras épocas para buscar nuestra felicidad; si nos decidimos a mirar en torno nuestro, en la casa propia encontraremos las bases de la confraternidad en la perfecta unión espiritual de Centroamérica. Las ideas, las costumbres y las leyes centroamericanas denotan la unidad absoluta del pueblo. Sólo la política pequeña mantiene la división. Pero esa es la pugna actual porque en tiempos mejores los nacionales del Itsmo se vieron juntos para acometer una empresa, o marchar a la conquista de la libertad de todos. Y tanto en los días de zozobra y despego como en los de afecto mutuo, el centroamericano goza de iguales derechos en cada pueblo de la antigua Patria Grande. Son muchos los casos de elecciones presidenciales recaídas en hombres nacidos en otras fracciones de Centroamérica. Las Constituciones hablan de la Unión como de un ideal básico y otorgan la ciudadanía a los demás centroamericanos. Persiste la tendencia a unificar todos los servicios, la enseñanza, la legislación, para dar un solo carácter a Centroamérica.

III

El propio Lawrence afirma que además de un Derecho Internacional hay una moral internacional, y habla de lo que otros es-

(2) *Les principes de Droit International,* págs. 17 y 18. Trad. francesa de Dumas y Lapradelle.

timan la *politesse des nations,* reglas de cortesía que se conceden los Estados aunque no estén compelidos a observar el Deercho Internacional. Léon Bourgeois también reconoce la existencia de esa moral internacional y la necesidad de robustecerla con la asociación de las naciones para trabajar entre todas por el bienestar del mundo.

En esas opiniones se manifiesta Europa. Pero sin desentendernos de su vida, tengamos presente a la América. Pensemos en ella y tratemos de formular para su gloria las doctrinas necesarias, imprescindibles.

En cierto momento pareció que se iniciaba la solución, cuando un fugaz bosquejo de inteligencia preludiaba la unión de intereses entre Argentina, Brasil y Chile. Con su intervención decisiva en la difícil controversia de México y Estados Unidos se mostró a la América, como en una promesa salvadora, lo que sería una sempiterna vigilancia de todos los países americanos en el desenvolvimiento político, económico y social de cada uno de ellos. La promesa quedó dstruída, y ya ha vuelto a ser un sueño intangible esa aspiración.

Y yo imagino que no es tan fantástico e insólito el deseo, que se podría concretar aproximadamente en pocas líneas:

Los pueblos de América son hermanos y tienen un mismo porvenir. Su diplomacia ha de ser peculiarísima. Lo que suceda en una de las distintas regiones del Continente latino afectará a las otras. Formarán los representantes diplomáticos de la América, en cada capital de república, algo así como un Consejo fraternal que se reunirá necesariamente para estudiar la situación del Estado en que residan. Esos diplomáticos se ofrecerán siempre, aunque no se les requiera, al surgimiento de una crisis interior que pueda trastornar fundamentalmente la nación. Estarán prontos a mediar en los conflictos interamericanos o internacionales.

Hay diplomáticos que se toman esas iniciativas, y no son de nuestra raza y no es posible que sientan como nosotros o encuentren las soluciones adecuadas para todos los problemas con tanta certeza y lealtad como si fueran representantes de naciones afines.

El Consejo de diplomáticos latinoamericanos tendría una labor de magnitud incalculable, una perspectiva de esfuerzos cada

vez más amplios y de resultados positivos. Quedarían resueltos con facilidad los pleitos de fronteras, porque habría dos o más Consejos funcionando como árbitros al mismo tiempo, según las repúblicas en discordia; terminarían las diferencias de toda índole, pues los diplomáticos gestionarían su arreglo, ya se tratara de asuntos económicos, arancelarios, políticos, industriales, etc. Ese grupo de compatriotas de las distintas regiones continentales sería una fuerza evidente que daría vigor moral a toda la América latina, un bloque de voluntades unidas para buscar por lo menos la intangibilidad de la América y preparar los caminos que la han de llevar a su desarrollo futuro.

Cuando un poder extraño procure encender la hoguera de las rivalidades o provocar disturbios y trastornos, el Consejo de diplomáticos sabrá oponer con toda rapidez su gestión, tanto en las repúblicas amenazadas como en la capital del país perturbador.

Las Cancillerías son departamentos que los Estados utilizan para prolongarse en los demás países del mundo y defender los intereses de los ciudadanos, cumplir deberes de cortesía internacional, gestionar convenios, etc. En los de la América latina las Cancillerías se quedan en la mitad de su labor si limitan su acción a esos tradicionales trabajos que tienen importancia y que no bastan para la realidad de hoy y para hacer la del futuro. El Consejo diplomático latinoamericano sería ese elemento preparador, lleno de autoridad moral, de buenas intenciones, activo, incansable. Se trata de los intereses de todos, de la prosperidad y grandeza de todos, y no es creíble que llegue la imprevisión en un pueblo al absurdo de combatir a quienes trabajen por la felicidad de la familia latinoamericana.

En las actividades delegadas o espontáneas de los diplomáticos de nuestras repúblicas entrarían todas las cuestiones americanas: desde la concertación de empréstitos y la liquidación de conflictos, hasta la construcción de líneas ferrocarrileras, la firma de tratados comerciales, de propiedad intelectual, unificación de códigos y leyes, solución de los problemas sociales, unidad de enseñanza, de orientaciones científicas; y todo dentro de una absoluta y sincera igualdad, mucho más franca que la ceremoniosa y ficticia de la diplomacia de concepto europeo.

Para constituir esos Consejos se necesitará en cada pueblo una *élite,* una serie de hombres que tengan conciencia de su apostolado de unión. Forzosamente. Y no faltan esos hombres. Desde que surgió ante la doctrina de Monroe la Doctrina Drago, los latinoamericanos se encuentran en otra situación y esperan sólo la oportunidad de probar sus convicciones. Los diplomáticos de hoy, encerrados en la concepción exótica de su carrera, se hallarían más en su terreno si se les dejara levantar el edificio de la unión.

Hay hombres, hay pueblos Lo tenemos todo para construir, para crear. Sólo nos falta la decisión de llevar a cabo la tarea que hará imposible la visión del gran escritor portugués, porque ha de transformarse en orgullosa realidad la visión de Bolívar. En nuestras repúblicas quedará injertado el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas, dijo Martí. La diplomacia propia hará el tronco en que lucirán lindas flores y hojas europeas, y la savia será americana.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, abril de 1924.

LOS POETAS MARTIRES

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES: SU VIDA Y SU OBRA

(Conferencia pronunciada en La Sorbona, el día 10 de diciembre de 1923, por la señora Emilia Bernal.)

Señoras y señores:

POR mucho que se esfuerce la crítica investigadora en destruir los errores que circulan acerca de la vida y de la obra de algunos grandes hombres, resulta vano su afán, y la leyenda viene a ser lo único cierto en ellas, porque el pueblo la crea cuando ama, y el amor que la crea le da fuerza y arraigo de tanto empuje que la hace imperecedera.

Tal resulta con Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido,* cuyo nacimiento, infancia, vida de hombre y fin doloroso, han dado lugar a una biografía legendaria que es lástima destruir, en honor a la verdad, con los datos de su real biografía.

Y si esto ha pasado con los hechos dolorosos de la vida de *Plácido,* con otros sucesos de la misma que no son favorables a su reputación, ha pasado exactamente igual: es decir, que han sido exagerados y deformados en la conciencia del pueblo.

Nadie se ha colocado en el justo medio al juzgar e interpretar la vida del poeta mulato: quiénes, lo sienten como un sér fantástico, genio venido al mundo, consagrado a ser víctima expiatoria de faltas ancestrales, genio sobre cuya triste vida y muerte en suplicio habrían de desencadenarse simbólicamente todas las

injusticias de su tiempo; quiénes, lo estiman como un hombre, que dotado de algún talento y con una sensibilidad morbosa, se sirvió de ello para fines prácticos, poniendo en falta las prendas más preciadas de la propia estimación.

Sólo de estas dos maneras tan antagónicas como falsas se le comprende. Nadie ha estado en lo cierto al apreciarlo. Errada está la pasión creadora de un tipo mítico: *Plácido,* fantasma, alma factura directa de Dios, destinada a moldearse en un cuerpo nacido de la crápula y puesta a luchar en un medio corrompido que lo venció por su fatalidad. Errada está la opinión creadora de un tipo sociológico que lo condena como elemento envilecido tal cual correspondía a su nacimiento vicioso y vida precaria.

Ambos juicios nacen de la equivocada concepción de su origen y vida. Para propios y extraños, *Plácido* fué el hijo de la prostitución. Nacido de un mulato barbero y de una bailarina española que avergonzada de sus amores lúbricos con un mestizo, lo abandonó, al nacer, en el torno de la inclusa, de donde lo sacó más tarde, no el pundonor paterno, sino la conciencia de la abuela, morena ciega que había sido esclava, la cual, pobre en demasía, para educarlo, lo entregó a una vida semipordiosera, de donde surgió el vate entre noble y abyecto.

Ni tanto ni tan poco: hay que entrar en análisis de la vida del bastardo inmortal para destruir esa leyenda y llegar a dos conclusiones: primera, que su existencia no fué tan providencialmente predestinada al fracaso, sino que el ancestro y el medio lo pusieron todo en ella para hacerla infeliz y pecaminosa; y, segundo, que sus caídas, originadas por esas mismas causas, no fueron tan imperdonables y vitandas como se las hace aparecer.

En el libro octavo de los expósitos de la Casa Cuna de La Habana, aparece la fe de bautismo siguiente: "Jueves 6 de abril de 1809 expusieron en esta Casa Cuna, un niño, al parecer, blanco."

Al ser recogido del torno se le encontró un papel que decía: "Nació el 18 de marzo de 1809."

Su padre, el pardo cuarterón Diego Ferrer Matoso, natural de La Habana, ingenuo, como toda su familia, era un hombre bien acomodado, pues vivía en casa de zaguán y usaba volanta propia, y de tan buena reputación social que lo trataba en amistad la

aristocracia habanera, por ser su peluquero, así como la gente de teatro, por igual motivo.

De esas andanzas entre artistas, le vinieron los amores con una bailarina burgalesa llamada Concepción Vázquez, amores que no tenían nada de extraordinarios en el estado social de la colonia donde españoles, cubanos y negros se enlazaban frecuentemente en esa clase de relaciones.

De ellos nació el mestizo dejado en la Casa de Expósitos por la mujer, que al añadirle el nombre de Concepción al de Diego Gabriel, probó la delicadeza de un corazón de madre, tal como si hubiese querido simbolizar con esa juntura la perpetua unión al hijo que no podía criar a su lado.

A poco tiempo de su ingreso en la Casa de Maternidad, el padre, instado por la abuela paterna del expósito, hubo de sacarlo de ella y lo puso bajo su guarda.

Su infancia fué atendida con la pulcritud que podía hacerlo una mujer que además de anciana era ciega; pero no fué ni dura ni descuidada: ella puso todo su esmero en mimar al pequeño Gabriel.

En dos planteles de enseñanza primaria hizo sus estudios. Al lado del viejo maestro Pedro del Sol y después en la escuela para gente de color dirigida por Don Francisco Bandiarán. A los doce años sabía todo lo que se aprende en estos establecimeintos y desarrollaba sus aptitudes como dibujante, puesto a tomar lecciones con el retratista más famoso de La Habana, el pintor Escobar. A los catorce años fué sacado de la escuela y se le colocó a aprender el oficio de tipógrafo en la Imprenta de Marina que dirigía Don Severino Boloña.

Retirarlo de la escuela fué una pena para la familia, que lo hizo en virtud de escasez de recursos; pero el ingreso del muchacho en el establecimiento de Boloña fué un hallazgo para todos, pues éste, que era un centro cultural en La Habana, donde a la sazón no había ni liceos ni academias, estimuló en sus tertulias las precoces inclinaciones del aprendiz, que despuntaba como hábil y galano improvisador de versos.

Pero como subían de punto los apuros familiares y el pobre Gabriel no ganaba en su aprendizaje de imprenta absolutamente nada, su abuela decidió pasarlo a aprender otro oficio. Así, a los

diez y seis años comenzó a trabajar como peinetero en un taller de esta industria, la cual era en extremo lucrativa, pues las peinetas de carey y los objetos de adorno que se hacían con esa concha, para la gente rica, dejaban grandes ganancias.

Sus características de natural artista en este oficio, que era un verdadero arte, y sus conocimientos de dibujo, además, lo hicieron alcanzar un éxito lucido. El gusto con que labraba el carey, hizo que sus trabajos fueran solicitados asiduamente.

Hasta aquí lo que se refiere a los primeros años de la vida de Gabriel de la Concepción Valdés, al que en lo sucesivo llamaremos exclusivamente *Plácido,* nombre que adoptó para firmar sus versos, tomado del héroe de una novela de Madame Genlys.

Vemos que en nada fué descuidada su infancia, ni mucho menos envilecida, como quiere la leyenda.

En esta época, la vida de *Plácido* empieza a encauzarse por sus verdaderos rumbos; ya sus talentos naturales florecían, haciéndose notar entre las gentes, que ora lo congratulaban, ora lo escarnecían. Su temperamento consolidado por la mezcla de dos sangres ardientes, la española y la africana, empieza a apuntar esos tonos de erotismo melancólico que tan bien lo caracterizan; su espíritu empieza a luchar por crearse, en el antagonismo de los que sólo quieren ver en él la bastardía de su cuna y el estigma de su sangre, y la lucha despiadada y sin tregua se inicia. Eso fué todo. Medio y herencia que se encuentran. El resultado, el tormento de su existencia, en que triunfante la época, lo lleva, al fin, al sacrificio.

Entonces anudó relaciones amorosas con una joven de color que inmortalizó en sus poesías con el nombre de *Fela.* Era hija de una negra esclava, negra ella misma y liberta, al nacer, que había sido adoptada por el ama de su madre y que recibió de ella una educación esmerada: tocaba arpa, pintaba y bordaba a la perfección. Aunque el padre de *Plácido* se oponía a aquellos amores, ellos encontraron un protector en la madre adoptiva, que los hubiera casado si la fatalidad no se hubiera interpuesto. El cólera que azotó a La Habana en 1833, la hizo su víctima.

Como el maestro de oficio de *Plácido* se trasladó a Matanzas, allá se fué el poeta a ejercer su arte; mas, después volvió a La Habana a trabajar por su cuenta, solicitado por las demandas de

la aristocracia, y, sin duda, atraído por el inolvidable amor de *Fela.*

Ya estaba en todo su apogeo aquella su afición infantil que le conquistó fama de improvisador genial. Ésta iba de día en día cobrando fuerza en él, adulado por los elogios generales y perjudicando su verdadero talento, que en estos fáciles ejercicios, lejos de perfeccionarse, crecía en los defectos propios a ellos.

No obstante, acaso la única felicidad de su vida la debió *Plácido* a esa facilidad de repentista, pues que en su virtud se veía solicitado en bodas, bautizos, bailes, cenas y toda clase de festines de negros y blancos donde era llamado y agasajado para que amenizara la fiesta con sus sonoras estrofas.

El pobre mulato sentía placer en verse solicitado por personas de elevada alcurnia, a las cuales no hubiera podido escalar de otro modo, dada su humilde y discutida posición social.

Su afición llegó a cotizarse, andando el tiempo, a más alto precio que los halagos. Ya no era sólo en las fiestas familiares que pedían sus versos; sino que los magnates y los organizadores de fiestas gubernamentales, también se los pedían, encomiásticos de alabanzas, en honor de Capitanes Generales y para enaltecer hechos políticos.

Así, de poeta andariego y popular, fué llegando a ser algo más en el escenario adverso en que se desenvolvía, y cuando en 1834 varios literatos habaneros enviaron una serie de poesías laudatorias, que encabezaron con el nombre de *Aureola Poética, al señor D. Francisco Martínez de la Rosa...*, que había sido electo en Madrid, Primer Ministro, *La siempreviva* que firmaba *Plácido,* era la mejor de todas.

Propúsose en 1836 el impresor Boloña, su viejo maestro, publicar un volumen de sus versos; pero diferencias ocurridas entre ellos impidieron que se realizase el proyecto.

Como ya había muerto *Fela,* el objeto que lo trajo a vivir de nuevo a La Habana, dejó esta ciudad y se avecindó, otra vez en Matanzas.

Ese mismo año, en esta residencia, el dueño de la imprenta *La Aurora,* obtuvo de él derecho para editar sus versos, y por primera vez, en este tiempo, creyó que iba a cambiar la difícil situación de su vida, con estas ganancias; mas, el intento fraca-

só. Sólo obtuvo, como indiscutible mejora, entrar en la redacción de *La Aurora,* con el sueldo mensual de veinticinco pesos, comprometiéndose a entregar una poesía diariamente a la caja.

De este modo las cosas, en 1842 contrajo matrimonio con la negra María Gila Morales, hija de un sastre y de una comadrona.

Entonces, y con motivo de granjearse algún dinero, puesto que sus ganancias en el periódico eran exiguas y sus compromisos se habían aumentado con el matrimonio, decidió hacer un viaje a Trinidad, el cual fué el origen de su primer prisión política, acusado como sospechoso al Gobierno; acusación que no prosperó, por lo que fué puesto en libertad después de varios meses de encierro.

Era el tiempo en extremo tormentoso en la Isla de Cuba. El problema de la esclavitud llegaba a su más sombrío aspecto. Españoles y cubanos, nunca puestos de acuerdo sobre cuestiones sociales y políticas, lo estuvieron entonces, entrañablemente, para acallar las voces de reclamo de libertad que de todas partes creían oír, en boca de los desventurados esclavos.

España se había comprometido con Inglaterra, desde luengos años, a impedir la trata, medio con que se pretendía llegar a extinguir la esclavitud. No obstante estos tratados internacionales, que representantes y buques ingleses procuraban hacer cumplir, vigilando estrechamente mares y costas, la trata continuaba. El gobierno y los esclavistas tenían en ella grandes intereses y la mantenían.

Los negros azotados por el látigo constante, se alzaban con frecuencia en las fincas, cometiendo, en la desesperación, fechorías.

Seguir detalladamente aquel torbellino de encontradas pasiones y hechos, sería largo empeño. Sólo diremos que habiendo coincidido varios levantamientos de negros en distintos puntos de la isla, aunque sin carácter de organización, se creyó que había estallado por fin, el levantamiento de la raza negra contra la blanca, y el viaje de *Plácido* a Tierra-adentro fué relacionado con esos sucesos.

Éste, que a su libertad reapareció en Matanzas, dedicándose, nuevamente, a sus cotidianas tareas, continuó seguido de lejos por la vigilancia del gobierno, sospechoso de que fuese uno de

los más activos conspiradores, dado el prestigio de que gozaba entre la gente de color.

Meses después, el 30 de enero de 1844, fué otra vez encarcelado, primero transitoriamente, en la fortaleza de *La Vigía,* donde aún confiaba en su pronto excarcelamiento, como natural resultado de su inocencia.

Pero fué cambiando el aspecto de las cosas, y lo trasladaron a la cárcel, al ser acusado del delito de alta traición y tenido como presunto jefe de la conjura esclavista.

Luego pasó el poeta al hospital de Santa Isabel, donde permaneció un solo día, el último de su prolongado cautiverio.

La Conspiración de la Escalera, nombre con que se conoce en la historia aquella hecatombe, porque los reos eran atados a ella donde los flagelaban, para hacerlos declarar, fué una de las más crueles acciones de la justicia española en el Nuevo Mundo.

Era éste el procedimiento para arrancar, por la tortura, falsas acusaciones a esclavos y libertos en prisión, las cuales utilizaba después la *Comisión Militar* para hacer nuevas y nuevas víctimas, encarcelando a personas ajenas a la supuesta rebelión. Así, por ese medio, se obtuvieron *treinta y dos* declaraciones contra *Plácido.*

Gobernaba la isla de Cuba el General Leopoldo O'Donnell, célebre por su actividad y dureza de corazón, que esta vez no dejó desmentida, sino afianzada, en su acción contra los esclavos.

Publicó decretos que autorizaban tácitamente la violencia; decretos que aprovecharon los comisionados en las investigaciones y procesos para extremar sus procederes de exterminio.

La estadística elevó a *tres mil* el número de las víctimas, unas muertas con el aparato de la legalidad y otras muertas extraoficialmente, hasta que el gobierno intervino y a su vez, enjuició a los enjuiciantes y quiso restablecer las cosas a la justicia.

Pero vino tarde esta reacción para el infortunado poeta, que ya había sido condenado a muerte, de cuyo fin no lo libró, ni su genio, ni su actitud siempre laudatoria a España, ni su natural pacífico, jamás desmentido, pues que nunca se le oyó hablar de rebeliones, ni de odios de raza; ni aún la última y desgraciada intentona a que recurrió, empequeñecido por el temor de perder la

vida, e instigado por el instructor de su causa, el cual le sugirió mover la clemencia del Capitán General, por medio de sinceraciones.

De este modo aquel hombre, cuya característica de vida fué la debilidad moral, en la antesala de la muerte, escribió de su puño y letra, una acusación contra Luz y Caballero, Domingo Delmonte y otros, de la cual salieron ilesos en gracia a su probada inculpabilidad.

El día 27 de junio de 1844, entró *Plácido* en capilla y con él diez individuos más de su raza, los que habían de ser ejecutados juntos al día siguiente.

La víspera de la muerte de *Plácido* fué laboriosa: escribió una carta de despedida a su mujer y a ella también encomendaba una memoria testamentaria delirante y conmovedora. La tradición quiere que también escribiera en capilla algunas composiciones poéticas...

A las seis de la mañana del día 28, los reos salieron del hospital de Santa Isabel al lugar de la ejecución, bastante cercano. Iban los once mártires amarrados y abrazaba cada uno un crucifijo. Dicen que *Plácido* marchaba entre ellos el más sereno, recitando estrofas de sus poesías con acento de extrahumana resignación.

Partieron acompañados de un piquete en armas y de una muchedumbre que se había reunido para presenciar el fusilamiento. Llegados al lugar del suplicio, fueron vendados y se les hizo sentar a todos, y expresamente, a los condenados por traidores, de espaldas. De ellos era *Plácido.*

Nunca acto más lúgubre ha visto realizar el cielo de la entonces infortunada Cuba; jamás reos de muerte han afirmado en el mismo momento de dejar la vida, su inculpabilidad y lanzado más ardientes y sinceras protestas de inocencia; jamás fiscales y ejecutores han escuchado más fúnebres emplazamientos.

Al fin, los granaderos descargaron sobre ellos. Todos cayeron convulsos de agonía, excepto uno que se alza y levantando las manos al cielo hasta donde se lo permiten sus ligaduras, exclama con voz que rompe el silencio del infinito... ¡Adiós vida...! ¡Fuego aquí...! ¡No hay piedad para mí...! Era *Plácido,* que sólo había sido ligeramente herido a la primer descarga. Un gru-

po de cuatro granaderos se adelantó y cuerpo a cuerpo le dispararon los fusiles... Y entonces *Plácido* pudo, ya libre de la vida, volar con su atormentada alma a Dios...

*

Hasta aquí la vida del hombre: la vida del vate no fué menos adversa y ennegrecida.

Si algún alma substancialmente poética ha existido en Cuba, ha sido la del infeliz mulato mártir. Su capacidad estética y sentimental; su poder de transformar pensamientos y sensaciones en música; su idiosincrasia tránsfuga; su andariega condición; su proverbial debilidad de carácter; su pasión exaltada; su inconsciencia y volubilidad, son cualidades características del genio.

Hay en ciertas naturalezas psicológicas algo de alado e inocente que tan presto desciende y se enfanga en la charca de las miserias humanas, como se eleva y recobra su natural candor. El alma les queda siempre substancialmente buena. Es sin malicia previsora que cohabita con el mal.

Estos niños gigantes del arte; estos genios extraviados; estos que, a veces, hundidos en el vicio o en el mal, es cuando abren el ojo sobre el corazón de Dios y trasuntan la divinidad; estos que pecan y no se manchan; estos que son eternamente puros, son los Edgar Poe, los Verlaine, los Darío, los *Plácido* de la humanidad...

¡Sí! Él era de éstos. Nacido bastardo y mulato, mientras pasó inadvertido, nadie paró mientes en ello; pero cuando empezó a echar luz la estrella que llevaba en la frente, empezó a molestar, y los blancos y los negros sintieron el resquemor de su superioridad. Y unos y otros, en conjura sorda, esa conjura que no está en las palabras y en los hechos violentos, sino en la acción pasiva, lenta y conjunta, movida por similares instintos, le amargó la existencia.

Si la gente le hubiese dado su amor y le hubiese extendido el bordón de su aprecio, se hubiera salvado. Pero no, sólo unos pocos, González del Valle, Valdés Machuca y algún otro, que le prestaban libros donde saciase su intelectiva ansiedad, permitieron que *Plácido* se acercase a ellos como hombre. Fuera de és-

tos, no podía alternar más que con gente inferior. ¡El pobre trovador vivía como un paria en su propia tierra!...

Ya no era el locuaz jovenzuelo improvisador en los festines de los blancos y de los negros. La vida se le había enseriado, y aun cuando ya no lo invitaban para las fiestas que en sus juveniles años lo hacían gozar, las cosas no cambiaron sobre esto, en su aspecto fundamental: siempre era asediado en demanda de versos elogiosos; a él sólo se acercaban en su calidad de poeta, para aprovecharlo como tal, y una vez aprovechado, dejaban a un lado al hombre, que nada les importaba, y él vivía sumido en la soledad.

Esta, su condición de artista, que debió de haber sido su más legítimo medio para elevarse, vino a serle, por extraña paradoja del destino, completamente contraria. La gente quería deslindar al mulato expósito del dulce poeta, gozar de sus poesías egoístamente y humillar al trovador de baja condición social. Él se resentía de esta injusticia y luchando contra ella llegó a la más precaria humildad: pensó que su numen sólo podría servirle para fines prácticos, ya que el hombre no ascendería por la escala del verso jamás, y se abstrajo de todos, sintiéndose superior al medio, y escribió versos a cambio de pan...

Se le acusa de haberse hecho pagar con oro sus versos... ¡No! Él los regalaba cuando se los pedían. Y tantos versos le pidieron que él ya, muchas veces, no aguardaba la demanda, y espontáneamente los escribía, laudatorios, en largos pergaminos blancos, con letras doradas, de esas que aprendió a hacer cuando era niño con su maestro de dibujo, y las enviaba a los ricos que le devolvían algún presente, con que remediaba sus escaseces económicas.

Este es el gran pecado que *Plácido* tuvo. Haber mendigado... Haber cedido, en distintos momentos de su vida, a la coacción o a la necesidad. No que escribiese poesías a Cristina e Isabel II, a Martínez de la Rosa, a la sombra de Padilla y de Pelayo. ¡Bien estaban si las sentía! ¡El agua lustral que lava a todo artista es la sinceridad!

Se le acusa de traidor. Escribir odas a la Reina Gobernadora y a su hija, no se le ha perdonado jamás...

Otra cosa, y no la traición ni el oro de los españoles, fué lo

que hizo a *Plácido* enderezar odas y sonetos a las reinas de España. "¡La isla de Cuba, mientras *Plácido* cantaba las glorias de Isabel y de Cristina, estaba en la peor de las condiciones en que puede estar un pueblo esclavo: estaba contenta de su amo!" Las ideas liberales, de abolengo, sólo germinaban en una clase muy reducida y no llegaban entonces hasta el pensamiento separatista.

Ni era *Plácido* sólo el que enderezaba ditirambos a los gobernantes españoles; sino que gran parte de la *élite* cubana lo hacía, entonces, y a él sólo se le tiene en cuenta para apostrofarlo.

Plácido era un instrumento, sin duda, pero no de los elementos gubernamentales, como se le quiere hacer. Era un instrumento de sí mismo: de su ilusión y de su estro. Se enamoraba de una idea que sentía como buena y como hermosa, y la cantaba. Cantaba... Y con el canto, la ilusión crecía, y las palabras sonoras y el adjetivo oportuno y el musical ritmo, todo lo que él con tanta espontaneidad llevaba, lo envolvía en un deleite que creciendo más y más extraviaba su razón y exaltaba sus sentidos. El mundo que no puede comprender a un poeta, que no sabe cómo funciona el espíritu de un poeta, creyó que cantaba a precio de oro, *tal como él sólo sabría hacerlo*...

El *police verso* de la historia debe levantarse sobre aquella pobre vida que no tuvo acierto; que no encontró modo apropiado para conquistar la buena opinión, porque de ninguna manera que actuara era bien acogida su actuación.

Sus contemporáneos no supieron más que injuriarlo... ¡Mulato! ¡Bastardo! le gritaban los negros... ¡Traidor! ¡Venal! le gritaban los blancos... ¡Traidor! le gritaban los españoles, también, y lo mandan a fusilar por la espalda... Sólo los poetas, con los ojos cuajados en lágrimas, apenas pueden murmurarle ¡Hermano!... al ver su triste sombra pasar...

*

Sin duda que la vida de *Plácido* es más interesante que su obra poética. Muy al contrario de todos los escritores cubanos que con él florecieron y de los que inmediatamente le siguieron, *Plácido* sólo cultivó el género lírico.

Abundante fué su obra. Basta sólo recordar los seis años que estuvo, de 1836 a 1842, empleado como redactor del periódico *La Aurora,* escribiendo una poesía diariamente.

Pero esta abundancia está en relación inversa con su mérito. En 1839 publicó su primer libro de poesías editado en Matanzas, en la *Imprenta del Gobierno y Marina.* En este corto volumen está el poeta ya completo. Las buenas poesías que hay en él no fueron superadas por las que escribió en los mejores tiempos de su perfeccionamiento. Allí está ya el famoso soneto *A una ingrata,* juzgado entre sus mejores cosas:

Basta de amor: si un tiempo te quería
Ya se acabó mi juvenil locura,
Porque es, Celia, tu cándida hermosura
Como la nieve, deslumbrante y fría.

No encuentro en ti la extrema simpatía
Que mi alma ardiente contemplar procura,
Ni entre las sombras de la noche oscura
Ni a la espléndida faz del claro día.

Amor no quiero como tú me amas,
Sorda a los ayes, insensible al ruego:
Quiero de mirtos adornar con ramas

A un corazón que me idolatre ciego,
Quiero besar a una deidad de llamas,
Quiero abrazar a una mujer de fuego.

Allí está también aquel soneto *En los días de Fela* (después de su muerte) del cual el cuarto verso del primer cuarteto, es un remedo de Garcilaso:

Al grato son del tiplecillo blando
Como en un tiempo cuando Dios quería.

Allí están *A la muerte de Jesucristo, Al aniversario de la muerte de Napoleón, A la muerte de Gesler, A Grecia,* y sus romances *Cora,* y *Xicotencal,* no rivalizado por ningún otro en la literatura cubana, ni aun por *Fidelia* de Zenea, porque son cosas distintas:

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
Lamentando de sus dioses
El poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas

Sobre un palanquín de oro
Que finas perlas dibujan,
Tan brillantes, que la vista
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El joven que de ellas triunfa...

Luego vienen las ediciones ricas y voluminosas, que contienen todo el fárrago cotidiano del poeta, el cual lejos de favorecer su reputación artística, la perjudica.

Tenía *Plácido* defectos inherentes a su descuido y a su escasa cultura, tal la vulgaridad del consonante, la pobreza del vocabulario, los prosaísmos insoportables; pero, a veces, por encima de todo, un golpe de genio, una composición, como ese *Xicotencal,* puede darse por el resto.

Él trataba de subsanar sus deficiencias, advertido por sus pocos amigos literarios, y entonces, y en virtud de lecturas de clásicos, como Lope y Tirso, o neoclásicos que amaba, como Quintana y Gallego, y hasta de contemporáneos suyos, como Zorrilla, toma una serie de adjetivos huecos, y nombres mitológicos y alusiones bíblicas e históricas, que mezcla, sin ton ni son, en sus versos, lo cual producía el efecto contrario a sus anteriores faltas, siendo también faltas, aun peores que las otras.

Siguiendo orientaciones viejas, géneros descriptivos y moralistas, cuya fué la tendencia poética de principios de siglo, y que encomiaba y recomendaba tanto Delmonte, publicó, más tarde, un folleto de letrillas y epigramas que tituló *El Veguero.* No falta gracia en algunas letrillas, entre todas, las que cantan la flora cubana, *La flor de la caña, La flor de la piña, La flor del café.* Para dar una idea general, he aquí algunas estrofas de la última:

Prendado estoy de una hermosa
Por quien la vida daré
Si me acoge cariñosa,
Porque es cándida y preciosa
Como la flor del café.

Son sus ojos refulgentes,
Grana en sus labios se ve,
Y son sus menudos dientes
Blancos, parejos, lucientes,
Como la flor del café.

En el epigrama era *Plácido* brusco, casi brutal: Parece que esta fué la válvula de escape de su provervial atrábilis. Mas, ponía el dedo en la llaga siempre:

Aquel caduco usurero
Sólo piensa noche y día
En atesorar dinero.
¡Así estará su heredero
Reventando de alegría!

Aquel necio que va allí
Habla más que un condenado,
Y se llama Juan Callado.
¡Cuántos conozco yo así!

En el género didáctico, el poeta acusado de tantas lacerias, se desquita moralizando y sus fábulas revelan un sentido recto del bien y de la justicia. En sus fábulas se queda el poeta por debajo, el hombre viene a primer término. Es el tiempo en que vuelve en sí y dándose cuenta del medio en que vivía, piensa y llora, como espíritu, las flaquezas de que era víctima. *El cántaro de Juana* es una de las mejores de la colección, y esta otra:

Dice Arriaza, que de Apeles
Un zapato censuró
Cierto cocedor de pieles
Y el artista lo enmendó
Con sus divinos pinceles.

Mas, que luego, el mentecato
Quiso escarnecer prolijo
Lo más bello del retrato,
Y aquél con desdén le dijo:
¡Zapatero, a tu zapato!

Los que sin conocimientos
Ansiando que los alaben
Por hombres de entendimiento
Critican lo que no saben,
Pueden aplicarse el cuento.

Al par que evolución moral, evolución artística se realizaba en el que ya no era ambulante peinetero, y la leyenda *El hijo de maldición,* su obra de más pulimento, siguió al cuaderno *El Ve-*

guero. En la forma, la influencia zorrillezca es patente, mientras que en el fondo, nuestro poeta reproduce una leyenda caballeresca de Ramón Vidal de Beslú, trovador catalán del siglo XII, la cual se titula *El fallo de Hugo de Mataplana.*

Otra leyenda más corta escribió *Plácido,* con pretensiones de morisca, *El bardo cautivo,* la que fué publicada por primera vez en Madrid, en el periódico que dirigía Don Eduardo Asquerino.

Ninguna de las dos tiene valor substantivo, son poemas de belleza exterior. Sobre todo el primero. Bastante bien trabada la acción, y aparentemente sentida. Digo aparentemente, porque sólo la fantasía de *Plácido* pudo ponerse a prueba en este *tour de force,* en un género ya pasado, y exótico por añadidura.

Existen tres poesías de *Plácido* las cuales han sido objeto de controversia por parte de los críticos. Son las supuestas escritas en capilla el 27 de junio de 1844. El soneto *Despedida a mi madre, Adiós a mi lira* y la *Plegaria a Dios.*

En primer término, se argumenta en contra a la afirmación de que son suyas, la imposibilidad material de escribirlas, por falta de tiempo. Ese día *Plácido* recibió varias visitas, se preparó a morir cristianamente y escribió una serie de documentos a los cuales ya antes se ha aludido. Se cree imposible que tuviese lugar de escribir un soneto y dos composiciones más; aunque éstas fuesen cortas, como son ellas; no obstante la facilidad que tenía para improvisar.

Plácido, muy bien pudo escribirlas días antes de conocer su sentencia, como el soneto *A la fatalidad.* Así se deduce hasta de su tono. En ellas el poeta pide, espera y duda. ¿Qué tenía ya que esperar después de sentenciado, en capilla y en vísperas de la ejecución?

El soneto, no obstante la vulgaridad de consonantes, defecto que *Plácido* conservó siempre, a pesar de todas sus limas, es muy bello y ha sido traducido a varias lenguas europeas:

Si la suerte fatal que me ha cabido
Y el triste fin de mi sangrienta historia
Al salir de esta vida transitoria
Deja tu corazón de muerte herido;

Basta de llanto; el ánimo afligido
Recobre su quietud, moro en la gloria,

Y mi plácida lira a tu memoria
Lanza en la tumba su postrer sonido.

Sonido dulce, melodioso, santo,
Glorioso, espiritual, puro, divino,
Inocente, espontáneo como el llanto

Que vertiera al nacer... Ya el cuello inclino...
Ya de la religión me cubre el manto...
¡Adiós, mi madre! ¡Adiós! *El Peregrino.*

Adiós a mi lira, es de todas la que parece menos de él. De ésta, el verso *¡Ay! que llevo en la cabeza un mundo!* es toda la poesía. Verso que recuerda la frase semejante que lanzara Andrea Chenier, al entregar el cuello a la guillotina.

La *Plegaria a Dios,* parece ser de las tres, la más suya, porque tiene todo su modo, fácil, dulce, sonoro, triste y endeble. Dicen que la recitaba solemne y religiosamente, camino del suplicio.

Sea o no ésta la poesía que *Plácido* entonara cuando iba hacia la muerte, pues que ello también se discute, trasciende en verdad a pompa funeral: su movimiento, su candor, su imploradora súplica de misericordia, parecen el balbuceo de un alma que comienza a hablar el lenguaje de la eternidad:

¡Ser de inmensa bondad! ¡Dios poderoso!
A vos acudo en mi dolor vehemente,
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

¡Rey de los reyes! ¡Dios de mis abuelos!
¡Vos sólo sois mi defensor, Dios mío!
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz a los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida a las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos. Todo fenece
O se reanima a vuestra voz sagrada.
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece,
Y aun esa misma nada os obedece
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar ¡Dios de clemencia!
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve a través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Mas, si cuadra a tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia,
¡Suene tu voz! ¡Acabe mi existencia!
¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío...!

La autora de esta conferencia—segunda de una serie de tres que pronunció en La Sorbonne, durante su estancia en París, a fines del año último—, es una notable poetisa cubana, cuyo vigoroso estro se ha manifestado en dos libros de versos, *Alma errante* y *Como los pájaros*, y, sobre todo, en algunas muy valiosas composiciones que ha dado a la publicidad recientemente, en varias revistas habaneras. CUBA CONTEMPORÁNEA le agradece el envío de este bello trabajo—hasta ahora inédito—, en el que narra la vida y estudia la producción poética del infortunado autor de la Plegaria *A Dios* y de *Xicotencatl*.

HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA, POR ALCIDES ARGUEDAS

> Quisiéramos que la historia siempre fuese una ciencia pura y absolutamente desinteresada. Quisiéramos verla siempre cerniéndose en esa región serena en que no hay ni pasiones, ni rencores, ni deseos de venganza. Le pedimos ese encanto de imparcialidad perfecta que es la castidad de la historia.
>
> FUSTEL DE COULANGES.—*De la manera de escribir la historia.*

LA raza y la civilización que dan semejanza al aspecto físico y moral de los individuos de un pueblo asemejan también los destinos de los pueblos que las tienen comunes. Es indudable que cuando éstos provienen de una misma estirpe, con la herencia de los caracteres físicos y síquicos de aquélla, y con la civilización de aproximado nivel que alcanzan, adquieren y desarrollan aptitudes semejantes para la organización, el bienestar y el progreso.

A esa consecuencia ineludible del origen y del grado de cultura no han podido sustraerse los pueblos de la América española. Por ello tienen tanta similitud la formación de sus nacionalidades y las vicisitudes de su existencia.

La *Historia General de Bolivia* con que acaba de honrar a su patria Alcides Arguedas, al sintetizar su obra monumental empezada a escribir anteriormente y todavía en curso de publicación, es una vez más esa triste historia que cuenta la vida dolorosa de un pueblo americano convertido un día en nación independiente, en condiciones contrarias a sus conveniencias, y después despojado de gobierno propio por las oligarquías que anularon sus derechos para sustituirse a su voluntad. Por eso muestra cómo tras

las virtudes del patriotismo primitivo, cuya capacidad de sacrificio a veces dignifica hasta a las almas inmorales, casi siempre la inferioridad de los pueblos permite que el determinismo de su evolución vaya regido por el interés y las pasiones de los caudillos. Y por eso, asimismo, al volver esas hojas donde penosos estudios han exprimido para siempre la sustancia del documento decisivo, y en las cuales la luz de una inteligencia superior y de su sentido moral elevadísimo vierte acierto en las interpretaciones de la conducta de los hombres y del motivo y la trascendencia de los hechos, aparecen repetidamente figuras y acontecimientos con origen, aspecto y consecuencias idénticos en casi todos los países de nuestro Continente.

*

Los héroes y mártires primitivos de Bolivia, que indudablemente son los primeros de la independencia americana, llegan al escenario de la inmortalidad llevados por un patriotismo todavía más instintivo que consciente, pero cuyo honor y cuya gloria pudieron perdurar—a veces hasta en aquellos en quienes descendiera la condición moral a las mayores inconsecuencias de conducta—porque su rebeldía inició el cambio de los destinos de todos los pueblos de América. Y esa prioridad en la actitud y en el martirio fué como la señal de la emancipación y el ejemplo del deber a los demás conductores de las multitudes que desde entonces se mueven impulsadas por el mismo anhelo de hacer una patria en el suelo propio.

La revolución que en la noche del 25 de mayo de 1809 toma la Audiencia de Chuquisaca y depone a su presidente García Pizarro, estableciendo en su lugar la autoridad de la "Audiencia Gobernadora", y la que en la tarde del 16 de julio del mismo año depone en La Paz al gobernador Dávila, instituyendo en su lugar el gobierno de la "Junta Tuitiva", son indudablemente los primeros estallidos del sentimiento y de la voluntad de una patria nueva que estaban en el espíritu de todos los pueblos de América. Son los primeros que derrocan gobiernos españoles poniendo el poder en manos de los criollos y lanzando el desafío de la primer acta de la independencia americana. Por eso su significación y su gloria serán siempre las que naturalmente tienen que per-

tenecer a los primeros hechos que conmovieron de un extremo a otro del Continente los cimientos de la dominación hispana, pues ellos obligaron al virrey de Buenos Aires a enviar a Chuquisaca la fuerte expedición de Córdova y el gobernador Nieto, y al virrey de Lima la de Goyeneche, que con cinco mil hombres iba a ahogar en sangre aquella iniciativa en La Paz. Y si esos acontecimientos iniciales terminaron así, también fueron infortunados otros de mayor magnitud, que en los años siguientes se sucedieron cumpliendo la profecía de Murillo que al subir al cadalso anunciaba que nadie apagaría la tea que él había encendido.

*

Los tres ejércitos que Buenos Aires envía al Norte después de su gran revolución del año 10, son la continuación de aquella iniciativa y como ella terminan en la derrota y dejan triunfantes a los enemigos de la independencia, que al concluir el año 16 dominan todo el Alto Perú y van a comenzar la invasión de las provincias argentinas. Tal es la realidad, porque la expedición de Balcarce y Castelli, si obtiene el triunfo glorioso de *Suipacha,* es deshecha en *Huaquí* y en *Sipesipe;* la de Belgrado ve malogradas sus grandes victorias de *Tucuman* y *Salta* en las derrotas definitivas de *Vilcapugio* y *Ayouma;* y la de Rondeau concluye en el desastre incomparable de *Sipesipe.*

Confirmado y fortalecido así el poder de los peninsulares, era lógico pensar que en las provincias argentinas ya no quedaba mucho eficaz que hacer por la causa de la revolución, y como lo entendió y reconoció en tales circunstancias San Martín, sólo iba a ser posible formar y organizar en otra parte elementos para contrarrestar a las armas victoriosas. Por eso cuando aún se ve la independencia comprometida en el Perú, sólo se salva por la expedición que él lleva desde Chile por mar y que va a herir en el corazón y en el cerebro al virreynato de Lima, que entonces era la única base de oportuno acrecentamiento y acertada distribución de las fuerzas españolas. Y cuando, después de dejar declarada la independencia del Perú, dimitido el mando tras la entrevista de Guayaquil y la hostilidad producida en Lima contra Monteagudo, se aleja San Martín definitivamente de América, y, fracasado un triunvirato provisorio, el ejército designa primer

Presidente de la nueva nación a José de la Riva Agüero: todavía toca al *Libertador* y a Sucre salvar nuevamente la suerte de la revolución americana afianzando la independencia del Perú y dándola al "Estado de Bolívar".

Así, pues, como en aquella primera suplantación efectiva de un gobierno español por uno americano, en adelante muchas veces sufren contrastes las armas de la rebelión y durante largos años la suerte de otras empresas que se suceden por la independencia de nuestro Continente es indecisa y alternativa. Pero no pasaron sin consecuencias trascendentes aquellos primitivos hechos que llevaron al sacrificio a sus autores, de cuyas venas cayó la primera sangre fecunda para la libertad del suelo americano. Y sólo por eso, como lo dice el eminente historiador argentino Vicente Fidel López,

> desde el momento en que se conocieron en Buenos Aires las bárbaras ejecuciones de los revolucionarios del Alto Perú, por Goyeneche, el virrey Cisneros quedó condenado a ser depuesto de un día a otro.

*

Como la mayor parte de las naciones formadas en la América española, Bolivia después de constituída tiene que luchar largos años para sostener la independencia proclamada. Es esa la primera consecuencia de la situación desfavorable en que quedan al día siguiente de su constitución muchos de los países americanos creados sin elementos de vitalidad que lo justificaran y que desde entonces fraccionan para su mayor perjuicio a los pueblos de origen español en nuestro Continente.

> Bien comprendieron todo eso los libertadores,—dice Arguedas—y de ahí los incesantes trabajos de Bolívar en Lima y de Sucre en el Alto Perú por refundir la nacionalidad en cualquiera de los grandes núcleos del Continente, grandes no por su territorio y los recursos de su suelo, sino por su población más homogénea y su fácil vecindad con el mar; pero ambos se estrellaron contra la obstinación cerrada y enérgica del grupo de dirigentes altoperuanos que predominaba absolutamente en medio de la indiferencia o de la incomprensión del pueblo, y al cual se debe, en último análisis, la conservación de la patria adoptiva del *Libertador*. Éste y Sucre creían que "en las cuatro provincias no había elementos suficientes para constituir una nacionalidad".

Era esa la misma deficiencia que en el Sur presentaba la Provincia Cisplatina cuando, sin consultar la voluntad de sus pueblos, el Imperio del Brasil y la República Argentina resuelven por efecto de la batalla de Ytuzaingó, transformarla en nación independiente, que después constituye la República Oriental del Uruguay. No pensaban en la independencia y constitución de una nacionalidad las personalidades civiles y militares más capacitadas entre los provincianos de esta región, porque les parecía absurdo hacerlo con setenta mil habitantes, analfabetos en su inmensa mayoría, de los cuales apenas nueve mil se refugiaban en un caserío de doce cuadras de largo y seis de ancho. Y los estadistas europeos y n rteamericanos *consultados* no pudieron hallar razonable que se hiciese una nación uruguaya "con ese escaso número de gentes esparcidas en la soledad de los campos y con una aldea por capital". Por eso aun en nuestros días ha podido confirmar aquellas opinones uno de nuestros más sabios y honestos historiadores, que atendiendo a que la historia del Uruguay, hasta casi medio siglo después de jurada su Constitución, sólo es poco más que la historia de las intervenciones extranjeras mendigadas por los gobiernos y los partidos, confiesa con patriótica amargura, pero con honrosa sinceridad y lógica indiscutible "que mientras una agrupación política reconoce que no puede resolver por sí misma no sólo los problemas internacionales sino también sus propias íntimas discordias, es evidente que carece de las condiciones indispensables para constituir un estado autónomo y dueño exclusivo de sus destinos".

*

Los intereses extranjeros enemigos de la independencia de Bolivia, que desde que se la declaró conspiran contra la estabilidad de su gobierno hasta poner término a la presidencia acordada a Sucre por la primera Asamblea Nacional, reunida el año 1826, continúan haciéndolo contra el gobierno del general Velazco, designado por el Congreso de 1828 para asumir el poder supremo en ausencia del general Santa Cruz, electo por esa asamblea Presidente de la República, en sustitución de Sucre. Y por influencia del general peruano Gamarra, que había invadido el territorio de Bolivia, un nuevo Congreso suplanta a Velazco por

el boliviano Pedro Blanco, a quien dan muerte después que el Congreso pone nuevamente el poder ejecutivo en manos de Velazco, que llama a Santa Cruz a ocupar la presidencia para la cual había sido electo en 1828.

Así continúa por largos años esa lucha entre los sostenedores y los adversarios de la existencia de la nueva nación y alternativamente prevalecen unos u otros intereses. Según los que predominan, se cambian las constituciones; se establece la Confederación Perú-Boliviana en 1836 y se la disuelve en 1839; se sustituyen frecuentemente los Presidentes y se suceden en el gobierno los personajes más supeditados a aquellas dos tendencias antagónicas; son frecuentes los conflictos con Perú y se promueven pleitos fronterizos con otros países.

Ideas inspiradas en muy hondo sentido de los intereses étnicos y continentales vierte Arguedas a propósito de la mencionada confederación iniciada por Santa Cruz, cuando escribe que

> ese pacto, sin duda, perseguía un gran objetivo y se anticipaba a lo que fatalmente ha de suceder algún día, es decir a la unión íntima y constante de los tres países bañados por el Pacífico: Perú, Bolivia y Chile. Pero hubo falta de percepción psicológica en su estudio porque no siendo complejos los problemas de fondo en esa hora de la formación de las nacionalidades, sólo se preocupaban los pueblos por los intereses de los grupos o de las personas, desdeñando inconscientemente aquellos que tenían atingencia con su poderío económico, social y político, y resultando de ahí que sólo tuviesen competencia para descubrir si un plan iba o no al encuentro de esos intereses. Y es así como por falta de previsión en los detalles, y por la desmesurada ambición del iniciador, hubo de malograrse un plan de trascendencia poco o nada comprendida por los hombres de esa época y que bien pudo haber sido el primer eslabón de esa política continental con que en veces y en horas de inquietud piensan todavía los pueblos de estirpe ibera cuando sobre su horizonte creen ver cernerse amagos de tempestad.

*

Después de la narración de aquellas porfiadas y azarosas luchas por el afianzamiento de la independencia, no disminuyen las semejanzas de la hisctoria de Bolivia con la de otros países de la América española. Es que como el desorden y la anarquía fue-

ron los primeros frutos de la existencia independiente de aquellos pueblos sin civilización para constituir el organismo jurídico de un Estado, la historia de la mayor parte de su vida nacional, hasta ahora, ha tenido necesariamente que ser la de su vida inorgánica. Por ello, tras la independencia más o menos asegurada muestran los más de esos pueblos, integrados con elementos semejantes, el largo y lamentable conflicto de todas las ambiciones sin derecho, y cómo los caudillos formados en la inconsciencia y en el servilismo ascienden en la vida pública por la inmoralidad y por el crimen, y se suceden en el poder sin otros títulos que sus apetitos y sin más objetivo que la satisfacción de sus sensualismos. Así alguien pudo anotar que antes de cumplir medio siglo de existencia Bolivia había padecido más de cien revoluciones, como varias décadas antes de alcanzar su primer centenario había cambiado más de diez veces su Constitución, siempre según convenía al último de los usurpadores del Poder. Como aquí y en otros países del Continente americano, allí también la historia no puede ocultar que muy frecuentemente las virtudes y los talentos se vieron alejados del Gobierno y suplantados en los poderes públicos por la corrupción y la ignorancia. Allí, como aquí y en otros países americanos de la misma estirpe, lo ocurrido efectivamente pone al historiador en la necesidad de consignar que muy rara vez llegaron verdaderos estadistas a la suprema magistratura de la nación, y que sólo a veces fueron a colaborar en el Poder Ejecutivo, desde los ministerios, aquellos que transigieron con la subversión. Por eso en las páginas de los historiadores bolivianos, como en las de los que muestran otros escenarios gubernativos en distintos territorios del Nuevo Mundo, no puede faltar, repetidamente, el espectáculo de la inmoralidad y la ignorancia trepados al Palacio de Gobierno: trastornando la administración, burlándose de la virtud cívica, impidiendo por la fuerza a los ciudadanos el ejercicio de sus derechos e imponiendo los más funestos despotismos. Y si en los anales históricos de esa larga época, por excepción se ve llegar al mando supremo los propósitos de un hombre bueno y las concepciones de una inteligencia superior, también en ellos se aprende cómo los intereses inferiores predominantes malogran aquellos motivos de parióticas esperanzas e imponen el retroceso a los frau-

des, errores y violencias más perjudiciales a la justicia y al bienestar, a los progresos materiales y a la soberanía de los pueblos. Por eso cuando se pesa y mide exactamente lo que los más de éstos fueron en nuestro Continente, respecto de su constitución jurídica, siempre se ve que durante muchos años sólo han sido sociedades manejadas sin instituciones efectivas, no teniendo del sistema republicano más que la adopción del nombre y las simulaciones decorativas de la armazón de los poderes. Y ello, aunque sea justo reconocer que Chile y la Argentina llevaron muchas veces a la primera magistratura y a los cargos superiores del Gobierno a sus más eminentes estadistas y altos valores morales.

Así se llega a nuestros días, y si en ellos la realidad va mejorando en algunos países como los nombrados, donde se ha realizado la democracia y el gobierno republicano por la efectividad institucional, no falta alguno donde se perdura bajo nepotismos y oligarquías que a veces muestran a un pueblo sujuzgado durante veinte años, o más, por quien al terminar cada período presidencial ejercido dejó un heredero en el Gobierno para la custodia de sus intereses personales y la devolución del Poder a él o al que más le conviniera.

No obstante los errores de que todavía tiene que instruir el autor en el último capítulo de la obra, derivada de los relativos progresos de la razón pública y del ejercicio de los derechos, empieza a desarrollarse la vida política de su pueblo, durante largos períodos, dentro de ciertas garantías institucionales. Y aunque todavía, después de inaugurada y prolongada una época gubernativa más encauzada que otras en las reglas constitucionales. se ha padecido allí una revolución, hace dos años; es de esperar que no demore en afianzarse la más patriótica evolución en los gobiernos de aquella sociedad y en la conciencia cívica que informe los ideales y las actividades de sus partidos.

*

No es posible evocar la vida de un pueblo, en toda la complejidad de los elementos que en ella reaccionan, sin que concurran en el historiador las dotes superiores del erudito, del filósofo y

del artista que necesariamente tienen que integrarle para que pueda ser capaz de tal empresa. En la obra que motiva estos comentarios se hallan la ciencia, la filosofía y el arte de la historia, y su autor no es un mero divulgador de documentos, ni un negociante del halago a las groseras vanidades del regionalismo. Alcides Arguedas entiende y escribe la historia en un sentido comprensivo y fundente del clásico concepto antiguo y de la moderna significación que le dieron los métodos críticos usualizados en nuestros días. Por eso pone en la de su patria toda la pasión de la mayor sinceridad y el reconocimiento imparcial de lo que muestran la investigación analítica de los hechos y las síntesis de sus consecuencias.

El concepto mediocre de la nacionalidad, que sólo sirve como dice Juan Agustín García "para hacer gritar viva la patria, corear himnos muy feos y prosternarse en forma mística y ciega ante los héroes", no tiene cabida en el espíritu del historiador boliviano. Es que él sabe como el noble y fuerte escritor argentino que no se engrandece una patria "con exageraciones y mentiras", "con ocultar los defectos de los próceres", "con saludar mucho a la bandera". Ni una vez pretende atenuar los actos y consecuencias que más degradan la intromisión de la incapacidad y el vicio en el Gobierno. La elevación de su patriotismo y su honesto criterio de la historia tienen más fe en el efecto moral de la realidad amarga sobre las conciencias que en el engaño de las ocultaciones: placenteras al vulgo, pero siempre destinadas a ser sustituídas por la revelación de la verdad, que llega un día por sobre todas las precauciones de los confabulados contra ella para medrar con su falsificación.

Ha dicho uno de los más eminentes y autorizados maestros de Norteamérica, aludiendo al falso patriotismo que pretende adulterar la condición de la conducta de los hombres y la importancia de los acontecimientos para halagar con simuladas glorias nacionales el amor propio y las vanidades lugareñas:

Muchos de nuestros profesores tienen que aprender todavía que el fin último de la historia, como el de todas las ciencias, es el de buscar la verdad, y que esta investigación impone el deber y la res-

ponsabilidad de conformarse con los resultados una vez que han sido hallados.

Y es con ese criterio de lealtad científica y de decencia intelectual, que coincide el objeto más trascendente de la instrucción histórica desde el punto de vista de la utilidad social, que es edificar la personalidad moral del ciudadano, infundiéndole la noción de la responsabilidad, el sentimiento del deber, la adquisición del carácter, la formación de ideales: conciencia del patriotismo superior y amor a la conducta que más le honre.

Por eso es más grato hallar en Arguedas la "devoción por la verdad" que Hinsdale pide en el historiador como primer fundamento sobre el cual es posible asentar las demás cualidades necesarias para que lo sea integralmente. Esto sólo bastaría para recomendar su obra histórica a la atención de la juventud estudiosa americana. Pero aún enaltece a aquélla con su método y con su estilo.

*

El eminente autor de la *Historia General de Bolivia,* que conoce todo lo que en la sicología colectiva de su pueblo explica cómo se han originado los sentimientos políticos que puestos en conflicto por intereses antagónicos han movido incesantemente a la sociedad, posee el concepto preciso de lo que la vida política significa en la historia de su país. Porque, como en la patria de Arguedas, lo mismo que en todas las naciones de nuestra América, las pasiones y los intereses políticos motivaron siempre las actividades más trascendentes de la existencia nacional, la historia política ha tenido necesariamente que predominar hasta ahora en la del país. Eso es evidente en el libro que motiva estos comentarios; pero también en él se ve que quien lo escribe sabe cómo el suelo y el clima influyen en el organismo humano, en el carácter, en las costumbres, y que éstas, el trabajo, el comercio, el grado de la industria, el desarrollo intelectual y moral, los cambios económicos, aportan su influencia a las actividades políticas. Para él, como para Monod, "los actos no son más que gestos, y los gestos sólo interesantes por la vida interior que traducen". Por ello con el mismo criterio histórico que aquél, siempre va

a buscar el espíritu de los acontecimientos, y hace la historia yendo a desentrañar de la manera de vivir, pensar y sentir de los pueblos lo que engendra los hechos en las diferentes épocas y el determinismo de sus consecuencias.

Capítulos que mucho avaloran así su obra son: el I y el IV del Libro Primero; el IV del Libro Segundo; el I del Libro Tercero; el II del Libro Sexto; el I del Libro Séptimo. Puede decirse que en ellos más que en otros hace lo que atribuye a Albardi uno de sus más ponderados críticos en nuestros días: "sustituye al método esencialmente subjetivo de la historia pasional, el método esencialmente objetivo de la historia social" (1).

En cuanto al arte de la historia revelado en la obra, es indudable que culmina en el don del estilo, que tan personal es en Arguedas y que con tantos atributos de eficacia interpretativa y de belleza caracteriza a todo lo que sale de su pluma. Siempre adecuada en el tono a la situación moral o intelectual en que el asunto coloca al autor, la forma de la expresión difiere conforme a los cambios en la naturaleza de los motivos. Y sin que en ninguna de las mudanzas impuestas al estilo por la variación de los asuntos tratados desaparezca alguna de sus cualidades permanentes, tales como la brevedad, la imaginación, el calor, entre otras: es particularmente flúido en la narración; claro en las descripciones, conciso en los juicios. Son dignas de especial referencia la precisión y la vida que a favor de las virtudes de su estilo logra infundir el autor a los retratos: verdaderas evocaciones de la figura exterior y del aspecto moral de aquellos cuyos rasgos característicos ofrece al lector, a veces en breves líneas de mano maestra.

Cuanto más íntimamente se aprecia el mérito que aparece en cada una de las diferentes fases de la obra y se piensa en el penoso esfuerzo que ella ha exigido incesantemente al autor, desde las abrumadoras investigaciones del estudioso en las más fidedignas fuentes hasta la artística exposición realizada por el escritor, mayor es el respeto que merecen su patriotismo, sus virtudes y sus talentos. Y también por eso se alcanza más por qué antes, al prologar el primer tomo de su *Historia Monumental*—que es el único de ella publicado—hablara con tanta conciencia del dolor del tra-

---

(1) Carlos Pereyra. *El pensamiento político de Albardi,* pág. 12.

bajo intelectual en el ambiente inferior de los países americanos; de ese dolor en Bolivia; de él especialmente cuando se escribe historia.

JUAN ANTONIO ZUBILLAGA.

Montevideo, 1922.

El Sr. Juan Antonio Zubillaga, autor de este excelente artículo, es un distinguido periodista uruguayo, a quien se considera en la actualidad el primer crítico en su patria, y uno de los más insignes del Continente Americano. Su obra *Crítica Literaria* es notable por la profundidad del pensamiento y la belleza en el estilo. CUBA CONTEMPORÁNEA le agradece el envío de este trabajo—hasta ahora inédito—, en el que juzga muy interesantes aspectos de la valiosa obra *Historia General de Bolivia,* del ilustre escritor Alcides Arguedas, a quien CUBA CONTEMPORÁNEA cuenta en el número de sus más estimados colaboradores.

RUBEN DARIO

METAPA, pueblo de la provincia nicaragüense de Matagalpa, donde se elevan gallardamente montañas y volcanes, en sempiterna competencia de alturas, y que vive tranquila junto al empinado Güisisil, ígneo vecino, tuvo la gloria inmarcesible de ser la cuna del intelecto, quizás, más soberanamente libre de las letras americanas, de Rubén Darío, genio vasto y raro, que amasó en su sangre la noble potencia creadora de la más brillante raza.

Ya al nacer el que más tarde sería autor admirable de *Cantos de Vida y Esperanza,* el 18 de enero de 1867, sus padres, Manuel García y Rosa Sarmiento, hallábanse separados, pues el matrimonio de ambos no había sido la coronación feliz de un amor verdadero, sino arreglo de conveniencias materiales, que pronto tuvo la terminación consabida en estos vituperables negocios: el amor es sentimiento que, de puro noble y bello, no permite que se juegue con él, como cosa pasajera. El poeta pasó los primeros años de su vida con su madre, ya que a su padre, Manuel Darío—nombre propio de uno de sus antepasados, que la costumbre había trocado en patronímico de la familia—, malamente podía recordar más tarde; pero, a poco, pasó a casa de una tía abuela, que fué su verdadera educadora, y junto a la cual transcurrieron los años de su infancia, digna de minucioso estudio. Criábase Rubén como hijo de la casa, e infiltráronle pronto el fanatismo religioso que dominaba a aquella familia; y, según narró en su autobiografía, contábanle cuentos de duendes y de aparecidos, detalles todos estos que a simple vista parecen insignificantes, pero que en el fondo son de trascendencia al estudiar su vida, pues ellos templaron su alma en el amor al misterio y el terror a lo desco-

nocido; en comunión constante con aquella naturaleza salvaje, que se le representaba majestuosa, ya en el río Grande, de dilatado curso, ya en aquellos ignívomos colosos, ya en una flora multiforme y bellísima, e inculcándosele un obscuro catolicismo, Rubén Darío se desarrollaba como planta exótica en aquellos lugares, y todas estas influencias, tan varias y tan distintas, iban elaborando lentamente en su sér ese espíritu complejo y raro que más tarde demostró en sus obras, ese sensualismo religioso, que imprime un sello distintivo a cuanto brotara de su péñola maravillosa; su educación cultural no fué descuidada por los solícitos ascendientes, ya que a los tres años sabía leer, y muy niño aun fué alumno de una escuela pública, cambiando luego de maestro; de modo que desde su más tierna infancia se le habituó al estudio, y aficionábasele a la lectura con libros como el *Quijote,* las obras de Moratín, la Biblia, *Las Mil y Una Noches,* los *Oficios* de Cicerón, *Corina* de Mad. Stäel, comedias del teatro clásico español, y novelas de aventuras, complicada amalgama literaria para una mente infantil. Ya por esta época Rubén Darío componía versos, tempranos ripios de una inspiración que lo dominaba. ¿Cuándo compuso los primeros? Ni él mismo podía precisarlo, pero sí que ello fué prematuramente, y recuerda las procesiones de Semana Santa, en las que los versos del "poeta niño" corrían de mano en mano, y los epitafios que componía para repartir en los entierros, como su iniciación en las lides literarias. Pero ya a los doce años publicaba versos en un diario nicaragüense, y, después, fué redactor político del periódico oposicionista de León *La Verdad,* donde escribía artículos fulminantes, a la manera de Montalvo, que le valieron la enemistad del gobierno. En esta época, gracias a su tía Rita, pudo Darío entrar en el colegio de los Padres Jesuitas, y allí, según propia confesión del poeta, fué halagado por los religiosos, pero no llegaron a sugestionarlo para que ingresara en la poderosa Compañía, pues adivinarían que mal podía llegar a ser falso ministro de Jesús en la Tierra el que sería en ella legítimo embajador del cautivador Pan; y, para comprender esto, no les hacía falta mucha ciencia penetrativa, ya que por entonces Rubén había sufrido, "apasionado precoz", desilusiones amorosas, una de las cuales narró preciosamente, más tarde, en el cuento de *Azul...*, *Palomas blancas*

y garzas morenas, pero ninguna tan fuerte como la que sintió al separarse de una ecuestre americana, que prendió en sus sentidos inusitada pasión erótica.

Por este tiempo Rubén Darío conoció a políticos de la capital nicaragüense, que le recomendaron un viaje a Managua como eficiente medio para ampliar sus conocimientos, y se trasladó gustoso a la ciudad mencionada, ribereña del lago de su nombre, donde sus primigenios ardores encontrarían satisfacción. En Managua el Congreso intentó mandarlo a Europa, a cuenta de la nación, para que se educara debidamente en los grandes centros culturales, pero el entonces Presidente de Nicaragua, Pedro Joaquín Chamorro, derogó el acuerdo, al oír recitar a Rubén versos caldeados contra el gobierno y la religión de su país, pues consideraba que si así pensaba aquel muchacho atrevido sin haber salido de su patria, ¡cómo sería cuando aspirase el ambiente intelectualmente liberal de las metrópolis occidentales!; pero, en compensación, le ofreció al poeta una beca en el Colegio de Granada, la que, por celos departamentales, no aceptó éste. Rubén, en la capital conoció a intelectuales de valía, que seguramente avivaron sus sentimientos artísticos, y cita entre ellos a Antonio Zambrana, el justamente célebre orador cubano, que fué para él "intelectualmente paternal". Gracias a estas buenas amistades, entró Darío en la Biblioteca Nacional, donde nutrió su inteligencia del clasicismo español, conocimiento necesario para llegar a poseer una sólida cultura, y que después le valdría de tanto, pues afirmándose en esa base fué como pudo inutilizar los imperantes cánones poéticos. Y era en este período de la vida del poeta, cuando su alma y su cuerpo se tornaban de crisálida en mariposa, cuando sentía gorjear en su cerebro mil bulbules sensuales y palpitar en su corazón ansias inesperadas, que trastornaban su organismo con sacudimientos de deseo; era en estos precisos instantes cuando su fantasía, hasta entonces inocente de esta clase de ensoñaciones, fabricaba en el infinito de sus abstracciones miliunanochescos palacios, donde hermosas princesas, sedientas de amor y palpitantes de lujuria, le esperaban gozosas en divanes de muelle comodidad, para mostrarle allí ese inagotable raudal de deleitoso misterio que anida en la mujer... Rubén Darío, entonces, sentía que algo extraño se posesionaba de su

sér, que un sentimiento inexpresable domeñaba su voluntad y asía su imaginación; que lo mismo ante la inefable serenidad de la noche, que ante las oleadas de luz solar, el pensamiento único que lo absorbía era la mujer: una mujer perfecta, sin igual hasta entonces, que unía a su apasionado temperamento sensual un espíritu inquieto y febril, y sobre todo, que poseía la joya inestimable de un cuerpo sin par, de un cuerpo de nítida blancura y de voluptuosas curvas... El niño, en fin, era ya un adolescente. Y como para materializar estas quimeras de amor, Rubén Darío conoció por esta época a una muchacha gentil, de tez pálida, que expresaba fielmente sus ansias insaciadas, la que prendió en su corazón inolvidable amor. Los muchachos se amaron, y juntos los dos pasaban horas de encantador sensualismo junto al lago cercano, que los lagos siempre son bello lugar para las citas de los enamorados. "El beso llegó a su tiempo y luego llegaron a su tiempo los besos"; mientras en el ambiente se diluía una como fluidez de muerte, que a la vez avivaba los sentidos y sumergía la conciencia en voluptuosa inactividad, dos bocas sedientas se juntaban en convulsiva unión, y de allí, frente a las aguas tranquilas, surgía potente la personalidad de uno de los grandes sensualistas de la humanidad. Un día sorprendió a sus amigos con la noticia de que se casaba, teniendo "apenas catorce años cumplidos", y ante su firme resolución decidieron embarcarlo para la república vecina de El Salvador. En aquel pequeño Estado gozó ampliamente de la protección oficial, y se inició en la vida bohemia de poetas y mujerzuelas, recibiendo un alto aunque merecido honor al ser designado para abrir una velada conmemorativa del centenario de Bolívar, donde leyó una oda, "clásica, correcta", que fué su primera comunicación con el público.

De vuelta en su país natal, Rubén Darío encontró un empleo en la Secretaría de la Presidencia, mientras colaboraba en diferentes periódicos y revistas, y reanudó sus amores con la compañerita de antaño, pero "a causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado", decidió irse al extranjero: pensó en los Estados Unidos; mas por indicaciones de un amigo, escogió a Chile, y después de sufrir un terremoto y de andar entre las peripecias de una guerra, embarcó para aquel prometedor

país del Sur. Con este suceso, acaecido en 1884, comienza una nueva etapa de la vida del poeta.

Desembarcó Rubén Darío en Valparaíso, el importante puerto chileno, donde Eduardo Poirier lo ayudó mucho, y a poco tomaba el ferrocarril para Santiago, donde un rico señor, al que fué recomendado, lo hospedó en un hotel de la capital, y le consiguió un puesto en la redacción de *La Epoca.* Aquí alternó con la más saliente intelectualidad chilena, y se ganó un premio con una gran décima, que compuso a imitación de las de Campoamor, en el certamen que en honor de éste hizo el Director de *La Epoca,* décima que Darío insertó, más tarde, en *El Canto Errante.* Por Pedro Balmaceda, hijo del Presidente de Chile, pasó Rubén a Valparaíso, donde vivió días "de comedia y de drama". Allí perteneció, por poco tiempo, a *El Heraldo,* y según dijo al narrar su vida, "por especiales circunstancias e inquerida bohemia, llegaron para él momentos de tristeza y escasez." No había sino partir, pero antes de hacer esto, por recomendación de Lastarria, obtuvo el cargo de corresponsal del diario bonaerense *La Nación,* que fué su único sostén material en muchas ocasiones, y después de escribir su primera crónica para el gran rotativo—donde comprendió el espíritu verdadero de la prosa—, en febrero de 1889, embarcó para la patria lejana, después de cinco años de fructuosa ausencia.

Pero nada tan trascendental durante la estancia de nuestro estudiado en Chile, como la publicación de su libro *Azul...* Ya en Nicaragua Rubén Darío había dado a la luz pública sus primeras poesías con el título de *Primeras Notas,* pero como él mismo reconoció al hacer la historia de sus libros, *Azul...* es su producción inicial. Esto no quiere decir, en modo alguno, que *Primeras Notas* carezca por completo de mérito, y que no deba considerársele en toda su importancia, ya que Molins ha dicho de este libro, que

> es un devocionario a las musas con el tirso de hojas precarias, en donde el bardo ausculta las regiones del ideal, estira las cuerdas del laúd y se detiene a meditar sobre las canciones del porvenir,

pero, no obstante es el primer vagido de la musa de Rubén, que cuando comienza a mostrarse con su carácter definitivo es en

Azul..., grito heroicamente revolucionario en los ámbitos del arte.

José Enrique Rodó, ese pensador maravilloso, honor de nuestra raza, formuló verdad irrefutable, al decir, tratando de Darío, que

> su espíritu—sonámbulo para lo actual—se afirma en el pasado sobre dos trípodes: la Francia del siglo XVIII, y la Hélade clásica que aquella Francia imitó caprichosamente, trocando en dominó la túnica antigua,

y si en *Azul...* no se puede apreciar esa dualidad de culturas y de tendencias tan a simple vista como en *Prosas Profanas,* aguzando la percepción crítica podemos advertir también esa luminosa inclinación hacia aquellos generosos brotes de arte puro y bello, que se llaman Grecia y Francia, en la obra que estudiamos; en *Azul...* trasciende al lector la vasta erudición clásica que poseía Rubén Darío, y en la forma, es notable la influencia de los artistas francses: Mendés, Saint-Victor, Gautier, Hugo, y los demás del Parnaso, que tan bien supo admirar Rubén. Pero más notable es, aun, esta influencia en la manera de pensar de Darío, pues su galicismo mental, de que trató Valera, se exterioriza con el más puro y rico léxico castellano, flexibilizado por el injerto, poco visible, de otras lenguas. *Azul...* da la impresión de una gema pequeñita, de incalculable valor artístico, que tallara Cellini, redivivo en Rubén Darío, con el mayor entusiasmo: todos sus detalles, por insignificantes que fueran, estaban burilados cuidadosamente, y por doquiera, la joya era un tesoro. Así en *Azul...* la prosa y el verso son estatuas en pequeño, pero no estatuas a lo Rodin, sino estatuas acabadas en todas sus partes, realizadas con sobra de tiempo y con sobra de ganas, "y, sin embargo—como apunta el insigne don Juan Valera—, no se nota el esfuerzo, ni el trabajo de la lima, ni la fatiga del rebuscar: todo parece espontáneo y fácil." En *Azul...,* tanto la prosa como los versos son poesía, pues en los cuentos hay párrafos que superan en valor poético a muchas bellas estrofas: estudiemos, primeramente, esta parte del libro. El cuento es un género literario de dificultades poco sabidas, ya que en él hay que realizar labor sintética, acomodando las ideas a los moldes necesariamente estrechos en que puede desenvolverse. Y luego, la forma que debe

emplearse en esta clase de composiciones es precisa y clara. Todos estos obstáculos los salva Rubén Darío, sin esfuerzo alguno, en los cuentos de *Azul...* y en otros que escribiera, pero ningunos tan bellos como éstos: *El Rubí* es el mejor de todos, aun siendo cuento *La canción del oro,* ya que en este caso Valera se decide por el último arriba mencionado. La tesis irrefutable que encierra, la exposición bellísima, y los derroches de fantasía, son las principales cualidades de *El Rubí; El Velo de la Reina Mab,* que ensalza lo confortante de la esperanza. *La Ninfa,* y *La Muerte de la Emperatriz de la China,* son también bellísimos cuentos.

Los versos de *Azul...* no muestran, en su aspecto definitivo, la personalidad poética de Darío, pues éste, aún, no ha encontrado la norma suprema de su arte, pero sí vislumbra en los confines de su reino interior la fórmula inmortal que produciría su genio, y esta impresión la expone fielmente en *Azul...* La libertad, tanto en arte como en política, debe ser el único palio bajo el que reposen tranquilos los hombres, pues libertad es belleza infinita, que no reconoce reglas ni admite prejuicios, y en pos de ese ideal lucha Rubén en *Azul...,* que es la marcha iniciadora del más trascendental movimiento libertario que se ha efectuado en el variado escenario de la poética universal. El modernismo, en las postrimerías del siglo pasado, llegó a ser una necesidad real, pues el pseudo-romanticismo era estrella mezquina para guiar a aquella ansiosa generación, y es entonces cuando se escribe *Azul...,* surgiendo, mas tarde, Martí con sus *Versos Sencillos,* Gutiérrez Nájera con sus estrofas impecables y Casal con su ingenuidad triste, completándose, así, este gran ciclo evolutivo. Mas volvamos a *Azul...*: la principal innovación métrica es el verso de diez y siete sílabas, como el siguiente:

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría,

y el ejercicio del soneto moderno, sin ajustarse a precepto alguno, lo que Rubén Darío hacía con singular donaire, intercalando nuevas rimas en los tercetos finales, y usando, a menudo, del verso alejandrino, demostrando así que, por apartarse de la tradición itálica, no pierde el soneto belleza ni armonía. En el metro libre es maestro consumado, y consigue con él trazar estrofas ru-

tilantes de encanto poético. Los sonetos finales, algunos de los cuales llevan el tubtítulo de *Medallones,* son felices atrevimientos en los que Rubén Darío consigue siempre el éxito, y de todos *Caupolican* y *Catulle Mendés* son, probablemente, los mejores. Nos resulta difícil decir cuál es la mejor poesía de este volumen, ya que muchas se equiparan en valores, y saltan a nuestra mente, pidiendo su preeminencia sobre las demás, *Estival,* conjunto admirable de fuertes pinceladas, *Primaveral,* rebosante de exquisitez, y *Anagke,* de tesis equivocada, pero de versos sonorísimos. Con *Azul...* comienza la fama de Rubén Darío en todo el mundo intelectual, y podemos decir que este libro fué el desperazamiento final de la inspiración de Darío, que ya en el libre poder de sus facultades geniales, produciría tanta belleza inmaculada.

Publicó Rubén, en Chile igualmente, su volumen de poesías *Abrojos,* manojo sutil de bellas composiciones, que no marca una fecha trascendental en la evolución mental de su autor, por lo que solamente consignamos de este libro los anteriores renglones.

De nuevo en León, en Nicaragua, su corazón late presuroso a causa de mil amoríos distintos, y es tal la intensidad de algunos, que un amigo afectuoso lo manda para El Salvador, como años atrás hicieran otros, y siempre por lo mismo: por la mujer, ídolo incomprensible, que tuvo en Rubén un apasionado admirador. En El Salvador tuvo dos amistades importantes: la del poeta Francisco Gavidia, y la del Presidente Menéndez, ambas de perpetua recordación en la vida de Darío. Con Gavidia llegó a asimilar cabalmente la monumental obra de Víctor Hugo, y al penetrar asombrado en los paisajes inigualables que crea el excelso autor de *Los Miserables,* siente la mayor sensación admirativa de su juventud, y entonces concibe la magna idea que habría de elevarlo hasta el trono regio de la poesía hispanoamericana. Gavidia, que en aquella época conocía el francés mucho más que Darío, le mostraba entusiasmado las grandezas de Hugo; y Rubén, por su parte, digería en su cerebro aquel jugo vivificador, y así entrambos saturaban sus almas con los efluvios inmortales de los versos del coloso. El Presidente Menéndez, a poco de conocer a Darío, le nombró Director de un periódico que sustentaba el ideal unionista centroamericano, de cuya realización depende el porvenir de esos países, y al cual aspiraba el probo Presidente. En

esta dirección era Rubén largamente remunerado. Por indicación de Menéndez, nuestro poeta apresuró su matrimonio con una señorita hondureña, e inmediatamente después de efectuado el acto civil del desposorio, el general Ezeta, protegido de Menéndez, desencadenó una revolución, en la que falleció el legítimo Presidente, por lo que Rubén, no transigiendo con el usurpador, en pago de gratitud a las deferencias que con él tuvo Menéndez, marchó para Guatemala, interrumpiendo, así, trágicamente, el proceso de su matrimonio.

Al llegar a Guatemala, escribe Rubén, por orden del Presidente Barillas, la historia de la perturbación salvadoreña, que tituló *Historia Negra,* y que se publicó en *La Nación* de Buenos Aires, y se le encomienda la dirección de un diario semi-oficial, que a poco transformó en revista literaria, colaborando en ella Gómez Carrillo, que pergeñaba entonces sus primeras hojas, y que después llegaría a ser tan ameno cronista, con otros jóvenes de ideales. La deplorable guerra entre El Salvador y Guatemala duró, afortunadamente, poco tiempo, permaneciendo los Ezetas en su robado poder. A poco de la finalización de su matrimonio, se trasladó Darío para San José de Costa Rica.

En la capital de costarricense tuvo "una vida grata, aunque de lucha", y le nació allí su primer hijo, y alternó con la más flamante intelectualidad del país, mas partió para Guatemala, de nuevo, por dificultársele la vida en Costa Rica, y se le nombró entonces miembro de la Delegación de Nicaragua que iría a España, para conmemorar el Centenario de Colón.

Llegar Rubén Darío al leyendario solar de nuestra lengua, y mezclarse en la vida intelectual que allí se agitaba, todo fué uno. Intimó con Menéndez Pelayo, cuya universal erudición pasma de asombro, y cuyos bien documentados libros son consulta necesaria para el estudioso de la Literatura; gozó de la amistad de Castelar, el divino artífice de la palabra, que elevó un monumento de majestad oratoria en *La Civilación durante los Cinco Primeros Siglos del Cristianismo;* fué amigo de Núñez de Arce, que desbordó en bellísimas poesías raudales de su elevado sentimiento estético-religioso; trató particularmente a Cánovas del Castillo, a la Pardo Bazán, á Campoamor, a Valera, y conoció a Zorrilla, que sentó principios de equivocada filosofía en su *Don Juan,* y a Mi-

guel de los Santos Alvarez. Con estas relaciones Rubén Darío pudo llegar a auscultar los más despaciosos ritmos del corazón mental de España, y pudo reafirmar así su admiración artística por el intelecto español, pues aquellos hombres que él conoció, hubieran formado un admirable núcleo en la áurea centuria de nuestra historia literaria. Antes de retornar a Nicaragua tomó participación Rubén en una velada líricoliteraria, en la que también hablaba José Canalejas, más tarde importante político español, y en ella nuestro estudiado leyó sus versos a Colón.

En el viaje de regreso, al detenerse el vapor en el puerto colombiano de Cartagena, visitó al ex Presidente doctor Rafael Núñez, el que prometió a Darío, a insinuaciones de éste, el cargo de Cónsul de Colombia en Buenos Aires, ciudad por la que sentía viva simpatía el grandioso poeta, y en tanto, volvía a Nicaragua para ventilar allí asuntos de urgencia, estando en León supo la muerte de su esposa, que residía en El Salvador. Consternado por la desconsoladora noticia, vivió ocho días bajo la infernal influencia de las bebidas alcohólicas y las drogas heroicas, que fabricaban en torno suyo "los paraísos artificiales", tan peligrosos como artificiales, a que por desgracia era aficionado, y al volver a la vida real, encontró a su cuidado a su madre y a una hermana, "a quienes se puede decir que conocía por primera vez, pues mis anteriores recuerdos maternales estaban como borrados". A poco de este lamentable incidente de su vida, Darío se instaló en Managua, en espera de cobrar unos sueldos que se le debían, y en este lapso le ocurrió un incidente extraordinario, que oculta Rubén en su autobiografía y que conserva inédito Federico Gamboa, por especiales circunstancias, incidente que es uno de los pasajes más dolorosos de la existencia de Darío. La realidad, seguramente, es ésta: Rubén contrajo matrimonio, contra su voluntad, con la señorita Rosario Murillo, y esto impidió "la formación de un hogar por más de veinte años" con la señora Francisca Sánchez, de la que tuvo su último hijo Rubén. Embarcó para Panamá, donde recibió el nombramiento de Cónsul de Colombia en Buenos Aires, y de allí marchó a los Estados Unidos, donde tuvo la dicha inigualable de conocer a Martí, de estrechar la mano de aquel sér extraordinario, que revivió las virtudes del Mesías y que enalteció el linaje humano con sus actos impecables, verda-

dero trasunto de la virtud celestial. La emigración cubana en Nueva York le ofreció un banquete que presidían Gonzalo de Quesada, el inolvidable Quesada, y Bolet Peraza, en representación de Martí, que no pudo asistir al fraternal ágape. Después de visitar, con el difundidor incansable de la obra estupenda del Maestro, la catarata del Niágara, cuya vista no produjo en su espíritu tanta exaltada admiración como en el de Heredia, embarcó para Francia, Meca espiritual de los enamorados de la Belleza y de los amantes del Arte, con cuyas grandezas Rubén había vivido imborrables instantes de emoción ideal.

Esta estancia de Darío en Francia tiene importancia en el desarrollo de su psiquis de poeta, porque entonces fué cuando pudo palpar y sentir directamente todas las sublimidades de la Francia, sublimidades que hasta esta época de su vida no conocía sino por lecturas y referencias, que no podían darle la perfecta y real visión de la patria de Hugo. Comenzó su vida parisiense con Gómez Carrillo, que ya conocía bien aquel ambiente, y trató a Verlaine, el desgraciado genial de *Sagesse,* que le produjo lástima más que admiración, e intimó con otros artistas y escritores, junto a los cuales pasaba noches de interesante bohemia en el lugar clásico de las aventuras amorosas de París, en el Barrio Latino; pero tuvo que cortar esta adorable permanencia en la capital del mundo intelectual, por falta de recursos monetarios, para establecerse en Buenos Aires.

Aquí, con el sueldo de Cónsul y lo que le daban de *La Nación* y de *La Tribuna,* llevaba una existencia placentera, que tenía sus mayores encantos en las nocharniegas excursiones por los cafés bonaerenses, en compañía de un grupo selecto de literatos, con los que departía Rubén. En la bella capital argentina fundó una revista con un amigo literario, pero ésta tuvo una efímera duración, y fué miembro del Ateneo, sesuda organización en la que laboraban ilustres mentalidades. En Buenos Aires publicó Darío dos libros básicos de su obra: *Los Raros* y *Prosas Profanas,* ambos dignos de especial estudio.

En *Los Raros,* que son artículos de crítica sobre personalidades literarias que Rubén conceptúa dentro del título que puso a la colección, predomina la nota francesa. Allí leemos admirables jucios sobre Leconte de Lisle, sobre Verlaine, al que dedica uno

de los mejores trabajos, sobre Villiers de L'Isle Adam, sobre Rachilde, y otros más; del resto de la obra recordamos, principalmente, a Martí, sobre el cual expone algunas ideas con las que no podemos estar acordes, a Poe, a Ibsen, etc. El principal mérito crítico de *Los Raros* es la ductilidad de espíritu de Darío, que igualmente siente intensas emociones en el autor de *Canciones para ella,* que en el creador insuperable de *En los Estados Unidos,* y a esta gran virtud crítica le debe Darío, en gran parte, su agilidad penetrativa en la obra de los demás. *Los Raros* no es el único libro de crítica que dejara Darío, pues también tiene, entre otros, *Cabezas* que puede parangonarse airosamente con la obra en cuestión.

De *Prosas Profanas* nos es muy difícil, si no imposible, decir algo nuevo, después de leer admirados el ensayo en que Rodó estudia esta filigrana artística; el maravilloso pensador uruguayo ha levantado, en homenaje a *Prosas Profanas,* un roble tan colosal, que no deja crecer en torno suyo ningún mezquino arbolillo. No obstante este insuperable obstáculo, glosemos nuestras impresiones.

Una islita encantada, convertida en jardín paradisíaco por magia de cuento de hadas, y en el centro de sus frondosos bosques, siempre verdes de frescura y lozanía, un palacio peregrinamente encantador, en cuyos salones vaga una pareja envidiable, jamás ahita de amarse y de desearse... Tal es, en representación sintética, el efecto que hace en nuestra fantasía *Prosas Profanas.* En nuestro cerebro, prendido con los broches de la más viva admiración, recordaremos siempre tantos arrestos de forma, tantos atrevimientos poéticos, tantas beneficiosas innovaciones, que enaltecen este libro, asegurándole una brillante inmortalidad. Aquí el galicismo de Darío toca a su máximum, y es una adoración igual en intensidad la que siente por la madre Naturaleza que por la amante Francia. Aun cuando su musa se ciña el corpiño español, se transparenta el afrancesamiento invariable del fondo, como en el *Pórtico* a Rueda, y cuando canta motivos argentinos no puede ocultar su descendencia directa, así en *Canción del Carnaval* como en *Del Campo.* La selección, en esta escrupulosa selección de poesías, es confundidora, mas, a pesar de ello, escojamos estas cuatro composiciones, para su estudio aparte: *Di-*

vagación, El Faisán, Coloquio de los Centauros y *Dezires, layes y canciones.* La primera poesía citada es un incomparable poema, en el que Rubén Darío hace gala de la exquisitez de su vena poética, y de su inagotable sed de amar, de su "amor al amor". El admirable poeta no tiene tan limitado concepto de la Estética, que sólo venere a un tipo femenino, cuando bien sabe que la belleza es esencia universal, que no radica en el pelo rubio o negro, ni en la tez pálida o sonrosada, sino en algo inexplicable que da vida y expresión a esas formas materiales de escasa belleza intrínseca, y guiado por esta certeza aspira a ser amado por todas las mujeres de la tierra, pues tanto en el regazo de la correcta griega, como en el de la sutil florentina, como en el de la adusta alemana, y en el de la japonesa, y en el de la española, espera gozar de incomparable deleite, y aspira, en resumen, a un

> Amor, en fin, que todo diga y cante,
> Amor que encante y deje sorprendida
> A la serpiente de ojos de diamante
> Que está enroscada al árbol de la vida.

pero, como indica Rodó, en el fondo de su sentimiento erótico clama, quizás inconscientemente, por la duquesa-pastora del siglo remilgado francés.

El Faisán se presta para demostrar con él que la forma métrica de la poesía no desaparecerá jamás, pues aunque no sea más que como regalo del oído, el espíritu privilegiado va hacia esta clase de composiciones, como las descargas eléctricas atmosféricas al pararrayos. Un tema insulso y poco cautivador se transforma en evocador motivo por la virtud trascendente del ritmo, que lo eleva hasta hacerlo aparecer sugestivo, cuando en realidad es anémico y poco sugeridor. La innovación métrica es importantísima: el dodecasílabo empleado en tercetos monorrimos, queda, desde entonces, como otra conquista del modernismo.

Un poderoso florecimiento de cosas arcaicas se advierte en *El coloquio de los centauros,* "que es quizás el trabajo de más aliento y reposo en la colección que recorremos", según afirma Rodó. El de los centauros, es uno de los más complejos mitos de la mitología helena, y en Darío, estas concepciones extravagantes tienen un fiel devoto, y toda su admiración *centáurica* la desbor-

da en estos dísticos alejandrinos, en los que aborda materias escabrosas de imposible resolución.

Los *Dezires, layes y canciones* son siete poesías de gran valor, en las que Rubén escancia los frutos de sus clásicas viñas; en todas domina una grácil belleza, que les da carácter distintivo en el libro, y son nuevos triunfos de la armonía ideal que Rubén se propuso expresar con una inigualable armonía verbal.

Después de la publicación de *Prosas Profanas,* Darío era ya el Sumo Pontífice del arte poético en el mundo hispano-parlante. Este inolvidable libro marca el apogeo del sentimiento poético de la irresistible juventud de su autor, que desde entonces advirtió junto a la melancólica princesa, que en fiebre amorosa pasa las horas, al infernal Yago, que interviene en todas las querellas de la vida y que marchita los más bellos ideales de las almas grandes...

Volvamos a ver al eminente poeta en España, en Barcelona, comisionado por *La Nación* para informar del estado general en que había quedado la maltrecha metrópoli, después de la liberación de sus últimos dominios, allende el océano. Pasó, a poco, a Madrid, y allí se relacionó con todo lo que pudiera aportarle datos para justipreciar la situación española, y frutos de estos estudios son sus libros *España Contemporánea* y *Tierras Solares,* si bien en este último no se trata solamente de la nación española; pero los que se le dedican son bellos y sesudos capítulos. Y, ya que hemos mencionado estos dos libros en prosa de Rubén Darío, emitamos algunas ideas sobre esta fase de la personalidad del artista, fase importante y luminosa, aunque poco estudiada: Rubén no es prosista como Martí, originalmente enrevesado, ni como Nervo, de una sencillez encantadora, ni como Rodó, cuyas estrofas dan la ilusión de la veta fosfórica, ni como Castelar, florido y tribunicio, ni como Amicis, que es en las descripciones discípulo de Hugo; sino que su estilo es personalísimo, sin dejar, por esto, de influenciarse por cortes ajenos. La principal cualidad de su prosa es la poesía que en ella late, poesía que, en ocasiones, llega a ser exaltadora, como en estos párrafos:

Era la infancia de músicas y rosas, la lejana infancia, en que el alma nueva y libre parecía volar ágil como un pájaro de encanto entre los árboles del Paraíso. Eran las viejas campanas de la iglesia llamando a

misa, la ropa dominical, sacada de los muebles de alacanfor, la ida a la catedral al claror del alba, la salida en plena luz matutina, la dulzura de la casa pacífica, la buena abuela y sus responsorios, la imagen de la Virgen venida de Roma, el cura que iba a jugar tresillo, y el granado en flor bajo el cual los labios adolescentes supieron lo que era el primer beso de los labios de la prima rubia: porque el primer tiempo de la fe era también el primer tiempo del amor.

Darío conocía todos los secretos del idioma, y poseía un vocabulario completo, pero abusó mucho de los barbarismos, más que nada, de los galicismos, lo que usado con mesura no es perjudicial, pero sí lo es si se hace con exceso. El único defecto que advertimos en su prosa, es, a veces, como un debilitamiento, como una falta de nervio vivificador, que contrasta grandemente con el resto de su estilo, aunque esto pueda deberse, no a falta ingénita en el autor, sino al apresuramiento con que Rubén tenía que escribir, lo que le impedía la corrección de sus trabajos. A más de las obras en prosa citadas, merecen esa distinción: *Peregrinaciones,* que es una de sus más gallardas muestras como prosista, *La Caravana pasa, Todo al vuelo, Cuentos y Crónicas,* etc.

Después de permanecer en España por algún tiempo volvió Darío a Francia, donde se estableció definitivamente, y de allí visitó casi toda Europa y el Brasil, a donde fué como Secretario de la Delegación nicaragüense a la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, y más tarde retornó a España para un asunto internacional con el rey Alfonso, en representación de su patria, y por último, embarcó para Nicaragua, después de diez y ocho años de ausencia. Fué recibido en aquella patria a la que tanto había enaltecido, "como ningún profeta lo ha sido en su tierra", y allí confiriéronle el cargo de Ministro ante el Rey Católico, que le proporcionaría más tarde, agrios disgustos. Rubén, una vez presentadas sus credenciales y regularizada su existencia de diplomático, fué designado en misión especial ante el Gobierno de México, pero, por cierto complicado asunto, no pudo desempeñar su cometido, y entonces vino a La Habana, donde pasó una molesta temporada; mas al fin pudo volverse a París, ya sin el cargo de Ministro, por haber cambiado el gobierno de Nicaragua y por la escasez de recursos materiales que éste brindaba.

A esta altura de nuestro trabajo interrumpamos la biografía,

para continuarla más tarde, después de estudiar las dos obras de Darío que aún no hemos analizado, *Cantos de vida y esperanza* y *El canto errante,* sin cuyo conocimiento no podemos comprender en toda su magnitud la grandeza del genio poético de Rubén Darío.

Cantos de vida y esperanza es una obra avasalladora, genial, sorprendente, que basta, por sí sola, para inmortalizar a Rubén Darío. Indiscutiblemente es su mejor libro, el que ha conquistado una más legítima fama, sin llegar nunca a los excesos de popularidad de otros versos más agradables para el oído entumecido del vulgo, ya que la popularidad es como dijo con su claro talento Oscar Wilde, "la corona de laureles que el mundo teje al arte malo". El propio Darío, al realizar labor autocrítica, dice: "Si *Azul*... simboliza el comienzo de mi primavera, y *Prosas profanas* mi primavera plena, *Cantos de vida y esperanza* encierra las esencias y savias de mi otoño", y es ésta la estación ideal en el decurso de los tiempos mentales, porque en ella es cuando se crea la sublime producción artística, espejo fiel del autor, ya que éste, libre de perturbadoras influencias exotéricas, se muestra aquí tal como la Naturaleza lo ha hecho. En *Cantos de vida y esperanza* se advierte, a la primera lectura, ciertas modificaciones en el carácter de Darío, que en este libro exterioriza admirablemente un encantador exaltamiento reflexivo, que a la vez que lo convierte en elevadísimo pensador no disminuye su caudal poético: tal es la suprema aspiración en materia de Arte. Saber pensar, sentir y expresar maravillosamente, esto es: la conjunción de los tres heroísmos de que donosamente hablaba Díaz Mirón. En dos grandes grupos podríamos separar las poesías de *Cantos de vida y esperanza*: uno de carácter filosófico y otro, de carácter eminentemente artístico, en el que se realiza la teoría del arte por el arte. En el primero hay una idea, que a manera de *leitmotiv,* se ve repetida incesantemente, y es la obsesión de la muerte, que tortura a Rubén Darío con el horrible dolor de la necesaria desgracia que vendrá y contra la cual nada pueden la voluntad ni la virtud. En el segundo, sigue siendo la mujer el ídolo cantado, pero ahora hay cierto *rictus* de tristeza en la sonrisa de amor que se dirige a la bella. Analizado *Cantos de vida y esperanza* al través de otro prisma, del prisma de la preceptiva, da oportuni-

dad a largo estudio, pero resumiremos: el metro suelto se emplea con profusión, y de una manera originalísima, dándosele una musicalidad inusitada, musicalidad que emana de la falta de rima, que si en ciertos poetastros es fantasma temible, en Rubén Darío es genio amable y familiar, pues éste por la alta virtud de su ritmo consigue suplir la ausencia de rima. En múltiples ocasiones demuestra Darío la equivocación que encierra la frase aquella del respetable Benot, en su *Prosodia castellana y versificación,* según la cual "contrariar con las pausas métricas las pausas naturales no pasa hoy sino entre los versificadores de poca fuerza". Resucita el exámetro, aunque al hacer esto no logra comunicarle la ágil gracia que daba a todo lo suyo, sino que lo deja algo rígido y enteco. El *Soneto de trece versos* no es más que un tímido ensayo de escasa trascendencia. Mezcló Darío en varias composiciones endecasílabos de diferentes clases, y suprimió el acento en la sexta sílaba del verso sáfico. El parnasianismo de *Cantos de vida y esperanza* no es el mismo que el de *Azul...* y *Prosas profanas,* pues en éstos es virtud minuciosamente buriladora, y en la obra en cuestión es más fuerte, sin dejar de ser menos exquisito, y más expansivo, sin dejar de ser menos lírico. Ya que tratamos del sentimiento parnasiano de Rubén Darío, digamos que éste le fué inculcado más por la Naturaleza que por la convicción.

El exordio lírico "Yo soy aquel que ayer no más decía", es una de las más valiosas poesías de la colección. Aquí el poeta describe el proceso elaboratorio de su personalidad, y termina con elevadas disquisiciones filosóficas, siendo la penúltima estrofa ejemplo precioso de grandes imágenes. Demuestra poseer el talento superhumano, que raya en genio, de conocerse a sí mismo, y estos versos resumen el espíritu de Darío mejor que cuanto pueda hacerse:

Como la Galatea gongorina
Me encantó la marquesa verleniana,
Y así juntaba a la pasión divina
Una sensual hiperestesia humana.

En la *Salutación del optimista,* compuesta en exámetros que se resienten por su rudeza, palpita el españolismo de que están

impregnadas las páginas de *Cantos de vida y esperanza,* españolismo que se transforma luego en hispanoamericanismo, para augurar a esta rama de la humanidad latina días de gloria y bienandanza. No es ésta la única manifestación del sentimiento hispanófilo que cuando la publicación de *Cantos de vida y esperanza,* en 1905, dominaba a Rubén Darío, pues también pueden clasificarse dentro de este grupo las composiciones tituladas *Al Rey Oscar, Cyrano en España, Retratos, Trébol* y *La Letanía de Nuestro Señor Don Quijote. Cyrano en España* es una armoniosa poesía, compuesta en pareados alejandrinos, en los que Rubén evoca diestramente la interesante figura del infortunado gascón, y es magistral el verso aquel en que le dice:

Un hada es tu madrina, y es la Desesperanza,

en el que sintetiza toda la existencia de aquel melancólico amante, pero yerra por completo, quizás arrebatado por el exceso de hispanismo que entonces sentía, cuando declara:

Su penacho soberbio tiene nuestra aureola,

siendo lo cierto que trasplantado el "penacho" cyranesco del Puente Nuevo a la Puerta del Sol, se convertiría en inconsútil fanfarronada. *La Letanía de Nuestro Señor Don Quijote* es una ofrenda digna de la divina concepción de Cervantes, y en esos versos de cadencia litúrgica es donde mejor se puede honrar la memoria del impecable manchego, pues entre aquéllos y éste advertimos cierta misteriosa analogía.

En *Cantos de vida y esperanza,* como se ha ampliado la visión del poeta, abarca éste temas heterogéneos, y no se ocupa tan sólo de la marquesa que coquetea entre el noble y el abate, sino que abstrayéndose de estas aventuras, realizadas al amor de la luna en sus jardines interiores, junta su corazón con el corazón del Continente, y es así cómo se atemoriza y recela del vecino norteño, que esconde bajo máscara quijotesca al más pérfido Sancho. En muchas partes del libro aparece esta inquietud, pero en ninguna tan francamente expuesta como en *A Roosevelt,* que tiene algo de ingenuo, pues, en síntesis, encierra como una amenaza de nuestra América a la América de Webster.

En *Cantos de vida y esperanza* vibra un pensamiento que es correlativo de los iniciados en la verdad teológica: que la actual situación del mundo no puede continuar, por lo insólita que es, y que de un modo u otro Dios ha de detener esta orgía universal, y Rubén le ruega al desconcertador crucificado del Gólgota que vuelva a la Tierra para paralizar la ola nociva que nos ahoga. *Helios* es un vibrante himno al Sol, más hermoso que el de Heredia, compuesto en estrofas aun más áureas que la maravilla cantada. La *Marcha triunfal,* que es la mejor poesía épica de Ruben Darío, es un prodigio de aliteración, y los ojos ven y los oídos oyen y el corazón siente, el paso del tumulto orgulloso de los vencedores, evocado en esta composición por versos de mayor plasticidad que frescos de Miguel Angel.

Los cisnes son un paréntesis luminoso en esta luminosa obra; el cisne es el símbolo representativo de la producción poética de Darío, un cisne blanco en un lago azul... Y para cantar la inmaculada majestad de la regia cabalgadura de Lohengrin, dedica Rubén una sección aparte de *Cantos de vida y esperanza.* En las primeras composiciones que encontramos en *Las cisnes,* ideas secundarias que en ellas se exponen, no nos permiten sentir toda la intensidad de la admiración hacia el ave celeste que esperamos de Rubén, pero en las últimas nos satisfacemos con creces. Aunque el cisne hermano de su poesía no es el que hace temblar de pasión a Leda, la musa de Rubén sabe evocar este mito con inimitable donaire, y donde mejor lo hace es en el soneto titulado *Leda,* que debía estar incluído en *Los cisnes.*

El *Nocturno* es una amarga lamentación, lanzada desde el fondo del alma de Darío por la irremediable pesadumbre que la llenaba. *Divina Psiquis, dulce mariposa invisible* es una fragante composición en la que Rubén describe los deliquios de su alma, de esa esencia misteriosa que a pesar de conocerla no podemos definirla. *¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!* es como una protesta del espiritualista que se ve impedido de volar por el empíreo, cual quisiera, por las odiosas ligaduras que lo atan a la tierra; *A Phocás el campesino* encierra la triste filosofía de que la vida no es más que una consecución de desdichas, rara vez interrumpidas por el rayo de la felicidad, que no sirve sino para que después de su instantáneo fulgor se sumerja el hombre en

mayor lobreguez. La composición que sigue es un arrebatado canto a la mujer, en el que se demuestra una vez más que desde la hembra paradisíaca, ellas son el eje alrededor del cual gira la humanidad. La *Marina* emana un salobre olor a costa océanica o a playa serena, divinamente expresado a lo largo de toda la composición. *Ay, triste del que un día...* son dos serventesios en los que Rubén derrama altas concepciones filosóficas. *Augurios* delata el horror a la muerte que sentía Darío, horror que en ocasiones se convertía en torturadora pesadilla. *De Otoño* es una saudade emocional, en la que apunta el sentimiento de la vejez en Darío. *Amo, amas* es como una invitación al amor, al que Rubén conceptúa como Norte imprescindible de la vida. En el *Nocturno* comprobamos de nuevo que Rubén ha sido uno de los poetas que mejor han podido reflejar, por medio de la palabra, estados anímicos y de la naturaleza, pues en estos versos columbramos la dulcísima impresión de la noche apacible, no sólo en el tiempo, sino también en el alma, que al igual que aquél tiene sus estaciones. Y llegamos ya a la última rosa de este jardín: *Lo fatal,* que a pesar de su tétrico nombre, ofrece a nuestros sentidos aromas inmortales; dos de los más profundos versos que ha compuesto Darío son éstos:

> Pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
> Ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

En estos alejandrinos condensa Rubén una biblia filosófica, pues en efecto, el pasar por el camino de la Vida dándose cuenta de las zarzas que lo obstaculizan, es infortunio incomparable, que vence a la humana conformidad.

Cantos de vida y esperanza es el fruto sazonado del cerebro de un escogido por el Destino para realizar en el mundo obra imperecedera. Mientras palpite un corazón por el ansia de la Poesía, mientras lata un cerebro que trasmonte el círculo limitado en el que viven los hombres, existirá *Cantos de vida y esperanza.*

El canto errante tiene carácter propio dentro de la obra de Darío; ni los desbordamientos juveniles que se advierten en *Azul...,* ni el exuberantismo verbal y fantástico de *Prosas Profanas,* y ni la madurez mental de *Cantos de vida y esperanza,* encontramos en este libro. Aquí Darío no se halla cansado de la

brega de la vida, pero tampoco siente latir su corazón con tanta fuerza como antes; ya su alma se dilata en el crepúsculo, y de entre los vagorosos tintes de esta hora saca *El canto errante,* que a pesar de lo antes dicho, conserva las cualidades primordiales de la organización anímica de Rubén: así sucede en todos los hombres. Los atributos accesorios de la personalidad varían, pero la esencia característica de cada uno permanece siempre siendo la misma. Las *Dilucidaciones,* que se hallan al principio de la obra, son altas disquisiciones retóricas, en las que Rubén ataca los prejuicios poéticos de que están infestadas las antiguas Preceptivas, y demuestra de nuevo que su poesía es autóctona en él, y su libre criterio en cuestiones de arte. No haremos una detenida exégesis de *El canto errante.* Sólo mencionaremos las mejores poesías de esta colección: *Metempsícosis* es una bella fantasía, de sugestivo asunto. *La Salutación al aguila,* quizás poco sonora, no responde exactamente al ideal político de la América Latina. *Revelación* esconde, envuelta en la seda de un encantador simbolismo, la verdad irrefutable de que el hombre es un universo minúsculo, agitado por las mismas corrientes que el universo exterior, y que en aquél podemos encontrar todas las respuestas a todas nuestras preguntas. *Versos de Otoño* son evocadoras estrofas de dulce mansedumbre. *La bailarina de los pies desnudos* es una ensoñación erótica. *La canción de los pinos,* que puede figurar entre lo más escogido de este libro y que es digna del florilegio, está compuesta en preciosos versos. *El Preludio* a *Alma América,* de Santos Chocano, *Nocturno,* la *Epístola* a Madame Lugones, *Balada en honor de las Musas de Carne y Hueso, Flirt, A una novia, Tant mieux* y *Alma mía,* son valiosas poesías de Darío. Las tres últimas composiciones de *El canto errante* forman el más brillante grupo de todo este libro, y por su originalidad y belleza, son altos exponentes del genio de Rubén Darío.

Además de todas las obras poéticas de Darío estudiadas hasta ahora, merecen citarse también el *Canto a la Argentina, Lira Póstuma* y *Poema del Otoño y otros Poemas.* En todos estos libros se revela Darío poeta de elevadísimos vuelos, pero no nos detendremos para analizar estas tres obras citadas.

Continuemos la interrumpida biografía: de nuevo en París

fundó Darío las revistas *Mundial* y *Elegancias,* en colaboración con otros artistas. A causa de una anemia cerebral que lo conturbó mucho, pasó a Palma de Mallorca, en busca de salud, y durante su permanencia en la islita balear, escribió *El Oro de Mallorca,* "novela autobiográfica inédita", según Cejador; guiado siempre por su espíritu Simbádico pasó a Barcelona, la tierra de Rusiñol, y a fines de 1914, año tristemente memorable, se hallaba en Nueva York, "tan enfermo que apenas podía hablar". En la grande metrópoli le sobrevino una pulmonía doble y sin curarse por completo, embarcó, en esta lamentable situación, para Guatemala y Nicaragua, "en busca del cementerio de mi país natal", como escribió a Gómez Carrillo, y después de una operación en el hígado, el 6 de febrero de 1916, abandonó la esencia vital aquel cuerpo torturado por el deseo, y su alma, ya sin las trabas de los sentidos, pudo remontarse tranquila por la inmensidad azul tan bien amada, para descubrir aterrada el secreto de toda cosa y para reafirmarse en el pensamiento de que el infinito divino no es asequible a la humana conciencia.

RAOUL MAESTRI Y ARREDONDO.

La Habana, septiembre de 1923.

Extremadamente joven, hasta el punto de sorprender que a una edad tan temprana se emprendan con éxito estudios literarios de cierta índole, el Sr. Raoul Maestri y Arredondo ha publicado en la prensa de La Habana dos interesantes trabajos: uno sobre *Cyrano de Bergerac,* y sobre *El drama musical* el otro; habiendo pronunciado dos conferencias, la primera sobre *Martí* y la segunda sobre *Manuel Gutiérrez Nájera.* CUBA CONTEMPORÁNEA, en cuyas páginas se han dado a la publicidad las primicias de muchos jóvenes escritores—hasta entonces desconocidos—, que más tarde han sido consagrados por la crítica, se complace en publicar este artículo de síntesis biobibliográfica sobre el insigne poeta nicaragüense, cuya obra literaria ha sido tan diversamente juzgada.

PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL

LA VISITA DE VARGAS VILA

A permanencia del ilustre escritor colombiano José María Vargas Vila, durante varios días, en nuestra Capital, constituyó, por un momento, un motivo de comentada actualidad en los corrillos literarios habaneros, donde se renovó el choque de contradictorias opiniones, producido desde hace muchos años, en torno de su extraña e indefinible personalidad.

Para algunos, el distinguido novelista es un genio innovador y formidable, de fulgurante pensamiento, altísimas ideas y encendida e incendiaria expresión.

Para otros, es tan sólo un extravagante malabarista del estilo.

De todos los escritores de habla castellana, pocos han disfrutado de tanta popularidad como él entre la juventud y cierta clase de lectores de cultura embrionaria, en cuyas almas todavía logra despertar una adhesión tan fervorosa como poco persistente.

Su fama descansa en sus novelas; atrayentes por su extraña y áspera ideología y, en no pequeña parte, por sus audacias estilísticas, por su irreverente anarquismo gramatical.

Sus párrafos truncados; su caprichosa puntuación ortográfica; la profusión y, a veces, grandiosidad, de sus imágenes y paradojas, sus bellos fragmentos de prosa rimada, sonora y musical, han producido desbordamientos de entusiasmo en varias generaciones de estudiantes, de barberos y de horteras.

Sobre todo, ese tentador desprecio de las normas gramaticales, tan incómodas para quienes no pueden comprenderlas, haparecido a muchos signo indudable de excelsitud genial.

Durante los momentos efervescentes de su popularidad, pocos escritores jóvenes lograron evadir su peligrosa sugestión; y muchos se vieron precipitados por ella, alguna vez, en los derriscaderos del ridículo.

El genio y aun el simple talento pueden permitirse incluir en su obra tal o cual extravagancia formal o sustancial; pues ella queda, al fin, envuelta en la magnificencia del conjunto.

Pero aquí está la trampa entre cuyos dientes queda triturado el imitador mediocre.

Confunde el elemento accidental e insólito, arcilla deleznable muchas veces, con el oro modelado por la capacidad artística del creador. Y sueña haber ascendido a su nivel cuando logra reproducir, con sus torpes dedos, los arabescos accesorios de una obra magistral.

Vargas Vila es grande, principalmente, en su ardiente expresión de polemista y panfletario, adalid constante en toda causa de libertad y de justicia; flagelador incansable de toda tiranía, de todas las malandanzas del despotismo insolente y la complicidad servil.

Puede ser que algunas de sus novelas queden como exponentes de arte fino y selecto; de recia y exquisita urdimbre sentimiental e ideológica; cuéntese, a pesar de su fuerte presión tendenciosa, a *Flor del fango,* como ejemplo. Otras, en cambio, fuertemente ensalzadas por la crítica impresionable y tenidas en alto aprecio por el mismo autor, posible es que no perduren.

Entre ellas, *Ibis,* su creación predilecta, cuya pobre y tosca trabazón dramática desfallece sofocada en un desbordamiento de paradojas morales, inconsistentes y desprovistas de trascendencia práctica y de valor ideal.

En una apreciación serena de los quilates artísticos de este ilustre escritor, no deben tomarse en cuenta sus originalidades sintácticas y ortográficas.

Después de todo, las leyes gramaticales no son otra cosa que la codificación de las formas expresivas empleadas, en general, por los grandes escritores.

Y Vargas Vila es un gran escritor; un gran señor de la Idea y del Estilo.

Para los latinoamericanos, siempre tendrá el alto valor de

un verdadero representativo de nuestros ideales políticos y artísticos, innovadores y libertarios.

Y los cubanos nunca podremos olvidar que fué un fiel admirador y amigo de Martí.

*

La Academia Nacional de Artes y Letras celebró una sesión pública en el Teatro Nacional, con objeto de presentar al insigne prosista al pueblo de La Habana, dándole, al mismo tiempo, oportunidad para pronunciar una conferencia.

Vargas Vila carece de condiciones físicas para expresarse en público. Su voz es apagada; su gesto, desmayado y frío.

Llevó su conferencia escrita y la leyó, después de un breve discurso, inspirado y fogoso, del Presidente de la Academia, Dr. José Manuel Carbonell.

Tan sólo las personas más próximas al lector pudieron oír sus palabras.

El autor de estas líneas, gracias a su posición en el local, medianamente favorable, logró comprender una gran parte de la conferencia aunque dejó de oír varios de sus fragmentos; por otra parte, el trabajo, por su extensión sin duda, no fué leído totalmente.

En tal virtud, una apreciación completa y exacta de su contenido podrá formularse tan sólo cuando sea publicado en los *Anales* de la Academia, según fué ofrecido por el Presidente de la Corporación.

En conjunto, aparecen sustentadas en la conferencia tres proposiciones principales:

1ª Con el principio de la guerra de 1914 a 1918 se extinguió en Europa la luz de la civilización y recobró su predominio el fondo ancestral de la barbarie.

2ª Después de la guerra, con la depauperación orgánica y espiritual sufrida durante ella por los pueblos, la libertad ha desaparecido, barrida por la dictadura; y la Literatura entró en proceso de franca decadencia.

3ª Solamente en los pueblos de raza latinoamericana se mantiene el amor a la libertad, la fe en el poder de la palabra y de la idea; y de ellos es preciso que parta el impulso de regeneración

que puede encender de nuevo la luz de los grandes ideales en el alma esclavizada de las muchedumbres europeas.

Hé aquí tres sorprendentes afirmaciones que merecen la más detenida consideración de parte de toda inteligencia emancipada capaz de penetrar en los fundamentos de su significación.

En cuanto a las dos primeras, no surgen en el pensamiento resistencias considerables para aceptar su exactitud.

La guerra estalló bajo la presión de dos acicates concurrentes, igualmente poderosos:

La enconada agitación industrial producida por la competencia de las industrias alemanas y las aspiraciones de hegemonía político-económica sustentadas por el imperialismo alemán.

Y el terror creciente de los monarcas y capitalistas europeos ante la amenaza del socialismo rojo, de proporciones invasoras en todos los pueblos cuyo desarrollo industrial produjo en ellos muchedumbres proletarias enardecidas por el sufrimiento.

La guerra debía decidir acerca de la supremacía económica entre las organizaciones político-industriales antagónicas y aplastar las aspiraciones libertarias de las multitudes bajo el peso de las viejas pasiones patrióticas redivivas; del temor a la muerte; del odio al enemigo; de la sumisión a las castas tradicionalmente encumbradas en las altas jerarquías.

Durante la guerra, la férrea disciplina militar, el cintarazo del jefe, la amenaza del fusilamiento, el hambre y el terror, mantuvieron a las muchedumbres sumisas y agrupadas en torno del cuartel y del convento.

Al final de la espantosa sacudida, en el alma calcinada de los pueblos no quedó el menor vestigio de independencia espiritual y de energía.

Reverdecieron estados de ánimo languidecientes desde hacía mucho tiempo, como la ciega pasión nacionalista y el misticismo cristiano, restos de una etapa de la civilización ya recorrida por los núcleos-guías de la humanidad; verdaderos lastres psíquicos de influencia entorpecedora en el desarrollo de los nuevos ideales de fraternidad y de justicia, propios de la evolución científica y de la experiencia social contemporáneas.

Y aparecieron las brutales dictaduras plutocráticas y militares que hoy ostentan ante el mundo su repugnante insolencia, aun

en países donde la libertad política había logrado realizar avances efectivos.

En un ambiente de esclavitud, la inspiración artística se ahoga; y la literatura desciende a condiciones de anodinismo, en las cuales, su trascendencia espiritual y social es absolutamente nula.

Apagadas las grandes voces de Víctor Hugo, Zola, Galdós, Ibsen y Tolstoi; casi extinta ya la del único superviviente de aquella pléyades gloriosa, Anatole France; y asfixiado por los gases deletéreos de la ambición monetaria y el ansia de popularidad, muerto ya definitivamente para toda alta empresa literaria, quien pudo figurar entre los astros de primera magnitud, Blasco Ibáñez; sólo producciones de aspiración mezquina o mutilado idealismo es capaz de brindarnos la literatura actual.

El vigoroso narrador de las ásperas escenas de *El Infierno* y *El Fuego,* Henri Barbusse, quiso dar a sus expresiones vívido calor humano en su novela *Claridad;* pero, su pensamiento, aliatado todavía por la densa presión del ambiente, saturado de patriotero nacionalismo, tan sólo supo erguirse ante los ídolos ya derribados, como la realeza y la aristocracia, balbuceando apenas débiles protestas de adhesión a los nuevos ideales de renovación espiritual y social, sustentado en todos los espíritus libres de supersticiones religiosas y cobardías mentales.

En la novela y en el teatro, se hurga obstinadamente el viejo fondo de lascivia y bestialidad, básico en la naturaleza humana.

Los grandes éxitos literarios de nuestros días, se producen mediante la explotación de esta veta inagotable; y, por ella, novelas de mediano valor, como *La Garçonne,* de Victor Margueritte, son acaloradamente comentadas y, por esto, ávidamente leídas.

¿Qué escritor es capaz de alzar su voz en este instante de aplastamiento, contra los grandes tiranos que gobiernan el mundo con la espada o con el oro, contra las fuerzas enervantes del fanatismo y la absorción clerical?

Hoy tan sólo alcanzan tiradas considerables, o representaciones numerosas, obras inspiradas en la exacerbación de la lujuria; o cuentos anodinos, reducidos a la relación de vulgares peripecias amorosas, podados cuidadosamente de todo anhelo rebelde, de toda expresión heterodoxa, de toda filosófica inquietud; meros juegos más o menos ingeniosos de la imaginación y el apetito

erótico, como son las novelas de Hugo Wast, de Pedro Mata o Guido da Verona.

¿Tiene algún fundamento real la esperanza vinculada por Vargas Vila en el impulso libertario y renovador de los pueblos latinoamericanos?

He aquí donde la visión del escritor aparece deslumbrada con la perspectiva de mirajes alzados ante ella por un optimismo nacido quizás en la lejanía del destierro.

Puede ser que en México se esté formando un foco propulsor de una trascendente transformación de la vida social, por la potencia y el arraigo popular de sus partidos avanzados.

Y que el desenvolvimiento de la cultura en algunos pueblos suramericanos contenga valiosos gérmenes de emancipación, de posible desarrollo en el futuro.

Por ahora, en los países más poderosos, como la Argentina, Chile y Brasil, tan sólo se alcanza a percibir la propagación del peligroso vaho imperialista, difundido por sus embrionarias castas militares y sus ya poderosas plutocracias.

Y en cuanto a los demás países, Cuba entre ellos, ¿es posible hacerse ilusiones acerca de su situación?

Corroídos por el clericalismo y por el capitalismo yanqui; prisioneros de burdos caciques políticos, sobrado ardua es la empresa que tienen ante sí de romper tan ignominiosos y postradores yugos, antes de pensar en ofrecerlos a la causa de la libertad, no ya como auxiliares, siquiera en calidad de ejemplo, en un momento en que el mundo se encuentra agobiado por dolencias semejantes o peores.

Y, en verdad, la mirada mejor predispuesta de cuantas personas anhelan vislumbrar en el horizonte la claridad de un nuevo día no es capaz de precisar aún por qué cuadrante llegará el soplo libertador de toda esta carga de esclavitud y de ignominia que las almas soportan actualmente.

LOS PRESUPUESTOS NACIONALES

Hemos entrado en el nuevo año fiscal de 1924 a 1925 con los mismos presupuestos que rigieron durante el año anterior.

Aprobados previamente en el Senado de la República, no fue-

ron siquiera discutidos en la Cámara de Representantes, debiendo quedar por esto, en vigor los presupuestos anteriores, desde el día primero de julio.

En parte, fué éste un buen rasgo de la Cámara de Representantes, de ser cierto que en el documento llegado a su poder prevalecía la distribución propuesta por las dependencias del Poder Ejecutivo.

En este caso, no hay malicia en sospechar que en sus cifras se emboscaba el partidarismo electoral.

Abundantes consignaciones para personal temporero; las partidas para material consumible recargadas; aumentos en Hacienda; aumentos en Gobernación; aumentos en Obras Públicas; aumentos en aquellos centros administrativos tomados en calidad de campamento por las huestes reeleccionistas.

Todo lo cual, en buen romance, significaba posibilidad de mantener ejércitos de agentes electorales; de facilitar subvenciones; de dirigir, en primer término, un potente chorro áureo sobre la Asamblea Nacional del Partido Conservador, a fin de calmar los ardores menocalistas, prendidos en la exaltación de muchos de sus delegados; y de montar después, con la perfección necesaria, la máquina de la coacción, del soborno y del cambiazo electoral.

¿Procedieron por puro interés político, los Representantes que impidieron la discusión, o fueron impulsados en su actitud negativa por móviles de interés personal?

En versiones persistentes, se asegura que no faltaron miembros de la mencionada Corporación dispuestos a cotizar su voto favorable; versiones producidas quizás por una predisposición malévola, pero jusitficada, por precedentes sostenidos con despreocupación ostensible.

Pero, evidentemente, los Representantes opuestos a la reelección comprendieron el peligro y decidieron correr el riesgo de provocar el disgusto gubernamental, con las consiguientes consecuencias en los favores subrepticios e ilegítimos de que casi todos disfrutan en recompensa de pasadas concesiones.

Bien empleado le estuvo al Ejecutivo Nacional el fracaso que sufrió.

Confiado en los precedentes de sumisión establecidos a fuerza de colecturías y destinos para recomendados, preparó a su gusto

el proyecto de gastos para el nuevo año económico, sin contar con rebeldías entorpecedoras.

Pero, en las próximas elecciones de noviembre, no entra en juego tan sólo la Presidencia de la República, sino también las actas de un gran número de estos avisados Padres de la Patria, cuya avidez no llega al extremo de oscurecer su entendimiento disponiéndolos a entregar al carnicero el cuchillo con que éste pensaba degollarlos.

Ellos vieron como, tras la candidatura presidencial, se emboscaba la turba anónima y servil de los protegidos de Palacio, incapaces de luchar con sus fuerzas personales y, por esto, reducidos a confiar en el apoyo oficial para apuntalar sus aspiraciones a otros cargos electivos.

Teniendo en cuenta estas posibilidades evitadas, el país ha salido bien librado en esta escaramuza pre-comicial; pues, en alguna parte se ha impedido el mal empleo de unos cuantos millones sustraídos a los servicios públicos verdaderamente necesarios.

Pero, fuerza es reconocer también que la Cámara procedió desacertadamente al no colaborar con el Senado en el estudio y aprobación de unos presupuestos inspirados en las necesidades del país.

Los presupuestos actuales son insuficientes y dejan indotadas muchas atenciones indispensables.

Dispuestos en los momentos apremiantes en que Cuba se doblegaba bajo el azote de una crisis económica de rudeza inesperada, se ajustaron a tales condiciones, a expensas de gran número de servicios cuya supresión o mal cumplimiento sólo consecuencias perjudiciales puede acarrear.

En esta situación, era deber del Congreso haber estudiado y aprobado los presupuestos nacionales, podando toda partida sospechosa, pero consignando cantidades suficientes para todas las funciones administrativas necesarias.

No lo ha hecho así y, con ello, ha ofrecido al pueblo una nueva demostración de su incapacidad para cumplir adecuadamente su misión, precisamente en aquel de sus aspectos en que debe hacer sentir su influencia de manera preferente: en la regulación de los gastos públicos.

MONITOR.

BIBLIOGRAFIA

Marcel Barriére. LE SANG D'ASMODÉE, DEMON DE LA LUXURE. Roman de mœurs de la premiére epoque du tango. Albin Michel, editeur. Rue Huyghens, 22, Paris. 8º, 247 p.

Si por su extensión aspira este libro a merecer la consideración de una novela, ni por su asunto ni por la manera de tratarlo puede ser aceptado como tal.

Viene a ser algo así como un cuento algo prolongado, quizás excesivamente prolongado, mediante la acumulación de detalles de segundo orden, incluídos en el curso de la narración; la cual, a su vez, contiene tan sólo el desarrollo de un episodio único: las relaciones amorosas de dos desocupados, cuya actividad está toda concentrada en la satisfacción de sus deseos sexuales.

En él quiso encarnar el autor el tipo de un seductor profesional en decadencia, por la acción implacable de los años, enamorado ahora de una mujer joven, cuyo dinamismo erótico ha traspuesto los linderos de la normalidad.

Ella constituye un caso de voluptuosidad morbosa, cuyas denominaciones clínicas y vulgares son suficientemente conocidas.

Además de sus relaciones con el amante oficial, ella procura cuantos contactos masculinos se ponen a su alcance, llegando hasta a frecuentar casas de prostitución en busca de nuevas aventuras.

Estética o literariamente, el libro carece de interés; no tiene siquiera la justificación científica aducida por los hermanos Goncourt al publicar su *Germinia Lacerteux,* otro tipo de la atormentada por un deseo sexual insaciable, cuya evolución presentaron en sus rasgos iniciales y en todas las etapas de su exacerbación.

La repetición innecesaria y circunstanciada de escenas saturadas de sensualidad contribuye a colocar el libro en los linderos de la litera-

---

(*) En esta sección serán siempre analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que se nos envíe un ejemplar, sólo tendrá derecho el remitente a que se haga la correspondiente inscripción bibliográfica. CUBA CONTEMPORÁNEA se reserva el derecho de emitir opinión acerca de toda obra, nacional o extranjera, que por su importancia merezca ser criticada.

tura pornográfica, entendiendo como tal aquella que busca el fomento de su circulación hurgando en el viejo fondo de lascivia propio de la naturaleza humana.

El subtítulo es igualmente tendencioso: *Novela de costumbres de la primera época del tango.*

¿Qué primera época del tango es ésta?

¿De qué costumbres se trata? ¿De las costumbres de toda la sociedad en general, de porciones considerables suyas, por lo menos, o solamente de la población flotante y degenerada que deambula de cabaret en cabaret y de prostíbulo en prostíbulo?

Ni siquiera de ésta, pues la ninfomanía es un accidente patológico y sumamente raro; y la aparición de un caso individual no puede dar lugar para un "estudio de costumbres".

La Lilith de *Le Sang d'Asmodée* es como una hermana menor de *La Garçonne;* pero así como ésta aparece impulsada en pos de los placeres sexuales por una grave perturbación psíquica, la primera es arrastrada por una simple alteración de su sensibilidad orgánica, sin complicación moral o intelectual alguna.

La Garçonne, con todos sus defectos, o mejor, con todos sus excesos, es todavía una novela de honda vibración humana. *Le Sang d'Asmodée* es apenas un cuento casi pornográfico cuyos personajes anodinos y vulgares, a pesar de la singularidad patológica de la protagonista, ni promueven la simpatía ni despiertan interés.

ARTURO MONTORI.

HISTORIA DE CUBA. (Escuelas primarias, superiores, preparatorias y normales.) Por el Dr. Ramiro Guerra y Sánchez... Habana. Librería "Cervantes" de Ricardo Veloso. Avenida de Italia 62 (antes Galiano). 1922. 8º, 264 p. Con dibujos de la Sra. Carmen Loredo y el Sr. Rafael Lillo.

La incontenible laboriosidad del Dr. Ramiro Guerra lo ha llevado a preparar un compendio de su historia de Cuba, compendio que sirve como recordatorio para los apresurados y como inicio para los estudiantes. Desde hace años el Dr. Guerra trabaja en la preparación de una historia nacional de gran extensión. Sus ocupaciones y la necesidad de un viaje a los archivos de España lo han detenido en el segundo tomo. Pero que tiene ya acopiados numerosos elementos para toda la obra, lo prueba el pequeño volumen dado en forma de anticipo.

En esta historia elemental es cronista en absoluto desapasionado, tal vez un poco frío, como si narrara sucesos de países muy distantes. ¿Es un mérito? No podría decirlo. Estamos demasiado cerca, y sufrimos aún más de lo conveniente sus resultados, de aquellos tiempos

en que un Capitán General mandaba como un déspota, asistido por miles de voluntarios y de burócratas venales, para que un cubano, historiador o periodista, los recuerde con serenidad. La expulsión de los diputados de las Cortes de 1837, el fracaso irritante de la Junta de Información que justificó la Guerra de los Diez Años, la burla de la paz del Zanjón, los atropellos seculares a la libertad, el fusilamiento de los Estudiantes, las cosacadas de Weyler, Valmaseda, Tacón, Lersundi y casi todos los gobernadores militares, son episodios de nuestra historia que verán con frialdad únicamente los cubanos de la segunda mitad de este siglo.

El Dr. Guerra ha querido ser hombre de ciencia, y lo ha logrado, acallando con toda seguridad sus sentimientos patrióticos, que en muchos momentos le habrán sugerido el apóstrofe y la censura. Con todo, la exposición de hechos tiene gran elocuencia: el niño que en las instituciones docentes públicas—porque en las privadas extranjeras presentan ciertos detalles homeopáticamente y sin colorido—hayan aprendido a querer la memoria de nuestros próceres y vean aquí sus luchas y afanes por el bien de la Patria, han de sentir que en ellos se levanta una acusación para los gobernantes que en España y en Cuba hicieron posible el tormento, la ruina y el oprobio de los cubanos durante un siglo. Se creería que el autor ha procurado evitar sus exaltaciones para dar mayor relieve a la verdad de los hechos innegables. El procedimiento no tiene más que una sola desventaja para el historiador, y es la de que se le pueda considerar indiferente ante las vicisitudes nacionales.

Da en su historia el Dr. Guerra una impresión de conjunto, como un cuadro breve y firme, en el que la poca extensión se halla compensada con la exactitud del dato. Algunos momentos debieran tener más detalles, como el de la Invasión llevada a cabo por los revolucionarios a las órdenes de Máximo Gómez y Antonio Maceo; como el del fusilamiento de los Estudiantes, en el que tan directa participación tuvieron determinados periodistas y personajes de la Colonia. Algún suceso debiera estar precisado con más certeza, como el inicio de la Revolución de 1895. Se sabe ya fijamente que la Guerra de Independencia no empezó en Baire, sino en varios sitios a la vez, y que los sublevados en Baire se sumaron casi en seguida a los revolucionarios cubanos y fueron muy patriotas, pero que en los primeros instantes pidieron la Autonomía y enarbolaron una bandera española modificada. El Dr. Guerra sigue en su historia el error vulgar de llamar a la sublevación ordenada por Martí el Grito de Baire.

Finaliza el Dr. Guerra su libro con unas notas de optimismo patriótico justificado si se tiene en cuenta la situación increíble en que abandonaron los españoles a Cuba, después de trescientos ochenta y ocho años de dominación, y se hace un simple paralelo con el estado actual del país, que no representa—ni siquiera de modo remoto—el ideal de los cubanos.

Resumen bien intencionado de nuestra historia es el que ha hecho el maestro, periodista y escritor que en lugar de invertir sus horas de ocio para relatar el pasado debiera consagrar todo su tiempo a la obra de su vida, que es la *Historia de Cuba.*

ENRIQUE GAY CALBÓ.

Luis Pirandello. TERCETOS. Traducción por J. Chabás. Editorial Sempere. Martí, C. C. Valencia. [1924] 8º, 311 p.

Tercetos es una selección de novelas cortas que, agrupadas de tres en tres, le dan título a este volumen.

Mucho ha evolucionado la personalidad literaria de Luis Pirandello desde los tiempos en que Renato Serra—considerado como uno de los renovadores de la crítica literaria italiana—, se atrevía a decir que Pirandello no era más que un mero hacedor de cuentos y novelas con un poco de Maupassant, Zola, D'Annunzio, France, Verga y Zuccoli, como prototipo

En la actualidad cuando se habla de Pirandello, del autor de *Cosi é, se vi pare, Sei personaggi in cerca d'autore* y *Enrico IV,* se hace referencia a uno de los más afamados representantes del teatro italiano contemporáneo, condición ésta que no le discuten ni aun sus más encarnizados impugnadores.

En las diez y ocho novelas cortas que se hallan incluídas en *Tercetos* (algunas de las cuales están basadas en el argumento de varias de sus más renombradas comedias), Pirandello nos presenta esos nuevos aspectos de la vida humana, de esos pavorosos problemas que a él le gusta tanto exponer a la consideración del lector o del espectador.

Examinar la trama de cada una de estas bellas producciones del talento de Pirandello, no cabe en los estrechos límites de esta nota, en la cual tan sólo citaremos el título de algunas de las más notables: *La luz de la otra casa, Inocentes, La tinaja* (considerada como una joya del humorismo de Pirandello), *¡Piénsatelo, Santiaguito!* (basada en el argumento de su famosa comedia *Pensati Giacomino*), *El muerto ilustre...*

En muchas de estas obras hay cierto humorismo muy distinto del de otros autores; un humorismo basado en el dolor humano, que no vacilaríamos en llamar "humorismo trágico".

Según expone Pirandello "el humorismo se origina en la conciencia de la propia existencia humana, en la verdad fundamental de que un hombre no solamente vive su propia vida, sino que también la *piensa*".

JULIO VILLOLDO.

Victor Andrés Belaunde. THE TREATY OF ANCON IN THE LIGHT OF INTERNATIONAL LAW. Washington, D. C. [1923] 12º, 108 p.

Benito Pérez Galdós. Vol. V. NUESTRO TEATRO. Renacimiento. San Marcos, 42. Madrid 1923. 8º, 226 p. Con prólogo de Alberto Ghiraldo.

Benito Pérez Galdós. Vol. VI. CRONICÓN (1883-1886). Renacimiento. San Marcos, 42. Madrid. [1924] 8º 322 p. Con prólogo de Alberto Ghiraldo.

Alfredo C. Rossi Denevi. ACERVOS DEL SURCO (Poesías). Buenos Aires. [1924] 12º, 128 p.

Biblioteca Novelesco-Científica. LOS NÁUFRAGOS DEL GLACIAR. (Primera jornada de Tierras resucitadas). Por el Coronel Ignotus. José de Elola. 1923. 4º, 119 p. Princesa, 12. Madrid.

Biblioteca Novelesco-Científica. ANA BATTORI. (Segunda jornada de Tierras resucitadas). Por el Coronel Ignotus. José de Elola. 1923. 4º, 108 p. Princesa, 12. Madrid.

Biblioteca Novelesco. EL GUARDIÁN DE LA PAZ. (Tercera Jornada de Tierras resucitadas). Por el Coronel Ignotus. José de Elola. 1924. 4º, 104 p. Princesa, 12. Madrid.

Teodor Dostoïevski. HUMILLADOS Y OFENDIDOS. (Novela). Editorial "Alba". Tacuará, 420. Buenos Aires. 1924. 8º, 159 p.

Francisco Contreras. LA VILLE MARAVILLEUSE. (Roman de la vie Hispano-américaine). Paris. La Renaissance du livre. 78, Boulevard Saint-Michel. [1924], 8º, 270 p.

Mauricio Barrés (De la Academia Francesa). EL CULTO DEL YO. UN HOMBRE LIBRE. Traducción de la edición definitiva por Angel Segovia. Editorial Sempere, Martí, C. C. Valencia. [1924] 8º, 238 p.

Juan J. Carazo. DE LA VIDA DE LAS PLANTAS. Imprenta María v. de Lines. San José de Costa Rica. 1924. 12º, 215 p.

Dostoïevski. LA PATRONA. (Más dos historias breves). Traducción de José Ferrándiz. Editorial Sempere. Martí C. C. Valencia. [1924] 8º, 217 p.

Juan Manuel Planas. LA CRUZ DE LIEJA. (Novela de aventuras de viaje y de guerra) A. Serrano. Imprenta, Trocadero 89-93. Habana, 1923. 8º 275 p.

Emilio Gaspar Rodríguez. HÉRCULES EN YOLCOS. Habana. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Ca. Pí y Margall, núms. 33 y 35. 1823. 8º, 203 p.

Cosme de la Torriente. LABOR INTERNACIONAL. (Discursos). Habana. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Ca. Pí y Margall, núms 33 y 35. 1924. 8º, 248 p. Con prólogo de Enrique José Varona.

Luis Pirandello. EL CARNAVAL DE LOS MUERTOS. Traducción castellana de Adela Carbone. Editorial Sempere. Martí, C. C. Valencia. [1924] 8º, 274 p.

Luis Pirandello. SEIS PERSONAJES EN BUSCA DE AUTOR. Comedia a escenificar. Traducción y prólogo por F. Azzati. Con retrato del autor. Editorial Sempere. Valencia. [1924] 8º, 154 p.

Agustín Acosta. HERMANITA (poemas) Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey, 27, La Habana. 1923. 8º, 134 p.

Carlos Loveira. LA ÚLTIMA LECCIÓN. (Novela). Habana. Imprenta y papelería de Rambla, Bouza y Comp. Pí y Margall, núms 33 y 35. 1924. 8º, 260 p.

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO XII

Tomo XXXV. La Habana, agosto 1924. Núm. 140.

JOSE MARTI (*)

NACIÓ en La Habana, en 1853. Murió combatiendo por la libertad de Cuba en Dos Ríos, Oriente, en 1895. Su vida accidentadísima lo arrancó de su hogar poco después de cumplir los quince años. En 1869, y siendo todavía estudiante de segunda enseñanza del Instituto de La Habana, con ocasión del estado de cosas existentes entonces en Cuba, fué Martí preso y aherrojado como un criminal vulgar, por el único delito de ser cubano y sonreir un día de las bravatas de un voluntario que fantaseaba y amenazaba de lejos a los mambises. Sufrió el grillete a los diez y siete años y fué condenado a picar piedra en las canteras. Por influencia de su padre, oficial español, le fué conmutada la pena por la de destierro a España, desde donde sigue con ojos de espectador apasionado el proceso de la revolución en Cuba, escribiendo varios trabajos, entre ellos *El Presidio político en Cuba* y *La república española ante la revolución cubana.* Termina allí el bachille-

(*) Del libro en preparación *La poesía moderna en Cuba (1882-1922)*, antología crítica, ordenada y publicada por Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro. CUBA CONTEMPORÁNEA tiene la satisfacción de dar en sus páginas las primicias de esta muy importante obra, al insertar el capítulo en que se estudia la producción poética del Apóstol de las libertades cubanas, que fué al propio tiempo uno de nuestros más insignes bardos.

rato y en la vetusta Zaragoza, mientras nutría su espíritu con la lectura de los clásicos españoles, alcanzó el grado de Licenciado en derecho, en junio de 1873. Impedido de volver a Cuba por la orden de destierro que pesaba sobre él, desconcertado quizá su espíritu ante el espectáculo de los cubanos que en guerra sangrienta contra España no vacilaban en enfrentarse unos contra otros en inútiles luchas intestinas de partidarismos mezquinos, tanto en el campo de batalla como en las emigraciones esparcidas por el Continente, lo cierto es que Martí no toma más participación activa en la lucha contra la metrópoli, hasta años más tarde. En 1874 lo encontramos en México, donde se casó, actuando enérgicamente en la vida intelectual de esa nación, redactando en unión de los espíritus más avanzados del momento, revistas y periódicos de combate, interviniendo en congresos obreros del país y negándose siempre a aceptar cargos oficiales. Viaja luego por Centro-América (1877), y en Guatemala desempeña cátedras de enseñanza, escribe un folleto sobre el país, muchas veces reeditado, y conoce a la "niña que se murió de amor". Por incompatibilidad de carácter con el jefe del gobierno, renuncia la posición adquirida. Va a New York y terminada la guerra regresa a Cuba en 1878, donde al mismo tiempo que trabaja en un bufete de abogado, comienza a conspirar de nuevo contra la dominación española, y se da a conocer en el grupo de personalidades más cultas, como orador y conferenciante. El Capitán General que gobernaba entonces lo envía de nuevo a España, y allí, en trato directo con los hombres que regían aquella nación, se convence una vez más de que nada es dable esperar a los cubanos, del régimen existente. Regresa a América por Francia. En Venezuela, durante su corta permanencia, funda una revista y se convierte en el jefe intelectual de la juventud (Picón y Febres). Sale de aquella nación poco menos que obligado por el tirano que la gobernaba. Se instala definitivamente en New York y comienza entonces a laborar intensamente por el progreso intelectual de nuestra América. Su colaboración activa en todos los periódicos del Continente—especialmente de la Argentina y de México, en algunas de las revistas y periódicos de Cuba, en los periódicos que editados en Norte América a la nuestra se dirigen, en *The Sun* y en idio-

ma extraño que llega a dominar por completo (Dana)—, equivale a una biblioteca entera de ideas nuevas y sensaciones modernas, expresadas en un lenguaje maravilloso. El catálogo de sus lecturas diarias, ofrecido por alguno de los que le conocieron, es pasmoso por su extensión y variedad. Traduce y publica, al margen de su labor inmensa, *Ramona* y *Called Back*, de Hellen Hunt Jackson y Hugh Conway, novelistas de alguna notoriedad entre los escritores en lengua inglesa de la época. Imprime para sus amigos sus colecciones de versos. Simultáneamente, atiende Martí a los consulados de la Argentina, el Uruguay y el Paraguay, asiste a Congresos Internacionales en Washington, y prepara lenta pero certeramente la formación del Partido Revolucionario Cubano, cuya culminación ha de ser la revolución en Cuba para obtener su libertad. En 1891 las emigraciones vuelven a agitarse a la voz de Martí, quien a la cabeza de ellas, y uniendo sus esfuerzos dispersos, se lanza de lleno a su empeño más caro: la independencia de Cuba. Al estallar la guerra que él *evocó*, viene al campo de batalla, y como Byron y Sidney, cae frente al enemigo, haciendo con su gesto buenas todas sus palabras, y convirtiéndose con él en precursor de la legión novísima de poetas muertos en la reciente guerra que, odiándola, fueron a morir por creerla necesaria y justa.

*

La sinceridad, norma bajo la cual puso no sólo su corazón sino también su genio, explica la característica de su poesía, aquella que está por encima de todas las otras modalidades: el *personalismo*. Espíritu simplificado y aristócrata a la vez, amante de las sonoridades difíciles tanto como del suave fluír del verso, en sus producciones está siempre el hombre que tuvo el don de ser sincero invariablemente y de ser siempre *él mismo*, con aquel alto concepto del arte que le hizo formular toda una teoría poética de los tiempos nuevos. "Todo está dicho ya, pero las cosas cada vez que son sinceras, son nuevas", decía; y dando salida, en aquellas breves escapatorias en que huía de los hombres y se refugiaba en sí mismo, a las íntimas inquietudes crecidas en la multiplicidad de emociones en que se desarrolló su vida, sus versos le

salían de una sola pieza y de una sola inspiración, como él quería que fueran hechos, porque "no son obra de artesano, sino de hombre en cuyo seno anidan cóndores, que ha de aprovechar el aleteo del cóndor".

Esta poesía personalísima de Martí, ha de dar necesariamente la sensación del hombre: vigor que se trasmuta en visión rápida o en síntesis poética, capacidad de emoción aun para ponerse a tono y comprender el alma de un niño; inquietud espiritual tanto como de intelecto; poder de apresar, en vuelo vertiginoso, la esencia de un alma y, en fin, la suprema elegancia y la suprema espiritualidad, que son el fondo invariable de su espíritu.

En *Versos sencillos,* "escritos con la más difícil de las sencilleces, como que es la innata lengua genial" (Rubén Darío), está la nota romántica, el corazón abierto y el caudal lírico inagotable. Sus sueños de visión lejana están en *Versos libres.* En *Versos libres* se volcó el alma atormentada de Martí. Atormentada no por sueños de grandeza, ni por egotismos líricos, ni por ansias enfermizas; sino por la carga de aquel anhelo inmenso de libertad, de sinceridad, de bondad, que a veces, al chocar con la indiferencia o la falsía, estallaba en aquellos sus endecasílabos hirsutos, como él los llamaba.

Chacón y Calvo ha señalado su instinto maravilloso de la poesía popular, y antes se habló de su manera clásica y castiza. Era, sin embargo, uno de los primeros poetas modernos de América (entendiendo el modernismo, en la ideología, como profunda renovación espiritual, y en cuanto a la forma, como tendencia manifiesta hacia la libertad en el arte), como sigue siendo aún, y cada vez más, el mejor y más moderno de sus prosistas. Su poesía no envejece, sino que aun ha ganado con el tiempo y parece cada vez más cercana a nosotros: buen síntoma de genialidad.

La difusión de su obra lírica es ya continental. Tomando como base los volúmenes XI y XII de sus *Obras,* publicados en La Habana en 1912 y 1913, donde está recogida su labor poética, se editan en la Argentina y en Costa Rica selecciones acertadas. La primera de ellas lleva como prólogo un notable estudio, escrito por Rubén Darío *(José Martí, poeta)* con toda la admiración y cariño del que desde 1895, se proclamaba su discípulo en otro trabajo consagrado a su memoria y que luego fué recogido en *Los*

Raros, teniendo además el mérito de estar anotadas y comentadas por Darío muchas de las composiciones. La selección de Costa Rica lleva como liminar un estudio de R. Brenes Mesén sobre la labor poética del maestro, hecho con elegancia y devoción. Su credo poético está contenido en las páginas del prólogo que escribió para *El poema del Niágara,* del notable literato venezolano José Antonio Pérez Bonalde (1883); en los trabajos que publicó sobre Walt Whitman y Oscar Wilde (1887 y 1882), donde éstos son estudiados por primera vez en castellano con una comprensión inteligente. También en las palabras preliminares de sus *Versos sencillos* y *Versos libres.*

*

BIBLIOGRAFIA

Obras poéticas: *Ismaelillo.* New York. Imp. de Thompson y Moreau. MDCCCLXXXII. *Versos sencillos.* New York. Louis Weiss y Co. 1891. Estas dos colecciones fueron reimpresas por Gonzalo de Quesada en unión de los inéditos *Versos libres* (1882), en el tomo XI de las *Obras* de Martí. La Habana. 1910. En el tomo XII recogió Quesada los versos de Martí publicados y dispersos en distintas revistas y periódicos del Continente, así como sus obras de juventud: *Abdala,* drama patriótico, 1869, *A mis hermanos muertos el 27 de Noviembre de 1871,* fragmentos que alcanzan a veces fuerte intensidad, *Amor con amor se paga,* juguete cómico estrenado en México en 1875, y otras poesías de ocasión. Antologías: Existen, además de las selecciones impresas en la Argentina y Costa Rica, a que ya hemos hecho referencia: la publicada en París, en 1910, con el título *Flor y lava,* en la Librería Ollendorf, por Américo Lugo, donde junto a algunos de sus discursos y artículos más notables aparecen en la introducción varias composiciones poéticas, y la de Max Henríquez Ureña, al final de las *Páginas escogidas de Martí,* publicadas en París en el año 1923 en la casa Garnier y Hermanos. Chacón y Calvo, en *Las Cien Mejores Poesías Cubanas,* incluye diez composiciones del Maestro.

Consúltese: La bibliografía sobre la vida y la obra de Martí

es extensísima. A pesar de ello dista de ser completa y acabada en su parte crítica. Salvo excepciones, todo lo que sobre él se ha escrito son impresiones personales de los que en su vida agitada y fecunda le conocieron; y esto, que puede ser utilísimo en su día al futuro biógrafo y comentador del "inmenso" Martí, para cuyo monumento, según la frase de Darío, "la isla entera sería todavía pequeño zócalo", resulta enojoso y fatigante por la promiscuidad con que se halla recogido, para el estudiante de nuestra literatura y aun para el aficionado más o menos conocedor de la materia. Esto que acabamos de decir no se refiere a los estudios y discursos que le han consagrado, entre nosotros y en diversas ocasiones, Sanguily y Varona, verdaderos *pioneers* en la penetración y estima de la obra de Martí, y primeros en cronología y en la estimación intelectual y moral de los cubanos de ahora. Tampoco atañe a los esfuerzos posteriores y que fijan en un sentido general algún aspecto de la vida y la obra de Martí, realizados por Roque Garrigó (1911) y Néstor Carbonell (1923). Daremos pues una noticia de los trabajos más asequibles e importantes que sobre la labor poética de Martí se han realizado, mencionando a los críticos y pensadores contemporáneos que sobre el Maestro han emitido conceptos más o menos latos, pero que resultan imprescindibles para fijar el sitio que a Martí corresponde entre los pensadores y artistas de todos los tiempos. Unamuno, cumbre actual del pensamiento latino, lo compara con Bolívar en su ensayo sobre éste (1914), y en ocasión de examinar (1919) el último libro de Martí que recogió Quesada (volumen XV), dice las más altas frases que ha proferido sobre americano alguno. Anteriormente, y a propósito de una lectura repetida de los *Versos libres* lo había comparado con Walt Whitman señalando el acierto de la forma empleada por Martí para dar salida a sus pensamientos libres y pujantes. Díez Canedo, el más fino y mejor nutrido de los críticos españoles de la hora actual, lo incluye en la selectísima y admirable antología de *Prosistas modernos* (Madrid, 1922), donde fija con criterio acertadísimo la evolución de la prosa castellana durante el siglo XIX. Rodó, en 1904, pone bajo su advocación la reedición de *Ariel* impresa en Santiago de Cuba; en 1905 coloca a Martí entre los más grandes ciudadanos de la intelectualidad americana. En 1907 lo

compara a Montalvo, la más alta cumbre del pensamiento americano, según la expresión del pensador uruguayo, y reprocha a Ugarte el no haberlo incluído en su Antología como uno de los precursores de la renovación intelectual de nuestro Continente, y en los días que precedieron a su muerte, le seducía el propósito de escribir un ensayo sobre Martí. Lugones, en 1897, en el *Himno de las torres,* lo pone entre sus más "grandes sombras heroicas". Manuel Díaz Rodríguez, en 1899, compara su "prosa ilustre" con la de los más grandes prosistas hispanoamericanos. Gutiérrez Nájera escribió la semblanza del Maestro a su paso por México; Justo Sierra, amigo y compañero suyo, dice a su muerte la altísima estima en que lo tenía, lamentando la pérdida sufrida por toda la América; y Alfonso Reyes, esa realidad cumplida de las letras hispanoamericanas, evoca siempre con justeza en varios de sus trabajos (1915 y 1917) el aporte lírico en el ideario actual, del hombre "fino y ardiente" que se llamó José Martí. César A. Zumeta, distinguido escritor venezolano (1896) y Vargas Vila, el eterno rebelde (1899 y 1916), dedican páginas de su obra a estudiar su figura de agitador y conductor de pueblos. Es uno de los entusiasmos de R. Blanco Fombona, otro de los maestros del actual pensamiento hispanoamericano, quien escribe sobre él en sus mocedades (1899) un entusiástico artículo donde habla del "poeta adorable" y del "hombre en cuyo pecho cupo el alma de Bolívar"; y más tarde, a través de toda su labor de crítico y de historiador, no cesa de compararlo, como Unamuno, al más grande hombre de toda la América: ¡Bolívar!, contribuyendo a su difusión al reeditar desde Europa libros y estudios del maestro. Amado Nervo, el místico poeta, le consagra una curiosa crónica (1896), no recogida aún en sus *Obras completas,* donde comenta la "coruscante huella" impresa por Martí en el espíritu de sus contemporáneos. Luis G. Urbina (1915), cuenta apasionadamente la vez que le conoció, y el escritor dominicano Federico García Godoy le dedica un extenso trabajo, colocándolo entre los próceres del "americanismo literario" (1917). Federico Loliée, en su *Histoire de litterature comparée,* lo iguala a Carlyle. Picón y Febres, en su Historia de *La literatura venezolana en el siglo XIX* habla de la extraordinaria influencia personal que ejerció Martí sobre la juventud de la épo-

ca en que estuvo por Caracas. En inglés, y a raíz de su muerte, el notable publicista Charles A. Dana, Director del *Sun,* escribió un artículo de fondo donde nos habla de la labor prodigiosa y desconocida para nosotros que Martí realizó en dicho periódico durante veinte años consecutivos. Américo Lugo, en su selección de la obra de Martí impresa en París; Max Henríquez Ureña en la suya y Ventura García Calderón en *Madre América* (París, 1923), pequeña antología de prosas donde recoge las palabras continentales del maestro, dicen en sendas introducciones su admiración y su amor por el espíritu egregio e inmenso de una de las mayores figuras de toda nuestra América.

En Cuba, después de los trabajos citados, son dignos de mención el discurso pronunciado por José Antonio González Lanuza el 19 de mayo de 1910; un artículo de Manuel de la Cruz publicado en *La Nación* de Buenos Aires, el 26 de septiembre de 1895, y algún otro menos extenso de Nicolás Heredia. Recientemente, Arturo A. de Carricarte, entre otros trabajos dignos de loa que realiza contribuyendo a enaltecer su memoria y a dar a conocer mejor su obra dispersa, fundó la *Revista Martiniana,* que desgraciadamente, después de tres números publicados, ha dejado de aparecer. Carlos de Velasco, uno de los fundadores de CUBA CONTEMPORÁNEA, poco antes de morir escribió un pequeño ensayo sobre su vida que, publicado en francés con la traducción de algunos de los pensamientos de Martí, circuló profusamente por Europa.

Al inglés, en *Inter-América,* al francés en la *Revue de l'Amerique Latine,* se han vertido en los últimos tiempos fragmentos de su obra. Su nombre es amado en toda la América: Uruguay, Argentina y Venezuela tienen calles y plazas en sus ciudades con su nombre, México consagra a su memoria una de sus bibliotecas públicas, y la República de Cuba mantiene en Francia un establecimiento benéfico bajo la égida de su nombre. Pronto, en el centro de New York, al lado de las de Bolívar y San Martín, se levantará su estatua.

Un conocimiento más exacto sobre la labor poética de Martí, lo hallamos en los siguientes trabajos: R. Brenes Mesén, *José Martí escritor* (prólogo a la selección de *Versos).* J. García Monje, editor, San José de Costa Rica, 1914; Néstor Carbonell. *Mar-*

tí el poeta (conferencia incluída en *Martí: su vida y su obra.* Imprenta el Siglo XX, La Habana, 1923); José María Chacón y Calvo: *José Martí* en *Las Cien Mejores Poesías Cubanas.* Madrid. 1922; Rubén Darío: *José Martí,* en *Los Raros,* segunda edición. Maucci y Hermanos. Barcelona. 1903; *José Martí poeta.* Cuatro artículos en *La Nación,* Buenos Aires. 1912; A. Coester: en *The Literary History of Spanish-American.* Macmillan. New York. 1916; e Isaac Golberg en *Studies of Spanish-American Literature,* Brentanos, New York, 1920, estudian a Martí en ese aspecto de su obra, al tratar en conjunto el movimiento modernista hispanoamericano.

FÉLIX LIZASO.
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO.

EN LA ORILLA

EL alma del bárbaro, dice Santayana, odia la justicia y la paz. El hombre del Norte, de los climas fríos del Norte, señora, es bárbaro porque cree en la primacía de la voluntad sobre la inteligencia; de la fuerza que consuma hechos, sobre la justicia que razona sus preceptos; de las restricciones rituales en la conducta, sobre la libertad fundada en la razón y el gusto; del esfuerzo, sobre el resultado; de la agitación y la lucha, sobre el equilibrio y la armonía. Por eso, y por las exigencias de los climas septentrionales, ha creado la barbarie industrial en que vivimos, rodeados de la sombría fealdad cuya propagación aterraba a William Morris.

—El cual, señor mío, no era ningún hombre del Mediterráneo.

—No: era inglés. El inglés, a pesar de las teorías germánicas del siglo XIX, es por su educación teutónico en parte y en parte románico, sér contradictorio....

—¿Y nosotros, los norteamericanos, no participaremos de esa dualidad favorable?

—¡Ay señora! Creo que el clima de los Estados Unidos, menos suave que el de Inglaterra, y el delirio de lucha y de actividad económica creado por necesidades de crecimiento, han contribuído a producir la regresión al tipo septentrional: los Estados Unidos resultan más germánicos, más bárbaros, que Inglaterra.

—Y ya que ha hablado usted a más y mejor sobre nuestra barbarie ¿me permitirá expresar mi sospecha de que los hombres del Sur son peores que bárbaros, en fin, que son salvajes?

—No lo niego. Pero es más fácil civilizar al salvaje que al bárbaro.

*

Nada más complicado que el salvaje: toda su vida está gobernada por extenso código de *tabús*. Nada menos puro que el bárbaro: su vida moral es una perpetua lucha entre el temor a sus propios instintos y al deseo de justificarlos. Sólo el espíritu, echando luz constantemente sobre las cosas, puede darnos la verdadera libertad; sólo la civilización perfecta crea la perfecta sencillez.

*

El inglés, sér contradictorio... Cuando, a mediados del siglo XIX, los alemanes se declararon dueños absolutos de la investigación histórica y de la filología, Inglaterra fué clasificada autoritariamente entre las naciones germánicas. Había *razas* destinadas al éxito, el dios del siglo; otras destinadas al fracaso: la *raza latina,* por ejemplo. Y veinticinco siglos de historia se explicaban así: breves triunfos de Roma, triunfos de Italia, Francia, España, merced a la sangre bárbara que las rejuveneció... El inglés tenía éxito; era, por lo tanto, inevitablemente, germánico. ¿Qué mucho, si también se pretendía que los antiguos griegos eran germánicos de origen?

La historia inglesa, en la pluma de los escritores *victorianos,* sufrió extrañas torsiones para probar la tesis teutónica. Inglaterra estuvo poblada por celtas; durante más de cuatro siglos fué romana... Pero era fácil deshacerse de estos celtas latinizados: según Green, según Freeman, los teutones invasores del siglo V limpiaron a Inglaterra de celtas, matándolos o haciéndolos huir al País de Gales. Para ello, es verdad, habría que suponer enormes movimientos de población: los teutones habrían tenido que atravesar el Mar del Norte, no en pequeños grupos de piratas, sino en masas innumerables, a bordo de barcos como los trasatlánticos modernos; y el aniquilamiento y destierro de los celtas—mera suposición—no va de acuerdo con las costumbres de aquella época, en que los enemigos se entendían fácilmente después de la victoria y convivían sin esfuerzo, aceptando su inferioridad los vencidos.

No terminaban ahí las dificultades para los historiadores *victorianos:* en 1066 sobreviene la conquista francesa; Francia e Inglaterra quedan íntimamente unidas; los ingleses hablan el francés—junto con el inglés antiguo, llamado antes anglosajón que subsiste entonces como lengua inferior, se afrancesa a toda prisa y se transforma totalmente—, desde el siglo XI hasta el XIV. Urgía reducir a polvo—en los libros—esta segunda *romanización* de Inglaterra: había que mantener la "pureza de raza", la pureza teutónica del inglés. La cosa resultó fácil: por fortuna, la conquista fracesa lleva el nombre popular de conquista normanda, porque el jefe era Duque de Normandía. Consta que sus tropas no eran sólo normandas, ni con mucho; Guillermo llevaba consigo multitud de picardos y angevinos. Y después de la conquista, franceses de toda Francia, hasta provenzales, iban a Inglaterra como quien va a una provincia de su país. Pero normandos habían de ser para los escritores *victorianos;* y los normandos eran teutones... ¿Cómo? ¿teutones los burgueses de Rouen y del Havre, teutón Corneille, teutón Flaubert? No, esos no... ¿Pues cuáles? Los del siglo XI, *solamente* los del siglo XI... "Los piratas escandinavos habían descendido sobre la costa normanda y la habían poblado." Es verdad que pocos piratas debieron de bajar a aquella costa, porque no llegaron a imponer su lengua, sino que adoptaron la francesa, la de los habitantes con quienes se mezclaron, a cuya civilización se acogieron. Pero el historiador no se arredra: si los hechos no le dan la razón, los reducirá a fórmulas interesadas; y así, los conquistadores del siglo XI son normandos y los normandos eran teutones. La pureza de raza se había salvado. La que había salido muy maltrecha era la lógica. Pero ¡qué tienen que ver los ingleses con la lógica!

*

La *nordomanía* de nuestra época se explica fácilmente como el culto ingenuo del éxito: el Norte tuvo éxito durante el siglo XIX; alcanza éxitos todavía. Pero hay más: a veces, lo que se impone es el espejismo romántico de la sencillez, de la pureza espiritual, del vigor juvenil. Las gentes del Norte—se cree—son menos complicadas que las del Mediterráneo; y la complicación

—se pretende—es signo de decadencia. Admirar al bárbaro inventor de máquinas y lector de la Biblia, es, por lo tanto, herencia del siglo XVIII, de la idealización del hombre primitivo. Responde a una tendencia paradójica, común en los momentos agudos de la civilización: por ella admiraba Platón a Esparta, Tácito a los germanos.

*

Como Maeztu se declara "desencantado de los países extranjeros", muchos podemos declararnos desencantados del maleficio de la *nordomanía*. En momentos de disgusto, hasta se nos figura que el Norte sólo produce cosas malas: la calvicie, la miopía, el puritanismo, la idea de la lucha por la vida...

*

El trópico,—afirmaba la sociología popular del siglo XIX, especialmente la inglesa y la alemana—, no es buen escenario para la alta civilización. El calor la estorba... Visitando colonias tropicales de Inglaterra,—Trinidad, por ejemplo—pensamos que aquella opinión pudiera contener verdad. Pero luego Belem y Recife, en el Brasil, prueban lo contrario... ¿No deberíamos limitarnos a afirmar la ineptitud del inglés para crear civilización en el trópico?

*

De paso en la colonia británica de Trinidad, es fácil observar las limitaciones del inglés: no sabe comer, y aunque vive en el trópico no se aprovecha de los ricos frutos que brinda a su paladar; le son indiferentes las flores, y así, aunque el trópico le ofrece maravillas para sus jardines, prefiere el absurdo prado de césped verde, donde puede entregarse ¡con cuarenta grados de calor! a sus juegos de clima frío.

*

El éxito engendra la imitación: todos lo sabemos. Pero no siempre advertimos que las imitaciones tienden a convertirse en deformaciones. Así, cualquiera tema, cualquiera problema humano cuya representación, en literatura, tenga éxito, se deforma

con la repetición, y sus últimas interpretaciones llegan a contradecir la realidad en que pretenden apoyarse; surge una casuística cuyo punto de partida es el problema planteado en las obras que tuvieron éxito y cuyo desarrollo se limita a variaciones de planteo; en estas variaciones, obra de la sola imaginación, sin apoyo en la realidad inmediata, se avanza siempre, como es natural, hacia la irrealidad, hacia el absurdo.

Así ocurrió con el honor en el teatro español de los siglos de oro: el tema nace de casos de la vida, pero poco a poco va alejándonos de ella a través de la casuística de Calderón, hasta dar en situaciones inhumanas o imposibles como la del *El médico de su honra.* Así ocurrió con la licencia de costumbres en el teatro inglés bajo Carlos II: en las deliciosas comedias de Congreve los personajes viven en el mundo de las costumbres paradójicas. Así ocurre hoy con el tema del adulterio entre los rezagados del teatro francés y entre sus secuaces italianos: Dumas hijo impuso el adulterio en el teatro realista, y desde entonces los dramaturgos se dedicaron a presentar variaciones del tema, extremando día por día los casos, y, desde luego, perdiendo de vista las variaciones de la vida francesa. Henri Becque, en *La parisienne,* pareció darnos el caso último junto con la sátira del problema; pero no: la casuística persistió durante cuarenta años más, y así se ven, en el siglo XX, dramas como los de Bataille o los de Pirandello, realistas en apariencia pero en verdad fantásticos e imposibles en sus *données.*

*

Uno de los sofismas que ha puesto en circulación el capitalismo contemporáneo, para oponerse al socialismo, es que el hombre se mueve por el dinero y que, por lo tanto, el dinero no puede suprimirse, a menos que se desee paralizar la actividad humana. El argumento demuestra que las doctrinas populares del capitalismo no han llegado ni siquiera a la altura de la *escuela liberal:* todavía están ancladas en la economía política de la Edad Media; todavía se cree que el oro es la riqueza.

No siendo el dinero más que representación, signo de cosas sustanciales cuyo disfrute sí mueve al hombre, y no pudiendo desaparecer esas cosas sustanciales, aunque su disfrute se organice

de modo nuevo, no podrán desaparecer las incitaciones a la actividad.

Una mañana, en la ardiente primavera de Castilla, mientras atravesábamos la sierra del Guardarrama rumbo a Segovia, me repetía un millonario intelectual, o intelectual millonario, el pueril argumento.

—¿Ha hecho usted por dinero—le dije—una sola de las cosas de su vida que juzgue importantes?

—No...

—No lo ha necesitado usted, me dirá. Pero yo sí lo necesito, y tampoco he hecho por dinero una sola de las cosas de mi vida a que concedo importancia.

*

Hay quienes dicen que en nuestros días abundan los escritores de ideas originales, sobre todo entre los ingleses. Pero todo es cuentión de forma: todo estriba en el modo de presentar al lector las ideas. Hasta hace poco, una idea nueva se le presentaba sin alardes: se exponía, sencillamente. Ahora, no sólo las ideas nuevas se anuncian con clamor de trompetas, sino que a las ideas viejas y familiares se les da forma de paradojas para que parezcan novedades. Chesterton y Papini nos aturden con su estrépito, nos deslumbran con su pirotecnia, para convencernos, por ejemplo, de que la Tierra gira alrededor del Sol... Gracián recomendaba "no dar en paradoxo por huir de vulgar". Ahora, Perogrullo se vuelve paradójico.

*

El vulgo de la cultura habla mucho de *entender* o no *entender* las obras de arte. En el sentido riguroso de las ideas, no hay nada que *entender* en arte: los cuadros o las sinfonías no son silogismos ni teoremas; lo que importa, ante ellos, es tener los sentidos libres para la percepción virginal. El problema no es de inteligencia sino de gusto: cuando el buen gusto natural del hombre no ha sido falseado por la mala educación, la obra maestra se le impone siempre. Eso sí, la obra maestra ha de ser primaria, no *derivada:* primaria como la *Iliada,* como las tragedias griegas, como los dramas de Shakespeare. En las obras deriva-

das, producto de gabinete, de selección excesiva, la dificultad para el espectador no es sino la del previo conocimiento de los orígenes, la posibilidad de recoger alusiones.

*

Diríase que la historia está sujeta a una ley de aceleración. Los cambios trascendentales se suceden, al parecer, en progresión geométrica decreciente cuya fórmula aproximada sería: 3000 : 1000 : : 333 : 111. Si tomamos como punto de partida la época de Moisés y de la emigración israelita, veinticinco siglos antes de nuestra era, encontraríamos—a la distancia de tres mil años—la emigración de los bárbaros del Norte al Sur de Europa. Mil años después, sobreviene la transformación europea del siglo XV; antes de que se completen trescientos cincuenta años, sobreviene la Revolución Francesa; y de ésta a la Guerra Europea median poco más de cien años. Si la ley de aceleración se cumpliese, antes de cuarenta años ocurrirá otro cambio trascendental: ¿quizá la *bolchevización* del mundo? Pero como los períodos en que deberán realizarse nuevos cambios, después de aquél, serían cada vez más cortos, y acabaríamos por tener revolución diaria, cabe suponer que el término de nuestra aceleración será un cataclismo: volveremos al caos, y de él surgirá lentamente una nueva evolución histórica, sujeta a igual aceleración que la nuestra.

*

Muy fino, Barbey d'Aurevilly. Muy ingenioso. Sino que le preocupan demasiado, como a su heredero Marcel Proust, la distinción, la elegancia, el *monde*.

—Es que el *monde,* la sociedad elegante, era cosa relativamente nueva en tiempos de Barbey.

—¿Cómo había de ser cosa nueva? Provenza, la Italia del Renacimiento, la Francia de los Luises...

—Quiero decir que la sociedad elegante era cosa nueva como *fin en sí,* como mundo que halla en sí propio, y no fuera, su objeto y su justificación. Para las cortes medievales, el interés de la vida social estaba en los ejercicios de valentía y de ingenio, las justas y los torneos, las contiendas literarias. Para las cortes del Renacimiento, el fin era la cultura, con toda la amplitud

humana que cabe atribuirle al Mediterráneo: así, los ideales del *Cortesano* de Castiglione pudieron trasmitirse, sin absurdo ni paradoja, a los héroes trágicos de Corneille. Y el ideal francés bajo los Luises no era otro: el *honnête homme* era el paradigma del caballero, y las actividades de la gente distinguida eran, entre otras, discutir de literatura en el *Hôtel Rambouillet,* tomar partido en favor de una de las tendencias contrarias que se disputaban el dominio de la ópera, ayudar las empresas pedagógicas de la Maintenon, aprender ciencia con Fontenelle o escepticismo con Voltaire, aplicar ideas de Rousseau, ensayar la utopía retrospectiva de Arcadia.

Pero también pensaban en la elegancia, en la ostentación...

—Sí. La elegancia era requisito, pero no fin de la vida, en la sociedad aristocrática. No se había convertido en fin lo que sólo es medio. En el siglo XIX, a medida que el *mundo elegante,* el que por tradición lo era, va perdiendo el poder político, se declara dueño único de la distinción.

—Ardid de guerra.

—Y recurso para conservar dominio. En tiempos de Barbey, la situación era nueva, y el *monde* tenía encanto equívoco. Y todo lo equívoco hacía las delicias de Barbey. Pero poco a poco, la distinción y la elegancia fueron vaciándose de contenido, refugiándose en los signos exteriores. A la distinción del *hombre honesto* sucedió la del hombre bien vestido; la elegancia en el cultivo de todas las artes se redujo a la elegancia para bailar; el placer de respirar ambiente de distinción espiritual se convirtió en la vanidad de moverse dentro de círculos cerrados. El *monde,* al perder su contenido, acabó por perder interés. Al *dandy* de Barbey, que agradaba como reliquia pintoresca, sucedió el *snob* de Thackeray, el más intolerable de los tipos sociales.

*

Viajando por Italia, se advierte cómo los pintores de la gran época coincidieron con el cubismo al reducir a fórmulas geométricas las formas exteriores que tenían ante sí. La cara de la mujer se reduce al triángulo en Florencia, al óvalo en Roma, al círculo en Venecia, al pentágono en Milán. Y así son, en reali-

dad, las caras de las mujeres italianas en nuestros días como en el siglo XV.

(El triángulo florentino: desde Fra Filippo Lippi hasta Verrocchio, pasando por Baldovinetti Filippino, Ghirlandaio y Botticelli. El óvalo romano: Rafael. El círculo veneciano: los Vivarini, los Bellini, Giorgione, Tiziano, Lotto, Palma. El pentágono milanés: comienza en Leonardo—cuya Virgen de las rocas todavía ofrece el triángulo florentino—, alcanza su fórmula en Mona Lisa, y luego lo repiten hasta la fatiga Boltraffio, Luini, Melzi, Solario.)

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

LA SEÑORA DESCONOCIDA

(THE UNKNOWN LADY)

PIEZA TEATRAL EN UN ACTO, ORIGINAL DE GEORGE MIDDLETON

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DEL DR. JOSÉ AGUSTÍN MARTÍNEZ.

Según las Leyes del Estado de New York, sólo una causa existe según la cual puede decretarse un divorcio: el adulterio, la infidelidad conyugal. Esta ley ha dado origen a una extraordinaria maquinación para fabricar pruebas tendientes a demostrar supuestos adulterios, cuando la verdadera causa del divorcio ha sido otra, no escrita en la Ley, y carente por tanto de fuerza para fundamentar en ella una sentencia de divorcio. Con este problema se relaciona la presente obra, verdadera joya del genio de George Middleton, la cual bastaría para consagrarle en el mundo de las letras, si otras creaciones de su agudo intelecto no le hubieran ya consagrado. El espectáculo fué representado a principios del último invierno por la gran Nazimova, con la asistencia y cooperación, muy discreta, de Herbert Heyes. E. F. Álbee, jefe de la organización teatral de Keith, ordenó la retirada de la obra a los pocos días. Se dijo que el Padre John Kelly, capellán del "Catholic Writer's Guild", había aconsejado esta medida por estimar la obra "una amenaza a la moral pública". Por el contrario, el Juez Lindsey, bien conocido por su severidad en estas materias, opinó que lo "que el mundo necesitaba era que se le dijese la verdad acerca de las hipocresías propias". En suma, el espectáculo enseña cómo la ley obliga a dos ciudadanos a cometer un crimen para obedecer sus preceptos. Si el Padre Kelly, o el Juez Lindsey tienen razón, podrá decirlo quien leyere, dentro de poco. El que suscribe se

limita a aconsejar la lectura, y la meditación, de esta obra, ligera en la forma y profunda en el fondo. Los derechos de reproducción están protegidos por el autor.

REPARTO

(Tal como fué presentada por Madame Nazimova, en el "Palace Theatre".)

Una mujer.....	Mme. Nazimova.
Un hombre casado.....	M. Herbert Heyes.
Un mensajero del Hotel.....	Robert Fellows.
Un Detective.....	Jack Carlyle.

La escena representa un cuarto en el Hotel *St. Matthew,* en la ciudad de Nueva York, en el año 1923.

Al levantarse el telón la escena está completamente a obscuras, salvo la luz que penetra en ella al través de una luceta que da a un pasillo, sobre la puerta del centro. Se oye una llave funcionar en la cerradura de esa puerta, y la puerta se abre. Un mensajero del Hotel entra. La Mujer le sigue, y el Hombre penetra después, un poco más despacio. El Mensajero cruza el cuarto, hace jugar el botón de la luz eléctrica, y al encenderse ésta se descubre un cuarto de dormir. Hay una ventana a la izquierda. Las paredes del cuarto están empapeladas en tonos violentos de rojo y amarillo, sombreadas de manera que no resulten ofensivas a la vista. Una mesa y un par de sillas, una de ellas de balance, ya algo viejos, están agrupados hacia el centro. Una cama, ya preparada. se adosa a la pared. Una cómoda, y un lavamanos con su jarro próximo, completan el mobiliario. Cuando la puerta se abre, se ve sobre la misma escrito el número "7".

La Mujer tiene cerca de treinta años; su cara endurecida no ahoga por completo la luz amable de los ojos. Lleva un viejo abrigo, sobre una blusa y una saya de distintos colores. Su sombrero, un poco más grande de lo que aconsejaría la moda, está adornado por una pluma de imitación que cae desmayadamente sobre él. Porta un paraguas, y la inseparable bolsa de manos.

El Hombre es un poco más viejo; lleva también un abrigo, y en las manos un paraguas del que aún resbalan gotas de lluvia.

La Mujer, al entrar, repara en el número colocado en la puerta, que ha quedado abierta.

LA MUJER. Número siete, ¿eh? Este número trae la suerte. *(Entra.)*

(El Hombre, que la ha seguido, contempla el lugar, con disgusto. Se mantiene de pie, inquieto, y como si dudara. La mujer, por el contrario, se encuentra a sus anchas; atraviesa el cuarto y se dirige a la ventana.)—¿Es éste el escape para caso de fuego?

EL MENSAJERO. Seguro; qué, ¿cree Vd. que es la "puerta al jardín"?

LA MUJER. Métase en lo que le importe. Yo siempre miro. Estos hoteles no están hechos de asbesto [1]. *(La Mujer clava su paraguas en el jarro vacío del agua.)*

EL MENSAJERO. ¡Está bueno! Y yo que lo tenía toda arreglado.

LA MUJER. Deje entrar un poco de aire fresco. *(Apuntando a un cenicero.)*—Y puede Vd. botar esas colillas, cuando quiera...

EL MENSAJERO. *(Dejando la ventana abierta, y arrojando por ella las apagadas colillas).*—¡Demonio, con los caprichos de ciertas gentes!

LA MUJER. ¡Cierre el pico! [2]—Se podría tomar un cuarto en el "Waldorf" por lo que cuesta éste.

EL MENSAJERO. ¡Qué sabe Vd. del "Waldorf"! *(Guiñando un ojo al Hombre, con malicia.)* Oiga, patrón; hay un "muchacho" en este Hotel a quien le gusta "trabajar"...

EL HOMBRE. *(Que no ha prestado atención a lo sucedido hasta aquel momento).*—¿Eh? ¡Oh; bien! *(a la mujer.)*—¿Qué vas a tomar?

LA MUJER. *(Que se ha despojado de su sombrero y de su abrigo).*—Yo quiero Scotch; pero que no lo echen a perder con hielo.

---

[1] "None of your lip", dice el original inglés. Esta frase, y otras muchas, del caló o "slang" que se habla en los bajos fondos neoyorquinos se encuentran profusamente en el chispeante diálogo de Middleton, en esta obra. No es posible dar una traducción, siquiera aproximada, de estas expresiones sin equivalente en muchos casos, en nuestro idioma. El lector queda autorizado para traducirlas libremente.

[2] "Ah, Shut up", en el original inglés. Véase la nota anterior.

EL HOMBRE. Cognac y soda.

EL MENSAJERO. ¿Queren Vds. que lo sirva en seguida?

LA MUJER. Seguro, ¡bobo! ¿Cree Vd. que lo queremos para el desayuno? *(El Mensajero se marcha, cerrando de golpe la puerta. La Mujer mira al Hombre.)* Dame tu paraguas. *(Lo coloca junto con el suyo.)*—¿Qué te pasa? Este no es ningún funeral, ¿oyes?

EL HOMBRE. *(Tratando de cambiar su mal humor).*—Por supuesto que no; al menos no te he recogido en la calle para eso, ¿eh?

LA MUJER. Bien, yo no estoy muy segura. Algunas veces tropieza una con gentes tan extrañas... Pero, pon un poco de alegría en tu cara; está lloviendo fuerte ahí afuera.

EL HOMBRE. Estas deben ser tus noches malas, ¿eh?

LA MUJER. ¿Malas? Nada de eso. Estas son nuestras mejores noches, si eso es lo que tú quieres decir. Los hombres se ponen melancólicos cuando llueve. Melancólicos o borrachos, que viene a ser lo mismo para nosotras. ¿No te vas a quitar el abrigo? *(El Hombre se lo quita.)*—¡Caramba! Tú eres un bicho raro [3]. ¿Qué te pasa? ¿Supongo que no estarás nervioso?

EL HOMBRE. *(Sonriendo agriamente).*—No; estaba divertido, nada más.

LA MUJER. ¡Por Dios vivo, "ojos lánguidos"! ¡Alcánzame una sonrisa!

EL HOMBRE. Estaba pensando que no deja de tener gracia que yo esté aquí contigo.

LA MUJER. Oye chico, esa es una gracia muy vieja. ¿No se te ocurre otra más nueva?

EL HOMBRE. Sí; tienes razón; es una gracia muy vieja.

LA MUJER. Mira, lo que tú necesitas es un "highball", y pronto.

EL HOMBRE. *(Mirándola con curiosidad.)*—Quisiera saber qué es lo que te ha traído aquí.

---

[3] "Gee! You are a queer duck", en el original.

LA MUJER. ¿Aquí? Aquí me has traído tú.

EL HOMBRE. No; lo que quiero decir es cómo has caído tú en esta vida.

LA MUJER. ¡Válgame Dios! Ya salió la pregunta de siempre. Todos los hombres quieren saber lo mismo; y todos piensan que se les engaña cuando se les contesta.

EL HOMBRE. Pero ¿cómo fué que caístes en esta vida?

LA MUJER. No me *caí,* exactamente; perdí el equilibrio, y me *resbalé. (De pronto, en tono como de revancha.)*—Supónte que yo te pregunte, ¿y tú, por qué te casastes?

EL HOMBRE. *(En tono agrio).*—Por lo que a ti no te importa [4].

LA MUJER. *(Molestándose).*—Pues bien, a ti no te importa tampoco, cómo fué lo que tu llamas "mi caída". Tú no me pagas por mis confidencias, me parece.

EL HOMBRE. *(Con finura).*—Perdóname; tienes razón.

LA MUJER. *(Sin entender este lenguaje).*—Oye, tú eres un caballero de la Quinta Avenida. ¿No es verdad? Lo debía haber conocido al mirarte las uñas.

EL HOMBRE. *(Con una forzada sonrisa).*—Solamente trataba de ser alegre.

LA MUJER. Bueno; ya sé que tus bromas son malas. Tan malas como la vida.

EL HOMBRE. ¿Es la vida mala?...

LA MUJER. *(Amargamente).*—Los hombres son malos. *(De pronto, estremeciéndose de frío.)*—¡Brrr! Yo también necesito ese "highball". No me mires de esa manera. Me erizas los pelos [5].

EL HOMBRE. Tú no pareces una mala mujer [6].

LA MUJER. ¡Bah! No temas por tus bolsillos.

EL HOMBRE. *(Dudoso.)*—Me temo que te estoy jugando una mala pasada [7].

---

[4] "I'd say, it's none of your business", en el original.
[5] "You give me the Woozies", dice el original.
[6] "You seem a pretty good sort", es la expresión usada.
[7] "I'm afraid I'm playing you ratther a shabby trick", dice el original inglés.

LA MUJER. ¿Eh?

EL HOMBRE. ¡Oh nada! *(Permanece en silencio por algunos segundos. Hay una corta pausa.)*

LA MUJER. Es sensible que no hayamos traído un paquete de cartas; al menos podríamos jugar Euchre. *(Suena un golpe en la puerta, que hace saltar al Hombre.)*—Oye, ¿qué diablos te pasa? ¿Estás esperando a alguien? Son las bebidas.

EL HOMBRE. Ah, sí; las bebidas.

LA MUJER. *(Llamando).*—¡Entra, "ojitos azules"! *(El Mensajero entra con dos bebidas en una bandeja, las pone sobre la mesa, y se queda aguardando.)*

EI MENSAJERO. *(Ofreciendo una tarjeta al hombre).*—¿Va Vd. a firmar el cheque? *(El Hombre empieza a firmarlo, pero se detiene de improviso, y sacando un rollo de billetes de su bolsillo arroja uno al muchacho sobre la mesa.)*—No tengo cambio.

LA MUJER. ¡Ya yo me lo figuraba, "Jesse James"! *(Sarcásticamente, al Mensajero.)*

EL HOMBRE. Guárdese el cambio.

EL MENSAJERO. *(Guardando el billete en su bolsillo, y mirando a la Mujer).*—¡Demonio! ¡Ésta debe creerse que es Cleopatra, la domadora de serpientes!

LA MUJER. Bueno; lárguese de aquí, y no incomode a los animales.

EL MENSAJERO. *(Va hacia la puerta, y se vuelve hablando al Hombre.)*—¿Algo más? *(sonriéndose)*... Mr. Smith.

LA MUJER. *(Al Hombre).*—Oye; ése te habla.

EL HOMBRE. Nada más.

EL MENSAJERO. *(Señalando al llamador cerca de la puerta).*—Tres timbrazos y vuelvo a traer lo mismo. *(Sale y vuelve a entrar inmediatamente.)*—Vds. dejaron la llave por afuera. *(Pone la llave por el lado de adentro de la cerradura, y vuelve a salir cerrando tras sí la puerta. La mujer va hacia ella, pasa el cerrojo por dentro y desde allí*

mira al Hombre que, sentado a la mesa, juega con el vaso vacío. Ella tararea una canción en voz baja, va hacia la mesa y se toma su bebida de un trago.)

LA MUJER. ¡Felicidades!

EL HOMBRE. Lo propio. *(La Mujer acaba su bebida; el Hombre tose un poco sobre la suya.)*

LA MUJER. *(Tomando el vaso de él, lo huele).*—¿Qué te han dado aquí? Es un cognac detestable. Ya te dije yo que éste era un sitio malísimo. ¿Por qué me has traído aquí? ¿Temías que te hiciera una jugarreta?

EL HOMBRE. ¿Fumas?

LA MUJER. Ahora, y después. *(El hombre le alcanza una cigarrera de oro; ella la toma, saca un cigarrillo, y la contempla con curiosidad.)*—¿Oye, tienen tus iniciales, eh? *(Tratando de adivinar el nombre.)*—"J. K." *(Él se abalanza a tomar la cigarrera, con tal ímpetu que cae por el suelo. Se agacha, la recoge y toma a su vez un cigarrillo. Ella se sonríe.)*—Tú sabes, bobo, que yo nunca he creído que tu nombre fuera "Smith". *(Abre su bolsa y saca un paquete de cigarrillos "Fatima".)*—¿Por qué no fumas tú también de éstos? Son más seguros, no tienen las iniciales de nadie. *(Él ha encendido un cigarrillo, sin ofrecerle a ella un fósforo.)*—¿Los fósforos tienen también tus iniciales?

EL HOMBRE. *(Sonriendo.)*—Perdóname. *(Le arroja, sobre la mesa, una preciosa caja de oro que contiene los fósforos. Ella enciende uno, y después contempla extasiada la joya.)*

LA MUJER. ¡Diablo! ¡Vaya una caja elegante! ¿Es un regalo de boda?

EL HOMBRE. *(Distraído).*—Sí. *(Un poco contrariado.)*—¿Cómo lo has adivinado?

LA MUJER. ¡Oh! Era un tiro seguro. Pero yo sabía que

tú eras un hombre casado. Tú luces como si estuvieras haciendo algo que no debes.

EL HOMBRE. *(Más interesado.)*—¡Hola! Y, ¿cómo se sabe eso?

LA MUJER. ¡Oh! *(Así, como si se dudara.)* Tú puedes adivinar cuándo es la primera vez que un hombre se "corre". *(Sonriendo intencionadamente).*—¿Es ésta la primera vez?

EL HOMBRE. *(Con una explosión de disgusto).*—Sí, y confío en el infierno que también será la última.

LA MUJER. Oye, no me hables así; yo no soy tu mujer.

EL HOMBRE. *(Con imperio.)*—Siéntate, y acaba de tomar tu bebida.

LA MUJER. Oye, déjate de malos modos [8]. Ya he tenido bastante de eso en mi vida. Y no espero sufrirlos de un extraño, aun cuando tú y yo seamos "marido y mujer", si ha de creerse al libro registro que firmastes allá abajo.

EL HOMBRE. *(Hablando, aparentemente, para matar el tiempo y sin gran interés en lo que ella va a decir.)*—¿Es decir, que tú has tenido muchos "malos modos" en tu vida?

LA MUJER. Apuéstalo, hijo; y lo peor es que no me han pagado nada por aguantarlos.

EL HOMBRE. *(Con disgusto).*—¿Tienes tú, acaso, un "hombre"?

LA MUJER. No; el "hombre" que me dió a mí las medallas negras y azules [9], era mi marido. Oye; era un tipo tosco, y cada vez que un hombre echa un terno delante de mí, lo veo todo de color de sangre; de modo que no me tomes a mal que te suelte una patada, si eres tú de esa misma calaña.

---

[8] "Well, put the soft pedal on the cussing stuff. I've had enough of it in my life".

[9] "No, the guy that gave me the blue and black medals, was my husband". Las "medallas negras y azules", es decir, los cardenales que dejan los golpes sobre la fina epidermis de las infelices golpeadas.

EL HOMBRE. De manera que tú, también, ¿eres casada?

LA MUJER. Lo era hasta que me arrojaron a la calle; y allí me quedé.

EL HOMBRE. Bueno; pero, ¿por qué no encontrastes una ocupación honesta?

LA MUJER. Me gusta tu teoría [10]. ¿No es "esto" honesto? ¿"Honesto"?—Te digo que sudo cada centavo que gano, caminando, y caminando y caminando, arriba y abajo, esas calles. *(Hablando sordamente.)*—¿Crees tú que yo hago "esto" por placer? *(Con naturalidad.)*—"Esto" es lo mismo que sacar brillo a los suelos, o vender cintas, de pie durante todo el día. Y aun podría asegurarte que parezco más feliz ahora que cuando era "respetable". *(Con ansiedad.)* —Y yo he sido "respetable", una vez... No se te olvide; yo he cocinado, y he cosido y he fregado, y he tenido un hogar bonito para cuando mi marido llegara a él... Y a fe que él "llegaba", hecho una "merluza" también; y me pegaba de lo lindo. ¡Oh!... ¡Yo era "muy respetable"!

EL HOMBRE. *(Contemplando su reloj).*—¿Estás buscando una excusa, eh? Después de todo, tú no tenías por qué aguantarlo.

LA MUJER. No importa; yo lo aguantaba; yo no tenía un centavo. Y cuando tú no tienes dinero, no te queda sino aguantar y coger lo que te den [11].

EL HOMBRE. Tú podías haber acudido a los Tribunales ¿No?

LA MUJER. ¡Ah! Los Tribunales no pueden hacer a una mujer feliz... Además, él decía que si lo denunciaba saltaría del Estado. Y yo no me podía divorciar de él, porque tenía que cogerlo primero con otra mujer. Es verdad que él tenía otras; una mujer siempre puede decirlo. Pero él era

---

[10] "You're a nice one pulling that stuff on me".

[11] "And when you haven't got any coin you've got to stand anything that's handed to you".

muy listo para dejarse sorprender, y yo no tenía dinero para echarle los "toros" detrás [12] y cogerlo con las manos en la masa. Así que me quedé con él, para ganarme la vida; de la misma manera que estoy aquí contigo para "ganarme" la vida, también. La diferencia es que "entonces" yo "era respetable"; ¡Bendito Dios! Yo era "respetable" de verdad, verdad [13]. *(Hace una pausa.)*—Entonces se me ablandó el corazón por otro hombre que decía que se iba a casar conmigo. Y cuando me fuí con él, sin esperar a que me repicaran las campanas en la Iglesia, mi marido me cogió la primera vez y me arrojó a patadas.

EL HOMBRE. Al menos te gustaría haber cambiado de fortuna entonces...

LA MUJER. Sí... me gustó tanto que por poco me "muero" de risa... Cuando era libre para casarme con el "otro", no me encontró bastante "respetable" para "eso", porque me había entregado a él sin antes cogerle el anillo, y me dejó plantada... Te digo que los hombres son malos...

EL HOMBRE. *(Con precipitación.)*—No todos los hombres, no todos...

LA MUJER. *(Contemplándolo con fijeza.)*—¡Eh! por más que te miro la cabeza no puedo distinguir la corona de los angelitos alrededor de la tuya... Tú no eres ningún santo varón [14]. Contémplate a ti mismo, mentecato. Vienes aquí "conmigo", y acaso en estos instantes tu cara costi-

---

[12] To put bulls on his track and get the goods on him". El hampa neoyorkina llama a los temibles "detectives", a los hombres de las manillas aceradas, y de los sombríos tormentos, los "toros". En ellos reconcentra el agrio odio de una vida de guerra sin cuartel y de persecución sin descanso. Es indescriptible la expresión de desprecio, de temor y de odio con que esta palabra es pronunciada.

[13] "Gawd I was respectable, all right". En el "slang" neoyorkino el nombre del Sér Supremo, desfigurado por los labios que el vicio ha contraído, se oye frecuentemente.

[14] "You are no sky pilot". Expresión traída por la guerra. Un "piloto del aire" es el hombre que maneja un avión, y en "slang" un santo armado de alas, con arreglo a la convencional pintura; o también un ángel.

lla está remendándote las medias viejas, y pensando cuando "papá" volverá a casita para comer, al salir de la "oficina"...

EL HOMBRE. *(Levantándose y paseándose pensativo.)*—No hay sino "una" causa para el divorcio en Nueva York...

LA MUJER. Sí; y mi marido podía golpearme a su antojo cada día, y según la ley yo estaba obligada a llevar su nombre y a vivir con él por los siglos de los siglos, amén.

EL HOMBRE. Así y todo, cuando tú te fuistes con otro hombre, tu marido pudo divorciarse de ti. *(Rompiendo a reir.)*—¿No es verdad que tiene gracia?

LA MUJER. Vaya, hombre; me alegro de que te rías, aunque sea a mis costillas. Me gusta verlos reir a ustedes. Todo es broma, digo yo. Y no es nada bueno mirar al pasado, cuando no es alegre. *(Acaba, ella, de beber las gotas que quedan en su vaso. Va luego a la ventana, y la cierra. Es evidente que él quiere dilatar la visita.)*

EL HOMBRE. Tengo una proposición que hacerte.

LA MUJER. ¿Es otra de tus "gracias"... fúnebres?

EL HOMBRE. Yo quiero pagarte por tu "tiempo"...

LA MUJER. *(Mirándolo con fijeza).*—¡Oye! ¿Qué quiere decir esto?

EL HOMBRE. Quiero que te sientes ahí, y me "hables". ¿Estará esto bien pagado con cien pesos?

LA MUJER. *(Mirándolo con incredulidad).*—¿Cien pesos... por... "hablar"?...

EL HOMBRE. Simplemente por "hablar", como lo estábamos haciendo.

LA MUJER. Díme... ¿estás tú "loco"?

EL HOMBRE. *(Sacando de su bolsillo un billete de cien pesos y mostrándolo a la mujer).*—Aquí están, en un solo billete...

LA MUJER. *(Sonriendo).*—¡Caramba! ¿No es verdad que son bonitos?

EL HOMBRE. *(Guardándose el billete en el bolsillo del pantalón en el momento en que la mujer hacía el ademán de cogerlos.)*—Será tuyo... dentro de media hora...

LA MUJER. *(Con incredulidad.)*—¿Nada más que por... "hablar"?

EL HOMBRE. *(Significativamente.)*—Por "hablar", y por estarte "quieta".

LA MUJER. Por "hablar" y por "estarme quieta"... *(Mueve la cabeza, con gesto de asombro; de pronto toma el vaso de cognac y lo huele.)*—Aquí han debido "echar" algún narcótico. *(Se oye ruído de voces en el pasillo, seguido de fuertes e imperativos golpes en la puerta. Los dos saltan de sus asientos.)*

LA MUJER. ¡Dios mío! ¡Nos han cogido! Ya te dije que no viniéramos a este agujero! [15]

EL HOMBRE. *(Apresuradamente).*—¡Quítate la chaqueta!

LA MUJER. ¿Qué diablos te pasa?

EL HOMBRE. Haz lo que te digo, ¡pronto!

(El Hombre se quita apresuradamente el saco y el chaleco y los arroja sobre la silla. Durante toda la escena los golpes continúan resonando en la puerta; la Mujer grita.)—"¡Este Hombre está loco!"

Finalmente la puerta salta de sus goznes; los Detectives están en el umbral. El Hombre ha cambiado de expresión y durante todo lo que sigue asume un aire indignado. La Mujer se coloca entre él y los Detectives, confundida y aterrada.

El Detective que habla es un hombre robusto, de buen natural, de cerca de cuarenta años. El otro es un hombre delgado, serio, y de edad indefinida. Ambos tienen sus abrigos puestos, y no se quitan los sombreros en toda la escena.

EL DETECTIVE. Siento mucho molestarles.

---

[15] "My Grawd! We are pinched; I toid you not to come to this joint". El verbo "prender" o "arrestar", en "slang", es "to pinch"; pellizcar; fuertemente gráfico.

EL HOMBRE. ¿Qué es lo que significa esto?

EL DETECTIVE. Yo he venido aquí, a "ver" y no a contestar el catecismo.

EL HOMBRE. ¿Quién diablos es usted?

EL DETECTIVE. Bien, quizás usted piense que soy un "rompedor de puertas", y siento, no traer conmigo mis tarjetas de visita; pero si usted llama por teléfono a la Agencia Privada de Detectives "Bell", allí le dirán quién soy yo.

LA MUJER. *(Aterrorizada.)*—¡Dios mío! ¡Los "toros"! [*Véase la nota 12.*]

EL DETECTIVE. Sí, queridita mía; sólo que nos gusta más que nos llamen "Agentes Confidenciales".

EL HOMBRE. ¿Qué tiene usted que hacer aquí?

EL DETECTIVE. Bueno, me causa disgusto interrumpir un coloquio. Pero no los tendré a ustedes en suspenso mucho rato. *(Al otro Detective.)*—Cierra la puerta. *(Al Hombre.)*—Mi amigo, aquí me dicen que ustedes se han registrado allá bajo en la oficina con los nombres de "Mr. y Mrs. Jonh Smith".

EL HOMBRE. ¿Y bien?

EL DETECTIVE. ¿Por qué no tomó usted un nombre más bonito? Hay tres parejas con el mismo nombre en este Hotel, en el momento actual.

EL HOMBRE. Entonces, lárguese de aquí; éste no es el cuarto que usted busca.

EL DETECTIVE. Dispénseme, sí señor; teníamos una fotografía de su firma que hemos comparado con la de abajo. *(Al segundo Detective.)* ¿Has traído la fotografía del señor? *(Los dos miran una fotografía y la comparan con el Hombre.)*—¿Tienes alguna duda? *(El segundo Detective mueve la cabeza en sentido negativo; no tiene dudas.)*—Lo hemos estado cazando a usted durante tres días, a solicitud de su esposa. Es triste que se haya usted dado tanta prisa, y nos haya impedido ganar más dinero en la cacería.

EL HOMBRE. Todos los Detectives son un enjambre de parásitos.

EL DETECTIVE. Haga el favor de no dispararnos palabras. Ahórrelas para cuando regrese a su casa. *(De manera muy natural, al otro Detective.)*—Mira bien a la mujer. *(A la Mujer.)*—Me parece a mí que yo te he visto antes en alguna parte...

LA MUJER. Usted nunca me ha visto a mí; yo nunca he tenido nada que ver con la justicia... *(Golpeando la mesa.)* Nunca, nunca, nunca...

EL DETECTIVE. Por supuesto que no, niñita mía; pero no rompas la "porcelana de sajonia". Yo no he venido aquí a tomar tus impresiones digitales. Todo lo que yo sé es que tú no eres la mujer de este hombre. *(Al hombre, sarcásticamente.)*—Ésta no es Mrs. Ki...

EL HOMBRE. *(Interrumpiéndole).*—No hay necesidad de dar nombres propios, aquí.

EL DETECTIVE. Entonces, ¿usted lo admite? *(El Hombre hace un signo afirmativo con la cabeza; al otro detective.)*—Tome nota de esta corroboración. *(Sarcásticamente.)*—Él admite que la mujer aquí presente, no es su mujer. Día dos de noviembre. *(Mirando su reloj.)*—Las diez y media; Hotel "St. Matthew". Cuarto número siete. Mira bien el cuarto. La escritura en el registro es la misma de él. Tenemos que pedir, otra vez, la colección de autógrafos de los grandes hombres. Los vestidos a medio quitar. Bien: *(A la Mujer.)*—A usted la llamaremos "La Señora Desconocida", para evitarle trabajos, niñita, mía. ¡Buenas noches! Siento mucho interrumpir este "coloquio", pero teníamos necesidad de obtener las pruebas. Me huele a que este "caso" es un "arreglo" [16]. Pero los "negocios son los negocios". ¡Adiosito! *(Los De-*

[16] "Guess this case is a cinch." Los concurrentes a nuestro Hipódromo no necesitan explicación de esto.

tectives se marchan cerrando tras de ellos la puerta. El Hombre y la Mujer quedan en suspenso por unos minutos mirándose el uno al otro; el Hombre exhala un ligero suspiro de alivio, y empieza a ponerse su chaleco y su saco.)

EL HOMBRE. ¡Gracias a Dios, que todo se acabó! *(La Mujer lo contempla fijamente, con incredulidad.)*

LA MUJER. ¿Para "esto" es para lo que tú me has hecho venir aquí?

EL HOMBRE. Sí.

LA MUJER. Todo esto es, pues, un "arreglo"; ¿sabías tú que "ellos" iban a venir?

EL HOMBRE. Sí.

LA MUJER. *(Yendo hacia él indignada.)*—¡Perro sucio! *(Roncamente.)*—¿No merecemos nosotras ningún respeto?

EL HOMBRE. *(Con naturalidad.)*—Tú te mereces... cien pesos.

LA MUJER. Tú me los ofrecistes por "hablar" y "estarme quieta". Yo he hablado bastante, pero no me voy a estar quieta.

EL HOMBRE. ¡Oh!... Sí; tú vas a estarte quieta...

LA MUJER. ¿Tú crees que porque yo ando a caza de todo el dinero que puedo atrapar, no tengo derecho a que se me respete?

EL HOMBRE. ¿Qué es lo que tú quieres?

LA MUJER. ¡Justicia común! *(Él se ríe.)*—Bueno, puedes reírte. Tú tienes tus bonitas cajas de oro y tus sortijas de diamantes; pero unas cuantas palabras que yo diga, y todo este lindo "arreglo" se vendrá por el suelo. Te digo que he sido insultada. Me has estado usando como un instrumento, y esto no lo toleraré. ¡Demonio! ¡Me requema la sangre ver la manera como nos tratan! ¡Como si fuéramos montones de basura! Esto no lo aguanto. Tú quieres esconder a otra mujer debajo de mis sayas. Yo voy a servirte de "tapa" para que tú obtengas tu divor-

cio, cuando es tu mujer la que debía estar llevándote ante los Tribunales...

EL HOMBRE. Tú no sabes lo que estás hablando.

LA MUJER. Ya lo creo que lo sé. Se hace "esto" todos los días. Tu mujer será una de estas mujeres de merenguito; te ha cogido con tu querida, y ahora me usas a mí como un instrumento para salvar el "buen nombre" de tu palomita. Si tu mujer está tan enamorada de ti como todo esto, ella puede salirse con su gusto; pero yo no "trabajo" en obras de "caridad". *(Empieza a ponerse su chaqueta.)*

EL HOMBRE. *(Interrumpiéndole.)*—¡Cállate, que pueden oírte!

LA MUJER. Puedes apostar a que me oirán, antes de que se acabe este "sainete".

EL HOMBRE. Yo te he pagado por tu tiempo.

LA MUJER. No; no me has pagado todavía; todavía tienes el dinero en el bolsillo del pantalón.

EL HOMBRE. *(Forzándola, con persuasión.)*—Vamos, siéntate y escúchame.

LA MUJER. No quiero ser usada como una alfombra para que otros se limpien el fango de sus pies en ella.

EL HOMBRE. *(Enfáticamente.)*—Toma tus cien pesos y cállate.

LA MUJER. Ganaré más, si hablo.

EL HOMBRE. ¿De veras? ¿Quieres hacer un "chantage"? Toma tus cien pesos y olvídate de lo que ha pasado, porque si no lo haces así, te costará tan caro que te pesará.

LA MUJER. *(Con acritud.)*—No quiero ser insultada de esta manera. No serviré para que tu querida se salve, cuando ella debía de venir al fango en lugar mío.

EL HOMBRE. Yo no estoy tratando de salvar a ninguna querida; estoy tratando de ayudar a mi mujer.

LA MUJER. *(Con incredulidad.)*—¿A tu mujer? ¿Te tomarás tanto trabajo por ella?

EL HOMBRE. Eso es, exactamente.

LA MUJER. Hace tiempo que no me gustan los cuentos de Hadas.

EL HOMBRE. Pero es la verdad.

LA MUJER. Bueno, no me importa; si quieres ayudar a tu mujer, tendrás que pagarlo, o de lo contrario yo...

EL HOMBRE. ¿Tú, qué? Yo creía que tú eras una buena muchacha. Pero si formas un escándalo y me descubres, lo sentiré mucho, pero te haré pasar un mal rato. *(Con brutalidad.)*—Juraré que tú has estado en la combinación todo el tiempo; que me has cogido dinero y que ahora quieres cogerme más con un "chantage". No se te olvide que no habrá Juez que crea lo que un guiñapo como tú diga, bajo juramento.

LA MUJER. *(Dándose cuenta de que el Hombre está determinado a hacer lo que dice.)*—¡Caramba! ¡Eres una fierecita!

EL HOMBRE. Quizás; es lo cierto que me disgustaría hacer esta barrabasada a ninguna mujer. Pero cuando te entre el histerismo y empieces a hablar más de la cuenta, quiero que sepas que no consentiré que se me eche a perder el sucio trabajo de esta noche. *(Tomándola con fuerza por los brazos.)*—¿Entiendes esto? ¿Lo entiendes?

LA MUJER. Si me agarrara un tranvía al cruzar la calle, ¿lo sentiría? ¿No es verdad?

EL HOMBRE. Bien; en este caso procura no equivocarte. Yo estoy haciendo por mi mujer, lo que tu marido no quiso hacer por ti; mi mujer ama a otro hombre.

LA MUJER. *(Prontamente.)*—Tú la has cogido con él, y la quieres salvar ¿eh?

EL HOMBRE. No; ella es honrada, aún.

LA MUJER. *(Sonriendo sarcásticamente.)*—¿Honrada? ¡Bah!

EL HOMBRE. *(Indignado.)*—¡No te atrevas a reírte de ella! ¡Maldita seas!...

LA MUJER. Está bien... Está bien...

EL HOMBRE. Ella vino a mí, y me lo dijo; "él" me lo dijo también... Ellos se aman; pero son decentes. *(Con énfasis.)*—¡Decentes! ¿Me entiendes? Decentes, si es que tú sabes lo que eso significa.

LA MUJER. *(Impresionada.)*—¡Caramba! ¡La quiere de veras!

EL HOMBRE. *(Dominando sus emociones, con dificultad.)*—Nosotros no fuímos hechos el uno para el otro, y yo no debo interponerme en el camino de su felicidad. Yo no soy un malvado lleno de orgullo. Voy a dejarla separarse de mí de la manera más rápida y más fácil. ¿Crees que debiera enviarla a Reno, hacia el Oeste, y representar allí toda la comedia? ¿Crees que voy a dejarla intentar un divorcio, a menos que no sea seguro? No. Lo he preparado todo para que ella pueda otenerlo aquí en Nueva York, de acuerdo con las leyes de este Estado. Y tú serás en este "triángulo" la "Señora Desconocida"; tu nombre no será siquiera mencionado en los periódicos; no tienes, pues, por qué apurarte. Sus abogados tienen el soplo de que yo iba a estar en este Hotel uno de estos días; pero yo he hecho a los detectives correr detrás de mí por más de tres días, para que el Tribunal no pueda sospechar que hemos representado una farsa. Ella me demandará; mi abogado recibirá los papeles, pero no me personaré. Cuando el caso se señale, me ausentaré en un viaje de negocios. En un mes mi mujer estará libre, y ella, y el hombre a quien ella ama, se irán a la Florida a recoger flores de naranjo. Esto es todo, con excepción de que mi mujer y yo éramos dos ciudadanos perfectamente respetables y obedientes de la Ley, hasta que nos vimos frente a este problema, de manera que para vernos libres el uno del otro, como ambos deseamos, la ley nos obliga a cometer un crimen; y sólo con la ayuda de una

mujer "como tú", podemos nosotros derrotar a la ley, ¿lo ves? Porque cuando te encuentras frente a una Ley mala, no te queda más remedio que emplear malas artes contra ella. *(Ahora, ambos están de pie, y se contemplan mutuamente. Hay una pausa. Con naturalidad, él saca un billete de su bolsillo y se lo ofrece.)*—Ea, aquí está tu billete de a cien, por "hablar" un rato.

LA MUJER. Oye, ¿no podrías añadir uno de a diez "por estarme quieta"?

EL HOMBRE. *(Sonriendo).*—Conforme; siempre pensé que eras una chica muy razonable. Aquí está el de a diez, para la pluma. Ahora, ponte tu abrigo.

LA MUJER. *(Tomando el dinero, mientras habla consigo misma).*—Voy a comprarme una pluma blanca, de un pájaro de "verdad" esta vez. *(Él se pone su abrigo y su sombrero; enciende otro cigarrillo, y permanece de pie, contemplándola.)*

EL HOMBRE. ¿No te parece que es mejor que nos vean salir juntos?

LA MUJER. *(Contenta, otra vez.)*—Seguramente. ¡"Mr. & Mrs. John Smith"! Óyeme; a mi próximo "hombre" le voy a consejar que use un nombre diferente. ¿Adonde vas tu ahora? ¿A tomar un murcielago? [17]

EL HOMBRE. Me voy a mi club. No creerás tú que me ha divertido mucho esto, ¿eh?

LA MUJER. No lo sé; me parece que perdistes la paciencia por un momento. Pero lo hicistes como un caballero de veras. *(Va hacia él, con el dinero en la mano.)*—Díme; ¿cómo te gustaría que te convidara a comer esta noche? Yo pago hoy [18].

EL HOMBRE. *(En un tono muy amable.)*—¡Magnífico!

---

[17] "Where are you going now? On a bat?" "A un entierro".

[18] "Say, how'd you like to have a bite to it on me? I am flush tonight." Alude a la buena suerte que supone en el juego de "poker" tener todas las cartas de un solo palo.

LA MUJER. *(Rompiendo en un amargo sollozo.)*—¡Y hay quien dice que yo no sirvo para nada en este mundo! ¿eh?

EL HOMBRE. Oh, sí, tú sirves para algo. Esta noche tú has hecho a mi mujer "una señora respetable".

LA MUJER. ¿Yo? ¡Un andrajo cómo yo! ¡Ja... Ja... Ja...! ¿No es verdad que parece una broma?... *(Salen del cuarto del brazo.)*

(Cae el Telón.)

JUAN MOREL CAMPOS Y LA DANZA PORTORRIQUEÑA

I

N Puerto Rico hemos tenido dos artistas cuya mayor virtud ha sido la emotividad. Sus obras nos emocionan de belleza, y sentimos, al oírlas, como un leve sacudimiento espiritual: me refiero a José Gautier Benítez y a Juan Morel Campos. El primero tuvo exquisitos aciertos, períodos de plena felicidad poética, a pesar de que para llegar a ellos lo hizo, en algunas ocasiones, valiéndose de formas inperfectas o de anticuados moldes, debido, quizás, esto último a que en sus días se hallaban sometidos los poetas a las amables cadenas del clasicismo, y predominaban las inmortales poesías de Fray Luis de León, Lope de Vega, Calderón y Cervantes, como el único evangelio digno de escucharse y como el único modelo merecedor de ser imitado.

Los sonoros poemas a lo Zorrilla y Núñez de Arce hallaban espléndido eco en las almas que, por fortuna, cataron las sabrosas mieles de la lengua de Castilla, y la dulce musicalidad de Espronceda y Campoamor llenó de melodía los ingenuos corazones. Y ya que tenemos tan conocido nombre en los labios, ya que hablamos de un músico y de un poeta, no olvidemos aquellos versos del autor de las *Doloras,* cuando hablando de la música nos dice:

> Yo adoro como tú, niña hechicera,
> con ciega idolatría,
> la música que presta lisonjera
> el ritmo, que es la vida verdadera,
> a su hermana mayor la poesía.

El otro, Juan Morel Campos, fué un artista del sentimiento que comunicaba a las almas con la fina espiritualidad de sus creaciones.

No siempre fué original en sus ideas; no siempre se valió de sus propias tendencias para expresar sus pensamientos musicales: en sus obras se recuerdan, aquí y allá, motivos de la escuela *romántica,* y en sus primeras producciones se hallan sutiles reminiscencias de su maestro, Tavárez, particularmente si pensamos en *La Margarita,* de éste, y en *Ten Piedad,* de aquél. Pero en el artista

lo propio y esencial, lo inimitable es el sentimiento. La originalidad no está precisamente en la forma, ni siquiera en las ideas, sino en la emoción, que todo lo inflama, remoza y transfigura. Sin emoción, el Arte se congela en prismas duros, quebradizos e incoloros La sensibilidad del artífice rejuvenece los antiguos moldes, los hincha de sangre y de espíritu, funde la materia en el horno de su corazón, la aquilata, golpea, dobla y repuja como blando hierro, y al imitar las formas de la Naturaleza y del Arte, vuelve a concebirlas y a traerlas en sus propias entrañas. El más alto escritor, el más independiente de cualquier siglo, aunque no quiera, no hace sino usar y perfeccionar las formas y materias artísticas heredadas de sus mayores, y sólo a condición de conocerlas y poseerlas profundamente puede llegar a superarlas y renovarlas (1).

Ya se dijo, ha muchos siglos, que "nada hay nuevo bajo el sol." Y así vemos que muchos genios del mundo artístico nos ofrecen obras maestras cuya exclusiva paternidad no les pertenece, porque lo que han hecho no ha sido otra cosa que inmortalizar, engrandeciéndola, la obra del mediocre, que desaparecería, para siempre, de la conciencia humana.

Pensemos, por ejemplo, en algún drama de Shakespeare, en *Romeo y Julieta,* esa joya de lirismo, romanticismo y amor, y veremos como desde 1535 apareció en Italia una obra de Luigi da Porto tratando este asunto y a la que llama *Istoria novellamente ritrovata di dui nobili amanti, con la loro pieto sa morte intervenuta nella citta di Verona nel tempo del Signor Bartolomeo della Scalla,* y diez y nueve años más tarde publicaba Bandello: *La sfortunata morte di due infelicissimi amanti che l'uno*

(1) De *La Lengua Clásica y el Espíritu Moderno,* de Ricardo León.

di veleno, el'altro di dolore morirono con varii accidenti, mientras la del autor de *The Tempest,* no apareció hasta el año 1597, después de conocer otras cuantas de autores extranjeros sin olvidar la de Boisteau: *Histoire de deux amans, dont l'un mourut de venin, l'autre de tristesse,* y la del inglés Painter: *The goodly history of the true and constant love between Rhomeo and Julietta, the one whom died of poyson and the other of sorrow and heuiness, wherein be comprysed many adventures of the love and other deuises touching the same.*

Así vemos que hasta el genio de Shakespeare—tan admirado por Gœthe y Hugo—, cuyas obras crecen más y más a medida que los años pasan, se valió en ocasiones, de ideas ajenas para enriquecerlas con su maestría, imprimiéndoles el sello de la inmortalidad (2).

Se cuenta de Joaquín Antonio Rossini, de quien ha dicho Félix Clement que "es un manantial que fluye espontáneo y caudaloso, y lleva en sus aguas oro y diamantes" (3), que en cierta ocasión escuchaba una de sus obras con el sombrero puesto y se descubría de cuando en vez. Un amigo suyo que le observaba preguntóle la causa de su actitud, a lo que respondió, más o menos, el autor de *Othelo:* "Yo me descubro ante el genio de los grandes maestros alemanes cuya influencia enorme se advierte en algunos de mis pasajes." (Se refería a Haydn, Mozart, y otros.)

Si pensamos en algún compositor moderno, por ejemplo en Strauss, hallaremos en él una enorme influencia wagneriana, y en

---

(2) De Shakespeare no sólo se ha dicho que estaba visiblemente influenciado por Spencer, Dryton, Gower, Lyly, Chaucer y, especialmente, por William Browne, sino que, además, se le acusaba de haber copiado, al pie de la letra, escenas y versos de otros dramaturgos para darlas a la luz como suyas. En *Macbeth,* acerca de la cual ha escrito el crítico inglés Campbell que es "el más grande tesoro" de la literatura dramática de Inglaterra *(I regard Macbeth, upon the whole, as the greatest treasure of our dramatic literature),* se encuentran las siguientes escenas tomadas de la obra de Middleton, titulada *Witch,* de acuerdo con lo que exponen los editores de este último (The Claredon Press editors); Acto I. Escenas II y III; 1-37. Acto II. Escena I; 61-111. *(Porter's part);* Acto III. Escena V; Acto IV. Escena I; 39-47, 125-132; 111. 140-159; acto V. (?) 11; V. 47-50; VIII. 32-33, 35-75. Sin embargo, Mr. A. H. Bullen, uno de los más distinguidos críticos y comentaristas de Middleton, ha hecho grandes esfuerzos para tratar de probar que la obra de Shakespeare es anterior a la de aquél. (Véase: *Shakespeare's Tragedy of Macbeth, volume X.—Titus Andronicus, Macbeth, Poems and Sonnets—, with preface, glossary and notes by Israel Gollancz, M. A. Publichsed by David Mc Kay, 1022 Market Sr., Philadelphia, Pennsylvania.*

(3) *Músicos Célebres,* Biblioteca "Arte y Letras". Casa editorial Maucci, Barcelona.

las primeras composiciones del propio Wagner, encontraremos rastros de Luis Van Beethoven.

Así es que, dando una ojeada brevísima a la historia del Arte, no es difícil reconocer que casi todos los creadores tienen con sus antepasados estrechos lazos espirituales. De ahí que Byron manifestara:

¡Cuán difícil es decir algo que sea nuevo! ¿Quién fué aquel voluptuoso personaje de la antigüedad que ofreció una recompensa al que inventara un nuevo placer? Quizá la Naturaleza y el Arte reunidos son impotentes para producir una idea nueva.

Mas es justo decir que Juan Morel Campos no compuso siempre bajo la influencia de otros autores y aprisionado en el recuerdo de otras obras, no: él también creó ideas propias; en su imaginación nacieron nuevas melodías de exquisita belleza, y sus líricos pensamientos fueron abejas de amor que picaron sutilmente en la rosa encarnada del corazón portorriqueño.

II

Algunos críticos más o menos autorizados (localmente hablando) han querido desvirtuar la obra de Campos, debido a que, en su mayor parte, está compuesta de danzas.

Yo no voy a rebatir sus ideas ni a refutar su criterio. Pero voy a citar algunos párrafos de la obra *El Arte y el Gesto* (4), del crítico francés Jean D'Udine, quien me parece autorizado para hacerlo y él responderá elocuentemente:

En mi estética era aquí el punto en que el papel de la intuición empezaba a entrar en juego. Desde hacía ya bastantes años me había llamado vivamente la atención el hecho de que la música, hasta la más *pura,* pudiera sugerirles a ciertas personas movimientos corporales que, sin duda, en el espíritu de dichas personas, y sobre todo en la sensibilidad instintiva de las mismas, se relacionaban estrechamente con las modalidades sonoras. Isidora Duncan (la célebre danzarina norteamericana que puso en boga pocos años ha sus bailes inspirados en los ritmos de la estatuaria clásica griega), Félix Weingartner (el famoso director de orquesta y compositor alemán), o Miss Ruth (otra artista célebre de la danza), habían *danzado* a mi vista mú-

(4) Editor: Manuel Villar. Valencia (España), 1916.

sica que no era lo que comunmente se llama música de danza; la música expresiva del director de orquesta era una danza tan bien como pudieran serlo los pasos y ondulaciones de las dos jóvenes artistas. Una serie de razonamientos que serán vistos en el curso de este libro [5], y el estudio a fondo de las partituras de Gluck, me indujeron pronto a reconocer que, efectivamente, *toda música es música de danza,* idea que formulé primeramente bajo esta fórmula: *Toda melodía es una serie de actitudes.*

Así se expresa el eminente esteta en el prólogo de su obra. Y luego, en el Capítulo IV de la misma, donde trata de *Las Artes sinestésicas,—La Danza—,* añade:

Pronto procuraremos ver, en su mecanismo extremadamente sutil, la solidaridad entre ambas artes; veremos también cómo la música es la natural evocadora de la danza, y veremos asimismo que los ritmos sonoros, no solamente los macroscópicos (representados en nuestro arte contemporáneo por las notas redondas, blancas, negras, corcheas, y barras de compás) sino también los ritmos vibratorios mucho más rápidos, engendradores de la melodía, la armonía y el timbre, son todos traducibles por danzas, esto es por actitudes.

Más adelante prosigue:

La Música ha nacido de la Danza. Históricamente la solidaridad de las dos artes duró hasta la perfecta formación de la más joven de ambas; porque la *sinfonía* tiene su origen en la danza. Motivos de danzas alternativamente lentos y rápidos fueron los agrupados por los antiguos maestros en forma de *suites* de baile. Más tarde fué Haydn quien fijó el orden y el carácter para crear la forma suprema de nuestra música occidental (6), y este carácter originario se encuentra en todas las obras maestras del género, incluso en las de más modernas tendencias, como es por ejemplo la admirable *Sinfonía en Si Menor,* de Borodine, la cual desde el principio hasta el fin, evoca la visión de danzas caucásicas en las que se inspiran directamente sus temas.

Y en el párrafo inmediato a éste tiene D'Udine las palabras que responden mejor a las objeciones que tienen para la danza algunos críticos, cuando expone:

---

[5] *El Arte y el Gesto.*

(6) Antes que Haydn—dice Eduardo L. Chavarri—ya estaba ello establecido, especialmente por los maestros de la escuela de Mannheim y también antes acaso por los sonatistas itaianos.

Sin embargo, desde hace dos o tres siglos, se ha separado a Terpsícore de Euterpe en nombre de no sé qué idealismo artificial. Así hemos llegado a un deplorable exceso de cultura cerebral, hemos llegado a mentir todas nuestras aspiraciones, a disimulárnoslas, a ocultarlas como taras. No se danza ya cuando se oye música, y al son de una obra clásica, los músicos dogmáticos dicen de sacrilegio con sonrisa de superioridad despreciativa. Sin embargo, ya he dicho que veremos que la danza puede traducir todos los elementos expresivos de la música.

Paréceme que no hay duda acerca de qué opinión merece más crédito, y, siendo así, es fácil pensar que es injusto lo que se ha objetado a Juan Morel Campos.

El propio Beethoven se valió de la danza en su *Sinfonía Sexta en fa mayor* (obra LXVIII)—conocida también por *Sinfonía Pastoral*—lo que demuestra que él no despreciaba este género de música, sino que, al contrario, lo trató y cultivó con entusiasmo.

Héctor Berlioz, en su descripción de la citada sinfonía y al comentar el tercer tiempo de la misma *(allegro en fa)* dice:

La danza llega a ser loca, de puro bulliciosa. El ritmo cambia: un aire burdo, a dos tiempos, anuncia el arribo de los montañeses de pesadas madreñas; el primer trozo, a tres tiempos, vuelve a comenzar más movido que nunca; todo se mezcla, se confunde: las cabelleras de las mujeres comienzan a revolotear sobre sus hombros: los montañeses han traído su alegría estrepitosa y avinada: se palmotea, se grita, se corre; es un furor, una rabia..., cuando un trueno viene a sembrar el espanto en medio de la danza campestre y a dispersar a los bailarines (7).

Listz, Chopin, Brahms, Smetana, Dvórak, Grieg, Mussorgski, Albéniz, Granados y otros autores de no menos fama (8), aprovecharon y desarrollaron los ritmos de las danzas de sus respectivos países: Hungría, Polonia, Bohemia, Noruega, Rusia y España en sus más altas e inspiradas composiciones, sin que el esplendor de su belleza fuera desvirtuado por la fuente de su origen.

Y Morel Campos se especializó tanto en la composición de

---

(7) Luis Héctor Berlioz: *Las Sinfonías de Beethoven.*

(8) También Jeno Hubay, Rimsky Korsakoff, Novak, Wienaiwski, Moniuszko Mac Dowell, Christophe Weyse, Kuhlau, Poulenc, Saint Saëns, Heise, Le Puy, Hallen, Kferull, Nordaack, Sibellius, Pedrell, Falla y muchos otros.

danzas portorriqueñas; llegó de tal manera a dominar este género de música y lo cultivó tan intensamente, que, una de la dificultades de los compositores que le han sucedido consiste en escribir obras del mismo carácter sin caer, a veces, en plagios casi inevitables.

Porque Campos creó danzas melancólicas, danzas románticas, danzas alegres, danzas juguetonas, danzas descriptivas: fué subjetivo y objetivo, al mismo tiempo, y abarcó, maravillosamente, todos los aspectos de nuestro ritmo regional.

Después de las suyas se han creado algunas danzas bellas e inspiradas, pero, en casi todas (en la mayoría) se advierte, sin esfuerzo alguno, su influencia melódica, particularmente en las escritas en tonos menores.

Y esas danzas que se han escrito más tarde están hechas dentro de los moldes y las normas que él concibió, definitivamente, después de apartarse un poco, en cuanto a la factura, a la melodía y a la instrumentación se refiere, de la orientación de su maestro Manuel Tavárez. Las danzas de Tavárez son, sin duda, más finas que las de Campos. Hay en ellas cierta influencia del ambiente francés donde se formó su autor; algo del alma un poco irónica, un poco galante, refinada y frívola de París. Las danzas de Campos, al contrario, perdieron toda reminiscencia exótica y son más puramente nativas. Palpita en ellas la exuberancia y el calor de los trópicos; son claras y fogosas como el sol antillano, y lloran como llora el alma de los hombres mestizos que en la Sociedad de las Islas del Caribe sufren la humillación de un vivir doloroso ya que se consideran a ellos mismos, superiores a los negros, y no pueden, sin embargo, alternar, totalmente, con los de la raza blanca. Humillación que llega a tener, en ciertos instantes, sombras de tragedia y de inquietudes interiores en casos, como el de Campos, en que el mestizo lleva en su espíritu iluminaciones de eternidad y anhela completar sus sueños de gloria con el amor y la sonrisa de una mujer que nació en un medio preferido por la voluntad de los hombres.

Como Tavárez—que también era mestizo—vivió en París donde no se desprecia a los negros, por no existir allí la división de razas, su arte no interpreta el espíritu de su clase sino que, al

contrario, está lleno de esa gracia puramente helénica que tan bien ha sabido heredar y conservar Francia.

Pero aun hay una amargura más honda en las danzas de Campos. Una amargura que no es ya la de su vida ni es, tampoco, la de su raza: la amargura de su pueblo. La amargura de las islas antillanas. La música de Campos emite ese grito que día a día se ha escapado de las entrañas de estos países que no saben nunca del sabor de la plena libertad y que viven muriendo, amenazados, de una manera o de otra, por la fuerza de los poderosos, y presintiendo que su pequeñez, y su aislamiento y su soledad serán los enemigos que naciendo de ellos mismos les harán oprimidos siempre hasta el día que por virtud de una rebelión de la Naturaleza se hundan, eternamente, en el fondo de los mares, de la misma manera que antes se desprendieron del vientre de la madre tierra para aislarse del mundo de los Continentes.

En la música de Campos hay ese temeroso dolor que caracteriza a los pueblos eslavos cuya música refleja, también, una incertidumbre colectiva que sólo conocen las tierras esclavizadas por la tiranía.

Escritas—casi todas—en tono menor, se oye, a momentos, en ellas, esa enfermiza resignación de los desvalidos que no pueden andar por la amada vereda y que tienen que conformarse, a veces, con dejarse llevar por el Destino, aunque una lágrima inútil cuelgue de sus ojos. Porque eso son los pueblos antillanos: pobres desvalidos; voluntades sometidas sin quererse someter, que cuando logran rebelarse contra la opresión de un Poder extraño, les sale al encuentro otro nuevo Poder que les obliga a padecer un sufrimiento que, fatalmente, concluye en resignación cuando no en muerte.

De ahí que el Arte de las Antillas sea triste, casi siempre.

Si la Naturaleza es alegre en estas islas y puso en ellas su más variada policromía y su cielo más azul; si sus ríos arrastran en sus aguas suave rumor de acariciante música y en cada árbol hay un trino y en cada rama una flor, el hombre, o el Destino, o ¡Dios sabe si Él mimo! ha querido que el espíritu de los antillanos sepa de las más sombrías inquietudes y de las más lentas angustias.

Y de las tres islas la más pequeña, la que menos puede, por

su debilidad, sacudirse, como un monstruo vigoroso, para tirar la carga que la acosa, es la que vió nacer al artista que habría luego de recoger en sus danzas la pobre suerte de su hermosa tierra.

III

Campos ha sido, indiscutiblemente, uno de los más fecundos de nuestros músicos.

Sus composiciones, entre las que figuran una sinfonía (9), una overtura (10), una tanda de valses y una marcha triunfal (11), pasan de ciento cincuenta, y en todas se refleja la espontaneidad de sus facultades creadoras.

Su facilidad para componer e instrumentar—observa Callejo—, (12) puede juzgarse por los siguientes verídicos hechos:

Estaba con su orquesta solemnizando las fiestas patronales de Barros, y ya en plena misa de San Juan, cuando platicaba tranquilamente con los músicos en el antecoro, esperando que el orador sagrado teminase el sermón de rúbrica, vino Cosme Tizol—primer clarinete de la orquesta—a decirle: —"Juan, se quedaron en Ponce los papeles del *Benedictus*".—"Pues tráeme los de la *Gloria,* contestó con presteza, y escribiré uno en la última plana." Con lápiz, y a pesar de la prisa, con notación bastante clara, en poco tiempo, improvisó un *Benedictus,* para voces y pequeña orquesta, que, después de oído, resultó una de sus mejores composiciones del género sacro.

Desde luego, que su fecundidad fué relativa, pues si la comparamos con la de algunos músicos extranjeros que vivieron aún menos años que él, veremos que no son tantas su obras.

Franz Schubert—por ejemplo—que murió cuando sólo contaba treinta y un años (13), dejó más de quinientos manuscritos entre los que se cuentan composiciones serias de distintos géneros (14) sin olvidar sus ocho sinfonías.

---

(9) *Puerto Rico.*

(10) *La Lira,* obra escrita para gran orquesta, que le valió el primer premio (medalla de oro y diploma de honor) en la Feria-Exposición celebrada en Ponce en 1882.

(11) *Juegos Florales* (1895).

(12) *Música y Músicos Portorriqueños.*

(13) 1797-1828.

(14) Canciones, cantos espirituales, salmos, oratorios, himnos, cantatas, piezas de canto para varias voces, música para piano, para piano a cuatro manos, música para orquesta, música de cámara, música dramática, música para iglesia.

Mendelssohn (15) legó al mundo artístico un repertorio de unas cuatrocientas obras, y el antecesor de ambos, Mozart (16), un crecido número de grandes composiciones (17).

Desde luego, que mencionar estos nombres no significa comparar el de Campos con ninguno de ellos. Mozart, Mendelssohn y Schubert son glorias que pertenecen a la humanidad. Quizás nuestro compositor hubiere volado tan alto como ellos, de haberse desarrollado su talento en un medio ambiente propicio, de lo que está muy lejos de ser el nuestro, donde no se reconoce la superioridad del artista sobre los demás hombres; donde ¡todavía! no tenemos un Conservatorio y una Academia de Bellas Artes, ni un profesorado competente, salvo dos o tres excepciones, y donde no contamos ¡siquiera! con una buena orquesta que nos dé a conocer las joyas musicales de todos los siglos y de todos los pueblos.

Por eso, si nos ponemos *a tono* con las circunstancias en que crean sus obras nuestros artistas, no podemos menos que tener para ellos una íntima veneración, cuando aciertan, y una noble piedad cuando equivocan el camino...

IV

Nada hay más bello que la Primavera.

Si el Verano tiene el áureo encanto de su sol de fuego; si el Otoño adormece con su gris melancolía mientras caen las hojas rumorosamente; si el Invierno ofrece las claras lunas de enero, la inmaculada nieve, y las heladas noches, la Primavera viste de policromía los valles; cubre de frondosidad los árboles; resucita las rosas tristemente marchitas, y salpica la brisa con la llu-

---

(15) 1809-1847.

(16) 1750-1791.

(17) Cuéntanse como sus trabajos principales: Género vocal; 16 misas; composiciones misceláneas para iglesia; 21 óperas, operetas y piezas dramáticas; arias, tríos, cuartetos, coros con acompañamientos de orquesta; más o menos 40 canciones para una o varias voces. Género instrumental: 41 sinfonías; 28 serenatas, etc., para orquesta; marchas, danzas, movimientos sinfónicos y obras menores para orquesta; conciertos para instrumentos de cuerda y viento; 31 cuartetos de cuerda; 9 quintetos de cuerda; 28 conciertos para uno y dos pianos con orquesta; 11 quintetos, cuartetos y tríos para piano; 46 sonatas y variaciones para violín; 21 fantasías y sonatas, para piano, y obras de menor importancia. (Esta es la clasificación hecha por Dickinson: *The Study of the History of Music*, capítulo XXV.)

via de canciones que preludian los pájaros en los flébiles nidos que son como cajas de música...

Y un día de Primavera (18) nació Juan Morel Campos, en la ciudad de Ponce.

El amor siempre canta en Primavera, y él fué un cisne nacido para amar.

Y es por eso que sus *danzas* son tan ricas en emoción; y es por eso que sus melodías revelan tan ardientes pasiones; porque, como dice Taine: "Cuanto más bella es una obra, tanto más íntimos son los caracteres que por su medio se manifiestan." (19)

Campos fué un poeta en todo: la emotividad de sus composiciones no superó a los nombres con que las bautizó. Cada uno de ellos es un poema de por sí, y un acierto indiscutible: *Sin Ti Jamás, Cielo de Encantos, Alma Sublime, Bendita Seas, De Tu Lado al Paraíso, Tuya es Mi Vida, Vano Empeño, Cede a Mi Ruego*... frases sugerentes que hablan, con triste elocuencia, del inmenso amor que perfumó su alma nunca comprendida, porque "ignoraba que los hombres de poderosa imaginación suelen ser como las aves de poderoso vuelo: inhábiles para andar por la tierra." (20)

Él que tanto amó no pudo ser amado.

Él que tanto cantó al amor no logró la unión con quien amaba. Por eso en sus obras la nota predominante es la melancolía, el dolor, la amargura... y al oírlas "se despierta el encantador coro de las armonías interiores." (21)

Dante tuvo su Beatriz, Espronceda su Teresa, Ruskin su Adela, Musset su Lucía, Heine su Amelia, Schubert su Carolina, Tavárez su Margarita, De Diego su Laura..., no podía faltar en la vida de Campos otro nombre de mujer ni otra historia de amor menos triste, menos tierna, menos bella...

¡Bendito aquel amor imposible, porque de él nacieron muchas de las páginas más inspiradas de la música portorriqueña!

---

(18) Mayo 16 de 1857. Esta es la fecha que señalan todos los escritores con excepción de Luis Samalea Iglesias, que tiene, en sus *Apuntes para un Estudio*, acerca de Campos, la del 24 de junio del mismo año.

(19) Hipólito Taine: *El grado de importancia del carácter.* (Estudios de Estética.)

(20) Emilio Castelar: *Vida de Lord Byron.* (Editorial América.)

(21) Gœthe.

En ningún caso fueron más ciertas las palabras de Mad. Gjertz, cuando decía que "toda forma de belleza es, pues, una forma de amor." (22) De no haber existido *ella*, Puerto Rico estaría huérfano de aquellas inmortales melodías, y el nombre de Juan Morel Campos carecería del espléndido prestigio que le rodea...

V

Y una tarde, también de Primavera (23), murió el más pasional de nuestros músicos, como un ruiseñor que hubiere soñado dormir para siempre, después de mucho cantar...

"Morel Campos—dice Fernando Callejo—, (24) nació para el Arte, vivió por el Arte y murió dentro del Arte."

Yo iría más lejos diciendo de él lo que dijo César Miranda, de Julio Herrera Reissig: "Vivió en la Belleza, murió en la Gloria y renace en la Inmortalidad."

José A. Balseiro.

El Sr. José A. Balseiro, de quien se ha dicho que "tiene versos de Darío, por su belleza y su elevada inspiración", es un joven poeta portorriqueño que ha dado pruebas de su gran mérito como versificador al publicar las siguientes obras: *Flores de Primavera, Las palomas de Eros, Al rumor de la fuente* y *La copa de Anacreonte*, justamente ensalzadas por la prensa española; y que también se ha revelado notable prosista en sus novelas *El sueño de Manón* y *Cuando nace el amor*, y en su libro sobre *El Poeta y la Vida y otros ensayos*. Cuba Contemporánea le da expresivas gracias por el envío, desde Madrid, donde actualmente reside, de este bello artículo, en el que estudia y critica la producción musical de un conterráneo suyo, el notable compositor Juan Morel Campos.

---

(22) Mad. Gjertz: *La Música desde el punto de vista religioso.*

(23) El 12 de mayo de 1896.

(24) Fernando Callejo: *Música y Músicos Potorriqueños.* Editores: Cantero Fernández y Cía., San Juan de Puerto Rico, 1915.

EL DESPERTADOR DE CONCIENCIAS

I

EL mundo moderno necesita más que nunca de ejemplos de bondad, mutua compenetración y simpatía comunicativa. En medio de la desorientación actual hay hambre de fraternidad y ello está en los albores mismos de la inquietud social por la que atravesamos. Esta era la lección sabia que traía desde la Europa sombría, Enrique von Stollz, hombre de una edad indefinida, de esa edad de la vida tramontante en que todo nuestro saber, si lo tenemos abundante y superior, se vuelve una gran y atrayente humildad. Su porte era majestuoso, su andar firme y erguido como el de un militar acostumbrado a ser obedecido sin réplica. No siempre nuestro héroe había poseído este aspecto de misteriosa confianza en sí mismo ni esa serenidad, fuerte y constante que nada podía poner a prueba. Grandes desgracias, consecuencias del despiadado flagelo de la guerra, la muerte de dos de sus hijos, y la de su esposa, de incurable nostalgia por esos seres queridos, habían hecho de von Stollz, de un hombre orgulloso y altivo, un sér bueno, de una bondad que suplía en él a la más alta inteligencia, por su poder de dominio, por su potencia de atracción y su fuerza en hacerse obedecer sin violencia.

El gran trasatlántico *Antonio Delfino* estaba por llegar a la dársena, donde millares de personas lo esperaban: unas anhelantes por volver a ver algún sér querido, otras, por inquirir cuestiones comerciales, tan variables hoy día por la inestabilidad de los cambios. Von Stollz contemplaba desde la cubierta a la nue-

va ciudad, cuyos edificios de tan varias alturas, se recortaban en el fondo gris de la mañana brumosa. Se levantaba ante él la urbe como una enigma, como una interrogación. ¿Cómo correspondería ella a su modo de ser? Sería la humanidad por todas partes la misma: no costaba mucho la cortesía, la bondad, la paciencia con personas cuyos intereses no eran precisamente los nuestros y sin embargo...

II

Después de las enojosas operaciones de aduana, muy poco propicias para hacer amable el país donde queremos albergarnos por más o menos tiempo, nuestro anciano-joven se dirigió a tomar un coche, tarea también que participa algo de la fastidiosa cuanto inútil revisión. Manejaba bien el español por haber sido durante años profesor del idioma en una Universidad; así pudo dar sin tropiezo su dirección: Pensión *Hodler,* Calle Pino (Belgrano). A haber conocido la distancia considerable que media entre la dársena y el pintoresco suburbio, no se le hubiera ocurrido tomar una volanta. Como sucede siempre, el cochero no dió con la calle ni el número y hubo necesidad de recurrir al policía. Quiso un feliz destino que éste, no sólo supiera la dirección, sino que hasta podía dar un juicio sobre la pensión, su dueña y sus numerosos habitantes. Inútil decir que el agente era todo un Romeo y había aprovechado sus paradas en la esquina de la Pensión *Hodler,* para enamorar a una de tantas cocineras, asturiana, locuaz y amiga, como todas sus paisanas, de juzgar, no sólo con ligereza, sino con una brevedad sentenciosa que hacía de sus juicios, cosas inapelables.

—¿Y va Ud., señor, a parar a casa de esa lechuza pintada que vive de la ingenuidad de los recién llegados, como Ud?—díjole el vigilante.

A lo que replicó suavemente el anciano, con un aire de conocerle de toda la vida:

—Es sin duda la señora Viuda Hodler una pobre mujer de quien todos han querido abusar por su condición de mujer y de viuda...—y siguió a pie el corto trozo que lo separaba de la Pensión. El agente siguió meditando y diciendo para sí:

—Te quiero ver de aquí a unos días, cuando hayas experimentado los efectos melancólicos del ayuno metódico.

Con ademán resuelto tocó el llamador de una vieja casa, amplia, de tres pisos, mansión que delataba a todas luces, haber servido para usos más nobles hace treinta años. Como las personas de calidad, había ella tenido su romance y su tragedia. Ahora pasaba por su época trágico-cómica. Una sirvientica, de esas que están contando que se les trata con la dureza de las personas a quienes no se paga, abrió la puerta. Era efectivamente una huérfana puesta en manos de la viuda circunspecta y terrible, por la Sociedad de Beneficencia. Recogiéndose con timidez el sucio delantal, no pudo menos que mirar azorada a este extraño extranjero, de cuyos ojos fluía una dulce bondad. Poco estaba acostumbrada a ella, la pobrecita. Apenas había podido articular el "¿qué desea Ud. caballero?" cuando se oyó la voz de la señora Hodler, que con agria expresión, gritaba a la fámula que se fuera a la cocina, que ella atendería al visitante. El anciano golpeó paternalmente la espalda de la joven y díjole, antes de que pudiera Juana articular palabra:

—Vete hija: a pesar de todo; ¡qué no darían otros más felices y más ricos que tú, por tu juventud! ¡Dios premiará tu resignación!

A este punto, llegó la señora, y después de lanzar una mirada de odio doméstico a Juana que no pasó inadvertida al anciano, compuso los rasgos de su fisonomía con los más bondadosos toques que conservaba aún su dignidad de viuda y matrona, venida a menos.

—¿En qué puedo servir al caballero? musicalizó, ajustándose los puños.

Y entretanto, iba maquinando el subir el precio del cuarto y la pensión, y cómo hacer parecer bello e inundado de sol, un cuarto obscuro en la parte posterior de la casa. El anciano comenzó por fijar su tranquila y escrutadora mirada en los ojos de la señora. No pudo resistir ella a esa luz de la bondad y empezó a atacar con furia el collar de azabaches del que pendía un gracioso impertinente.

—Conocí a su difunto esposo, señora, hacen luengos años en Hamburgo. Era todo un caballero: noble, sincero, generoso...

¿Dónde había visto ella esta cara, cuya íntima nobleza de expresión le remorara todo un mundo de recuerdos? No siempre había sido ella, la mujer irritable, áspera y severa en el juicio, grandemente cortés y afable con los ricos y la gente de éxito. No habían sido siempre la mentira, el engaño o la hipocresía sus armas defensivas favoritas. Había sido ella también, como este hombre que estaba ante ella, un sér transparente, sin malicia, sin segundas intenciones. ¿De dónde venía? ¿Para qué llegaba a su casa? ¿Quién podía haberle dirigido hacia ella? Todo esto le parecía un sueño: se encontraba mezquina, falsa, deseosa de sorprender la buena fe de sus clientes. Dióse cuenta en seguida de que no podía tratar al nuevo huésped, sino como a un sér en quien se cumpliere aquello, tan olvidado de los hombres de hoy: "Has a tu prójimo aquello que quisieras te hicieran a ti."

—Vengo, señora, de Alemania a pasar unos meses de quietud en esta tierra, que se pondera como la de la abundancia, y donde la manera de vivir es más humana. ¿Encontraré aquí al *hombre bueno?* Muy poco necesito para vivir, señora; un cuarto limpio, comida sana, trato de justicia y caridad para mis defectos.

Por su cara, señora, noto—ello vendrá de su gran conocimiento del mundo—, que Ud. me ha comprendido y que hará por mí, lo mejor que esté de su mano.

La señora Hodler no volvía en sí de lo que le acontecía en la intimidad de su corazón: no le salían de la boca las palabras melosas, las ponderaciones efectistas de las ventajas de su establecimiento, calificado generalmente, a son de trompetas, de primer orden, digo más, el primero en su género. En ello no se equivocaba la señora, pues reunión de más variados y complicados seres humanos, no existía en la Capital Federal.

—El único cuarto disponible es uno ocupado por la viuda de un célebre militar retirado. Su precio es... de ciento cincuenta; luz y comida comprendidas; pero... como el señor conoció a mi difunto esposo, ¡el pobrecito!, [aquí caen sobre el agitado seno gruesas lágrimas], se lo dejaré en ciento treinta...

—Veo que la señora ha adivinado que no soy hombre de fortuna. Agradezco su delicadeza. ¡Muchas veces he tenido que pagar tributo a las apariencias!

—Subamos;—propuso la señora.

—No sé si está comprendido el baño...

Desapareció entonces la mansedumbre de la señora Hodler.

Era una de esas preguntas que de tanto haberla contestado negativamente, habían exacerbado sus nervios.

—¡No sabe el señor, el impuesto bárbaro que soportamos los propietarios por las aguas corrientes; no hay hotel grande, ni chico o pensión, que no cobre por este servicio y bien caro...!

Con la tranquilidad de costumbre, respondióle él:

—De acuerdo, señora; dejo el asunto enteramente en sus manos; tengo completa fe en su conciencia y en su honestidad, desde luego.

Comprendiendo ella, que el extranjero querría estar solo, así llegaron al cuarto, con el cual él se conformó, le dejó con sus preocupaciones.

III

La señora Hodler no podía salir de su asombro: era la primera vez de su vida que no había conducido un asunto o negocio a entera satisfacción suya.

El extranjero la había hecho hacer todo lo contrario de su intención. Sólo otra mujer la había dominado: su madre. Solía decir, tal era el aplomo de su confianza en sí misma, que si el finado,—bien lo merecía el pobre con treinta años de compañía a su lado—estuviese en el cielo, no podría doblegar su voluntad, una vez empeñada en realizar un propósito.

No sólo en ella había causado honda impresión el señor Stollz; también Juana, allá en la cocina, mientras guisaba con mala grasa, pensaba sin cesar en el extranjero. Parecíale así como que este señor había venido respondiendo a un deseo suyo, un anhelo de algo desconocido, algo que era lo que más necesitaba ella: un padre.

Su rudimentaria conciencia se hacía así como esta pregunta: ¿Qué no has tenido? ¿Qué es lo que más necesitas? Deséalo con vehemencia. Tu deso será realizado.

IV

Se nota en la casa ese movimiento que precede a la hora de la comida. Estamos en la proximidad de las ocho. Observemos a los huéspedes de la Pensión. Todos parecen sentir esa languidez y ensimismamiento de que tan a menudo padecemos antes de alimentarnos. Ya la señora Hodler se ha instalado muy peripuesta en un gran butacón, a leer o más bien a fingir que lo hace. Parece en su tranquila majestad, el numen tutelar de la casa. Es la señal de que la comida va a ser servida.

Con un andar muy de artista de teatro, que siendo ya entrada en años hace de ingenua, baja la escalera la señorita Zamora Alhucema. En todos sus movimientos se ve el refinamiento de la gente de abolengo y de dinero, es decir, emparentada con gentes de gran fortuna, que si bien se avergüenzan de ella por ser pobre, ella las recuerda a cada paso en sus conversaciones, con personas de situación social inferior. Un ligero toque de "rouge" colora sus pálidos labios; sobre sus mejillas se extiende, como nácar, la *crême Simon* y sus cejas despobladas a la última moda, limitan unos ojitos muy vivarachos y juguetones.

A pesar de su exterior de pura vanidad, vanidad que ella ostenta para conformarse con la etiqueta falsa del gran mundo, oculta un corazón de oro. Va derecho a tener noticias sobre el nuevo huésped, del cual como buena mujer, ya tiene algunos datos por observación propia. Consciente con el evangelio de la solterona no resignada, cruza por su cerebro, fácilmente inflamable, la idea de que el novel caballero, pudiera resultar, por casualidad, un aspirante a su mano.

Entran de la calle una pareja ya entrada en años. Es evidentemente un matrimonio, pues aparecen al punto el perro y el gato que cada uno de nosotros lleva consigo, cuando vivimos en muy estrecha amistad. Es de esas parejas en las que la lucha constante contra dificultades financieras, ha agriado el carácter, al extremo de que no puedan pasar más allá de los cinco minutos reglamentarios sin decirse algo desagradable y echarse en cara el uno al otro la menor falta. Pero estas circunstancias no son óbice para que delante de gente no aparezcan sino como dos tórto-

las. ¡Qué hermosas y qué sentidas son las ausencias que cada uno de estos cónyuges hace el uno del otro! Una de las preocupaciones del viejo coronel retirado y de su esposa, superior a él por su familia, era una hija, Graziella de nombre, cuyo porvenir les parecía sombrío. Joven pobre, pero dotada de una gran belleza de líneas y de una educación tan perfecta como se da en los conventos de última moda, ¿qué podía hacer en la vida, sino casarse con un viejo, enriquecido en el comercio o en prestar dinero a aristócratas despilfarrados? La venta, pues, ¿qué otra cosa era lo que proyectaban para Graziella sus padres? Era tan constante su preocupación que ya la habían resuelto en parte. Graziella recibía, bastante contrariada por cierto, las asiduidades de un tío viejo, cuya idea era hacerse perdonar su desgarbo, su fealdad y su rastaqüerismo con algunos millones. A esta altura era muy intensa la lucha entre los cuatro. Por un lado, luchaba la avaricia, la codicia, cuyos abogados principales eran el padre y el viejo novio; y por otro lado, se defendían, la madre y la hija, de tales bajezas. En todo ello era la madre la que llevaba la peor parte, pues no deseaba desautorizar a su esposo ante su hija.

La naturaleza, verdadera distribuidora de penas y goces, ordenadora de los acontecimientos, había dispuesto de los asuntos, tales como debían ser. Durante las idas y venidas de la bella joven a la iglesia, un apuesto galán le había interceptado a menudo el paso y ganado su corazón, primero con ardientes miradas, y luego con diálogos nerviosos y cartas. En Graziella luchaban dos tendencias opuestas: en seguir los primordiales impulsos de un corazón generoso u obedecer al criterio utilitario hodierno que todo lo quiere encontrar hecho y perfecto. La pobre Graziella se debatía en este dilema: lloraba a menudo en secreto, y no tenía mejores confidentes que su viejo piano,—tocaba éste a la perfección—y un devocionario que removía en ella todas las dulzuras de la época de la primera comunión.

Agitados por pasos precipitados, entran al salón dos jóvenes del tipo atlético moderno: anchos de espaldas, altos, bien redondeadas las líneas de sus cuerpos. Han sido patoteros, pero no del género sentimental Su lema ha sido siempre, ganar lo más posible con el mínimo de esfuerzo. Y no será un secreto para nosotros el sistema con que se consigue este modo de vi-

vir, planeado sobre todo, en horas de ociosidad sobre la mesa de un café cualquiera, jugando al billar o a la baraja. El amor no los toca, si él no les aporta una ventaja. Viven al margen de la ley que no puede atraparlos, porque su juego está harto oculto, bajo corteses maneras, modos de hablar melífluos y conducta equívoca. Entre uno y otro, siempre encuentran algún candidato para sus combinaciones comerciales. Lo que sólo a ellos importa, en toda transacción o negocio, es su comisión. Pertenecen a esa familia, asaz extendida hoy día, de sinvergüenzas elegantes.

Conspicuo, entre las personas que dirigían sus pensamientos, hacia el estómago, encuéntrase uno de esos prestidigitadores de la farsa moderna: un cronista de la vida social. Dábase mucha importancia porque con la mágica batuta de sus engañosas líneas hacía aparecer distinguido lo que no lo era, a no mediar el prestigio de la fortuna o de la gran casa, toda apariencia exterior. No era fácil entrar en su *libro de oro*. Su especialidad más acabada era, después de los onomásticos, los artículos necrológicos, en los que ponía a los extintos todas las virtudes que les había negado sistemáticamente en vida. De tanto derrochar amabilidades y genialidades a los que han transpuesto los umbrales de la vida física, el pobre Antoñito Pujares se había quedado sin virtudes y sin pizca de sentido común. En la redacción le apodaban *El Alegre enterrador*. Una de las manías más inocentes de Antoñito era la de narrar las intimidades de las Doñas Sirenas y Señores Polichinelas del gran mundo social. Sabía que la señora X, viuda del marqués Z. tenía cuatro aparatos internos y que la señora A. B. C. llegaba en las desgracias, inmediatamente después de la Asistencia Pública o del médico de cabecera. Antoñito sabía todo y de todo, menos la verdad de las cosas.

Tras unas gafas de oro brillante, apareció un hombre joven de unos cuarenta años: coronaba su cabeza el pretencioso tupé de Moussion. De toda su persona salía un extraordinario magnetismo personal. Había en él una rara mezcla del charlatán y del hombre que a toda costa quiere pasar por rico y gran señor. Donde él estaba, nadie podía ser superior a él: él tomaba todas las iniciativas, él ordenaba a diestra y siniestra y para

cautivar a la gente, posaba de psicólogo científico. Un gracioso lo había llamado un día Mons. de Thébes, y le quedó el apodo. No estaba ni un solo minuto con persona alguna sin sorprenderlo con una profunda observación. Las cosas más sencillas siempre resultan las más hondas. Era uno de esos tantos hombres de negocio, especulador de fantasías inofensivas, cuyo escritorio no se conoce a pesar de estar siempre nombrándolo. Decía siempre andar a la búsqueda de una casa para vivir.

Cuando la viuda pasó su mirada de cóndor sobre sus huéspedes, apareció von Stollz, y entonces ella con voz firme invitó a todos a pasar al comedor. Más que de los consabidos platos, más o menos variados, carne, papas y coles, bajo todos los disfraces que pueden adoptar, los comensales se ocuparon del recién llegado.

—¡Qué caballero tan distinguido!—pensaba para sí la señorita Zamora.

Los dos caballeros de industria se miraban de reojo, como diciendo ¿en qué combinación podríamos hacer entrar a este recién llegado, que parece tan inofensivo?

El coronel y su esposa cuchicheaban muy bajito:—¿De dónde saldrá éste para haberse metido acá en este refugio de bandidos?

La señora más humana y más bondadosa soliloquiaba:—Parece de nuestro mundo; tiene cara de haber sido un buen marido.

Graziella le miraba con marcada simpatía, pues parecía ver en él, el hombre de consejo que necesitaba, en el momento decisivo de su vida; tenía en la punta de la lengua el confesarle su situación.

El psicólogo, por primera vez no hizo su horóscopo: se sentía frente a un hombre muy superior a él. No se atrevería a dirigirle sus banales frases de siempre. Sentíase más bien inclinado a preguntarle muchas cosas que ignoraba y para las cuales su pretenciosa sabiduría no encontraba respuesta. Su trato con gente frívola e ignorantísima de la ciencia del alma, habíale hecho creerse una esfinge. Y ello importaba suponerse conocedor de todos los secretos ajenos y que, en cambio, nadie conociera los suyos propios.

El cronista social repetía sin cesar, para encontrarle cadencia de

nobleza, el nombre del anciano. "No me suena", decía para sí. "Pero no sería extraño que fuese un príncipe destronado, un alto funcionario del imperio y en último término, eso sí, un cumplido *gentleman*." Daré la noticia de su arribo en *El Espejo de la Patria*. Quizá algún día esto me traerá, como en las novelas de cinematógrafo, una gran cruz de hierro o un cintillo rojo."

Mientras pasaban las fuentes, Juanita se sentía cada vez más fascinada por el extranjero, cuyos modales, cuya paciencia y paternal trato, le hacían pensar en todo lo que no había tenido jamás en el Asilo de Huérfanos: una persona por quien desearía sacrificarse, alguien que anhelara rodear de los cuidados de un puro cariño de hija.

V

La fruta ha sido servida: tangerinas y bananas. La concurrencia se retira al salón a tomar un café, que más que de Arabia proviene de Malta. Fuera, reina una feroz tempestad: lluvia, viento silbante, truenos que hacen persignarse a las tres señoras mayores y, a cortos intervalos, un bello relámpago que ilumina con férico esplendor la estancia. Ello exalta la noble alma del anciano-joven que ve en este espectáculo como una revelación del alma incomprendida del planeta. Pone risas nerviosas en los labios frescos de Graziella, cuyos ojos invariablemente miran a los de von Stollz.

—Se me ocurre que toca Ud. el piano, señorita: sabré así algo de su alma.

Graziella por toda respuesta, se dirige al piano y ejecuta una romanza sin palabras, de Rubinstein.

La interpreta con tanta vehemencia pasional, que no tiene dificultad el anciano en leer su corazón, entregado a un amor desgraciado.

—Los que cultivan el amor de la belleza, por fuerza odian con igual intensidad la impureza. El verdadero amor, aquel que a mi edad se recuerda siempre, como lo más maravilloso de la vida, sólo se puede sentir durante una época y asociado a un sér a quien además de desearlo sólo para nosotros, le admiremos cual algo perfecto—dijo el joven-anciano en voz baja.

—Yo no quiero, señor, casarme por conveniencia, me parece indigno de mí misma, pero ahí están mis padres, cuya tranquilidad material y hasta paz de espíritu lograría, al casarme con don Edgar Pintos, a quien me es intolerable querer por diferencias de edad y de educación.

—Pero, ¿es que no ama Ud. a alguien que realiza las aspiraciones de su alma de joven, que apenas se está iniciando a las realidades de la vida? Recuerde que la verdadera vida—la única verdaderamente digna de ser vivida—, es la de las emociones.

Exaltándose Graziella, contestóle:

—Sí; amo con toda la fuerza de mi primer amor, a un joven estudiante, cuyo porvenir aún es inseguro. Él me ha prometido, si yo me comprometo con él, redoblar sus energías para conquistarse una buena posición.

—Aunque pudiera darle muchos consejos e indicarle quizás el camino a seguir, no lo haré. Creo saberla lo bastante mujer en sentimientos puros, nobles y elevados para resolver el problema que la tortura. Eso sí, le diré que en el amor sólo pueden hacernos felices, los sentimientos que fluyen del corazón... Y en diciéndolo se alejó del piano y fué a conversar con la señorita Zamora. Ésta, al verse objeto de la delicada atención de von Stollz, intensificó toda su coquetería.

Díjole ella al verle:

—Le he estado observando con interés. ¿No será un atrevimiento de mi parte el decirle que Ud. me atrae? A mí me gustan tanto los hombres que se sobreponen a las vulgaridades de la vida, los hombres francos, sinceros, sencillos...

—¿Y está Ud. segura, mi simpática interlocutora, de ser Ud. en la intimidad de su alma, todo esto que Ud. admira tanto en los demás?

—No esperaba salida tan abrupta de un tan gran caballero. Es Ud. hiriente, como todos los hombres, con las mujeres cuya frescura está por pasar...

Los ojos de la señorita se nublaron de lágrimas y experimentó esa sensación de lontananza en el tiempo que había hecho perder su orgullo y desmedida confianza en sí misma a la viuda Hodler. Hubiera deseado desaparecer de la vista del extranjero; tan falsa y tan vana se sentía bajo su máscara de pinturas, su

pelo postizo y su vestido harto liviano para su edad. No tener un espejo cerca para verse tal como ella era: casi una vieja.

Von Stollz, como adivinando el curso de estos pensamientos, prosiguió de esta suerte:

—El tiempo pasa y no vuelve; debemos dar cuenta del empleo de cada momento, como las estaciones, que en cuatro partes dividen el año; nuestra vida tiene también otros cuatro aspectos, cada uno de ellos posee su luz y su sombra, su encanto y su sabiduría; no podemos vivir en el otoño como lo hicimos en la primavera incitante y amabilísima. Llámase, en mi querida Alemania, a las tardes de otoño, en que tramonta el sol, tardes de oro, y así también puede ser para Ud. que tiene en el fondo el alma tan gentil—y para mí—, este atardecer de una edad, en que sobre todo, demos a los demás la impresión de ser dueños de nosotros mismos, *capitanes de nuestra alma*...

Y por toda respuesta, la señorita Zamora, bastante conmovida, dijo secamente:

—Buenas noches, señor Stollz y demás compañía.

—Ahora nos tocará el turno a nosotros—díjole Tomasito Cuenca a su compinche Francisco del Solar. Jugaban a la brisca con el entonado repórter de las minucias sociales.

Como hablando consigo mismo, empezó el anciano a hacer como que contaba un cuento, una especie de fábula, que por haberla aprendido en la niñez, la iba recordando con esfuerzo.

—En una ciudad de muchos jardines y de muchos palacios, sita en la Persia de los tapices de colores exquisitos y de la vida muelle de los grandes señores, que aman, como adornos de sus vidas, la juventud, la poesía y el canto, vivían tres jóvenes estudiantes. Eran de familia pobre y habían venido de lejanos confines del Oriente. No tenían en la ciudad familia ni parientes; eran huérfanos, por así decirlo, y después de sufrir cada uno por su lado muchas privaciones y muchas desiluciones, comprendieron, cada cual a su modo, que solos en el mundo nada valían. Otra lección que les dió la vida era: que si bien la mentira salvaba las situaciones momentáneamente, en nada las remediaba en definitiva. Sólo servía ella para complicar la vida, de una manera tan inútil que hasta se deseaba acabar con ella. Si bien el dinero mal adquirido, siguiendo una ineludible ley matemática, en-

riquecía, disminuía en nosotros, proporcionalmente, una serie de goces y satisfacciones que no estaban ni podían estar al alcance de la fortuna. Amigos de ocasión, llegaron a congeniar tanto que resolvieron vivir juntos, hasta que el destino los separase. Llegó esa hora con toda su honda tristeza y ella en vez de abatirlos, les llenó el alma de una extraña y sublime corazonada. ¿Dónde, en el mundo hostil, calculador y frío, que les rodeaba y les rodearía podrían encontrar almas así buenas, así comprensivas, así honestas? Ocurriósele a uno de ellos hacer entre los tres, antes de partir, un pacto solemnísimo, sellado con la condición de sangre, de que si uno de ellos faltara a él, sería muerto por alguno de los sobrevivientes. Consistía su decisión en que, aquél que más prosperase de los tres, llamara a su lado a los otros dos para reunirse nuevamente y en una empresa común, juntar sus aspiraciones, sus éxitos y sus finanzas...

Al principio de este apólogo, se cruzan risitas y miradas de inteligencia, apenas esbozadas, entre los tres amigos, cuyo lazo de unión, era sobre todo, la conveniencia personal, exclusivamente y á toda costa. Luego, no siguieron tan tranquilos su juego; se sintieron irónicamente aludidos, pero como personas de cierto mundo, no lo demostraron. Siguieron riendo y haciendo bromas veladas, pero ya todo era inútil;—habían sido tocados de la gracia de una sabiduría más alta y más realmente verdadera que su vulgar parodia de la vida. Cada uno por su lado, añoraba su infancia, su adolescencia quizás soñadora y generosa, el principiar de su mocedad, llena de carácter, voluntad y aspiraciones. ¿Qué había sido de todo ello? Apariencias, traiciones, pequeñeces, inconsecuencias, cerrar a menudo el paso al verdadero mérito, abandonar al pobre de talento, pero sin influencia, para correr tras el adinerado amoral o el político insincero e incapaz de servir a nadie, sino a sí mismo.

Sentado en una gran butaca estaba don Luis Etchemendigaray, parco escritor con alma de apóstol, cuya filosofía moral barata, condensada en un librito titulado *El Desierto de Sahara,* habíale conquistado fama de moralista patentado. Al amparo de la señora moral mundana, había reunido el capital suficiente para lanzar una revista estilo inglés, cuyo altruístico nombre era: *Para mí.* De tan seria, era jocosa. Aparte de un material traducido abun-

dantísimo, traía colaboraciones de los autores menos escrupulosos como probidad literaria. Con un sentido selectísimo, apartaba de la redacción a los escritores que en la parte moral de su espíritu pudieran arrojar sombra a su jardín interior. Al día siguiente de rechazar el ofrecimiento de un gran escritor pobre, pero rico en talento y carácter, hizo colaborador a un literetero de la pluma, conocido por una imaginación sólo nutrida de embustes y desplantes para zaherir al burgués. Una de las poses del apóstol del periodismo, era su notoria moralidad, pero, como el manto de la noche, ella encubría infinidad de males y fraudes.

Don Luis no podía mirar al extranjero, sin sentirse menos seguro de ser el popular autor de *El Desierto de Sahara*. No experimentaba esa certidumbre olímpica que lucía en la mesa de redacción, rodeado de empleados a sueldos reducidísimos.

Añoraba días más puros, cuando sin haberle corrompido y desnaturalizado su sed de lucro, tendía la mano al poeta de vuelo, pero desgraciado; al escritor de valía, que se siente aislado en un medio adverso. Había sido en su mocedad, un idealista; ahora se sentaba con la clámide de la inocencia perseguida en el banquete de los privilegiados. Su vanidad de literato y su egoísmo de editor-propietario, ¡a cuantos había arruinado! Si la Providencia se encargase de resucitar los fantasmas de aquellos a quienes hemos dañado, cuando podíamos haberlos hecho surgir, ¡cuántos muertos pasarían como una visión ante el alma satisfecha del editor moralista!

No se daba cuenta de lo que le acontecía esta noche invernal: en vez de calcular las nuevas prorratas de su boliche literario, pensaba con insistencia en el bien dejado por hacer, en las esperanzas frustradas en tanta bella juventud. Su apostolado sólo ayudaba a sembrar el hambre espiritual de muchos colegas.

Molestado por preocupaciones tan poco oportunas, se retiró a dormir. Quedaban todavía dos huéspedes como intoxicados por este sutil magnetismo del un *yo superior*.

Era un hombre de sesenta años, muy aliñado en su vestir, muy pulcro en toda su persona, con un aire muy visible de gran señor venido a menos. Todo en él delataba con arrogancia: "La riqueza y la gloria literaria he sido yo." Lo había sido en efecto: un multimillonario por parte de la esposa, cuyos dineros había tronado

en comprar a toda la prensa y la *gens litteræ* para trompetear su fama. Su nombre mientras los millones danzaban en sus arcas, sólo era pronunciado como el del Santísimo, entre nimbos de inciensos y el perfume de las flores. Su gloria era tan vasta que ya no era de este truhanesco mundo, donde la pobreza maridada al talento, es la peor y más insultante de los infortunios. Nunca se había asociado a sus colegas sino como un rey entre vasallos. Aparecía entonces como un sér superior que condecendía con el vulgo de las musas.

Su orgullo era tan singular que parecía más bien una gran humildad. Poco faltábale para llevar el sobrenombre de Francisco de Asís de las letras. Jamás puso su pluma a la vil tarea de levantar un colega o emitir una opinión sobre una obra ajena. Eso disminuiría su majestad. El contestar cartas era propio de infelices o pueblos bárbaros como el yankee o el inglés. Toda su gloria y omnipotencia literaria, descansaba en bien poca cosa: una novela mitológica: *La clemencia de Aspasia,* donde suponía resucitarse el momento incomparable de la edad de oro de Atenas. El libro no carecía de méritos. El estilo preciosísimo como mosaicos de Bizancio, torturaba el pensamiento hasta sus extremos. Fué un éxito relampagueante, consagrado por críticos que habían hecho su apología después de un menú exquisito. El "reclamo" que está al alcance del adinerado, agotó todos los medios para hacerle valer y desde ese día fué Don Pelayo de la Redondela el primer escritor de su patria. Habíase construído grandes caserones reproducidos según las descripciones de su libro, y las fiestas en ellos eran suntuosas y marcaban épocas.

Al quedar viudo, una reclamación por parte de sus hijos y de su suegro le puso al borde de la ruina. De pleito en pleito quedóse sólo con su parada señoril y fué a hospedarse en el *caravanserail* de Belgrano.

Era el huésped distinguido por excelencia, el hombre que tiene un pasado y no lo oculta por nada del mundo.

Fanfarrón, botarate, acometía con el delirio de sus pasadas grandezas a los recién llegados; sin embargo se detuvo ante von Stollz. Quedó paralizado ante él. El impetuoso abrazo de verdad, aquel que viene del corazón, no sentía dárselo a esta perso-

nalidad sencilla y alta, para quien no estaba hecha la mentira o el engaño. Sentía una sutil congoja por la esterilidad de su vida entre la molicie del lujo, el desprecio por el vil rebaño sin dinero y un espíritu en el fondo pequeño y mezquino, sólo obsedido por su propia imagen.

Lo cómico y trágico de todo ello, era que su ofuscación había sido compartida por sus compatriotas, durante varios años de un despótico reinado intelectual. Había sido en su país un foco como aquel rey de la leyenda dinamarquesa, tan imbuído de su propia grandeza y tan desprovisto de ella que nadie había reparado en su desnudez. Nadie se había dado cuenta hasta que perdió su gran fortuna de que en realidad habían sido muy exagerados los valimientos intelectuales del artista nacional. El mucho dinero y su adoración, como primer mandato de la ley social, todo lo había sido para el artista señorón. Y así como habían sido *adulones* con él sus colegas hasta la idolatría repugnante, fueron luego de perversos cuando cayó del pedestal dorado.

Se hizo un penoso silencio: tras toda cosa exquisita, viene siempre algo trágico. Sin muchas ceremonias, cada cual, cabizbajo, dió las buenas noches, y así se cerró la primer jornada del raro extranjero.

VI

Pasaron los días y la atmósfera moral de la casa iba despejándose, como suele ocurrir tan a menudo en la naturaleza con las espesas brumas.

La continua visión de otro mundo, traída sin violencia por von Stollz, aun más elocuente en sus largos silencios que en sus propias conversaciones, hizo lo que el agua al acero candente: templó las almas; hizo renacer la confianza en sí mismos e infundió por toda la casa un grato optimismo. No parecían los mismos, los huéspedes de la calle Pino; semejaban seres como vueltos a la vida de una seria enfermedad.

Repuesto ya von Stollz, pensó en la partida. Iba a dejar la casa tan inesperadamente como había entrado en ella. Sólo Juanita, la humilde doncella, de tierno y confiado corazón, conocía su

secreto. Ella había de acompañarlo desde aquí en adelante como hija. Fué ella quien le abrió la puerta para entrar; sería con ella con quien traspondría para siempre sus umbrales.

Ya todo estaba listo y dispuesto para su regreso a Alemania.

Era la víspera del partir. Halló a Graziella en el pasillo y teniendo la precaución de imponer silencio con una seña en los labios a quizá su pregunta improcedente, díjole:

—Os quiero decir adiós, hija mía; tengo la seguridad de que os casaréis muy pronto y que seréis felices. ¿Os acordaréis de mí?...

—Jamás me olvidaré—replicó ella conmovida.—A Ud. le debo mi decisión; supe seguir la voz del corazón.

En el jardín despidióse de la señorita Zamora:

—¿No os dejaré un mal recuerdo, buena amiga?...

Con profunda efusión de toda su alma, tomó ella la mano del extranjero entre las dos suyas y le dijo con voz entrecortada:

—Por el contrario, noble amigo. Os debo un grandísimo servicio: me habéis mostrado que se puede seguir siendo bella cuando se han marchitado las mejillas y no tienen tanta vida los ojos y que se puede interesar a los demás, no por su físico o elegante ropaje, sino por la verdad, la sabiduría y los recuerdos que hay en nosotros.

VII

En las primeras horas de la mañana, cuando las estrellas parecen apagarse y corre un vientecillo muy fresco, la pesada puerta de la pensión cerróse para siempre para el anciano y Juanita que sería de aquí en adelante su hija. Dejaban tras sí, en el recuerdo de su luminosa y sabia bondad, algo que ya no moriría, realizándose así, acaso, esa interpretación que el espiritualismo da de lo mejor de nuestro sér. Aunque muramos físicamente, continúa viviendo el espíritu.

Conducíos así con el hombre, vuestro hermano;
Y más dulcemente aún, con vuestra hermana
En recuerdo de vuestra madre.

¿Les halláis malos o imperfectos?
Dadles siempre lo mejor
Así, se tornarán como vos.

El mundo necesita más que nunca de bondad...

ALBERTO NIN FRÍAS.

Buenos Aires, febrero, 1924.

Escritor de alto renombre como prosista; profesor de vasta cultura; filósofo y crítico; orador notable y diplomático distinguido, el Dr. Alberto Nin Frías, es uno de los más ilustres hijos del Uruguay, habiendo cursado sus estudios en importantes planteles de Inglaterra, Suiza, Bélgica y los Estados Unidos de América. Ha sido en su país natal, Bibliotecario de la Cámara de Representantes; profesor de inglés y francés, y de filosofía y moral en la Universidad de Montevideo; y ha representado a su patria, como Secretario de Legación y Encargado de Negocios, en los Estados Unidos, Brasil, Chile, Bolivia, Venezuela y Colombia. Entre sus obras, escritas algunas de ellas en inglés o francés, merecen citarse: *Sordello Andrea* y *Marcos, el amador de la belleza* (novelas); *El espíritu religioso de Taine, Huerto de manzanas, Ensayos de crítica e historia* (en tres tomos), *El árbol, El cristianismo desde el punto de vista intelectual, Estudios religiosos, El carácter británico a través de la novela inglesa contemporánea*, etc. CUBA CONTEMPORÁNEA se complace al publicar en sus páginas este trabajo, que es un bello fragmento de la obra que con igual título, *El despertador de conciencias*, tiene en preparación el insigne pensador uruguayo.

PALPITACIONES DE LA VIDA NACIONAL

LA REPUBLICA ENFERMA

LA adversidad abrió sus grifos sobre la población cubana y un diluvio de calamidades de toda índole fluye sin cesar sobre ella.

Así como una persona que se interna por los vericuetos del mal vivir acaba por arruinarse orgánicamente, hasta llegar a la postración y a la muerte, nuestra República, maltratada por la incapacidad y la avidez de sus gobernantes, tras el estrago general de todos sus órganos vitales, ha empezado a ser presa de dolencias definidas, cuyo poder destructor se ceba ya en sus miembros agotados.

La actual epidemia de fiebre tifoidea, aparecida en los contornos de La Habana, extendida ya en su población, de donde se ha difundido hacia todos los sectores del organismo social, es como la expresión simbólica de todos los males sociales y políticos que están devorando nuestra existencia colectiva.

En este caso, no se trata de un brote epidémico accidentalmente aparecido, pues en La Habana, como en otros muchos lugares de la Isla, siempre existen casos, en número variable, de la enfermedad mencionada.

Pero, en circunstancias normales o, por lo menos, de anormalidad moderada, como es, en verdad, nuestra situación sanitaria corriente, el índice de atacados nunca lleva su cifra más allá de ciertos reducidos límites; y los focos de infección mantienen su área en un radio definido.

¿Por qué, ahora, de pronto, la epidemia alza su vuelo, aumenta su virulencia y se propaga violentamente, fuera de su alcance acostumbrado?

En primer término, la población cubana está cada vez más indefensa.

La crisis económica, vislumbrada de lejos solamente desde el refugio de los altos cargos administrativos y políticos, se ceba con crueldad insaciable sobre grandes núcleos de gentes desheredadas, cuya miseria constituye un excelente instrumento de propagación para toda clase de enfermedades infecciosas.

Además, la protección oficial de carácter sanitario, comunmente reducida a las medidas de prevención en torno de las enfermedades de poder contagioso más activo, como la fiebre amarilla y la viruela, ha ido debilitándose poco a poco, trasmutada, por la desmoralización administrativa imperante, en un ejército de empleados inútiles, no adscritos a función alguna definida, sin otra misión verdadera que la de absorber todos los fondos destinados a obras de higiene pública y saneamiento general.

Como el actual recrudecimiento de la epidemia tífica se atribuye a la contaminación de las aguas, la Sanidad ha dirigido su investigación hacia las condiciones en que se encuentra el acueducto encargado de proporcionar este líquido a la población habanera. Y se han puesto de relieve detalles verdaderamente monstruosos.

No bebemos agua, sino un caldo saturado de inmundicias, entre las que pululan abundantes colonias de los bacilos de Eberth y de Colli, productores de la fiebre tifoidea y otros trastornos de carácter intestinal.

El acueducto de La Habana se construyó para proporcionar agua a una población de ciento cincuenta o doscientos mil habitantes.

Hoy, esta ciudad tiene cerca de cuatrocientos mil, diferencia a la que es preciso agregar la aparición de numerosas industrias grandemente consumidoras de aquel líquido.

Desde que el acueducto se construyó no ha sido tocado; no se ha hecho en él obra alguna de mejora o ampliación; y, por una extraña anomalía, su existencia ha llegado a ser origen de numerosos males.

De algunos años atrás, el agua escasea en La Habana; todas las casas de más de un piso usan de bombas para elevarla; alternadamente, falta en algunos barrios, y a todos llega en cantidad insuficiente.

Para remediar la escasez de agua, las autoridades administradoras del canal la toman del río Almendares, en cuyas orillas está el depósito donde se captan los manantiales surtidores; y acá nos envían el agua mezclada de ambas procedencias, y con ella calmamos nuestra sed y las necesidades higiénicas elementales.

Durante el invierno, cuando las lluvias son escasas, el agua del río corre medianamente clara y, al salir por las llaves de las cañerías en las casas, la simple apariencia no ofrece ningún indicio alarmador. Pero, en cuanto caen unos cuantos aguaceros, la tierra y los detritus orgánicos, arrastrados por la lluvia, se precipitan en el río; de éste pasan las aguas al canal y, de aquí, a los recipientes domésticos, turbias y envenenadoras, como el sufrimiento humano, semejantes a virulentos caldos de cultivo, a pútridos humores, albergue cierto de la enfermedad y de la muerte.

Un detalle truculento: a pocos kilómetros de La Habana, hay un pueblecito llamado Calabazar, enclavado en la orilla del río Almendares, en el que desembocan los servicios sanitarios de aquél... a pocos metros del lugar en que las aguas del río entran en el acueducto de La Habana.

No obstante, aunque la efectividad dañina de las aguas es permanente, la alarma pública tan sólo se despierta en estas épocas en que, tras horas de escasez desesperante, llegan a las llaves algunas gotas de un líquido cenagoso, repugnante a la vista e imposible de beber.

Y, todavía, la preocupación de las autoridades, responsables de tanto mal, más perezosa que la alarma de la población, únicamente aparece en casos excepcionales, cuando, como sucede ahora, la epidemia se desarrolla, cubriendo las vías ciudadanas de fúnebres cortejos.

A tal extremo había llegado el abandono en el cuidado del acueducto, que, al desinfectarlo, ahora, con hipoclorito de cal, han aparecido cantidades enormes de peces muertos y restos orgánicos deshechos desprendidos de las paredes del canal.

A todas estas circunstancias, por lo espantosas, increíbles, si de ellas no se tuviera una evidencia absoluta, debe agregarse el abandono de los más indispensables servicios de limpieza pública, en estos últimos tiempos de activa gestión reeleccionista.

Por invertir el dinero en subvenciones ilegítimas y destinos imaginarios, no se barren ni riegan las calles; no se recogen los desechos domésticos en la oportunidad conveniente; no se reparan los baches. Excepto en los lugares céntricos, visibles a los extranjeros visitantes, la ciudad es, alternativamente, estercolero o pantano.

¿Qué ha de ocurrir en una población donde los núcleos de gentes depauperadas y abatidas por la miseria son considerables, cuando los llamados a vigilar las condiciones generales incurren en tan condenables transgresiones de su más elemental deber?

He aquí por qué, esta epidemia que actualmente padecemos, es una resultante ineludible de antecedentes perentorios, los cuales, agrupados en una agresión conjunta, han llegado a producir esta consecuencia lamentable: una República enferma, en la que sus hijos agonizan, devorados por la avidez y la incuria de gobernantes sin escrúpulos.

OTRO CONFLICTO ESTUDIANTIL

Una vez más, han estallado los clamores del escándalo en torno de la provisión de cátedras en los centros de enseñanza superior.

Con motivo de la constitución de un tribunal para juzgar las oposiciones de los aspirantes a una cátedra de Inglés, vacante en el Instituto de La Habana, los alumnos de este centro docente publicaron un manifiesto en el que consignaron su protesta por los hechos realizados, dirigiendo violentas acusaciones a las personas a quienes ellos atribuían la responsabilidad de los mismos.

Casi al mismo tiempo, en unas oposiciones celebradas para cubrir una cátedra vacante en la Escuela de Medicina, surgieron cuestiones personales entre algunos miembros del tribunal, entre sí, y, también, entre varios de los opositores.

En el primer caso, las autoridades del Departamento de Instrucción Pública ordenaron la formación de un expediente a los alumnos protestantes.

Por dos veces intentó reunirse el Claustro de Profesores del Instituto y, en ambas ocasiones, la intervención violenta de los estudiantes, impidió la celebración del acto.

Conclusión: las oposiciones no se han celebrado y el Consejo de disciplina tampoco se pudo terminar.

Es un viejo mal este del empleo de medios ilegítimos para constituir los tribunales de oposición.

Generalmente, la lucha entre los aspirantes a una cátedra, se entabla a golpes de influencias sobre las personas encargadas por la ley de nombrar los jueces para dichos Tribunales.

Y, de manera constante, en cada caso, al conocerse estas designaciones, se puede señalar de antemano qué opositor cuenta con la mayoría y, en consecuencia, con la adjudicación del cargo discutido.

Después, el acto de la oposición es una simple ceremonia.

En términos generales, puede asegurarse que, en él, no es posible apreciar la verdadera superioridad profesional de los aspirantes; en tal ocasión, cada uno pone de manifiesto, solamente, ciertas cualidades accesorias, como su serenidad de ánimo, el equilibrio de sus nervios en aquel instante, su memoria y, todo lo más, su erudición.

Su verdadero dominio de la materia tratada, así como sus aptitudes intelectuales y morales para el ejercicio del profesorado, condiciones de importancia superior a las anteriores, por ningún signo pueden apreciarse en el acto concreto de la oposición.

Para mayor facilidad de los decisiones inspiradas en la previa disposición favorable hacia un candidato, los ejercicios parciales se prestan a una preparación artificial y oportunista; suficiente para presentar equiparadas aparentemente, capacidades muy distintas.

En medio de este conjunto de circunstancias, los tribunales fallan como quieren, sin temor a la sanción del público; y los intereses de la enseñanza no tienen otra garantía que la rectitud moral de los jueces encargados de la decisión.

Pero aquí está la vía de agua que ha producido el naufragio de nuestras instituciones docentes oficiales.

En la perturbación que ha llegado a dominar toda nuestra vida pública, con el imperio del aprovechamiento personal sobre toda aspiración inspirada en el bien colectivo, la existencia de los instituciones dedicadas a la educación de la niñez y de la juventud, se concibe tan sólo como una oportunidad para que va-

rias personas bien relacionadas encuentren allí un medio decoroso de subsistencia económica.

La trascendencia social de sus funciones con la consiguiente necesidad de una selección rigurosa del profesorado, para asegurar la eficacia en el cumplimento de su misión, no se conciben sino a medias, y, aun comprendidas, apenas merecen una mediana estimación.

Con este criterio de utilitarismo profesional, funciona todo el mecanismo de la enseñanza pública, desde la escuela primaria hasta la Universidad.

En la enseñanza superior, las cátedras son simples sinecuras, cuya posesión se conquista a fuerza de influencias.

Así en los Institutos, en las Escuelas Normales como en la Universidad, se han ido agrupando cuerpos de profesores, casi indiferentes a los problemas de la cultura pública, cuyas necesidades, en pocos casos motivaron la designación.

Hasta hace algún tiempo, se mantenía la ficción de las oposiciones, que siquiera obligaban a determinado esfuerzo a quienes aspiraban a obtener una cátedra; pero, desde hace algunos años, al profesorado primitivo de estas instituciones se ha ido agregando, mediante nombramientos de legalidad dudosa, un profesorado adventicio, formado, generalmente, por personas a quienes las autoridades designadoras desean proteger.

En la enseñanza primaria, todas las designaciones se hacen también con un criterio semejante.

El Inspector propone el nombramiento de los maestros según las influencias preponderantes en cada caso.

Así nombran los Superintendentes a los Inspectores; y los Secretarios a los Superintendentes y los Presidentes de la República a los Secretarios.

Y así, en última consecuencia, toda la actividad de la población cubana, mal preparada en centros docentes convertidos en asilos de beneficencia, se encuentra en trance de fracaso, tanto en la selección de sus gobernantes como en la lucha por el dominio y la explotación de los recursos naturales necesarios para la vida material.

MONITOR.

BIBLIOGRAFIA (*)

Domingo Figarola-Caneda. PLÁCIDO (POETA CUBANO). Contribución histórico-literaria. La Habana. Imp. "El Siglo XX". 1922. 8º, VII-277 p., 4 r.

En diciembre de 1922 vió la luz este libro que, como todos los del señor Figarola, contiene abundantes datos y noticias de verdadero interés para la historia de las letras patrias. Pero en el *Plácido* hay algo más: a la labor del erudito va unida la del crítico y la del polemista. La obra es una colección de los trabajos que el autor publicara sobre dicho poeta en épocas diferentes y en distintos diarios y revistas de La Habana; mas no por ello es menos digna de aplauso, por cuanto que todos los aludidos trabajos que se insertan en ella tienen valor intrínseco y serán consultados con provecho siempre. Algo inédito, sin embargo, se halla entre los documentos que figuran en los apéndices. No habiendo sido escrita bajo un plan previamente concebido, sino compuesta de la manera ya indicada, no es extraño que en ella falten algunos asuntos relativos a la vida y a la obra de Gabriel de la Concepción Valdés; si bien el título que ha puesto el autor a su libro *(Plácido, poeta cubano)* pudiera hacer pensar al lector que va a encontrar todo lo que a dicho bardo se refiera.

La materia de que trata el libro es una: *Plácido,* y los particulares relativos a éste que comprende, son cuatro, que dividen la obra en igual número de partes, tituladas: *El retrato de Plácido, El Plácido de Morales, Plácido y el Dr. Morales* y *Milanés y Plácido.* Vienen después los apéndices donde el autor inserta algunos documentos inéditos y más datos concernientes al poeta citado.

Estuvo en verdad oportuno el señor Figarola cuando al publicar el señor Ildefonso Estrada y Zenea, en el *Album para todos* (febrero, 1885), un retrato de *Plácido,* llamó la atención del público acerca de la autenticidad del mismo, e invitó a los contemporáneos del poeta, que lo conocieron y trataron, para que dijeran si el retrato publicado

(*) En esta sección serán siempre analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que se nos envíe un ejemplar, sólo tendrá derecho el remitente a que se haga la correspondiente inscripción bibliográfica. CUBA CONTEMPORÁNEA se reserva el derecho de emitir opinión acerca de toda obra, nacional o extranjera, que por su importancia merezca ser criticada.

se parecía a *Plácido* o era apócrifo. A su sagaz iniciativa debióse el que quedara esclarecido tan interesante particular; pues Bachiller y Morales, Ramón I. Arnao, Sebastián A. de Morales y Ramón Vélez Herrera declararon que el retrato del *Album* no tenía ningún parecido con el poeta y que era por tanto epócrifo. Con motivo de este debate, llegó a conocer el público la existencia de dos retratos legítimos del poeta, hechos por Dubrocq el uno, que no se parece al original, y por Rojas el otro, que tiene bastante parecido con *Plácido*. Igualmente quedó comprobada la falsedad del retrato de *Plácido* llamado de La Coruña, perteneciente al museo del señor Romero Ortiz. Un facsímile de cada uno de dichos cuatro retratos aparece publicado en el libro del señor Figarola.

La segunda parte del libro contiene la crítica que el señor Figarola hizo de la obra del Dr. Morales, intitulada *Plácido. Poesías completas (1886)*. Lo esencial de esta crítica está en haber demostrado la poca fidelidad con que el Dr. Morales reprodujo las composiciones del poeta, y los cambios, supresiones, alteraciones y correcciones que hizo en las mismas. Desde que el señor Figarola publicó en *El País* (La Habana, agosto, 1886) sus artículos titulados *El Plácido del Dr. Morales,* la obra de éste perdió todo crédito, siendo la menos segura de cuantas colecciones de poesías de Gabriel de la Concepción Valdés han visto la luz. Es lástima que el señor Figarola al reimprimir, treinta y seis años después, sus citados artículos no les hiciera algunas correcciones o, mejor dicho, rectificaciones de hechos por él mismo fijados posteriormente; nos referimos a lo consignado en la página 71, donde dice que la primera edición de las poesías de *Plácido* es la de Palma de Mallorca, publicada por el señor Feliú y Perelló; cuando lo cierto es que la primera fué la hecha en Matanzas, en 1839, y que la de Palma de Mallorca es de 1847.

El trabajo que bajo el epígrafe de *Plácido y el Dr. Morales* publicó el autor, en 1887, en la *Revista Cubana,* ocupa la tercera de las partes en que ha sido dividida la obra, siendo, en realidad, una ampliación de la crítica que figura en la segunda parte, escrita para replicar al Dr. Morales.

Los primeros escritos del señor Figarola sobre el libro del Dr. Morales, dieron motivo a otra interesante polémica entre aquél y el señor Federico Milanés; la cual aparece inserta en la cuarta parte de la obra que examinamos, con el título de *Milanés y Plácido.* La cuestión debatida es la tratada por Del Monte en su paralelo *Plácido y Manzano.* El señor Figarola, después de estudiar detenidamente el asunto, llega a la misma conclusión de Del Monte, o sea que José Jacinto Milanés escribió *El poeta envilecido,* para censurar la conducta de *Plácido.* Todas las circunstancias que giran alrededor de esta cuestión y las coincidencias que se observan, inclinan el ánimo a admitir esa opinión como la más conforme con los hechos. Si el paralelo de Del Monte no fuera de una parcialidad tan evidente y revelador de un apasionado

juicio, su dicho podría tenerse por concluyente sobre este punto. Mas al no serlo, y al afirmar el señor Federico Milanés, hermano de José Jacinto, que éste no escribió *El poeta envilecido* para censurar a *Plácido,* sino que escogió el asunto y lo trató con abstracción de toda persona real, viviente en aquella época, al igual que hizo con otras varias de sus composiciones, tales como *La madre impura, El ebrio, El hijo del rico* y *El expósito,* cabe aún que pueda sostenerse esta segunda opinión. Y si a ello se agrega que *Plácido,* después de conocer la poesía antes mencionada, dedicó un soneto laudatorio al autor de *El Conde Alarcos,* y frases de elogio al mismo, en la epístola *A Lince, desde la prisión*—lo que hace suponer que no se consideró aludido por Milanés—tendremos nuevos elementos que pueden servir para apoyar la opinión del señor Federico Milanés, o para mantener cuando menos la duda.

Leyendo toda la parte relativa a Milanés y Plácido, nos han llamado la atención estas dos noticias que nos da el señor Figarola: hablando de los concurrentes a las tertulias de Domingo Del Monte, dice (p. 207): "a esas tertulias concurrían, entre otros muchos... *Plácido*"... Y en la página 229 consigna que "Milanés aprendió de su mentor [Del Monte] a estimar al poeta *Plácido*". Siempre hemos creído que Del Monte sintió repulsión por *Plácido,* y que éste no asistió nunca a las tertulias de aquél ni recibió tampoco sus estímulos o consejos. De aquí nuestra sorpresa al leer lo expuesto por el señor Figarola.

Consideramos impropio el título del penúltimo de los apéndices, que reza así: *Juicios sobre este libro;* pues los que contiene fueron emitidos de 1886 a 1914, cuando todavía no estaba impreso el libro, que fué editado, como queda dicho, en 1922. Resulta un verdadero anacronismo el citado apéndice, que bien pudo suprimirlo el autor, quien, por otra parte, no necesita de esos elogios para presentarse ante el público. Salvo lo ya consignado, todos los otros apéndices contienen documentos o noticias de mucho interés sobre *Plácido.*

FRANCISCO G. DEL VALLE.

Jorge Mañach. GLOSARIO. Ricardo Veloso, Editor. Habana. 1924. 8º, 380 p. Con caricatura del autor, por Carlos.

Hace poco más de año y medio los lectores de la edición vespertina del *Diario de la Marina,* de La Habana, vieron aparecer en las columnas de este periódico una nueva sección que, con el título de *Glosas,* firmaba Jorge Mañach, nombre éste casi desconocido en nuestro medio literario y periodístico.

Pocos días bastaron para que esta crónica cotidiana pusiera de manifiesto ante el público, la vigorosa personalidad de un joven escritor, al igual que ocurrió en 1906, en Barcelona, con Eugenio d'Ors, quien,

desde las columnas de *La Veu de Catalunya* hizo famoso el seudónimo de "Xenius" en su comentadísimo *Glosari.*

Jorge Mañach, hijo de un culto y enérgico letrado español, se ausentó de Cuba—en cuya región villareña viera la primera luz—, muy joven, casi niño. En Boston, la Atenas de Norteamérica, llenó su mente de ideas sanas, fuertes, varoniles; en Europa, cuyas principales capitales visitó, saturó, por así decirlo, de arte su retina. Como escritor, debutó en lengua inglesa en revistas de los Estados Unidos

Ha regresado a Cuba, su patria, en un momento de transición, en un período de gran trascendencia para el futuro artístico y literario del país. En medio de nuestras angustias y agonías político-sociales, ya empieza a vislumbrarse en el horizonte un gran renacimiento cultural, movimiento de ideas en el cual el Sr. Jorge Mañach ha de ocupar un puesto prominente, como parece prometerlo la aparición de su libro, excelente selección de crónicas que ofrece en su *Glosario,* cuya portada es ya un símbolo, una cariñosa evocación del Maestro: de Anatole France.

Mañach, en quien se aúna la doble personalidad del pintor y del hombre de letras, le concede poca, casi ninguna importancia a su primer libro; y en una Nota que a guisa de prefacio pone al comienzo de su obra, dice, modestamente: "algún día vendrá el libro-novela, tratado, ensayos, ¿quién sabé?", por no ser este último más que el exponente de quien se encontraba "algo corrido de ser un literato sin libro"...

No comparto la opinión del autor: *Glosario,* en las cinco partes en que se encuentra dividida la obra: *Sensaciones exóticas, Sensaciones de la tierra, Pareceres, Tropicalides* y *Arte,* es, a mi juicio, un bello exponente de las sobresalientes dotes de escritor que posee Mañach en este difícil género literario que exige tantas condiciones de estilista, de narrador fácil, culto, ameno, colorista...

De las cinco partes del libro, la que más me ha cautivado, por así decirlo, es la rotulada: *Sensaciones de la tierra.* Son éstas maravillosas descripciones de tierra-adentro, en las cuales, con sutil ironía, presenta Mañach verdaderos cuadros, llenos de movimiento y colorido, de la vida provinciana en Cuba.

Decía Maurice Barrès en el prefacio de uno de sus más comentados libros: "Un escritor sólo se crea un público comprensivo entre las gentes de su edad, o mejor aun, entre los que son más jóvenes que él."

Puede ser que el famoso y discutido autor de *El culto del yo* estuviera en lo cierto. Pero en el caso del libro de Mañach, los que ya no pertenecemos a su generación, a esa nueva juventud llena de entusiasmo y pletórica de ideas renovadoras, nos sentimos llenos de admiración por una mente que tan sasonados frutos nos ofrece.

JULIO VILLOLDO.

Dr. Arturo Montori. LIBRO PRIMERO DE LENGUAJE. *La Propagandista.* La Habana. 1924. 8º, 212 p.

Hemos recibido este nuevo libro recientemente publicado por el Dr. Montori, autor de otras muchas obras de carácter didáctico.

En anteriores oportunidades hemos dado cuenta de la aparición de los libros de lectura de este distinguido escritor, cuyo propósito es el de renovar, poco a poco, los libros usados en las escuelas de Cuba, donde los niños cubanos son educados con el auxilio de textos, en muchos casos anticuados e impropios, escritos y editados fuera de Cuba, por profesores ignorantes de las peculiaridades mentales de la niñez cubana y del ambiente en que se nutre su infantil experiencia.

En este *Libro Primero de Lenguaje* se ha propuesto su autor ofrecer tanto a los maestros como a los padres de familia, un auxiliar valioso para desarrollar el poder de sus hijos o discípulos para expresarse con facilidad y corrección, tanto de palabra como por escrito; y también para iniciar su cultura gramatical y literaria, en senclilas nociones adaptadas a la capacidad infantil.

El libro está destinado a servir de texto en las escuelas o en la casa bajo la dirección del maestro; pero su material es tan interesante, por las muchas láminas, cuentos, fábulas y poesías que contiene, que es un verdadero libro de entretenimiento, propio para ofrecerlo como regalo a los niños, quienes lo leerán con tanto agrado, como los ya populares libros de lectura del mismo autor.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

Jean Royère. POÉSIES. (Eurythmies, Sœur de Narcise Nue, Par la Lumière Peinte..., Quiètude) Amiens. Libraìrie Edgar Malferè. 7, rue Delambre, 7. 1924. 8º, 191 p.

Agustín P. Rivero Astengo. FRONDA OTOÑAL. (Poesías). Talleres gráficos J. Claramonte y Compª Carlos Calvo, 1772. 1924. 12º, 76 p.

Ramiro Guerra Sánchez. CUBA EN LA VIDA INTERNACIONAL. Ensayo sobre las ideas del Dr. Cosme de la Torriente en cuestiones de política internacional. Imprenta "El Siglo XX". Ave. del Brasil, 27. La Habana. 1923. 4º, 46 p.

Alberto Ghiraldo. ANTOLOGÍA AMERICANA. Anecdotario. Volumen quinto. Renacimiento. San Marcos, 42. Madrid [1924] 8º, 289 p. Con prólogo del autor.

Jorge Lino Molina. ENNOBLEZCAMOS LA ESCUELA PRIMARIA. LO REQUIERE LA REDENCIÓN DE ESTOS PUEBLOS. (Segunda edición). San Salvador. Imprenta Nacional. 1922. 12º, 231 p. Con retratos.

Dr. Antonio Iraizoz y del Villar. LECTURAS CUBANAS. Taller tipográfico "Prado". Plácido, 27. La Habana. 1924. 8º, 245 p.

M. de las Cuevas García. LOS ROSALES FLORECEN. (Poesías). Editorial Cervantes. Rambla de Cataluña, 72. Barcelona. 1924. 8º, 203 p. Con ilustraciones de Arturo Ballester.

Valentín de Pedro. ¡PRIMERA ACTRIZ ÚNICA! (Novela). Biblioteca Hispania. Avenida del Conde de Peñalver, 8. [Madrid] 1924. 8º, 396 p.

Nicolás Olivari y Lorenzo Stanchina. MANUEL GÁLVEZ. Ensayo sobre su obra. Buenos Aires. Agencia general de Librería y Publicaciones. 1573, Rivadavia, 1573. 1924. 8º, 130 p.

Dr. Antonio Peyri. HIGIENE DE LA PIEL Y DEL CABELLO. (Biblioteca de Medicina práctica, VII). Editorial Cervantes. Barcelona. [1924]. 16º, 104 p.

Elías José Entralgo. PERFILES. (Apuntes críticos sobre literatura cubana contemporánea). Editorial "Hermes". La Habana. 1923. 8º, 164 p.

Carmen de Burgos. "Colombine". TESORO DE LA BELLEZA. (Arte de seducir) Tomo I de la segunda serie para la Mujer. Editorial Sempere. Martí, C. C. Valencia. [1924] 8º, 228 p.

Carmen de Burgos. 'Colombine". LA MALCASADA. (Novela) Editorial Sempere. Valencia. [1924] 8º, 271 p.

Carmen de Burgos. AMADÍS. Editorial Sempere. Martí, C. C. Valencia [1924] 8º, 325 p.

NOTAS EDITORIALES

LA ESTATUA DE HEREDIA EN PARIS

Con gran actividad y entusiasmo continúan actualmente en París los trabajos necesarios para dar cima al proyecto, iniciado hace ya algunos años e interrumpido durante un prolongado lapso a causa de la Gran Guerra, de levantar una estatua por suscripción popular, en la capital francesa, al gran poeta José María de Heredia, el autor de *Los Trofeos,* nacido en Santiago de Cuba, al igual que su homónimo el insigne autor del canto *Al Niágara.*

Hace próximamente un año, en el banquete ofrecido por el *Comité France-Amérique* a nuestro ilustre compatriota el Dr. Cosme de la Torriente, con motivo de haber sido electo para presidir la cuarta Asamblea de la Liga de las Naciones, los Sres. Poincaré y Hanotaux, al referirse en sus brindis a los lazos de afinidad que existen entre ambos países, mencionaron el hecho de haber nacido en nuestra patria el gran poeta que enriqueció la lengua francesa con sus admirables sonetos. Y, considerando que se trata de enaltecer una gloria de la raza latina, se ha resuelto asociar en el homenaje a España e Italia y a todas las Repúblicas de nuestra América, cuyos Gobiernos respectivos contribuirán seguramente a la erección del monumento.

Son miembros de honor del Comité el Rey de España, el General Primo de Rivera, los Embajadores de España e Italia en París, el General Mario G. Menocal y el Ldo. Alfredo Zayas, ex Presidente y Presidente actual de nuestra República, respectivamente, los eminentes internacionalistas cubanos Antonio Sánchez de Bustamante y Cosme de la Torriente, que han aportado crecidas cantidades a la suscripción iniciada con el expresado objeto, y los Ministros de Cuba en París y Madrid.

Es Presidente efectivo del Comité, el gran poeta Jean Richepin, y Vicepresidente el notable estadista Gabriel Hanotaux figurando en el mismo, con el carácter de miembros activos, las personalidades más salientes del mundo intelectual y social de la República Francesa.

El Comité ha resuelto publicar únicamente la relación de los donantes, sin expresar cantidades, ya que no sólo se trata de reunir la suma necesaria para levantar la estatua del poeta, sino también, de obtener la adhesión de cuantas personas deseen asociarse al homenaje, aun cuando sus donativos sean pequeños.

CUBA CONTEMPORÁNEA, cuyos Director y redactores han contribuído ya pecuniariamente al propósito de honrar la memoria del insigne compatriota nuestro, se asocia cordialmente al homenaje que ha de rendírsele en París, consagrándole un monumento, y hace votos por que el resultado económico de la cuestación pública permita realizar el proyecto, que existe, de donar una reproducción de la estatua, a la ciudad de Santiago de Cuba, donde nació el poeta.

UN HOMENAJE A NUESTRO COMPAÑERO EL DOCTOR GONZALEZ DEL VALLE

El día 28 de junio último, aniversario del fusilamiento de *Plácido,* celebró el *Club Atenas,* benemérita sociedad integrada por hombres de la raza de color, una velada en memoria del infortunado poeta, y en homenaje también a nuestro compañero de Redacción el Dr. Francisco G. del Valle, Administrador de CUBA CONTEMPORÁNEA, por su magnífico estudio sobre la discutida autenticidad de las mejores poesías que compuso el inspirado bardo matancero, y particularmente de la plegaria *A Dios,* señalada como apócrifa, hace unos veinticinco años, por el insigne Manuel Sanguily, en sus inolvidables *Hojas Literarias.*

El *Club Atenas,* interesado en enaltecer la memoria del gran poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés, ha considerado como concluyente y definitivo el estudio hecho por el Dr. González del Valle, presentado por él a la Academia de la Historia de Cuba y publicado en los números de CUBA CONTEMPORÁNEA co-

rrespondientes a los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1923, y aprovechó la velada conmemorativa del fusilamiento del autor del soneto *A una ingrata,* para ofrecer en público un testimonio de agradecimiento a quien ha vindicado, con su acucioso y documentado trabajo de investigación histórico-literaria, la obra poética de *Plácido,* al demostrar la autenticidad de la plegaria que por algún tiempo se tuvo por apócrifa, manteniéndose la duda, por lo menos, de si fué escrita por Gabriel de la Concepción Valdés, o por algún otro poeta contemporáneo suyo.

CUBA CONTEMPORÁNEA da cuenta gustosamente en sus páginas de este homenaje que a nuestro querido compañero el Dr. González del Valle ha rendido el *Club Atenas,* y se alegraría de ver realizado el propósito que éste tiene de hacer una nueva edición, que será la cuarta, del magnífico trabajo presentado a nuestra Academia de la Historia bajo el título de ¿Es de *Plácido* la Plegaria *A Dios?*

ULTIMOS TRABAJOS DE "CUBA CONTEMPORANEA" REPRODUCIDOS Y COMENTADOS

Una vez más nos es grato recoger en estas páginas la noticia de haber sido favorablemente comentados y reproducidos, en nuestro idioma o vertidos al inglés, algunos de los artículos publicados en CUBA CONTEMPORÁNEA, con posterioridad a la última fecha en que dimos cuenta de los trabajos que habían merecido los honores de la inserción en otras publicaciones, nacionales o extranjeras.

Entre los mencionados artículos, merecen citarse el notabilísimo estudio del Sr. Carlos M. Trelles sobre *La Instrucción Primaria de Cuba comparada con la de algunos otros países,* publicado en el mes de diciembre de 1923, que tradujo al inglés y publicó íntegramente, no obstante su mucha extensión, en el número de junio del corriente año, la revista *Inter-América,* de Nueva York; la bella y muy interesante novela *Bajo la luz,* de nuestro compañero Alfonso Hernández Catá, publicada en el número de febrero de este año y traducida al inglés por la propia revista *Inter-América,* en su edición del mes de junio, ya citada; el ar-

tículo del Sr. Enrique Zas titulado *Los mitos precolombinos y Bonilla San Martín,* inserto en el número de marzo, extensamente comentado en la edición de la mañana del *Diario de la Marina* correspondiente al día 18 de abril del año en curso; el sereno estudio sobre *La reforma arancelaria,* hecho en la sección *Palpitaciones de la vida nacional* por el estimado compañero de Redacción que oculta su nombre bajo el seudónimo de *Monitor,* publicado en el número correspondiente al mes de abril y favorablemente comentado, con transcripción de algunos de sus párrafos, en editorial del importante diario *La Prensa,* de esta ciudad, el día 21 de mayo de este año; y, finalmente, el magnífico trabajo del Dr. Fernando Ortiz sobre *Historia de la Arqueología Cubana,* también comentado con merecidos elogios para el autor, en el periódico *Anthropologie,* de París.

Cuba Contemporánea felicita a los autores de los artículos antes mencionados, por el éxito de los mismos, y se complace de que importantes publicaciones nacionales y extranjeras concedan atención y reproduzcan frecuentemente, copiados o traducidos, trabajos dados a la publicidad en estas páginas.

INDICE DEL TOMO TRIGESIMOQUINTO

(MAYO-AGOSTO, 1924)

POR MATERIAS

Págs.

BIBLIOGRAFÍA.

Marcel Barriére.—*Le sang d'Asmodée, demon de la luxure.* 275
Pedro Benoit.—*La Calzada de los Gigantes*. 180
Ricardo A. Casado.—*Perlas y piruetas*. 182
Domingo Figarola-Caneda.—*Plácido*. 355
Ramiro Guerra y Sánchez.—*Historia de Cuba*. 276
Ruy de Lugo-Viña.—*El tribuno de la diplomacia. Mario García Kohly*. 183
Jorge Mañach.—*Glosario*. 357
Arturo Montori.—*Libro Primero de Lenguaje*. 359
Luis Pirandello.—*Tercetos*. 278

CON EL ESLABÓN. (Décimoquinto apéndice).—Enrique José Varona 129
CUENTOS DE JUVENTUD.—Julio Villoldo. 30
DIPLOMACIA INTERAMERICANA.—Enrique Gay Calbó. 209
EL DESPERTADOR DE CONCIENCIAS.—Alberto Nin Frías. 331
EL VENCEDOR DE LA MUERTE.—Antonio Cabral. *(Traducción del Sr. Emilio Gaspar Rodríguez)*. 73
EN LA ORILLA.—Pedro Henríquez Ureña. 290
ENSAYOS CRÍTICOS. ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.—Manuel F. Cestero. 147
HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA, POR ALCIDES ARGUEDAS.—Juan Antonio Zubillaga. 233
JOSÉ MARTÍ.—Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro. 281
JUAN MOREL CAMPOS Y LA DANZA PORTORRIQUEÑA.—José A. Balseiro. 319
LA NACIÓN Y LA PUBLICIDAD.—Jorge Mañach. 20
LA PAZ DEL MUNDO. LA OBRA DE BOLÍVAR.—Carlos Brandt. . . 59

Págs.

La señora desconocida.—George Middleton. *(Traducción, introducción y notas del Dr José Agustín Martínez)* 299
Los poetas mártires. Gabriel de la Concepción Valdés: su vida y su obra.—Emilia Bernal. 216
Medio siglo de historia colonial de Cuba.—Ramiro Guerra. 5
Notas Editoriales.—La Dirección.
El Primer Congreso Musical Hispanoamericano. 186
Homenaje a Sanguily y Varona. 98
La estatua de Heredia en París. 361
Un homenaje a nuestro compañero el Dr. González del Valle. 362
Últimos trabajos de "Cuba Contemporánea" reproducidos y comentados. 363
Noticias. 188
Palpitaciones de la vida nacional.—Monitor.
Balance económico. 160
El brote revolucionario. 166
El drama político. 87
La visita de Vargas Vila. 267
La República enferma. 349
Los Presupuestos Nacionales. 272
Parálisis legislativa. 84
Otro conflicto estudiantil. 352
Poema a Martí.—Luis Rodríguez-Émbil. 81
Relaciones políticas entre Cuba y los Estados Unidos.—Alberto Maury y Nodarse. 101, 189
Revistas Extranjeras.—Luciano de Acevedo.
Lenine. 90
Lord Byron. 172
Rubén Darío.—Raoul Maestri y Arredondo 245
Vocablos de la economía política afrocubana.—Fernando Ortiz 136

POR AUTORES

Acevedo, Luciano de.—*Revistas Extranjeras.*
Lenine. 90
Lord Byron. 172
Balseiro, José A.—*Juan Morel Campos y la danza portorriqueña*. 319
Bernal, Emilia.—*Los Poetas Mártires. Gabriel de la Concepción Valdés: su vida y su obra*. 216
Brandt, Carlos.—*La Paz del Mundo. La obra de Bolívar*. . . . 59
Cabral, Antonio.—*El Vencedor de la Muerte.* (Traducción del Sr. Emilio Gaspar Rodríguez). 73

Págs.

CESTERO, Manuel F.—*Ensayos Críticos. Enrique González Martínez* 147
FERNÁNDEZ DE CASTRO, José Antonio, y Félix Lizaso.—*José Martí.* 281
GAY CALBÓ, Enrique.—*Bibliografía.*
Ricardo A. Casado.—*Perlas y piruetas* 182
Ramiro Guerra y Sánchez.—*Historia de Cuba* 276
Ruy de Lugo-Viña.—*El tribuno de la diplomacia. Mario García Kohly* 183
Arturo Montori.—*Libro Primero de Lenguaje* 359
— — — *Diplomacia Interamericana* 209
G. DEL VALLE, Francisco.—*Bibliografía.*
Domingo Figarola-Caneda.—*Plácido* 355
GUERRA, Ramiro.—*Medio siglo de Historia Colonial de Cuba* . . . 5
HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro.—*En la orilla* 290
LA DIRECCIÓN.—*Notas Editoriales.*
El Primer Congreso Musical Hispanoamericano 186
Homenaje a Sanguily y Varona 98
La estatua de Heredia en París 361
Un homenaje a nuestro compañero el Dr. González del Valle. 362
Últimos trabajos de "Cuba Contemporánea" reproducidos y comentados 363
LIZASO, Félix, y José Antonio Fernández de Castro.—*José Martí.* 281
MAESTRI Y ARREDONDO, Raoul.—*Rubén Darío* 245
MAÑACH, Jorge.—*La Nación y la Publicidad* 20
MAURY Y NODARSE, Alberto.—*Relaciones políticas entre Cuba y los Estados Unidos* 101, 189
MIDDLETON, George.—*La Señora Desconocida.* (Traducción, introducción y notas del Dr. José Agustín Martínez) 299
MONITOR.—*Palpitaciones de la vida nacional.*
Balance económico 160
El brote revolucionario 166
El drama político 87
La visita de Vargas Vila 267
La República enferma 349
Los Presupuestos Nacionales 272
Parálisis legislativa 84
Otro conflicto estudiantil 352
MONTORI, Arturo.—*Bibliografía.*
Marcel Barriére.—*Le sang d'Asmodée, demon de la luxure.* 275
NIN FRÍAS, Alberto.—*El despertador de conciencias* 331
ORTIZ, Fernando.—*Vocablos de la economía política afrocubana.* 136
RODRÍGUEZ-ÉMBIL, Luis.—*Poema a Martí* 81
VARONA, Enrique José.—*Con el eslabón.* (Décimoquinto apéndice) 129

Págs.

VILLOLDO, Julio.—*Bibliografía.*
Pedro Benoit.—*La Calzada de los Gigantes*. 180
Jorge Mañach.—*Glosario*. 357
Luis Pirandello.—*Tercetos*. 278
— — — *Cuentos de Juventud*. 30
ZUBILLAGA, Juan Antonio.—*"Historia General de Bolivia", por Alcides Arguedas*. 233

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041848386